CÉSAR NICOLÁS PENSON

COSAS AÑEJAS

TRADICIONES Y EPISODIOS DE SANTO DOMINGO



BIBLIOTECA DE CLASICOS DOMINICANOS

XXVI



Fundación Corripio, Inc.

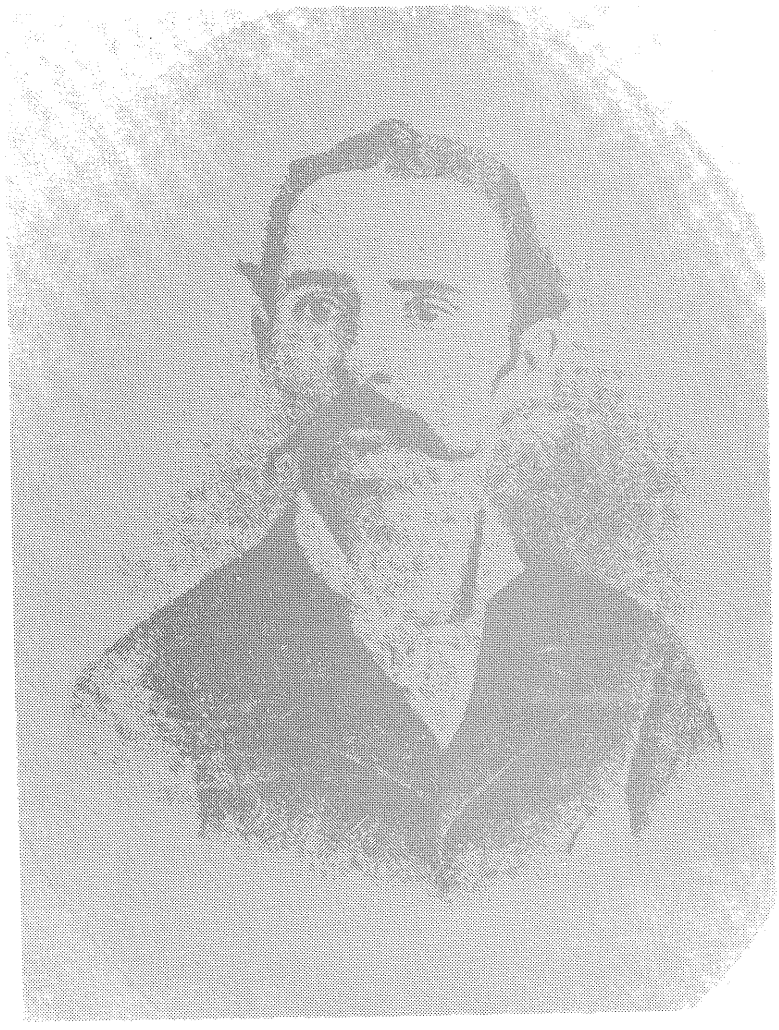
COSAS AÑEJAS

TRADICIONES Y EPISODIOS DE SANTO DOMINGO

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director:
Manuel Rueda

Asesores:
Dr. Jorge Tena Reyes
Lic. José Alcántara Almánzar



Fotografía de César Nicolás Penson.

Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XXVI

CÉSAR NICOLÁS PENSON

COSAS AÑEJAS
TRADICIONES Y EPISODIOS DE SANTO DOMINGO

Notas del autor
Estudio preliminar y notas adicionales de
Juan Daniel Balcácer

Ilustraciones de Cuquito Peña

EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
1997

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

ISBN 84-89 752-46-X (Encuadernada)
ISBN 84-89 752-47-8 (Rústica)

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

Figura ejemplar de su época por los conocimientos enciclopédicos que poseía y por la variedad de áreas a las que dedicó su trabajo, como son la filología, el folklore, el derecho, la historia y la literatura. Muchos son los aspectos que convirtieron a César Nicolás Penson en una personalidad sobresaliente de nuestra cultura; sin embargo, ha adquirido un sitial de honor por Cosas añejas, *obra en la que demuestra su amor por la historia y las costumbres del país.* Cosas añejas *es una pulsación de vida extraída de la memoria misma de la sociedad en las postrimerías del siglo XIX.*

Analizando las alucinantes historias que nos ofrece esta serie de relatos, vemos que el autor (y esto es casi un lugar común) no se limita a la veracidad de los hechos, confundiéndolos a ratos con la ficción. Este es el caso de "Las vírgenes de Galindo" que ha dado lugar a más de una rectificación por parte de historiadores acuciosos (Manuel Ubaldo Gómez, entre otros) en cuanto a la identidad de uno de los perpetradores del crimen, o sea "Rodríguez", a quien Penson, no se sabe si por propia convicción o inadvertencia, confunde con el héroe mocano José María Rodríguez, lo que ha podido lastimar a muchos admiradores de éste.

En un Prospecto que sirve de aviso y propaganda para la publicación de su obra, César Nicolás Penson la subtitula Tradiciones y episodios de Santo Domingo, *también consignada en entregas periodísticas, unas veces como* Tradiciones, costumbres y episodios de Santo Domingo, *otras como* Costumbres nacionales y tradiciones *y, por último, como* Costumbres anti-

guas y modernas. *Según se verá, puede captarse alguna discrepancia entre el título general de* Cosas añejas *y la condición de "moderno", del último subtítulo. Sin embargo, parece que el autor deseaba continuar estos episodios hacia otras áreas más propias del ambiente en que vivía, de lo que da indicios en los textos que ahora publicamos en nuestro Apéndice I.*

Se ha dicho informalmente que los episodios de Cosas añejas *comenzaron a publicarse en el periódico* El Teléfono, *aunque sólo ahora podemos comprobar la especie, con la prueba en las manos, al localizar el texto de "Drama horrendo" en la edición de este mismo periódico de febrero de 1889.*

Después aparecen los folletos (Imprenta Quisqueya, 1891, a un precio de 15 centavos), probablemente con un episodio en cada entrega, el primero con prólogo de don Manuel de Jesús Galván (ver Apéndice III). De acuerdo a lo que se dice en las portadas, los folletos estaban ilustrados por "los mejores artistas nacionales". Las ilustraciones eran entregadas al lector posteriormente "a medida que se vayan disponiendo las planchas o clichés" (véase facsímil del Prospecto*). Al término de las entregas, éstas se unifican en un volumen de 348 páginas.*

Para orientar a los lectores, debemos dejar constancia de que en la edición de su obra Penson utiliza dos tipos de notas: una al pie de página, señalada con un asterisco, y otra en una especie de apéndice colocado al final, donde suministra datos y da claves del origen de las tradiciones citando a sus informantes. Hasta aquí el problema se nos presenta relativamente claro, aunque no ocurre lo mismo con "Las vírgenes de Galindo", donde el autor olvida poner las notas dentro del texto. Nos hemos permitido corregir tal anomalía. En cuanto a las notas adicionales de Juan Daniel Balcácer, se les han asignado dos asteriscos.

Ahora debemos referirnos a la gran disparidad existente acerca del día en que murió César Nicolás Penson, sobre lo que aún no se han puesto de acuerdo los investigadores, señalando unos el 29 de octubre, otros, como afirma Gustavo Penson en "Licenciado César Nicolás Penson (Rasgos biográficos)" el 30; y otras figuras respetables, el 3 de noviembre. Nosotros hemos estado indecisos al decidirnos en otro lugar, y como guiados por una rara intuición, por el 29 de octubre, lo que últimamente hemos confirmado con el auxilio de El Normalismo, *periódico dirigido por Federico Henríquez y Carvajal y Enrique Deschamps, en cuyo número 42*

de fecha 30 de octubre de 1901 hemos localizado una esquela mortuoria titulada "César Nicolás Penson" que empieza como sigue: "Anoche, víctima de una enfermedad violenta, falleció en esta ciudad el estudioso e ilustrado compatriota cuyo es el nombre que encabeza estas líneas". Ante tal evidencia, no nos queda más remedio que dar por zanjada la cuestión y aceptar, como irrefutable testimonio de un periódico de la época, la fecha del 29 de octubre como la de tan infausto acontecimiento.

Por otro lado, y refiriéndonos a la presente edición, nos es preciso dejar en claro que, según nuestra costumbre, en cada una de las obras publicadas en la BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS nos atenemos a las ediciones príncipes y, según el caso, a la última edición publicada en vida del autor, desestimando cualquier variante contenida en ediciones posteriores.

Las notas que ahora aportamos son originales del intelectual Juan Daniel Balcácer, también autor del Estudio preliminar, de lo que nos felicitamos por ser éste un investigador de nuestra historia, reconocido por su honestidad en el manejo de los datos.

Otro de los aportes básicos que ofrece esta edición de Cosas añejas *que consideramos definitiva, son las hermosas ilustraciones del pintor Cuquito Peña (10 en total en blanco y negro, además de la que embellece la portada, a colores). Se trata de un pintor sensitivo y como tal preparado para captar el contenido de los textos en líneas sugerentes que nos remiten a las ambientaciones del siglo pasado, ya habituales en la obra que venía realizando sobre detalles arquitectónicos, de calles y coches de su Santiago natal. Cuquito Peña es un gran pintor de lo nuestro, de lo que ha sobrevivido en la evolución de campos y ciudades.*

Para ambos, el historiador y el pintor, vayan nuestros agradecimientos, ya que con su ayuda hemos podido poner en manos del lector dominicano una verdadera joya bibliográfica.

MANUEL RUEDA

CÉSAR NICOLÁS PENSON: PIONERO DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS Y FOLKLÓRICOS EN SANTO DOMINGO

En cierta ocasión el historiador Emilio Rodríguez Demorizi escribió que la importancia de César Nicolás Penson en la literatura dominicana no había sido suficientemente aquilatada, a pesar de la erudición y vasta cultura que caracterizaron a quien —hacia finales del siglo XIX— fue uno de los escritores nacionales de mayor pureza y pulcritud verbal en el manejo de la lengua castellana.[1]

Se podría afirmar, tal como acontece con otros prohombres de nuestra historia política y cultural, que el conocimiento que tienen muchos dominicanos en torno de la obra de César Nicolás Penson es un tanto superficial; y que quienes están familiarizados con su nombre, deben ese conocimiento a dos razones principales: que una avenida de un exclusivo sector residencial de la ciudad capital lleva su nombre; y que en el decurso de los años formativos del estudiante, especialmente durante el bachillerato, al estudiar la historia literaria criolla resulta poco menos que imposible eludir el contacto con una obra, clásica en nuestro folklore, titulada *Cosas añejas*, que debemos a su ilustre pluma.

Podemos concluir en que, salvo escasas excepciones, la generalidad de las personas sabe muy poco acerca de la trayectoria pública y privada de César Nicolás Penson, al igual que sobre su fecunda producción intelectual que abarcó diversas disciplinas, como el periodismo, el folklore, la pedagogía, la abogacía, el género biográfico, la bibliografía y los estudios filológicos, de los cuales es considerado pionero en el país.

1. Cf. *Tradiciones y cuentos dominicanos*, Colección Pensamiento Dominicano, Santo Domingo, 1969.

El hombre

César Nicolás Penson Matos nació en la ciudad de Santo Domingo el 22 de enero de 1855. Su casa solariega se hallaba ubicada en la llamada *calle o cuesta de La Atarazana.*[2] Fueron sus padres el señor Guillermo (William) Penson Herrera —descendiente de familia inglesa y quien era intérprete del gobierno— y la señora Juana Dolores Matos, dominicana, oriunda de la ciudad de Santo Domingo. Los señores Nicolás Penson y doña Úrsula Herrera fueron sus abuelos paternos.

Cuando apenas tenía nueve años de edad, en plena guerra restauradora, César Nicolás Penson padeció la triste experiencia de perder a su madre, quien falleció a consecuencias de una hidropesía. Varios años después su padre contraería nuevas nupcias con la señora Juana Díaz Tejera, con la que también dejó descendencia[3].

Luego de recibir en el hogar y en alguna de las escuelitas particulares de la época las primeras nociones elementales de la educación, Penson asistió al Colegio San Luis Gonzaga, que en 1866 fundó el filántropo y educador presbítero Francisco Xavier Billini. El historiador Ramón Lugo Lovatón afirma que ya desde los diez años, Penson era un ávido lector y que "leía todo libro que cayera en sus manos, con especialidad novelas".

En el colegio San Luis Gonzaga tuvo la oportunidad de compartir sus primeras experiencias estudiantiles, al igual que sus primeros sueños de adolescencia, con un grupo de jóvenes que con el tiempo integrarían, junto con él, una de las generaciones dominicanas del pasado siglo de mayores virtudes cívicas y de acrisolados sentimientos patrios.

---

2. Penson fue bautizado por el presbítero Alejo Ruiz, en la iglesia de Santa Bárbara, el 4 de febrero del mismo año en que nació. Sus padrinos fueron el doctor Pedro Antonio Delgado y doña Mercedes Sosa de Corso, esposa del marino italiano Simón Corso.

3. Esta circunstancia, al parecer desapercibida para algunos autores, ha dado lugar a cierta confusión sobre la madre de Penson, pues hay quienes erradamente han sostenido que doña Juana Tejera Díaz fue su progenitora. En realidad, ésta fue su madrastra. Su verdadera madre, según consta en su Acta de Bautizo y Declaración de Nacimiento, fue doña Juana Dolores Matos, fallecida a los 35 años de edad, el primero de marzo de 1864. Cf. Ramón Lugo Lovatón: *"César Nicolás Penson"*, Pág. 9. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1952; también: Carlos Larrazábal Blanco: *Familias dominicanas*, Pág. 110, Vol. VI, Academia Dominicana de la Historia, Vol. L, Santo Domingo, 1978.

Su adolescencia transcurrió en tiempos de constante agitación política en Santo Domingo. Se recordará que tendría unos diez años de edad cuando las tropas españolas abandonaron el país como consecuencia de la guerra contra la anexión a España. Restaurada la República, Penson fue testigo de los vaivenes políticos del país caracterizados por el predominio del caudillismo y, como la mayoría de sus compatriotas, padeció en carne propia los efectos desmoralizadores de las luchas fratricidas, las permanentes crisis económicas y la voracidad manifiesta de las principales potencias extranjeras de la época por someter el país al sistema del coloniaje.

Ulteriormente, cuando la etapa de adolescente se encontraba en su punto culminante, Penson también sufrió los rigores de la guerra de los Seis Años, escenificada contra el gobierno del general Buenaventura Báez, de modo que este y otros acontecimientos gravitarían singularmente sobre su formación académica, la cual a muy temprana edad se vio precisado a alternar con el trabajo productivo en diferentes quehaceres.

Se ha podido establecer que durante los años mozos fue bien poco cuanto pudo aprender y prosperar. Sin embargo, la formación básica recibida en el colegio San Luis Gonzaga fue suficiente para que por cuenta propia y con tutores privados[4], pudiera continuar sus estudios de idiomas, música, dibujo y matemáticas.

De contextura delgada, alto, nervioso, meditativo y sensible, desde muy joven César Nicolás Penson mostró inquebrantable voluntad de servicio a la comunidad, exhibiendo —a lo largo de su apostolado— admirables cualidades de civilista a carta cabal.

Junto con otros compañeros fundó sociedades culturales y recreativas, como la célebre organización denominada "Amigos del País", con el propósito de fomentar el desarrollo cultural de sus integrantes. El 29 de abril de 1880 contrajo matrimo-

4. Después de su paso por el colegio San Luis Gonzaga, Penson asistió a una escuela que dirigía un profesor de apellido Trujillo. En la narración titulada "La escuela de antaño", el propio Penson afirma: "Por el estilo, aunque menos autorizada, era la escuela que llamábamos del Sr. Trujillo, única escuela liberal que hemos tenido aquí en tiempos tan calamitosos como los de nuestra infancia. Allí discurrieron mis últimos años de aulas y es de la única ¡cosa estupenda! de la cual conservan, los que a ella concurrieron, gratos recuerdos..."

nio con la señora Francisca Antonia Rodríguez Montaño, con la que procreó numerosa descendencia.[5]

Cuando en 1881 doña Salomé Ureña de Henríquez fundó el Instituto de Señoritas, Penson figuró entres sus más entusiastas colaboradores. Perteneció al cuerpo docente del Instituto y contribuyó a formar el primer grupo de maestras normalistas que egresó de dicho plantel. Colaboró, asimismo, con el proyecto pedagógico puesto en marcha en Santo Domingo por el egregio antillanista Eugenio María de Hostos, entre cuyos amigos figuró el destacado tradicionista.

Durante el bienio de Meriño (1880-1882), Penson, que redactaba un periodiquillo de corte humorístico-satírico y de caricatura de tipo político, desempeñó la secretaría del tribunal de primera instancia. Más tarde ocuparía una posición en el ministerio de correos y telégrafos. En 1882 aparece inscrito en el Instituto Profesional cursando la carrera de derecho, que por razones de necesidad económica tuvo que posponer por breve tiempo para dedicarse a actividades agrícolas en un central azucarero. El 2 de noviembre de 1892 obtuvo el título de Abogado en el Instituto Profesional, hoy Universidad Autónoma de Santo Domingo. Llegó a ocupar el cargo de Presidente de Tribunal de Santo Domingo.

Pese a su juventud, Penson logró merecida distinción pública por sus virtudes morales y cívicas. Aun cuando no comulgaba con el estilo de gobernar del dictador Heureaux, el escritor pudo mantenerse al margen de las actividades partidistas mientras reinó la satrapía. Se dedicó, en cambio, a escudriñar en el pasado dominicano, del cual era meticuloso analista, y sus principales fuentes fueron las obras de los más prestigiosos historiadores dominicanos de su tiempo: Antonio del Monte y Tejada y José Gabriel García, sin duda nuestros Heródotos del siglo XIX.

Al referirse a su conducta en los planos cívico y político, el maestro Hostos describió a Penson en estos términos: "No tuvo nunca, que sepamos, la debilidad ni la veleidad de tomar parte en la peligrosa y contagiosa inmoralidad que llaman política en

5. Los hijos del matrimonio Penson Rodríguez fueron 18. Cf. Lugo Lovatón, Ramón: *Op. cit.*, y también Carlos Larrazábal Blanco, Obra citada.

los pueblos que sólo alcanzan todavía el pugilato de egoísmos y concupiscencias; pero tenía un sentimiento vivo y hondo de sus deberes para con la sociedad de la que era miembro y para con la patria de que era hijo verdadero, y arregló lo que de su vida privada y pública sabemos, a ese sentimiento de amor nacional y de responsabilidad social."[6]

El 29 de octubre de 1901, a la edad de 46 años, César Nicolás Penson falleció en la ciudad de Santo Domingo. Su deceso se produjo de manera un tanto inesperada, mientras padecía de una afección gripal. Sus momentos finales son narrados por Lugo Lovatón de esta manera: "Penson y su familia vivían en una casa colonial de dos pisos perteneciente a los hermanos Gustavo y Ernesto Guisantes, emparentados con él políticamente. Esta casa, tenía y tiene aún tres frentes: a las calles Mercedes, 19 de Marzo y Luperón. En ella estaba recluido Penson con un ataque gripal y le atendía el doctor Don Pedro María Garrido. Pasaron los días y mejoró. Ya en la noche del 29 de octubre de 1901, pidió a su hijo William que le preparara un vaso con la poción bromurada que le prescribiera el doctor Garrido. Después de tomarla le manifestó a su hijo: "...creo que dormiré mejor". Su hijo salió del dormitorio para leer el *Listín* en una estancia vecina. Pasó un rato; de repente su madre le llamó con un grito y corrió a la habitación. César Nicolás Penson se debatía ya en brazos de la muerte, víctima de una hemorragia cerebral. Eran como las once de la noche y su corazón dejó de latir."[7]

Pocos días después, Hostos, que había definido a Penson como "el corazón más seráfico que he conocido", solicitaría al gobierno la asignación de una pensión para la familia del insigne escritor ido a destiempo, no sólo en su calidad de hombre de ideas progresistas sino también por la honestidad y abnegación con que desempeñó diferentes posiciones públicas, especialmente en la judicatura nacional, y como justo recono-

6. Véase el artículo de Hostos titulado "Un deber del Estado", en *El Normalismo*, No. 43, Santo Domingo, noviembre 4, 1901. Inserto en *Hostos en Santo Domingo*, Vol. II, por Emilio Rodríguez Demorizi, Centenario de Eugenio María de Hostos (1839-1939), Impr. J. R. Vda. García Sucs., Ciudad Trujillo, R.D., 1939.

7. Lugo Lovatón, Op. cit.

cimiento a los invaluables servicios prestados desinteresadamente a la nación.[8]

El periodista

Concluido el período de los Seis Años (1869-1874), Penson se estableció en Puerto Plata, en donde comenzó su labor periodística por medio de colaboraciones que solía publicar en los periódicos *El Porvenir* y en *El Ciudadano*. El 3 de julio de 1875 fundó un periódico que bautizó con el nombre de *La Idea*, el cual tuvo muy corta existencia. Debido a la efímera vida de ese periódico don Francisco Gregorio Billini le dedicó esta simpática cuarteta:

Penson pensó que la Idea
idealizarse podría
mas Penson quedó suspenso
al ver que la Idea moría.

El año de 1879 es considerado como el punto de partida de su auténtica carrera periodística. Unos comentarios suyos publicados en el periódico *El Eco de la Opinión*, y que no resultaron del agrado del general Cesáreo Guillermo, a la sazón Presidente de la República, le merecieron el cadalso por espacio de quince días. El Presidente Guillermo había demandado que Penson enmendara lo afirmado en el referido artículo, pero ante su negativa a retractarse, el gobierno optó por aplicarle una severa censura. Poco tiempo después, de nuevo Penson confrontaría problemas con un sector eclesial tras publicar unos comentarios considerados excesivos acerca de la conducta de un predi-

8. Para mayores detalles y pormenores sobre César Nicolás Penson, consúltense: "Dos centenarios históricos. Apolinar Tejera, 1855-1922 y César Nicolás Penson, 1855-1901", *Boletín del Archivo General de la Nación*, No. 18, 1955; Ramón Lugo Lovatón: "César Nicolás Penson", BAGN, No. 15, 1952 (hay separata); Rufino Martínez, *"Diccionario biográfico histórico dominicano"*, ediciones de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Vol. CLII, Colección Historia y Sociedad, No. 5, Santo Domingo, R.D., 1971.

cador. Se dice que una alta dignidad eclesiástica se querelló ante las autoridades y que Penson, al negarse a variar su posición, volvió a ser arrestado, aunque sólo por un día.

En 1882 fundó el primer periódico diarista nacional llamado *El Telegrama*, cuya circulación se mantuvo por espacio de varios meses. Fue además colaborador del periódico *El Teléfono*, del *Listín Diario*, en donde publicaba una columna titulada *"Los Lunes del Listín"* y, también, de la revista *Letras y Ciencias*. Sus artículos se encuentran todavía dispersos en revistas y periódicos de la época, a la espera de que sean rescatados, compilados y puestos a disposición del público.

El escritor

Además de destacarse en el campo periodístico, Penson descuella con singular brillo como iniciador de los estudios folklóricos, filológicos, bibliográficos y literarios en nuestro país.[9] En la literatura dominicana de finales de siglo pasado se hallan dos obras trascendentes debidas a su insigne pluma: sus célebres *Cosas añejas* y la *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo*, publicadas en 1891 y 1892, respectivamente.

La *Reseña* fue una obra elaborada en 1892 para ser remitida por el general don Tomás Morales Bernal, Ministro de Justicia e Instrucción Pública del gobierno de Lilís, a la Real Academia Española, de Madrid, institución que a su vez entregaría dicho material a don Marcelino Menéndez y Pelayo para que redactara la sección dominicana de su bien documentado libro *Historia de la poesía hispano-americana*[10]. Aun cuando la *Reseña* fue firmada por una comisión compuesta por Federico Henríquez y Carvajal, Salomé Ureña de Henríquez, Francisco Gregorio Billini, José Pantaleón Castillo y César Nicolás Penson, entre especialistas existe consenso en el sentido de que su autor fue este último.

En adición al cultivo de la prosa, Penson también escribió poesía. Si bien es verdad que como poeta no alcanzó la altura

9. Emilio Rodríguez Demorizi, *"Tradiciones y cuentos..."*
10. Consúltese volumen I, Pp. 287-324. Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Santander, Aldus, S.A. de Artes Gráficas, 1948.

de otros vates coetáneos suyos, como doña Salomé Ureña de Henríquez, José Joaquín Pérez, Gastón Fernando Deligne o Arturo Pellerano Castro, no menos cierto es que en algunas composiciones suyas aparecen efusivas manifestaciones del espíritu de innegable valor literario, al tiempo que "se encuentran sorprendentes aciertos de expresión", como en su celebrada composición intitulada "La víspera del combate"[11], escrita en 1895. Muchas de sus poesías, al igual que diversas traducciones de poetas franceses, italianos y portugueses, también se encuentran dispersas en los periódicos de los últimos tres lustros de la pasada centuria.

Las Cosas añejas

Entre 1889 y 1891 Penson comenzó a publicar una serie de cuadros o episodios costumbristas y de tradiciones criollas que frecuentemente veían la luz pública en forma de artículos en uno de los periódicos nacionales.

Cuando hubo publicado un apreciable número de tradiciones o episodios, y dada la gran acogida que los mismos habían tenido entre la población, Penson seleccionó los de mayor popularidad y dio a la estampa un primer volumen, bajo el título de *Cosas añejas. Tradiciones y episodios dominicanos,*[12]

11. Entre sus principales poemas figuran: "En el lago", "Evoé", "La patria de lo porvenir", "Himno al amor", "La paz en el hogar", "Las ondinas", "El 5 de mayo". Para más información y pormenores, véase *Reseña. histórico crítica...*; Vicente Llorens, *"Antología de la poesía dominicana, 1844-1944"*, Colección Trujillo, Edición del Gobierno Dominicano, Ciudad Trujillo, 1944; *Vetilio Alfau en Clío*, tomo I, Publicaciones del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, Vol. II, Gobierno Dominicano, S.D., 1994; Abigaíl Mejía, "Historia de la Literatura Dominicana" en *Obras Escogidas*, tomo II, ediciones de la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo, 1995; "Dos siglos de literatura dominicana", Vol. I, Colecc. Sesquicentenario de la Independencia Nacional, Volumen X, Selección, prólogo y notas de Manuel Rueda, Editora Corripio, S.D., 1996; y también, Néstor Contín Aybar, *Historia de la literatura dominicana*, tomo II, Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís, R.D., 1983.

12. La obra ha sido impresa en cuatro ocasiones. La primera edición fue en Santo Domingo, Impr. Quisqueyana, 1891, con prólogo de Manuel de Js. Galván. Hay segunda edición de 1951 auspiciada por Biblioteca Dominicana, Serie I, Volumen V, edición conmemorativa del cincuentenario de su muerte (1901-1951). Una tercera edición data de 1970 patrocinada por Editora Nuevo

contentivo de estos diez textos: "Drama horrendo", "Bajo cabello o Un rasgo audaz", "Barriga Verde", "La muerte del Padre Canales", "Profanación", "El martirio por la honra", "Los tres que echaron a Pedro entre el pozo", "Muerte por muerte", "El santo y la colmena", y "Las vírgenes de Galindo", un conjunto de narraciones que de conformidad con el doctor Pedro Henríquez Ureña constituyen "relatos del pasado local".[13]

Otras cuatro tradiciones, que figuran en un apartado de la presente edición —y cuya temática es totalmente distinta de las que originalmente conformaron *Cosas añejas*—, fueron excluidas por Penson de la primera edición, por lo que cabe conjeturar que el autor habría decidido incorporarlas a otro volumen.

Pero, ¿qué son las tradiciones? —preguntarán no pocos. "Los relatos de la vida de los santos —escribió Ramón Lugo Lovatón— y aquellas relaciones de sucesos que tienen más de tradicionales o maravillosas que de históricas o verdaderas, se conocen como *leyendas*, y la transmisión de noticias, composiciones literarias, doctrinas, ritos y costumbres, hechas de padres a hijos al correr del tiempo y las generaciones, es a lo que denominamos *tradiciones*."[14]

Las *tradiciones* forman parte de una subcorriente del romanticismo que se caracteriza por "rescatar las formas de vida, las costumbres, los modos de pensar y sentir de los hombres del pasado para ofrecerlos, convertidos ya en legado artístico, a las generaciones del presente y del porvenir".[15]

El propio Penson, en la introducción que escribió para la primera edición de *Cosas añejas* en 1891, estableció diferencias entre tradiciones y episodios; conceptos que a su juicio "suelen confundirse en la misma denominación, según ha hecho en el Perú el diligente tradicionalista Sr. Ricardo Palma. Tradición, pues, llamo a la que, aun siendo suceso particular y de que pocos tengan quizá noticia, está revestido por el tiempo, o en

---

Mundo, con breve introducción del escritor Víctor Villegas. La cuarta edición corresponde a Editora Taller en 1972 con presentación del crítico y escritor José Alcántara Almánzar.

13. Consúltese, "*Literatura dominicana*" en *Obras completas*, Vol. X, ediciones de la Universidad Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1980.

14. Lugo Lovatón, Ibíd.

15. José Alcántara Almánzar: prólogo "*Cosas añejas*", edición de Editora Taller, Santo Domingo, 1972.

fuerza de su propia importancia, de cierto prestigioso encanto de que carecen otros sucesos particulares, modernos sobre todo; y episodio a estos últimos, por ser recuerdos personales de actores o testigos de vista, que acaso no merecerán conservarse en la memoria de las gentes como las tradiciones propiamente dichas..."

El primer escrito que en nuestro país se considera pionero del género de las tradiciones se titula *"La campana del higo"* y corresponde a la pluma de Javier Angulo Guridi. Posteriormente el poeta José Joaquín Pérez, en su conocida obra de carácter épico *Fantasías indígenas*, incluyó una tradición con el título "Flor de Palma o La fugitiva de Borinquen", único texto en prosa que figura en el libro.

Max Henríquez Ureña sostiene que esos antecedentes "unidos al auge que en toda América alcanzó el género con las *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma, animaron a César Nicolás Penson a formar una colección de tradiciones y episodios de Santo Domingo que intituló *Cosas añejas*..."[16]

Se ha sostenido que Penson tenía proyectado publicar cuando menos tres libros sobre temas costumbristas. Sin embargo, por razones que se desconocen, no le fue posible cristalizar sus propósitos. Se sabe que dejó inconclusos e inéditos diversos e interesantes trabajos, entre los que se pueden citar los siguientes: *Diccionario de americanismos*, *El folklore dominicano*, *Bibliografía dominicana*, *Los viejos verdes* (comedia en versos), *Compendio de la oración francesa*, *Biografías de dominicanos ilustres* y un ensayo titulado "Exposición sobre cuestiones filológicas", escrito probablemente hacia 1893, según consigna Emilio Rodríguez Demorizi en su libro *Lengua y folklore de Santo Domingo*.[17]

En los textos que integran las *Cosas añejas* —y que el lector tiene a continuación—, asoma un escritor de admirable estilo, familiarizado con las obras de mayor renombre de la literatura universal de su época. Asimismo, el autor revela un profundo

16. *Panorama histórico de la literatura dominicana*, tomo II, Colecc. Pensamiento Dominicano, segunda edición, Santo Domingo, R.D. 1966.

17. Es probable que los manuscritos originales de los citados estudios de Penson se encuentren en la biblioteca particular del fallecido historiador Emilio Rodríguez Demorizi, quien fervorosamente conservó, al igual que muchos otros invaluables documentos, el archivo personal de César Nicolás Penson.

dominio de la historia colonial y republicana de Santo Domingo, que de manera admirable combina con los episodios y tradiciones que narra a fin de situarlos en una época histórica determinada. De igual modo, la lectura de estas narraciones evidencia que Penson fue un intelectual "versado en varias lenguas y en muchas literaturas" cuyo estilo, al decir de Joaquín Balaguer; "recuerda a menudo a los grandes artífices de la clasicidad castellana."[18]

Otra característica primordial en la obra de Penson es la destreza y elegancia con que aborda temas de terror y el interés que suscita en el lector para mantenerlo atento al desenlace de los episodios descritos en tradiciones como "Drama horrendo", "La muerte del Padre Canales", "El martirio por la honra", "Los tres que echaron a Pedro entre el pozo" y "Las vírgenes de Galindo". En este sentido, se podría afirmar que Penson se constituye en precursor del género del terror en Santo Domingo; género que cultivaron con admirable maestría Edgar Allan Poe, Guy de Maupassant y Robert Stevenson, algunas de cuyas obras probablemente conoció nuestro autor y que tanto cautivaron a escritores de la estatura y trascendencia continental de Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Manuel Mujica Lainez.

Hacia una literatura nacional

En este punto debo recordar al lector que el triunfo del movimiento separatista-independentista, llevado a cabo el 27 de febrero de 1844 bajo la inspiración del partido trinitario que fundó y dirigió el general Juan Pablo Duarte, permitió la creación de un Estado libre e independiente denominado República Dominicana.

A lo largo del territorio de la parte española de la isla de Santo Domingo, los dominicanos éramos entonces un pueblo de apenas 125,000 habitantes, distribuidos entre cinco aldeas llamadas provincias y en 29 comunes. Si bien es verdad que desde 1844 nuestros antepasados tuvieron República, y que a

18. Cf. Joaquín Balaguer: *Historia de la literatura dominicana*, Premio Nacional de Didáctica, 1956, editado por Julio D. Postigo & Hijos, Santo Domingo, 1968.

partir de ese momento pudieron exhibir orgullosos el pabellón tricolor ante las demás naciones del orbe, no menos cierto es que se carecía de determinados elementos esenciales para la consolidación de esa entidad llamada *nación*. No teníamos un sistema educativo mínimamente organizado. Tampoco había periodismo; ni imprenta; ni sólida tradición literaria, y las instituciones políticas inherentes al Estado moderno se hallaban en su fase embrionaria. No había germinado, propiamente hablando, una conciencia intelectual dominicana. El conjunto de elementos sociológicos y culturales que constituían el *ethos dominicano* resultaba una realidad poco menos que ininteligible para la gran mayoría de nuestros antepasados, lo cual explica que escritores de la estatura intelectual de Penson se propusieran explicar nuestra *identidad nacional* sobre la base de una supuesta y exclusiva herencia cultural hispánica, soslayando la circunstancia de que los dominicanos constituíamos una cultura mixtificada, mayormente afro-hispánica.[19]

En 1844, pues, se dio nombre a una fisonomía abstracta. Era menester, por tanto, dotar de forma y contenido, de cuerpo y alma, a esa especie de espectro social que simbolizaba al pueblo dominicano, protegido bajo la égida redentora del Estado republicano y democrático. La guerra con Haití, que se prolongó por poco más de diez años; las luchas intestinas, alimentadas por el caudillismo; y las ansias de las potencias imperialistas por absorber todo vestigio de nacionalismo, tornaron mucho más dificultoso el proceso de consolidación nacional. En consecuencia, se tardaría varios decenios —y por lo menos el advenimiento de otra generación distinta de la que nos legó la República—, para que el conglomerado social dominicano percibiera y asimilara la esencia del pensamiento duartiano, que propugnaba por una nación libre e independiente de toda potencia extranjera.

19. Penson es acaso uno de los primeros pensadores de finales de siglo exponente de un marcado y entonces poco usual prejuicio anti-haitiano. Alcántara Almánzar señala que en el plano ideológico este autor exhibe una concepción aristocrática de la sociedad e historia dominicanas por lo que constantemente habla de "familias distinguidas o de primera". En algunas de sus narraciones son comunes las referencias despectivas hacia los haitianos, tales como: "intruso invasor", "salvajismo haitiano", "vándalos de Occidente", "raza enemiga eterna del nombre quisqueyano", "genízaros", "semibárbaros", "mañeses", etc.

El surgimiento, entre nuestros antepasados, de los prolegómenos de una literatura nacional se tomó su tiempo. Los primeros atisbos de un movimiento narrativo en prosa —al decir de Max Henríquez Ureña—, se encuentran casi tres decenios después de proclamada la República. Contrario a otros países de América Latina en donde ya se había desarrollado la novelística, en Santo Domingo comenzaron a manifestarse con mucho mayor vigor, concomitantemente con la poesía de corte patriótico y de la novela histórica, el género de la leyenda y de las tradiciones, en el cual César Nicolás Penson habría de sobresalir con singular maestría y originalidad. No es casual que a raíz de la publicación de *Cosas añejas*, Penson manifestara que el más poderoso y decisivo motivo que le había inspirado a publicar dicha obra era que "las letras nacionales claman ya por caudal propio, y hemos de procurárselo a retazos, mal zurcidos y todo, como son estas muestras, pero en que pongamos algo y aun algos de nuestra existencia e íntimo ser, con el colorido, el sabor y la fisonomía que nos sean característicos. Entendemos que así hay que ir disponiendo los materiales para nuestra particular literatura;..."

En esta obra de Penson el lector se deleitará por la elegancia con que el autor hace ficción y recoge mitos, al tiempo que comprobará cómo los episodios narrados son imbricados a verosímiles acontecimientos de nuestro devenir histórico. Ahí, en nuestro concepto, yace el valor literario e histórico de este libro. La obra, no obstante, tiene otros méritos. Acaso uno de los más relevantes es que en una época caracterizada por el despotismo lilisista, y en la cual la censura oficial ahogaba todo vestigio de genuina expresión del pensamiento, Penson se propuso rescatar y preservar narraciones y tradiciones conservadas en la memoria colectiva de generación a generación en las que ya había, aunque dispersos, ingredientes fundamentales para la conformación de una genuina conciencia intelectual dominicana.

Conclusión

Si para finales del siglo pasado —como se ha dicho— no se puede hablar de una literatura nacional propiamente dicha, es

innegable que ya César Nicolás Penson soñaba con esa realidad no muy remota, a la cual procuraba realizar su contribución por buenos medios.[20] La obra de Penson, pues, debe considerarse entre las precursoras de una legítima literatura nacional, cuyo valor literario —al decir de Galván— "habrá que estudiarlo en las galas de su estilo, en las descripciones, en lo castizo del lenguaje."

Por el admirable dominio del lenguaje que el autor exhibe a lo largo de cada una de las tradiciones; por las innumerables expresiones populares que abundan en el texto y que Penson siempre prefirió denominar *quisqueyanismos*, en vez de dominicanismos[21], algunas de las cuales ya están en desuso[22]; por las frecuentes sentencias o máximas de la paremiología criolla; por las descripciones tan precisas que ofrece de la ciudad colonial y sus contornos; por la riqueza de datos que brinda acerca de la flora y fauna de su época; y por la erudición de las notas al margen que aparecen en cada capítulo; la lectura atenta de *Cosas añejas* constituirá una fuente de permanente enseñanza y de re-encuentro con formas y costumbres de la sociedad dominicana de antaño, que prefiguran algunas manifestaciones culturales del país actual.

---

20. Cf. Prólogo de Manuel de Js. Galván a la primera edición de *"Cosas añejas"*, reproducido en el presente libro.

21. El lector advertirá que Penson prefería emplear el vocablo *Quisqueya* para referirse al país, y el adjetivo *quisqueyano*, como nuestro gentilicio. Incluso en una de las notas al relato "Las vírgenes de Galindo", Penson aborda la cuestión de los nombres indígenas de la isla a la llegada de los españoles y aunque admite que Quisqueya no fue voz taína, afirma que no es posible desvincularnos de ese término. "Y ya que sin quererlo nos hemos venido tan lejos, conste que, aunque nos duela, la isla no se llamó siempre más que *Haití*; pues *Quisqueya* jamás existió, bien como tampoco Ozema y lo demás. Sin embargo, soy de los que sostengo ese bello nombre, consagrado por los historiadores de Indias, para nuestro jirón de isla. ¡Ojalá sustituya un día la *República de Quisqueya* al pesado y ambiguo título de *República Dominicana...*" Ver addendo a la nota No. 14 de "Las vírgenes de Galindo".

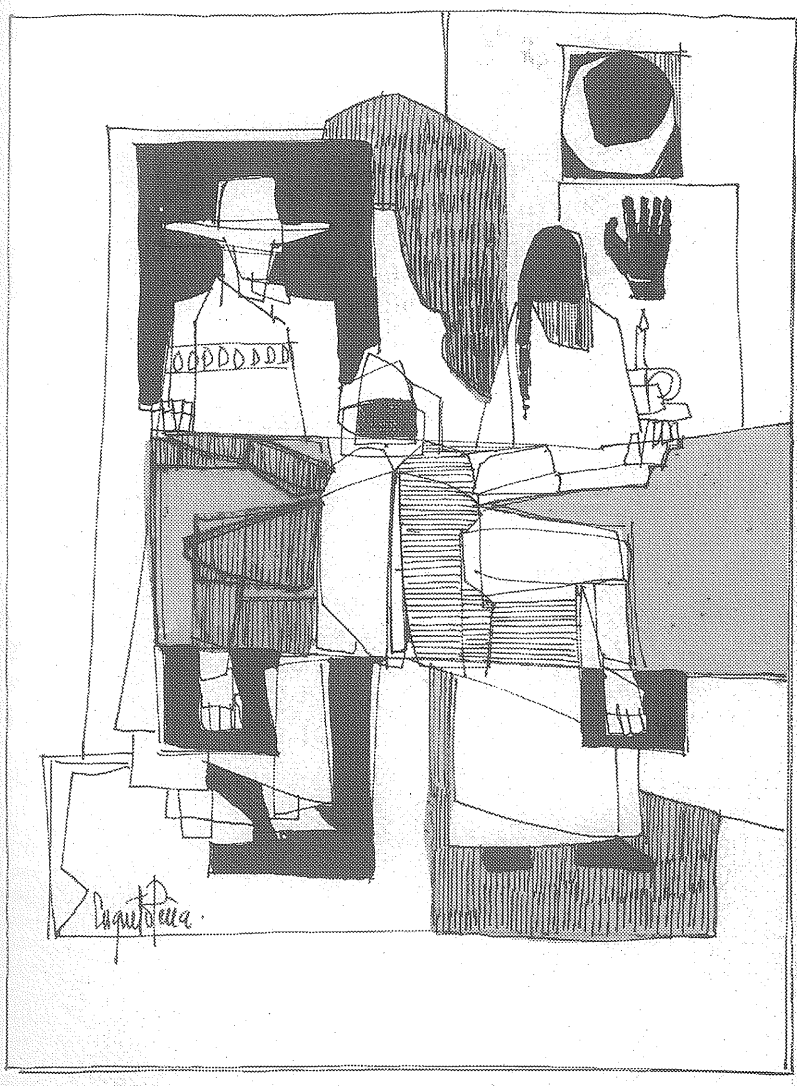
22. Tomemos el caso, por ejemplo, del término *"tutumpoten"*, casi en desuso entre nosotros. Los dominicanos en tiempos de Penson llamaban "tutumpoten" o "tutumpote" a un magnate acaudalado así como al funcionario de alto rango y de mucha influencia con los gobernantes. El profesor Juan Bosch, cuando regresó del exilio en 1961, popularizó este vocablo al emplearlo en sus discursos para referirse a los oligarcas remanentes del trujillismo. Ver, además: Patín Maceo, *"Dominicanismos"*, en *Obras lexicográficas*, edición de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos y Pedro Henríquez Ureña, *"El español en Santo Domingo"*, Vol. IX, Obras Completas, ediciones UNPHU.

Leer *Cosas añejas* —en nuestra opinión— resultará siempre en una suerte de ensayo introspectivo en torno de parte esencial del *ser nacional*, como si sobre la superficie de una fuente de agua cristalina contemplásemos perplejos nuestra imagen de ente colectivo, empeñados en desentrañar quiénes somos y de dónde procedemos los dominicanos.

Ojalá y que a partir de esta nueva edición revisada de *Cosas añejas*, que la Fundación Corripio, Inc. incluye dentro su prestigiosa colección BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS, los estudiosos de la literatura dominicana se interesen por lograr un conocimiento más pormenorizado sobre el legado intelectual de César Nicolás Penson, considerado el más castizo y elegante escritor dominicano de finales del siglo pasado quien, al través de su obra, demostró ser un fervoroso y auténtico obrero de la cultura patria.

JUAN DANIEL BALCÁCER

COSAS AÑEJAS
TRADICIONES Y EPISODIOS DE SANTO DOMINGO



Drama horrendo.

DRAMA HORRENDO

I

Bajo el arco de la histórica puerta del *Conde*, hoy del *27 de Febrero***, pasaba en espléndido día de primavera, una de aquellas pesadas y macizas volantas, especie de carromato, elevado, de dos ruedas y sin muelles, tiradas por briosa mula, que en aquella época llamaban, como a todo carruaje, según

** Hacia 1543, en época de Fuenmayor, se iniciaron los trabajos de construcción de las murallas que protegían la ciudad de Santo Domingo, que fueron dotadas de varias puertas de acceso y salida. Se dice que ya para 1568 estaban edificadas la de *La Misericordia o de La Sabana* y la del *Baluarte de San Genaro*, que sería conocida como *Puerta del Conde*, porque fue modificada hacia 1655 siendo gobernador de la isla don Bernardino Meneses Bracamonte y Zapata, mejor conocido como el Conde de Peñalva. Declarada por ley *Monumento Nacional* y *Altar de la Patria* en el año 1936, y consagrada como tumba definitiva de los principales fundadores de la República, la Puerta del Conde albergó los restos de los Padres de la Patria desde 1944 hasta 1976. Por virtud de la Ley No. 415 del año 1976 se dispuso que el Mausoleo construido al final de los fosos del Baluarte del Conde fuera convertido en *Altar de la Patria* y que las cenizas de los Fundadores de la República fuesen inhumadas en dicho recinto en solemne ceremonia que tuvo lugar el 15 de julio, al conmemorarse el centenario del fallecimiento del general Juan Pablo Duarte, ilustre fundador de La Trinitaria. Desde entonces, los restos de Duarte, Sánchez y Mella reposan en ese sagrado mausoleo erigido en el antiguo parque Independencia, en donde son venerados por todos los dominicanos.

queda dicho, y rodaba con rumor sordo por el enlodado camino de Güibia o San Jerónimo.**

El coche bien cubierto, y el personaje que conducía no iba menos recatado de las indiscretas miradas.

Paróse en la rústica entrada de una de las quintas que de lado y lado del camino se extienden hasta más de dos leguas en dirección del celebrado Haina.

Cuatro palos y costeando la linde exterior filas de erizadas *mayas*[1] eran puerta y cerca de tales posesiones; y de la puerta a la entonces rarísima casa de madera a la europea o norteamericana, o al bohío, que era lo común, partía una alameda de altísimos y jorobados cocos retorcidos, allá el tronco recto y sesgado hacia arriba disparado contra el follaje de los de en frente.

Ese rumor de flecos de palma, chirridos de chicharras, modulaciones y gritos de aves, olor de lirios y *piñales* en formación delante de la casa, junto con el fresquecillo de la mañana, formaban un ambiente que huele a vida y a poesía meridional, y es el propio de nuestras *estancias*.[2]

Por la alameda echó la volanta, que al pasar con dificultad bajo el marco de leños en estado natural, por poco no lo derriba y fue a parar de un tirón a la casaquinta de forma indiana.

Se apeó el auriga, no el señor, y fue allá con una al parecer orden terminante; porque a poco salió una joven agraciada a la puerta vizca del bohío, y tras ella la familia habitante de la estancia, en traje aligerado todos, y la joven suelto el rubio cabello que el aire sutil y suavísimo de las selvas antillanas impregnado de su acre perfume hacía flotar con galano error.

**. En el siglo XV, en época de Fuenmayor, se inició la construcción de las murallas que protegían la antigua ciudad colonial de Santo Domingo, las que tenían cuatro puertas y numerosos fuertes o baluartes. Se entraba o salía de la ciudad por la Puerta del Conde y por la de la Atarazana o Puerta de San Diego; la Puerta de la Misericordia o Puerta Grande fue tapiada durante la Era de Francia; también existió la llamada Puerta de Lemba. Es fama que desde el Baluarte del Conde había un camino real el cual, a su vez, se escindía en varios caminos. Uno conducía a San Carlos; otro iba en dirección oeste; y otro se dirigía a Haina. Este último camino, que también conducía al cementerio viejo —construido por los haitianos en 1823— y el cual actualmente se encuentra en la avenida Independencia, es al que se refiere Penson como "camino de Güibia o San Jerónimo", porque además conducía a la playa conocida como Güibia y del restaurante Vesuvio, en la avenida George Washington.

—¡Papá! —dijo alegremente la joven.

El personaje sacó la cabeza un segundo, y casi gruñó un "buenos días, hija", "salve, señores" que fue contestado de expresivo modo por toda aquella gente, que acaso eran parientes suyos o amigos, y no rústica y campesina, como pudiera parecerlo.

—¿Qué es eso? Viene Ud. ya por la niña, Don N —se atrevió a decir uno de ellos.

—Sí tal, Paquita, ya es tiempo, —contestó secamente el *mantuano*.[3]

Movimiento y arreglo de líos y maletas adentro; y de allí a poco la interesante joven, de frente limpia y ojos brillantes con reflejos de inocencia, pisaba el casquijo de la entrada de la habitación. En seguida, dichos los adioses efusivos, la pesada volanta arrancó penosamente de donde había echado raíces, y desandando el corto trayecto, repasó el arco del baluarte inmortal, tomó calle Separación** abajo, deteniéndose en la de Las Damas o de Colón[4], ante una casa solariega de antaño, tan azotada como todas por el salvajismo haitiano, con aspecto señorial y de las que por ahí respalda al río.

La joven subió la escalera y se entró a su alcoba.

Veámosla de más cerca.

Un tinte de melancolía bañaba sus facciones delicadas, y cierta pesadez moral empezó a abatir aquel espíritu, bien como al acercarse la noche, va doblándose sobre sí misma el tallo de una flor gallarda. Sin saber por qué estaba agitada y sin saber por qué fue a arrodillarse delante de una imagen que estaba en su reclinatorio, asaz empolvado por la ausencia de meses de la dueña.

La pobre joven estaba encinta.

Crujió entonces el maderamen de la escalera, y figura sombría de Comendador o de rey Hamlet atravesó la sala a grandes

**. Así llamaban en el siglo pasado a la actual calle del Conde. Esta histórica vía ha tenido varios nombres. Gran parte del siglo XVII se le conoció como *calle Clavijo*, porque en ella residía un maestro llamado José Clavijo. Luego se le llamó *Imperial*. Pero, cierto tiempo después de la invasión inglesa de Penn y Venables, se le llamó calle del Conde, en honor del célebre Bernardino Meneses Bracamonte y Zapata, Conde de Peñalva, a quien también debe su nombre el baluarte donde se proclamó la República Dominicana, el 27 de febrero de 1844. Durante gran parte del siglo XIX, la calle fue conocida como *calle de la Separación*. En 1929 se le sustituyó ese apelativo por el de *27 de* restituyó el nombre que actualmente ostenta.

pasos, volvió sobre ellos, la midió muchas veces, miró con tristeza a su hija reclinada en el mueble y con la frente entre las manos como presa de un cruel presentimiento, y avanzó fieramente hasta la puerta.

—Hija —dijo turbada la voz.

Volvióse ésta con ojos espantados, y aún mayor espanto debió de infundirle la faz contraída y surcada de tempestades de su padre.

—Sabe, hija, y no te apenes —continuó sin dejar sus paseos que...

El seno de la pobre niña se alzó hirviendo en angustias, como al pie del patio de la casa violentas olas hinchaban las aguas del Ozama y las del mar, que reventaba en los vecinos peñascos del Homenaje** y de la costa que ciñe la ciudad por el Sur.[5]

—Pues aquel... malvado... tu seductor... ha huido, embarcándose ayer, concluyó entre rugidos el *mantuano*.

La joven miró al cielo, brotaron lágrimas reprimidas de sus ojos, y volvió a bajar la cabeza.

—Sea como Dios quiera —murmuró.

—¡Como Dios quiera!... —gruñó el personaje con un tono y un gesto de espantosa rabia—. Sí, hija, —continuó— ya no hay remedio: pero lo que te suplico es que no te abatas ¡por quien soy!

Y miró a su hija de un modo firme.

La joven dio un suspiro.

El *mantuano* apretó los puños, sin moverse de su sitio y continuó:

—Ese miserable se ha burlado de ti; está bien: la justicia algún día se encargará de arreglarle las cuentas... yo haré lo que me competa. Solamente espero que seas fuerte, y me ayudes a encubrir nuestra honra...

No pudo continuar. Un rugido parecido a un sollozo rodó por su garganta, y se alejó.

Una como atmósfera de sangre y de horror se extendió sobre aquellos lugares.

La joven se dominó, trató de serenarse, y quiso ser más fuerte que su desgracia, como le había insinuado su padre, pues harto lo conocía.

**. Se refiere a la Torre del Homenaje, localizada en la Fortaleza llamada Ozama, en la calle Las Damas. Originalmente esta fortaleza era conocida con el nombre de *La Fuerza*.

II

En la calle que parte de una capillita, la de Los Remedios**, y va a terminar, pasando por el antiguo edificio que ocupó el Hospital militar, antes morada particular, hoy *Casa de Salud*, al nuevo mercado "27 de Febrero", sitio en donde se alzaba aquel sólido arsenal abovedado y de estrecha cúpula conocido por *El Polvorín*, hacia el extremo Oeste y distante tres cuadras de este último punto, se levanta majestuosamente el templo de Nuestra Señora de las Mercedes, con su altísima torre cuadrangular. Esta iglesia es de las más vistosas y sólidas, y como casi todas, no pertenece a ningún orden: es uno de los bellos edificios del *Ciudad Antigua*.

Corría el año de 1823 ó 24.

Noche oscurísima envolvía aquellas siempre desiertas calles, que la imaginación popular poblaba de errantes ánimas en pena y de malhechores.

El silencio de la media era, con todos esos medroso atavíos, profundo, solemne, pavoroso.

Quien por acaso despertaba entonces a esas horas, o a la primera del siguiente día, la una, creían escuchar ayes y ver luces fosfóricas y misteriosas rebrillar por debajo de las puertas o reflejarse en las paredes; con lo que sepultaba la cabeza en las sábanas y almohadas transido de inevitable pavor. Era necesario tener pelo en pecho o estar muy bien confesado para no temblar a tal hora, trancado a piedra y lodo, o aventurarse por esas calles con esgrima de cinco cuartas y capa.

**. Se trata de la *calle Mercedes* y la capillita que menciona el autor es la *Capilla de la Virgen de los Remedios*, también llamada de Dávila, situada en la calle Las Damas justo en el punto en donde comienza la actual calle Mercedes. El lector advertirá que Penson cita otros lugares de la ciudad colonial, muy comunes en su época, pero que ya no existen, tales como el *Hospital Militar* (que estuvo en la calle Hostos, en donde están las ruinas de San Nicolás de Bari) y que luego se conoció como Casa de Salud. Paralela a la Palo Hincado, entre las calles Mercedes y Juan Isidro Pérez, hay una callecita llamada *Polvorín*, que data desde 1870. Desde la época colonial había en ese tramo una sólida edificación que sirvió como depósito de pólvora y municiones, de donde se abastecían las fortalezas cercanas. El pueblo también identificó el edificio como *Fábrica de Pólvora y Almacén de Pólvora*. Luego fue destruido y durante cierto tiempo en el lugar funcionó un mercado público, que se llamó *Mercado 27 de Febrero*.

Frente al templo dicho, vivía en una pobre casa de vetusto aspecto, como son todavía las más de la villa, una mujer del pueblo, comadrona, con títulos profesionales y condecorada, la cual era conocida bajo el nombre de *Señá* Petronila *la partera*.[6] Esta señora y las de su oficio eran los únicos seres que compartían con los guapos el privilegio de desafiar las tinieblas, los muertos y los fantasmas de las históricas calles, obligadas por su profesión.

Y aunque acostumbrados ella, su familia y convecinos a las llamadas nocturnas, esto no obstante, no oían golpes a esa puerta sin que temblasen de espanto los pacíficos moradores; porque antes que seres vivientes por precisión y lógica consecuencia antojábanseles los señores difuntos que a manadas se holgaban por esas calles y a montones debían salir del vecino templo, por supuesto con sudarios y otros arreos mortuorios ¡y eso quién osaba ponerlo en duda! y aun nada tenía de extraño que fuera el mismísimo *Perro patojo*[7] en persona provisto de una medianilla cantidad de azufre. Por ende, el miedo era insuperable oído que fuera el menor ruido del otro lado de la puerta de la calle.

Aconteció que una noche, entre doce y una, fuertes golpes resonaron en el barrio, que aplicaba a la puerta de Ñá Petronila una mano de hierro, tan vigorosa era, y parece que aquel cuya era la tal mano tenía prisa, porque los golpes menudeaban.

Espanto, chillidos, temblor de mandíbulas, rezos entrecortados, de todo eso habría en las moradas de los dignos ciudadanos a semejante estruendosa llamada, que no era la de costumbre.

La Señá Petronila se levantó apresuradamente, no sin los recelos de siempre, y entre desnuda y vestida, sin encender luz, se acercó a la puerta con precaución, porque ella también había temido que la llamada proviniese de falanges y falangetas despojadas de carne, en fin, que no fuese cosa de este mundo, según las creencias de entonces, y así, en vez de preguntar "¿quién va?" dijo, como se solía en casos espeluznantes para tales conjuros, con voz de sochantre semi-solemne:

—Si eres alma en pena, conjúrote...

—¡Qué alma de Cristo! —refunfuñó una voz bronca—. Abra usted, Ñá Petronila: que la vengo a solicitar para una señora.

La comadrona respiró, y vestida ya, abrigada en una manta negra muy ancha de grandes flecos, y de aquella seda magnífica

que no ha vuelto a aparecer por acá, abrió y se puso a disposición del desconocido que venía en busca de los auxilios de su ciencia y de su arte.

Mujer al fin, Señá Petronila trató de ver con quién se las había, y escudriñó a su hombre.

Pero el hombre estaba perfectamente embozado, y sólo pudo distinguir a la vacilante luz de las estrellas, que tenía la tez blanca y era cerrado de barbas. Única señal que ha quedado del horrendo drama de esa noche.

—Vamos —murmuró el desconocido echando a andar, mientras la comadrona acababa de cerrar su puerta.

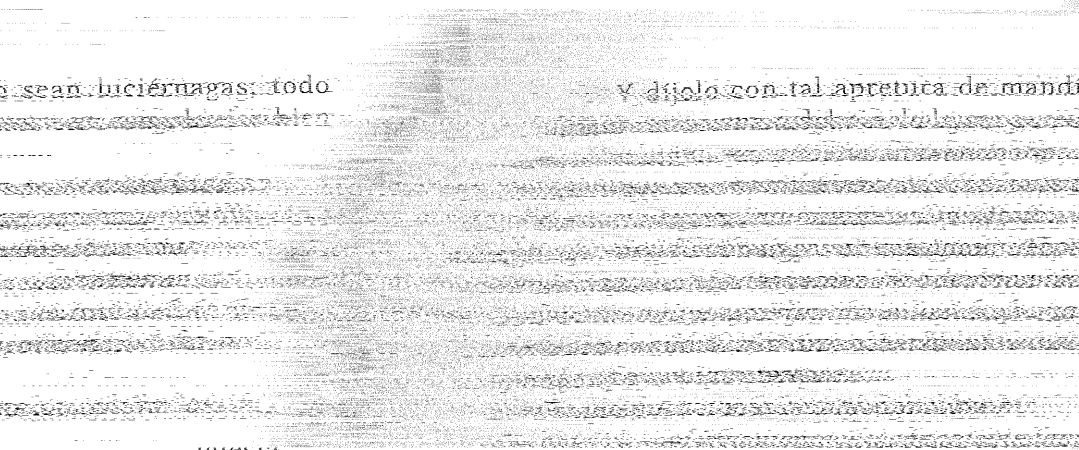
Y reuniéndosele ésta, el desconocido se colocó a su lado con cierta obsequiosa cortesanía que se veía era hábito en él, y empezaron a atravesar las densas sombras de la noche, tropezando con los guijarros y pedruzcos de las incultas calles nuestras.

Tomaron por la de Regina** derecho, y embocaron por la estrechísima plazuela del templo de ese nombre, convertida al presente en pequeño y bonito parque merced a los cuidados del finado Pbro. Don Francisco Xavier Billini, y que está a la derecha saliendo de él.

En el fondo de la plazuela y pegado a los estribos y parte posterior de la esbelta capilla, corre paralelo a las tapias del exconvento del mismo nombre, un angosto y tortuoso callejón que ni siquiera estaba enteramente poblado como ahora; sino con dos o tres ranchos que hacían frente a las tapias del aludido patio.

La hora, el embozado personaje, el templo que entre la espesa sombra destacaba su mole confusa, envuelta en los miedos con que aquellos tiempos circundaban las iglesias y los lugares sombríos o ruinosos, la estrecha plazuela que sólo mide algunos pasos de largo y ancho, semejante al vestíbulo de un sepulcro cuadrado y el torvo callejón, largo, negro, horrible en que parecían fulgurar luces siniestras y oírse crujidos de dientes, al monótono chirrido de los sonoros élitros de los grillos y

**. Actual calle José Reyes, antes llamada de Regina porque desemboca en la Iglesia Regina Angelorum, situada en la Padre Billini. La "estrechísima plazuela" de que habla Penson no es otra que el espacio formado entre la Iglesia y algunas casas particulares, que la gente solía denominar *"callejón de Regina"*, el cual conduce hasta la calle Arzobispo Portes.



iglesia.

—Pero —dijo tímidamente a su misterioso acompañante—, ¿por estos lugares, señor?

—¿Y qué? —replicó a media voz el guía—, ¿tiene Ud. miedo? No tenga cuidado, señora: se pagará bien: adelante.

Dio la Señá Petronila unos cuantos pasos más, pero el negrísimo callejón le hizo una guiñada tal, que la pobre se negó resueltamente a continuar.

—¡Hola! señora ¿pero qué demonios tiene Ud? —exclamó impaciente el desconocido.

Señá Petronila meneó desoladamente la cabeza.

—No doy un paso más, —murmuró con desaliento.

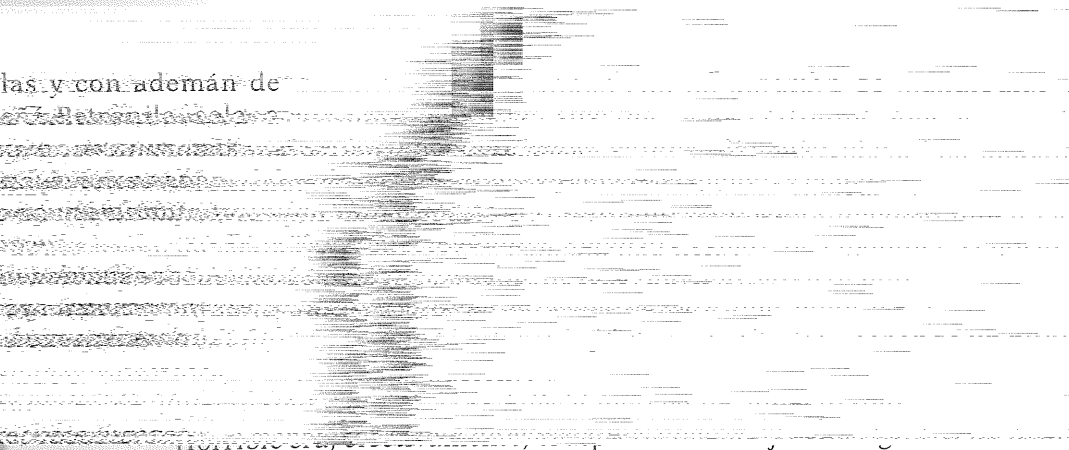
Entre aquellas dos personas y a la entrada del callejón tenebroso se entabló una verdadera lucha, en la que tenía que sucumbir el más débil.

—¿Que no da Ud. un paso más? —recalcó enfadado el desconocido— ¡Vive Dios! señora, que ha de ir Ud. a donde la conduzco, quiera o no quiera.

A tales palabras, el desconocido puso a un lado toda cortesanía, y se plantó, temblándole la espesa barba delante de la consternada Señá Petronila, como disponiéndose a hacer uso de cualquier violento argumento para convencerla de que debía decidirse a navegar por aquel callejón y por el enmarañado y espeso bosque lleno de alimañas y duendes que detrás de él quedaba sobre la misma ribera del mar.

—Pero señor... —se atrevió a implorar la comadrona dando diente con diente, no tanto por temor a los fantasmas, sino por inspirarle ya suma desconfianza el desconocido.

—¡Nada! —gruñó éste—: o sigue Ud., o...



Pasados los dos o tres ranchos que daban frente a las tapias de la iglesia, el terreno que seguía estaba cubierto de raquítica y enmarañada vegetación que se abría en dos dejando un estrecho paso, lo que es hoy el callejón, hasta concluir frente a una casa de mampostería que se ve en su fondo; y al remate de dicho callejón pasaba por delante de la casa de mampostería un camino que formaba con él una perpendicular, extendiéndose de oeste a este; es decir, como bajando del vetusto *Cuartel de Milicias*** que está sobre la misma orilla del mar y yendo a concluir por la vecindad de *La Fuerza y Santa Clara*. A la derecha, viniendo del Poniente, y edificados sobre las escarpadas rocas de la abrupta ribera, quedaban los fuertes de *San Gil, Santa Catalina, San José*, donde hoy se levanta la farola, y *San Fernando*. Desde el Matadero,** que queda un poco más acá de *San Gil*, parte la extensa línea de almenas bajas conocidas por

---

**. El autor menciona varias edificaciones militares de la época colonial. El *Cuartel de Milicias* estaba ubicado dentro de *La Fuerza*, actual Fortaleza Ozama. El edificio, próximo a la *Torre del Homenaje*, servía como depósito de armas o arsenal. En cuanto a los fuertes que menciona, es importante consignar que las murallas que protegían la ciudad de Santo Domingo tenían, según Utrera, 21 fuertes o baluartes distribuidos estratégicamente, a saber: San Gil, De la Concepción, De la Merced, Del Conde, La Caridad, San Lázaro, San Miguel, San Francisco, San Antón, Santa Bárbara, San Antonio, El Ángulo, San Diego, Santa Clara, San Fernando, San José o de Los Estudios, La Fuerza, Santa Catalina, Santa Clara, San Jerónimo

**. En las proximidades de la *Puerta de la Misericordia o Puerta Grande*, en lo que hoy es la calle José Gabriel García y en las cercanías del Fuerte San Gil, cuyos restos se observan contiguo al llamado obelisco "hembra", había un matadero. Plaza del Matadero, le llamaban, y también "de los humillados", porque —según Penson— se usaba para ejecutar a los condenados a muerte

Los Guatiportes, que son dos baterías, de *San Carlos y San Fernando*, las cuales llegan hasta el fuerte de *Santa Catalina*. Dichas baterías forman dos ángulos, recto el uno cuyo vértice mira al mar, y el otro lo mismo, sólo que es entrante, y haciendo frente a éstos, uno obtuso entrante también.

Entre el camino que había que seguir y el mar, o sea, la cadena de baluartes y almenas que defienden esa parte, el terreno estaba cubierto de guayabales, guanábanos, cardos, *bruscales*, cadillos, *piñones*, *tunales (cactus)*, entretejidos por enredaderas de *cundeamor*[9], que formaban grutas bajas para albergue de insectos y lagartos, lo que completaba la selva en miniatura, raquítica y revuelta que cubría toda aquella extensa zona que ocupan hoy las calles de La Misericordia y San Pedro.[10]

De este lado, igual ornamentación.

El camino se hundía entre aquellas plantas mezquinas y rastreras.

Preciso es completar, para cualquier lector semi-romántico, la descripción de estos sitios, que aun de día eran huraños y desagradables, con la escasa luz de las estrellas.

En toda aquella área de terreno no había más edificios que el sólido *Cuartel de Milicias*, extenso cuadrado de muros gruesísimos, como hechos a prueba de bala, que data de la antigua España (la colonial), y dos de mampostería construidos para casasquintas o de recreo, en aquellas soledades amorosamente acariciadas por el rugido del mar y refrescadas por sus cálidas brisas. Una es la que sirve de fondo al callejón, ya mencionada, y la otra, la colindante, habitaciones levantadas por familias pudientes para pasar temporadas, seducidas por lo fresco e higiénico de esos sitios. Más moradas no existían por allí que tres o cuatro bohíos o ranchones aislados provistos de extensos patios.

Avanzaron Señá Petronila y su misterioso acompañante hasta el extremo del callejón, y entrando en el camino de travesía, siguieron en dirección de la desembocadura del Ozama, dejando atrás los fuertes de *San José y Santa Catalina*: así se interna-

---

por la justicia. En cuanto a los Guatiportes o Batiportes, tal y como afirma el autor, eran dos baterías localizadas estratégicamente en los fuertes San Carlos y San Fernando.

ron poco después por una *trilla* practicada entre la maleza y llegaron al pie del baluarte de *San Fernando*. Esta fortaleza, que es la primera, comenzando por el este, de esa línea de ya inútiles fortificaciones, está, a diferencia de las demás, ceñida por el lado que mira a la ciudad, de altas almenas.

El mar roncaba lúgubremente entre las negras rocas de la alta ribera, y de vez en cuando bufaba y silbaba el agua al escaparse acompañada de viento, por debajo de las grietas abiertas en algunas planas más próximas. Saltaba en vaporosas nubes la espuma a cada recia acometida del oleaje, y caía luego sobre la dura grama[11] de la ribera y por sobre los fuertes una como lluvia finísima.

El temor de la pobre Ñá Petronila redoblaba. ¿Adónde se la conducía?[12]

Pasado este último fuerte, y costeando el parapeto que lo une al extremo del costado de la histórica Fuerza por el lado del septentrión, desembocaron ahí mismo en la calle de Las Damas o Colón a cuyo largo se extiende por espacio de tres cuadras, aquel sólido edificio que tiene cubierto el respaldo (hoy fachada principal) de ventanas con rejas.

Así llegaron al fin, conduciendo el desconocido a la comadrona, a la casa indicada en la primera parte.

En ese momento, un hombre, embozado también, asomó en la entrada del zaguán con una linterna en la mano. Parecía ser de inferior condición al desconocido, y hombre de su confianza.

Guió delante.

El desconocido, que no era otro que el *mantuano* de marras, empezó a subir la escalera, diciendo a la espantada Señá Petronila:

—Aquí es: suba Ud. señora. —Y le ofreció nuevamente una mano aristocrática para encaminarla.

Ñá Petronila se santiguó, no sin murmurar para su coleto o para su manta:

—Este hombre debe de ser el mismito Belzebú.

Atravesó, guiada de la mano, corredores y pasadizos y llegó a un patio que se comunicaba con la casa por una puerta pequeña, patio que caía al *Camino de ronda*[13], o era el mismo camino de ronda, comunicación que pocas casas tenían.

Desde allí se dominaba el río, a tiro de pistola de su desembocadura, y del mismo modo se descubría el sesgo

curso del Ozama que doblaba el ángulo rocalloso más próximo de la opuesta margen y los manglares de ésta; así como los dos fuertes que desde aquel sitio corren hasta cerca de la puerta de San Diego, las naves en el puerto, la ceiba añosa y el astillero.

Una ráfaga de aire frío dio en el rostro a la comadrona, que le causó mala impresión, al mismo tiempo que una mano le arrancaba la venda.

Miró a todos lados, y la profunda oscuridad, aquella altura, el monte en frente, el río culebreando y rebrillando en lo hondo, le hicieron darse cuenta de su situación.

Allí, a la luz de las estrellas, vio rígidos y sombríos dos hombres, y cerca de ella a su parturiente: era una mujer completamente embozada.

—Ahí tiene Ud. a esa señora, —díjole el desconocido con tono seco e imperiosa voz—: cumpla Ud. con su deber.

Y con su *a látere* se retiró al rincón más oscuro, haciendo que éste pusiese su linterna a disposición de la partera.

Señá Petronila creía que soñaba.

Aquella sucesión de escenas violentas, los sitios agrestes y solitarios que habían atravesado, el lugar aquel cerrado a la espalda por los altos paredones de la casa, las ceñudas y negras rocas cubiertas de ondulante vegetación, y los abismos que se abrían bajo el parapeto del dicho pasadizo, en frente la masa confusa de árboles y rocas de la orilla derecha, el todo envuelto en la lobreguez de la noche: las ráfagas que zumbaban por sobre los frentes y tejados de la casa, entre sus ángulos y estribos y por sus ventanas abiertas, los grillos que chirriaban entre las yerbas del declive empinado y profundo sobre el río, debajo éste, que sonaba blandamente al abrazar las olas amargas de la embocadura las arenas, y más allá el mar sordo y rugiente; el mismo cielo que empezaba a encapotarse y la pesada atmósfera; todo iba apoderándose de los sentidos de la atribulada comadrona, y sentía pesada la cabeza, torpes las frías manos, y correr en ritmo apresurado su sangre que abandonaba las extremidades.

Ni siquiera osó preguntar el porqué de la elección de tal sitio, y hasta temió no fuera ella misma esa noche a ser pasto de los peces.

Una nube pasó por su vista.

¿Qué significaba aquello? ¿A qué bueno el misterio de que se rodeaba a esa mujer embozada, y quiénes eran aquellos hombres mudos, rígidos y amenazadores?

¿Qué iba a suceder allí?

Y después pensaba con esa reserva y ese convencimiento egoísta de todo ser sociable, ¿qué clase de responsabilidad sería la suya, caso que el pastel llegara a descubrirse? Por último, ese otro ¿era un simple criado o servidor, instrumento pasivo o cómplice del que la había arrastrado hasta aquel sitio?

Pero en fin, séase lo que fuere, la triste necesidad de cumplir con su deber acalló sus recelos.

El mismo temor que ni articular palabra le permitía, hizo a la comadrona desempeñar su oficio con destreza y habilidad.

Pasado un buen rato, durante el cual fúnebre silencio envolvía a los extraños actores de tan singular escena, quedó cumplido el delicado y penoso encargo, y tan feliz alumbramiento dio ánimo a la pobre Señá Petronila, que creyó con esta muestra de su incontestable habilidad, hacerse propicio al temible y para ella desconocido personaje.

Pero ¡horror!

Toma a la criaturita, que lloraba débilmente, y la entrega sonriendo a aquel hombre, esperando que esto fuese de su agrado, y... ¡la pluma se resiste a relatarlo!... el monstruo arrebata al recién nacido por los pies, y antes que nadie se dé cuenta de su acción, sin proferir una sílaba, sin mirarle, hácele girar sobre su cabeza y lo arroja al río.

El niño exhaló en el aire al caer un gemido, y las olas se abrieron con estruendo, tornando a cerrarse sobre la líquida tumba del inocente.

¡Dios! ¡Píntese escena igual! Pónganse de repente a la vista en noche de horrible insomnio los horrores del Circo romano, los ojos llameantes de las fieras, sus zarpas agudas hendiendo el pecho y escarbando furiosas las entrañas, la sangre saltando en chorros como de surtidores de una fuente, y cayendo hirvientes en la arena, la muerte pálida y fría corriendo amarillos velos sobre las gracias juveniles de los mártires cristianos... y no será tan espantablemente horrible como ese monstruo lanzando al seno de las aguas tenebrosas a una criatura que, salida apenas del maternal, espera los acariciadores brazos, el beso delirante del amor de los amo-

res, la ablución de lágrimas regocijadas de la madre que le dio vida...

Y esa madre, no tuvo ni una protesta, ni un grito, ni una voz, ni una súplica para su hijo asesinado a su vista y que le acababa de rasgar las entrañas.

A dejarse llevar por la indignación, cualquiera exclamaría: ¡Hiena! ¡La naturaleza inventó para ti inútilmente los dolores de la maternidad, que preparan a la inefable fruición del amor de madre!...

¿No es de presumir que la infeliz joven estuviese bajo la presión del indómito carácter de aquel hombre, y de ahí su resignación inconcebible, o imbécil conformidad? Acaso le comunicó a ella el crimen que meditaba y la obligó a consumarlo; y pasivamente tendría que sujetarse a lo que quisiera su padre. ¡Como que se trataba de casos de honra, de negra honrilla, de míseros respetos humanos! O tal vez sería su cómplice infame.

Todo es suponer en estos relatos.

Sin embargo de lo dicho, la naturaleza se resiste; aunque ha habido madres capaces de ahogar con sus propias manos y enterrar a sus hijos recién nacidos. Si el padre había cumplido fríamente su propósito de encubrir la desgracia de su hija con hecho tan insólito, y ella se vio compelida a secundarle, ¿cómo no consintió esa madre morir antes que su hijo o junto con él a manos de su airada fortuna? ¿Cómo tuvo límites tanta resignación imposible de concebir? Una madre en tales extremos muere con su honra y su hijo en un punto; pero no ve en silencio perecer al inocente.

La pobre comadrona se sintió desfallecer, y un aro de hierro oprimió sus sienes: creyó volverse loca la infeliz.

Ella sola era persona humana en medio de aquella caterva de demonios.

Apretóse la frente entre las manos, y gritó como ebria sobre sí misma poseída de todo el horror de la salvaje tragedia. Quiso gritar, trató de huir...

El hombre sacó del gabán un largo bolsón de dinero que dejó en las manos de la Señá Petronila, quien no sabía lo que le pasaba.

—Oiga Ud., buena mujer, —le dijo en voz baja, sombría y amenazadora, mirándola con ojos feroces en que brillaban los reflejos de infierno de su inicuo espíritu— cuidado con revelar

nada de lo que ha visto. Yo la alcanzaré dondequiera que Ud. se meta, y ¡ay de Ud. entonces!..... ¡Vaya usted con Dios!

Dijo, y conduciendo, o más bien cargando en peso a la tapada, se perdió en la oscuridad del interior de la casa, no sin antes hacer una seña de inteligencia al servidor, quien vendó de nuevo a la comadrona.

Todo esto pasó en menos tiempo del que se cuenta.

Acto continuo, el servidor arrebató a Señá Petronila, y la condujo por los corredores y escaleras.

¿Por qué no lo haría siguiendo el Camino de ronda para salir por detrás de La Capilla a la misma calle de Mercedes? Acaso temía que viniese una ronda en ese momento y los atrapase, o algún indiscreto, que es lo más seguro, estuviese por allí, viese de donde salía la partera y husmease el busilis.

Al llegar a la puerta, lo que advirtió Ñá Petronila por el frío relente de la noche, una idea luminosa atravesó el caos de las tristes y espantosas que se revolvían en su cabeza calenturienta, al sentirse húmeda aún la mano de la sangre proviniente de la operación practicada.

Hizo como que tropezaba y tanteó la maciza hoja de caoba del portal, fingiendo apoyarse en ella, e imprimió allí con fuerza su mano.

La mancha de sangre quedó allí fija, como marca infame que la honradez estampaba en la casa maldita.

El sabueso que la acompañaba le hizo dar vueltas y más vueltas en esa calle, y por fin la puso en camino, sin abandonarla durante un largo trecho; quitándole entonces la venda.

La pobre Ñá Petronila fuese dando tumbos como ebria por esas calles, guiada por el instinto, y cuando llegó a su casa, cayó al abrir la puerta cuan larga era, como si un superior aliento la hubiese sostenido hasta entonces sobre sus pies, y el oro que le habían dado se esparramó por la estancia, haciéndola estremecer el para ella lúgubre sonido que despedía.

El horror de la espantable escena parábasele delante, la ensordecía y trastornaba su mente.

Señá Petronila no durmió esa noche

Pesaba sobre su espíritu la sombra de tan increíble crimen, y estaba resuelta a denunciarlo, sin hacer caso de amenazas.

Las del misterio continuaron envolviendo el drama de la calle de Las Damas.

Al siguiente día muy temprano, Señá Petronila, sin decir palabra a nadie, se puso en marcha, anhelosa por descubrir en dónde se ocultaba tan horrendo suceso.

Tejió la ciudad toda en un momento, y yendo por la misma calle, distinguió confusamente a lo lejos una mancha extraña que marcaba los cinco dedos de una mano.

Era la mancha de sangre.

Experimentó un escalofrío agudo, y se acercó, quedándose parada delante de la cerrada puerta, transida de pavor.

La puerta estaba denunciando el crimen. Y asombro imposible de describir paralizó los movimientos de su corazón.

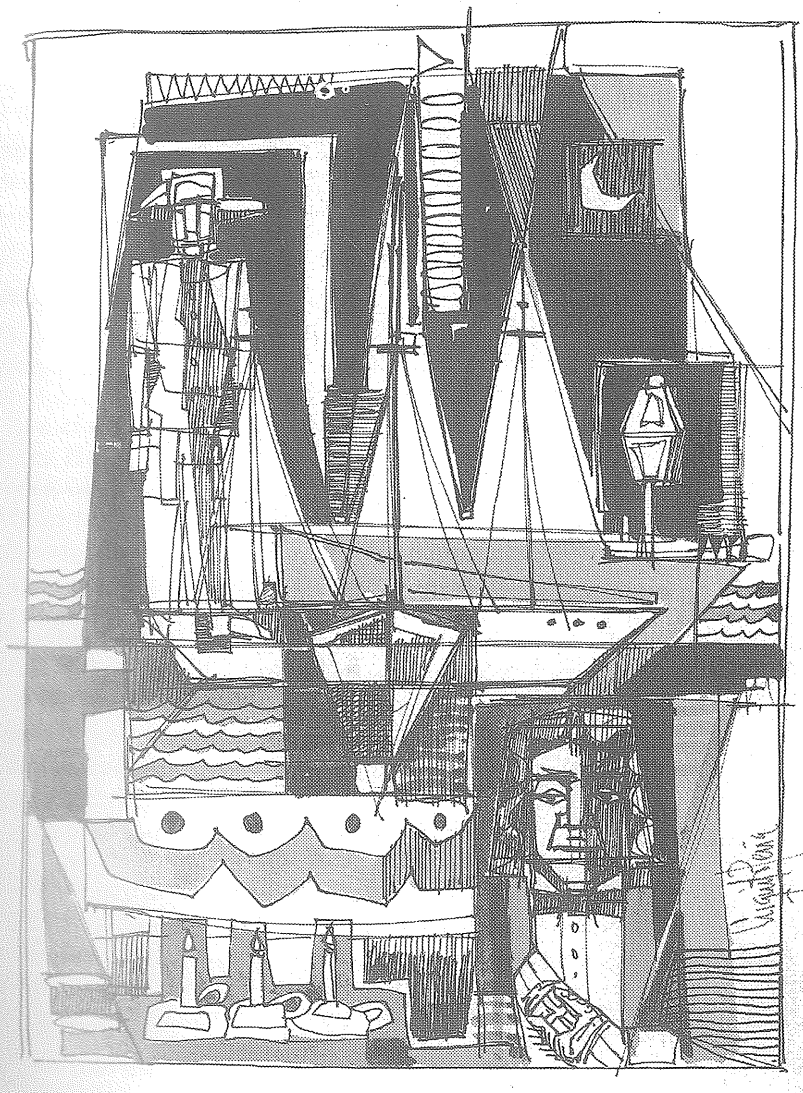
¡Aquel *mantuano* había sido el autor de tamaña iniquidad!

Cabizbaja y triste volvió a su casa.

A nadie reveló el secreto, ni menos denunció el crimen como se proponía.

Mas cobró tal temor a las tinieblas, que no volvió a salir de noche, sino cuando la iba a solicitar gente de ella conocida, y esto previa inspección, lanza en mano, que hacía un su deudo anciano con quien desde entonces se acompañaba, y también dicen que un *gendarme* (recuérdese que era época haitiana) la escoltaba, y el cual había de llevar un farol para alumbrar el camino.

Febrero de 1889



Bajo cabello.

BAJO CABELLO
O
UN RASGO AUDAZ

Episodio

Era el año de gracia de 1844, época en que hervía la guerra contra Haití, y estaba de plácemes el patriotismo por gustar de peleas, que eran siempre triunfos y humillaciones para el intruso invasor de ultrafronteras.

Finalizaba el mes de diciembre.

Las revueltas olas del ancho y obstruido puerto de la ciudad que se asienta a las faldas de Isabel de Torres, sonaban por sobre la arena de la playa, o ya era el ruido del oleaje el que se oía estrellándose contra las negras rocas de la punta peñascosa de barlovento en que estriba la sombría fortaleza y prisión de "San Felipe".

En su rada, veíase un bergantín-goleta de más que mediano porte y de vetusto aspecto y harto maltrecho que, a juzgar por el largo gallardete tricolor que ondeaba arrogantemente en uno de sus encorvados masteleros, la vieja y raída bandera de cruz y cuarteles en la cangreja de popa, durmiendo con indolencia entre sus pliegues, la boca de sus carronadas de babor y estribor que asomaban ceñudamente por las portas, y una larga y pesada coliza tendida perezosamente sobre el puente, envuelta en su

abrigo de lona curtida que apenas dejaba ver la convexidad de su lomo por sobre la obra muerta, se venía en cuenta de que aquel era un buque de guerra nacional que formaba parte de la flota organizada con tanto primor por el Almirante Cambiaso.**

Manteníase a la vista del puerto, bordeando a veces, y en expectativa de los acontecimientos del Cibao que quería proclamar al grande y noble DUARTE Presidente de la República, por efecto de los trabajos revolucionarios del prócer Ramón Mella. La flota había estado allí por lo que pudiera suceder, y en su ausencia, el bergantín había permanecido vigilando.

Pero llegó un día en que se levantó al cabo sobre las rizadas ondas del puerto, viró lentamente y puso no sin cierta gallardía la proa al Norte.

A par que las órdenes se multiplican, los ágiles marineros trepaban a las jarcias a soltar velas, crujía el ancla con pausado son y un ligerísimo terral iba impeliendo la nave.

Llamábase el bergantín *El San José*, recuerdo de la batalla del *19 de marzo, de Azua y San José*, la primera librada y ganada al invasor con soldados improvisados, y que es, como se ve, una trinidad de apelativos, sin duda porque fuese más gloriosa.[1]

Montaba dos cañones por banda y una coliza, con ochenta y cinco hombres de dotación por aquellos días, pues nuestras tripulaciones no eran fijas sino las que las circunstancias requerían; y en cuanto a los jefes y oficiales eran una heterogeneidad de nacionalidades reunidas bajo el uniforme y el pabellón de la última recién creada.

El comandante era portugués y tenía por nombre Ramón González, diciéndosele el *Portugués*: hombre como de cuarenta años, moreno y además requemado por el sol, de regular estatura, y que usaba bigotes.

El segundo comandante se llamaba Cayetano Bárbaro, italiano; rechoncho, bajetón, poblado el rostro de barbas. El oficial que seguía se llamaba José Echavarría (a) *El Encantador, viz-*

**. Juan Bautista Cambiaso (1820-1886). Natural de Génova, Italia. Se estableció en el país durante la Dominación Haitiana. Se dedicó al comercio marítimo. A raíz de la Separación se integró a las filas independentistas y estuvo al frente de la primera flotilla de barcos de la República Dominicana. Durante la guerra domínico-haitiana comandó la goleta *Separación* y por su arrojo y contribución a la causa independentista obtuvo el grado de General. Se le considera como uno de los fundadores de la Marina de Guerra Dominicana.

caíno; de regular estatura, rechoncho, que unas veces usaba barbas y otras bigotes[2], y por no nombrar otros, el jefe de infantería de marina, Matías Osorio.

Vestían el uniforme que usaban los oficiales superiores de marina, consistente en casaca con cuello, vueltas y vivos azules, áncora bordada de hilo de oro en el cuello, las faldillas y en la pala de la charretera, botón de áncora dorado y calzón blanco.

Después de varios días de navegación lenta y enfadosa llegó la noche del 24 de diciembre.

Noche de diciembre, y fría, aunque hermosa, como que a las doce debía cantar el gallo de pascuas; lo que quiere decir que era Noche Buena.

Clarísima luna tendía sus suaves rayos sobre las crestas blancas de las olas azuladas y aun tibias con el sol de los trópicos.

Calma, esa calma llena de rumores extraños de la Naturaleza cerca de la medianoche, calma meditativa, diremos, ni siquiera dejaba a la brisa cálida del mar holgazanear silbando entre las verjas viejísimas del carcomido navío.

Era la hora en que había ruido y algazara en las ciudades en donde se preparaban para la fiesta tradicional expansiva de esa noche de universal regocijo y francachela, fiesta de hogares, y habíala también ¿y por qué no? a bordo de *El San José*.

Cuatro pasajeros hacían la travesía hasta la Capital; y como el Comandante, su oficialidad y tripulación no querían ser menos que nadie, preparábanse a celebrar dignamente la Noche Buena, tan dignamente como era de esperarse sobre el puente de un navío de la República y de tan dignos comensales.

Con decir que el Comandante era portugués, el otro italiano y el otro natural de Vizcaya, ya se supondrá si resolvería tan latina gente celebrar la Noche Buena con resolución heroica.

Los preparativos del zafarrancho de combate para semejante empresa habían principiado a bordo desde muy temprano. Grandes postas de carnes del norte, con aditamento de patatas con profusión, galletas, arroz, queso, y los criollos y sacramentales pastelitos de harina y *catibía*[3] que se oían armoniosamente chirriar en lagos de manteca, estaban pasando por las manos de grumetes y cocineros, para ser remojado todo con mucho aguardiente; sin que por eso faltaran los vinos generosos que mal podían faltar donde estuviesen reunidos un portugués, un español y un hijo de los Alpes.

El tambor, repicado incesantemente, no dejaba al fin y al cabo de ser música grata, a falta de otra mejor, para aquellos hombres; mientras que en larga mesa, cubierta de tosco y grueso mantel de lino, iban tomando puestos los manjares, la añeja ginebra, el Oporto, el Burdeos, el Pedro Jiménez, el Jerez de la Frontera y otros añejos licores.

Con la sosegada marcha del buque, parece que aumentaba la alegría de sus tripulantes y también el apetito, estimulado por las copas que comenzaban a paladearse en calidad de preludio de la opípara cena; sin acordarse para nada, atentos sólo a meterse de hoz y de coz, como decía Cervantes, en su orgía de Navidad, de los dos elementos de destrucción que tenían delante: el mar, a que no bastarían las viejas tablas del bergantín, que comenzó a hacer agua desde la salida del puerto, tanto que se veía como entraba en la sentina y había que estar mudando guardias en las bombas, y las velas haitianas para las que sobraban cañones y valor.

¡Así es el hombre!

Con luna hermosísima, con prematura borrachera de franca alegría, mediante la cual se las prometían felices los que tripulaban *El San José*, no esperaban más que una Noche Buena rumbosa. Ni era parte a que se mezclase ninguna importuna pena a tanta satisfacción, el monótono ruido de las bombas extrayendo el agua que caía lúgubremente al mar.

Un centinela a proa vigilaba el horizonte, y a su pesado paso quebraba la luna sus rayos sobre la bayoneta de su carabina.

El bergantín, como si un nuevo hálito de vida hubiese corrido por su vieja arboladura, parecía animarse a influjo del regocijo de los tripulantes.

El tambor seguía tocando alegremente, agotado ya el repertorio de sus dianas melancólicas.

La mesa estaba llamando: destapábanse las botellas, alineábanse banquetas; el Comandante invitaba con su ejemplo a sentarse y esgrimir tenedores; y los convidados se relamían de gusto, habiendo ya quien empezara a atacar, como en más felices Noches Buenas pasadas al calor del hogar, los olorosos e incitantes pastelitos; cuando un grito vigoroso, estridente, alarmante, pero firme y varonil, como salido al fin de pecho que el deber anima, hirió los oídos, suspendió el aliento a todos, y heló de espantos a no pocos.

El centinela había lanzado aquel grito:

—¡Tierra a proa!

¿Pero quién podía entender bien en aquel momento esa voz de alarma?

Todo el mundo creyó que cuando menos una flota haitiana estaba a la vista.

Instantáneamente los artilleros corrieron a las piezas y brillaron las mechas de azufre, y los oficiales acudieron a ocupar sus puestos de combate.

—¡Tierra a babor! —gritó otra vez el centinela.

—¡Tierra a estribor! —volvió a gritar, como si no le diese tregua aquello que parecía una visión del infierno, o un encanto de Circe.

Aquellos tres destemplados gritos fueron coronados por otros más terribles aún salidos de todos los pechos consternados:

—*¡Bajo Cabello! ¡Bajo Cabello!...*

Semejante exclamación hizo el efecto de un "¡sálvese el que pueda!"

Decir *Bajo Cabello* era decir el *Maelstrom*.

La confusión fue espantosa.

En un instante brillaron cien puñales y pistolas en las manos de oficiales, soldados, marineros y pasajeros, dispuestos a disputar los botes y con ellos la vida; porque como en naufragio inminente o como en un incendio a bordo, la salvación parecía imposible.

El brutal pero consiguiente instinto de conservación, iba a convertir el antes alegre y tranquilo puente de *El San José*, en un teatro de trágicas luchas...

Pero ¿qué era aquello?

El mar seguía en calma, la luna rielaba más clara que nunca. ¡Ah! es que al frente, alrededor, a popa, por todas partes, hervía el oleaje sobre las pérfidas rompientes, a veinte o treinta varas unas de otras, y parecían querer asomar sus negras cabezas a flor de agua horribles escollos, semejantes por el terror que inspiraban a los peñascos de la isla en que la encantadora Circe tenía encadenados a incautos navegantes atraídos allí con su magia y por ella convertidos en fieras montaraces.

En efecto, descuidado el buque, había entrado en aquel laberinto de arrecifes en que las olas irritadas estrellan las embarcaciones, y de donde no se tenía noticia que hubiese escapado nave

alguna. El terror debió por consiguiente ser a bordo de *El San José* muy parecido al que experimenta el marino arrastrado lentamente a segura muerte por el remolino hirviente del vórtice tremendo de las islas de Loffodem en las costas de Noruega.

Una voz de mando enérgica y amenazadora dominó la confusión y el espanto que reinaban sobre cubierta.

Silencio de muerte siguió.

Los ánimos se sintieron avasallados por la energía de aquella voz.

Era la del Comandante del bergantín, quien, por un rasgo audaz poco común acudió a conjurar primero la tempestad humana próxima a desatarse en olas de sangre, para después, si se podía, conjurar las sirtes.

Trepó ágilmente por el palo de trinquete hasta la cofa y apuntó dos pistolas sobre las cabezas agitadas por la fiebre del miedo y del delirio que ondulaban sobre el puente, más amenazadoras que los escollos mismos, aferradas las manos a las bordas con la crispación de la agonía.

—¡Quieto todo el mundo! —gritó el audaz comandante—, ¡o abro la cabeza de un tiro al primero que se mueva!...

La voz que caía de lo alto, como del cielo, contuvo e intimidó a todos.

—¡Yo respondo del buque! —gritó de nuevo—. ¡Muchachos, a la maniobra! ¡Firme al timón! —seguía mandando desde la cofa—: ¡orza!... ¡derriba!... ¡orza!... ¡derriba!...

Esto diez, veinte veces repetido por la enérgica voz de mando vibraba en los atribulados espíritus como un clarín de guerra que alentase su valor, y quizás también si como el eco de la trompeta del juicio final, que al último ¡*derriba*! sería para ir derecho a abrirse el inseguro navío sobre la roca más próxima.

El buque, metido literalmente en un tejido de temibles rocas y combatido por las olas, haciendo más agua, mucha más que de ordinario, amenazaba con dejar en aquel lugar sus tablas a la primera caricia de los escollos.

La muerte estaba allí divagando, muda y fría.

¿Quién podía arrebatar ya su presa a las sirtes?

Y mientras tanto, la luna iluminaba tranquilamente las aguas que espumeaban sobre los arrecifes, y tranquilo, suave y perfumado terral bañaba los rostros fríos de angustia y sudorosos como con las últimas ansias de la agonía.

Mas como si algo estuviese empeñado en arrancar aquellas tablas podridas a la común suerte de cuanta embarcación había sido arrojada allí por las corrientes impetuosas que corren por esas costas, un chubasco *de adentro* (como dicen nuestros marinos para significar que viene de tierra) se desató en ese instante, lo cual favorecía la atrevida maniobra que se estaba ejecutando.

El bergantín, vigorosamente impulsado y dirigido por serenidad de héroe, obedecía a su pesar, como si le pluguiese acabar allí de una vez, y hasta las sirtes parecían respetar la indomable fuerza de voluntad del que les arrancaba tan fácil presa.

Destejiendo pues rocas, esquivando unas, enderezando recto sobre otras y laceándolas rápidamente en aquella incesante maniobra de orza y derriba, salió *El San José* de aquel *devoradero* ileso, gracias en primer lugar a la claridad de la luna, sin la cual la ruina era inevitable, y luego a la firmeza del comandante; aunque las bombas se agitaban vivamente y arrojaban furiosas gruesos chorros de agua por el mal estado de las tablas bajo la línea de flotación.

Un grito de alegría resonó sobre cubierta.

—¡Nos hemos salvado!... ¡Viva la Virgen![4]

Volvió a renacer la calma, tornó la confianza, pero nadie pensó ya en comer.

La Noche Buena había terminado, sin comenzar, harto tristemente para los antes alegres tripulantes del navío de la República, *El San José*.

Hay cierta complacencia en considerar el peligro de que se ha librado bien; y así fue que, al intenso brillo de la luna, gracias al cual, según ya dijimos, logró salir por un prodigio sano y salvo el buque del temible *Bajo Cabello*, pudieron sus tripulaciones mirar a su babor aquel sitio, tumba de tantos navegadores.

¿Cómo habían sido arrojados allí tan sin sentirlo? Por la fuerza extraordinaria de las corrientes que hay al Sur de nuestra Antilla y Puerto Rico, y que toman mayor impulso al doblar a Cabo Engaño. Así es que una embarcación que venga del Norte por ejemplo, como *El San José*, tiene que bajar hasta el *Desecheo*, llamado por algunos geógrafos *Zaqueo*, islote próximo a Puerto Rico, y derribar en dirección de Cabo Engaño[5] que

no en balde llevará tal nombre, con la precaución necesaria para no ser arrastrado por las corrientes e ir a dar derecho sobre los arrecifes del bajío temible; todo lo cual, a la verdad, semeja en pequeño el *Maelstrom*, aunque parezca atrevida comparación, hasta por la circunstancia de que ningún buque, o rarísimo, al decir de las gentes, como *El San José*, ha escapado de aquel peligro. Tal es la razón porque no hay en la isla costas más de temer que las vecinas a la Saona y las de esta misma.[6]

Al día siguiente (estaba escrito que no habían de gozar de un momento de reposo, ni en día de fiesta clásico, los tripulantes de *El San José*), pescóse a bordo una hermosísima *picúa*,[7] con cuyas tiernas carnes pensaban resarcirse de la malograda cena de la pasada Noche Mala.

Pero el diablo tenía dispuestas las cosas a su modo.

Vio el pescado un pasajero prudente y notó que vertía demasiada sangre al cortársele la cabeza.

—¡Verá Ud.! —decía a éste alegremente el Comandante y frotándose las manos—, ¡qué opípara comida vamos a tener hoy!

—¡Uhh! —respondió el prudente pasajero torciendo el gesto y meneando la cabeza—, ese pez está malo, hará daño. Yo no cato en él.

—¡Qué hombre!

—¿Qué? picúa que echa tanta sangre, no puede menos que estar *aciguatada*.[8]

Arreglóse admirablemente el pescado, y sentáronse a comerlo con tanto mayor gusto cuanto grande había sido el desagrado de la noche pasada.

Todos, menos el precavido pasajero que pronosticara el daño que el pescado haría, sufrieron las consecuencias de su imprudencia. Yacían tendidos aquí y allá, quejándose del malestar que experimentaban.

Y omítese lo demás, como aquello de disputarse cierto puesto y tener que arrojarse fuera de la borda agarrados a los obenques o a un caritativo cabo que mantenía sujeto algún pacienzudo marinero.

No faltó tampoco alguna broma pesada que viniera a dar al traste con la salud de un miedoso.

Conocido por algunos oficiales que uno de los pasajeros... S, no era hombre de pelo en pecho, hicieron correr la voz de que un aburrido había colocado por maligno gusto un paquete de fósfo-

ros, de aquellos fósforos que eran todo azufre, en la mismísima santabárbara que estaba repleta de municiones. Como el miedoso pasajero dormía junto con los demás en la cámara sobre la dicha santabárbara, se espantó de un modo tal que, refugiado en proa y trémulo como un azogado, decía a otro:

—Compañero, volamos, volamos sin remedio... ¡Sí ya me da el olor a pólvora!... Los fósforos deben estar encendiéndose... ¿No sientes?...

Y de resultas, cayó enfermo el pobre hombre con fuertes calenturas.

Por fin, avistóse la *Ciudad Antigua* y, tras de tantos malos días y peores noches, no faltaron más sustos a los desventurados viajeros.

Hacía el condenado *San José* agua a más andar, y el entusiasmo repentino del Comandante por poco da con sus huesos en el fondo a vista del puerto.

Notáronse muchas señales de gran movimiento y algazara en la ciudad, cosa que extrañó a todos, sin saber a qué atenerse, y temiendo un percance, dados los vuelcos y caprichos de una antojadiza señora que dizque política llaman unos pueblos en infancia política del Nuevo Mundo, y que nos trae a mal traer va ya para medio siglo.

—¿Qué diablos ocurre en la Capital? —preguntaron al práctico que acababa de subir a bordo.

—Que hay fiestas por la proclamación del General Santana, —respondió indiferente el curtido práctico, cual si se le diese un comino de todo lo que no fuese cosas de mar.

El entusiasmo del lusitano Comandante no reconoció límites.

—¡Cartuchos sobre cubierta! —ordenó con voz estentórea.

Inmediatamente los servidores de las piezas pusieron éstas en batería, los oficiales del arma desenvainaron sus sables, mientras los grumetes arrojaban de mano en mano desde la santabárbara una nube de *garbusos*.[9]

Las cuatro carronadas enviaron al espacio alternativas andanadas, y la colisa asomó por sobre la borda su largo cuello y aulló alegremente en obsequio de la proclamación del *Napoleón Dominicano*, como llegó a llamarse a Santana.

El pobre *San José* se estremecía como hombre atacado de un paroxismo, bajo el formidable retemblido de sus cinco caño-

nes; y a cada detonación, esperaban los tripulantes ver abrirse aquellas mal seguras tablas y bajar el buque con el peso de su artillería y armamentos al profundo abismo.

Caro hubiera podido costar a los viajeros el entusiasmo del Comandante, a fuer de buen parcial, cerrado e intransigente, de aquel caudillo.

Entró pues el buque en la rada disparando andanadas sobre andanadas, y el último cañonazo más acá de la embocadura del río, fondeando a eso de las diez y media de la mañana en medio de él.

No bien había caído el ancla, llegó un ayudante del Presidente de la República al muelle.

—Que ningún pasajero desembarque, —dijo—. Es la orden que traigo.

Miráronse asombrados los cuatros que allí venían con el temor consiguiente de haber incurrido en el enojo del *Supremo*.

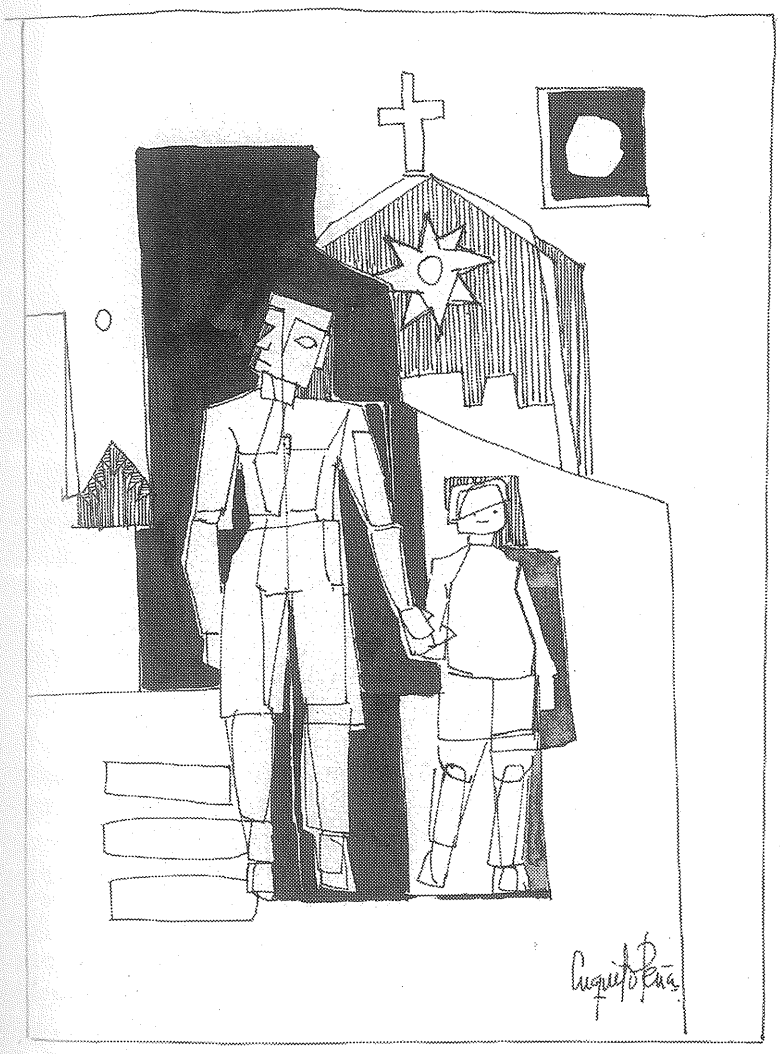
Serían las tres de la tarde, cuando los consternados viajeros vieron aparecer por la escultural puerta de San Diego, uno de los recuerdos históricos que dejó D. Diego, el primogénito de Colón, al mismo oficial ayudante, irreprochablemente uniformado, muy tieso y contoneándose, como todo el que gusta de remirarse: llamábase el capitán Polito.

Hizo bajar a los cuatro pasajeros, y condújolos por la cuesta de San Diego hasta la extensa plaza de la Catedral o de Armas, al palacio de Gobierno en ella situado. Llegaron por la escalera principal hasta la reducida antesala y sentáronse allí en un escaño que había, a esperar que se dignasen echarlos en una mazmorra, víctimas al fin propiciatorias de la política banderiza y despótica de entonces.

Tres de ellos desfilaron para la negra y cuadrada *Bastilla* que se levanta a orillas del mar, sobre la embocadura del río, y es el celebérrimo torreón del Homenaje, entre un destacamento que había venido a buscarlos.

Este fue pues el viaje de aventuras del bergantín de guerra *El San José*, que a pesar de su mal estado, continuó haciendo útiles servicios.

Noviembre de 1888.



Barriga Verde.

BARRIGA VERDE

Tradición

A fines del siglo pasado, vagaba por las calles de esta histórica y "muy noble" ciudad de Santo Domingo, un pobre muchacho que parecía ser peninsular, sin paradero fijo y sin alma cristiana que por él fuese.

No se sabía cuándo ni cómo ni de dónde había arribado a estas hospitalarias playas. Solamente se aseguraba que había sido robado en España y traído aquí, no se sabe por qué motivos, en algún buque de los que por rareza se aparecían por estos puertos.

Su edad dicen que no pasaría de cinco o seis años, aunque acaso llegaría a diez. El inclemente clima de la isla había hecho fácil presa en el abandonado niño; y las fuertes calenturas que le consumían, relajando su organismo, le habían proporcionado protuberante vientre y mortal color a su fisonomía.

Y, o porque estaba cubierto con camisa hecha jirones que dejaban ver sus venas azuladas verdeando sobre el blanquísimo cutis de su vientre, según opiniones, o, lo que es más corriente, porque vestía un viejo y raído chaleco de paño verde; el caso es que los ociosos muchachos de la época con su habitual malignidad de *gamins*, bautizaron a su indigno colega con el ridículo y expresivo mote de *Barriga Verde* y con el

calificativo de *barriga de tamborí*[1], nombres por los cuales era generalmente conocido.[2]

Un día, un pacífico habitante de la *Ciudad Antigua*, hombre de color, y de los que para entonces llevaban holgada vida aun estando en concepto de pobre, pero de los sanos y piadosos ejemplos de hombría de bien tradicional que en esos tiempos no escaseaban, trabajaba activamente en su taller de zapatería en que se hacían aquellas chanclas de cordobán que usaban ricos y pobres como el mejor calzado, los últimos singularmente. Otros dicen que era sastre.

Junto al taller, tenía un tenducho o pulpería, y hay quien diga que era hombre acomodado. Moraba por el hoy llamado callejón de la Esperanza,** en una de esas casitas terreras vetustas que aun forman la mayor parte del caserío de la Capital, y que se ve todavía pasadas dos casas de una esquina, en la calle del Comercio, a la entrada del dicho callejón y a mano izquierda.

Un día, decimos, en que estaba entregado a sus ordinarios quehaceres el artesano, su mujer, que había salido por casualidad a la puerta de la calle, entró muy compungida y llena de esa caritativa conmiseración que inspiraba el prójimo en tiempos en que el prójimo era aún persona humana.

Entró pues la buena mujer, y suspendiendo el viejo su ruda tarea, oyó lo que ésta le decía:

—¡Ay! *taita Polanco*, —que así le denominaban, y como llamaban entonces a padres y abuelos— mira que ahí, en la calzada, está un pobre muchacho blanco, enfermito, enfermito ¡el pobre! Está tiritando de calentura.

Era el dicho habitante del temperamento que aquí somos todos, es decir, generosos y hospitalarios a carta cabal.

Así fue que dejando sus herramientas, se llegó al muchacho compasivamente, y reconociéndole, movióle con suavidad y le dijo:

—Eh, *Barriga Verde* ¿qué tienes, estás malo?

El niño apenas respondió con un débil gemido, y continuó temblando de frío.

—¡Pobre muchacho! —murmuró el taita Polanco.

**. Penson se refiere a la actual calle Luperón, que se inicia en la Isabel la Católica, antigua calle del Comercio, y termina en la calle Mercedes. Luis E. Alemar señala que esta vía fue conocida más como *callejón* y que tuvo varios nombres. En 1859 se le llamó *La Esperanza*, pero a partir de 1897 fue oficialmente designada como calle *General Luperón*.

Y ayudado de su mujer, tomó por debajo de los brazos al abandonado muchacho y lo entraron en su morada, en que ya le había hecho preparar en un aposento cómoda cama con una estera de juncos y pieles.

Allí se rebujó en una vieja frazada el chicuelo dando diente con diente.

—¡Pobre muchacho! —repetía el honrado taita Polanco a quien hacía coro en su compasiva exclamación toda su digna familia, mientras mandaba disponer ciertas pócimas caseras con que se proponía medicinar a su protegido.

Y tal fue la virtud de las pócimas, y tales los cuidados que con el pobre chico se tuvieron en aquella humilde y bendita casa, que en breve *Barriga Verde* se restableció, y se quedó a vivir bajo tan hospitalario techo; prodigando su afecto a toda la familia y apellidando *papá* al buen hombre.

Dicen que la señora se encariñó con él y que desde el primer momento, mandó hacerle a una vecina, de unas poyeras suyas, un sayón como de muerto, cuenta uno de los que refieren esta verídica historia, a fin de trocarle por el pronto al chico sus harapos y callejero traje, por algo más decente. Laváronle y peináronle esmeradamente, y como que tenía perdida la cabeza de piojos, y en vano habían probado a meter el peine en lo que fueron guedejas de rubio cabello, optó el honrado taita Polanco por llevarle a la barbería de enfrente en la cual le rasuraron.

Luego satisficieron su hambre con buenas comidas de aquellas sabrosas de la época, remojadas con suculento chocolate y jengibre de la tierra.

Era el niño, al decir de unos deudos sobrevivientes del honrado menestral, lo que se llama un botón de rosa: muy blanco, sonrosado, de ojos azules, pelo rubio, nariz perfilada, cara redonda y lleno de carnes. Parecía inteligente.

Razón de más eran tales prendas para acrecentar el afecto de la familia y singularmente del digno viejo hacia la abandonada criatura.

¿Quién era ésta?

Ni él contó nada de su vida, porque ni siquiera sabía cómo lo habían traído de España, ni qué tierra era ésta ni menos persona alguna podía dar informes de él.

La familia le rodeaba de atenciones y cuidados, tratándole como a un príncipe.

El viejo taita Polanco se hacía acompañar de su niño para ir al mercado, le puso a la escuela, y mañana y tarde le llevaba y le traía, como temeroso de que le arrebatasen su prenda, educándole él por su parte en los rígidos principios de buena moral conforme a las costumbres de aquellos venturosos tiempos. No se apartaba un instante de su protegido, pero ni su protegido de su bienhechor, siendo el uno la sombra del otro; y así se les veía ir a misa, asistir a las fiestas religiosas de barrio y en todas partes.

No hay que decir que la anciana señora estaba clueca, y que en las veladas se lo ponía junto a sí mientras ella hilaba o repasaba el rosario, enseñándole a mascullar larguísimos rezos.

La gente se había acostumbrado a ver al honrado menestral taita Polanco y su postizo hijo, y admiraba también el aspecto distinguido del último y su preciosa carita.

Falta hacer notar que tiempo después de estar aquí el desamparado niño, llegaron unos *papeles*, como dicen los antiguos, que sin duda eran reales provisiones o requisitorias para que se buscase a un niño muy principal que había desaparecido de la Corte de España, requisitorias que, dicen, se dirigieron a todos los dominios españoles; perdida ya, parece, la esperanza de encontrársele en la península.

¿Pero se fijarían los sencillos habitantes de Santo Domingo, y muy singularmente los postizos padres del niño, en tal coincidencia?

No es probable.

Y aquí entra nuevamente el misterio.

Llegado era el momento de la cruel separación, en que debía restituirse al niño a su hogar y su patria.

El cómo sucedió, nadie lo sabe. Quién conjetura que, naturalmente, las autoridades reclamarían al chico, y es lo más seguro, o clandestinamente lo arrebatarían al calor del pobre techo que le daba abrigo, cuál dice que desapareció tan misteriosamente como había aparecido: el caso es que, cuando ya estaba hecho un mocito, y cuando más encariñado vivían uno con el otro él y su generoso protector, el mejor día aquel hogar feliz todo fue confusión y llanto.

Como quiera que sea, el pájaro había volado, ¡tal vez para siempre![3]

Y así hemos de hallar al buen menestral y a su digna compañera, olvidados del vivir, tirados sobre sus butacas de cuero, llorando a lágrima viva, y con unos gemidos capaces de partir los *callaos*,[4] como si se les acabase de morir un hijo único.

Así las cosas, ocurrió un incidente que vino a ligarse por extraño modo a éste que parece cuento de *Las mil y una noches*, y no es sino historia pura.

Habían pasado ya muchos años.

Vivía en la *Ciudad Antigua* un señor respetable que era Escribano y de cuyo nombre nadie se acuerda, aunque mientan el noble apellido Caro al hablarse de él. Tenía entre manos un asunto que había de resolver en la metrópoli, y parece que no era muy bueno o en él estaba harto comprometido el Escribano.

El hecho es que tal Escribano debía pasar a España forzosamente, debido a esta circunstancia.

Y meditando en ello, sintió la necesidad que tenía de una persona de su confianza que le acompañase en tan largo viaje.

Fijóse naturalmente en el hombre más honrado de la ciudad, en el viejo menestral taita Polanco.

Madurólo bastante, porque era difícil que un hombre como aquél se resolviese a dejar su país, arriesgándose a las molestias de semejante viaje, y al fin se decidió a hablarle del asunto.

Estimaba mucho al buen viejo, y era de él respetado y querido.

Señó Polanco era muy apreciado, y los más encopetados señores se complacían en visitar su casa.

Dicen que obispos y gobernantes, entre ellos, tenían placer en formar su tertulia en la puerta de la modesta casa todas las tardes: ¡tan sencillas eran las costumbres entonces! Naturalmente, el Escribano no podía faltar.[5]

Una tarde dijo al digno artesano, tomándole aparte:

—Tengo un grandísimo empeño contigo, mi querido taita Polanco; pero no me has de decir que no.

—Mande su mercé, señor Escribano, lo que guste; que en todo lo que pueda ser servido, y en no siendo con dinero porque no lo tengo, le serviré de buena gana.

—Has de saber que no tengo persona de más confianza que tú y...

El digno menestral hizo una mueca expresiva como hombre que está confuso e impaciente.

—Gracias sean dadas a su mercé, que tanto honra a "este negro", —dijo con humildad, conforme al buen natural de aquella gente, y al fraseo que gastaba.

—Sabrás, pues, que debo irme a España a asunto urgente, y necesito una persona de confianza y de bien que haga conmigo el viaje. He pensado en ti, porque creo que eres el hombre más honrado que tiene Santo Domingo.

Taita Polanco dio un brinco de puro asombrado.

—¿Señor, "este pobre negro" ir a España? ¿Habla su Señoría de veras?[6]

—Como lo oyes.

—Me confunde Su Señoría, —balbuceó el digno anciano haciendo una humilde reverencia—. ¿Yo ir a España, señor? Piense su mercé que eso es... imposible, —añadió confundiendo y menudeando tratamientos.

—¿De qué te asombras, buen taita Polanco? ¡Vamos! ¿Te decides o no? Te advierto que me harías un gran servicio.

Maese Polanco se rascó la cabeza, y quedó pensativo.

Después de todo, estaba satisfecho de que un principal caballero como aquel hubiese puesto su atención en su humilde persona, y le retozaba allá en lo más recóndito el deseo de ver aquella madre España, que tan mal nos gobernaba, pero que tenían en tan felices tiempos sobre el corazón los indomables hijos de esta heroica tierra.

—Mire Su Señoría, —dijo al cabo de un rato de reflexión—, esto de viajes es asunto muy grave, y, con perdón de Su Señoría, a mi edad no deja de ser una locura. No debiera Su mercé contar con este viejo para cosas así...

—Piénsalo bien, mi querido taita Polanco, —replicó bondadosamente el Escribano, poniendo una mano sobre el fornido hombro del menestral—. Sentiría que no me pudieras acompañar, por quien soy.

—Pues bien. Si Su Señoría se empeña... —dijo aquél con visible turbación y encogiéndose de hombros como resignado y temiendo, si insistía en sus vacilaciones, dar qué sentir a su amigo—. Yo lo consultaré con mi mujer, si le parece a Su Señoría...

Hay que entender que el honrado viejo era hombre que debía consultarlo todo con su cara mitad, y sabido es que antaño las mujeres tenían de verdad el gobierno de su casa y cualquier marido no hacía lo que le daba la gana.

—Perfectamente, —contestó el señor Escribano—. Conque queda con Dios, —añadió tomando su sombrero y su bastón y estrechando la mano al buen viejo.

—Él sea con su mercé, caballero, —dijo maese Polanco acompañándole hasta la calle.

Y traspuesto que hubo el Escribano el umbral, el buen taita Polanco se persignó como cien veces en el colmo del asombro, con no poca satisfacción sin embargo.

La excelente señora era discreta; y en honor de la verdad, no le pareció nada buena la ocurrencia de Su Señoría el Escribano, aunque para ella era tan principal caballero y consecuente amigo y todo.

Así fue que dijo a su marido con mucha calma:

—Bueno está que honre el caballero N. a su merce tomándole por hombre de toda su confianza; pero su mercé debe entender que su mercé no está para viajes ni nada de eso. ¡Jesús, Ave María Purísima! —añadió persignándose— ¡un viaje a la Corte! y luego dejarme solita...

—¡Bah! —replicaba taita Polanco, a quien no faltaban buenas ganas de ver eso, con que ni siquiera se había permitido soñar por más de un motivo—, verdad es que estoy algo viejo, pero aun no chocheo, mujer. Sentiría sí que su mercé sufriese alguna desazón por mi ausencia. ¿Pero qué digo al caballero?

—Que no puede su mercé arriesgarse a pasar la mar a su edad, ¿no le parece a su mercé? —dijo con cierta tristeza y disgusto la buena mujer.

Maese Polanco se encogió de hombros; juntó y abultó los labios y abrió los ojos como quien se halla cogido y no sabe qué replicar. El señor Escribano volvió a los pocos días, y departió largo con los dos esposos.

La buena mujer insistía en que no estaba en el orden que el viejo se metiese en semejantes aventuras; aunque mucha pudiera ser la honra que se le siguiese.

—Mire Su Señoría, —exclamaba con filosófica resignación dirigiéndose al Escribano— ¿y qué papel irá a hacer su mercé Señó Polanco entre esa *realeza*? Sería mejor que se quedara en su casa quietecito ¿no?

Por fin, vencidos los escrúpulos de la excelente señora, ¿qué iba a oponer a aquel buen amigo siendo tan principal persona? se resolvió el viaje.

—Señor caballero de mi alma, —dijo suspirando aquélla—, que vaya enhorabuena con Su Señoría mi marido, pero le ruego que me lo deje volver pronto.

Llegó el día de la partida, que en aquellos tiempos se temían los que viajaban que fuese eterna, pues hacían testamento y confesaban y comulgaban antes de embarcarse; y hubo pucheros de parte de la pobre anciana que se resolvía a igual sacrificio, a su edad.

El Escribano y taita Polanco salieron de aquella casa para irse a embarcar, con las lágrimas en los ojos y doblaron la esquina de la calleja; no sin que el último se volviese a mirar con tristeza el hogar que dejaba.

Tras de muchos meses de navegación, tocó al fin el buque en la clásica tierra de Sagunto y Numancia, acaeciendo esto acaso a principios del presente siglo.

En aquel bullicioso Madrid, en medio del que no se reconocería sin duda el pacífico ciudadano de la muy noble Ciudad Primada de las Indias, vivía éste tranquilamente en la misma casa en que se hospedaba el señor Escribano; cuando héte aquí que el día menos pensado, yendo distraídamente por una calle adelante, bien rebujado en una vieja capa verde con la cual había tenido la atención de obsequiarle aquél, encontróse de manos a boca con un coche ricamente ataviado y con las armas de una gran casa.

Tal vez el cochero iría a atropellar brutalmente a aquel *americano*, que juzgaría algún esclavo manumitido o escapado, cuando del coche se arroja un personaje, joven de distinción y vestido con suma elegancia, quien al verle, y sin poderse contener, lanzó esta exclamación:

—*¡Papá!...*

—*¡Papá!* —tornó a exclamar el desconocido bajando del carruaje y precipitándose en sus brazos —mi querido *papá*, ¿que ya no me conoce su mercé? Yo soy *¡¡Barriga Verde!!*[7]

El pobre taita Polanco creía que soñaba y no podía darse cuenta de lo que estaba viendo y oyendo.

Separó un poco a su extraño *hijo*, que le caía como del cielo, con profunda emoción reconoció a su protegido, el muchacho abandonado y enfermo de las calles de Santo Domingo, a aquel *Barriga Verde* mentado, a quien una casualidad afortunada había puesto en su camino, llevándole a él como de la mano a la misma Corte.

Correspondió pues a los abrazos y caricias que éste le prodigaba, pero aun absorto y confuso, cuan humilde y respetuosamente podía; hasta que el reconocido personaje le conduce a su coche, esforzándose en vano para que se decida el digno menestral a acompañarle.

Créese el viejo Polanco bajo el influjo de una pesadilla, y no se atreve a aceptar semejante honra, al comprender por las armas del carruaje, la librea del lacayo que iba en la trasera y el aspecto distinguido del joven, que éste debía ser un gran personaje.

Por fin, entre éste y el lacayo le persuaden, le empujan, y dan con él sobre los cojines del lujoso carruaje.

El coche arrancó, y taita Polanco se quedó lelo.

Aquel pobre muchacho de marras amenazaba por lo visto con resultar ser cuando menos un grande de España.

Abrumaba al buen viejo a preguntas acerca de *ma* fulana (la mujer de éste), y de los demás miembros de la familia, así como de Santo Domingo y de cuanto constituía los recuerdos dichosos de su infancia allí transcurrida.

Con las manos del taita Polanco gruesas y callosas entre las suyas finas y aristocráticas, le decía:

—¡Qué inesperado suceso! ¿verdad papá? ¡Cuándo iba ni yo ni nadie a figurarse que debía tener hoy tan feliz encuentro! ¿Y cómo ha venido su mercé a la Corte? vaya, cuéntemelo.

El viejo Polanco, que no volvía de su asombro, se restregó los ojos como quien despierta de un sueño y contestó:

—Sabrá Vuestra Excelencia que esto ha sido obra de la casualidad, de la pura casualidad. Yo me estaba muy tranquilo en mi *rancho*,[8] y Su Señoría el Escribano D. N. se empeñó tanto con mi mujer y conmigo, que aquí, con el favor de Dios y la Virgen, tiene Vuecelencia a este negro a los pies de Vuecelencia como su más humilde esclavo.

El generoso joven abrazó nuevamente a su bienhechor.

—No, mi querido papá, entienda su mercé que para su mercé no soy ningún Excelencia, ni nada, sino el mismo *Barriga Verde* de otro tiempo, el niño abandonado y recogido por su mercé; ni su mercé es para mí más que un padre, un verdadero padre. No vuelva su mercé a hablarme en esos términos... si no quiere que me enoje.

El viejo se enjugó un lagrimón con la punta de su capa, de lo conmovido que lo tenían tales sorpresas.

—Ea, pues que así lo quieres, —dijo de allí a un rato—, aquí me tienes sano y salvo, mi querido hijo, alegrándome el corazón con tu presencia y llenándome los ojos con tanta cosa nunca vista como hoy en la *realeza*.

—Bien, así me gusta, papá: que sea su mercé conmigo francote, y quiero que en lo adelante se halle su mercé más satisfecho de haber venido a la Corte; y así pueda yo pagarle lo mucho que le debo.

—¿A mí, hijo? ¡a mí no me debes nada! —replicó el viejo con sencillez—. Cumplí con los mandamientos y san se acabó.

Y para mejor ocultar su emoción echó un rapé enorme.

—No diga su mercé eso, pues la vida le debo; y va su mercé a ver cómo sabrá agradecérselo mi familia y la nobleza de España...

—¡Jesús, muchacho! —exclamó espantado el viejo, llevándose las manos a la cabeza envuelta en anchuroso pañuelo de madrás. Y después, como avergonzado de haber llegado a tal extremo de familiaridad, aunque en un arrebato, corrigió:

—Perdone Vuestra Excelencia, caballero...

—Vuelta a los títulos...

—Se me olvidaba, se me olvidaba, —replicó turbado el pobre viejo Polanco—. Pero... sin que eso sea contrariarte, mi querido hijo, yo creo que no es bueno mezclar a la augusta persona del rey nuestro señor (y al decir esto se quitó el casco del pañuelo a guisa de sombrero, porque el sombrero lo tenía inadvertidamente pisado) en estos asuntos. Si te empeñas tú en agradecerme lo que por ley cristiana hice, no te lo impido; pero no hables de munificiencias reales, hijo, por Dios; que ni soy un héroe ni valgo nada, ea...

Y en estos y otros interesantes coloquios se recorrió el trayecto.

Llegados al palacio que ocupaba el agradecido joven y su familia, la numerosa servidumbre cuajada de bordados y galones se agolpó al sitio en que paraba el carruaje, y se abrió respetuosamente en dos alas.

Por el tratamiento que le dieron al amo de Excelentísimo señor, el honrado taita Polanco vino en cuenta de que no se había equivocado, que se trataba de grandezas tamañas, y quiso caerse del carruaje abajo, sofocado por tantas emociones.

El joven noble dio el brazo cariñosamente a su bienhechor, y entraron así en el palacio con estupefacción de cuantos presenciaban tan singular escena.

En efecto, el pobre muchacho abandonado de las calles de Santo Domingo, el recogido por caridad, era nada menos que el

heredero de una de las casas más encopetadas de grandes de España de primera clase y tal vez muy allegado a la Real Familia; y esto explica porque, escapado o robado del hogar paterno sabe Dios por cuáles circunstancias, se le había buscado por todas las partes del mundo, interviniendo en ello reales recomendaciones o mandatos.

El joven era como se ha dicho, grande de España de primera clase, caballero cubierto y del Toisón de Oro, añaden.

Era, además, según dicen, casado y jefe de una familia encumbradísima.

Presentóle luego con orgullo a su esposa y amigos, y pasó a ser el humilde menestral desde aquel momento el señor de la casa y el ídolo de la familia, a pesar de su color y de su modestia.

Al ruido de semejante acontecimiento, que se dilató por toda la Corte despertando el interés y la admiración, acudió Su Señoría el Escribano al Palacio del joven noble, lleno ya de curiosos, dando el parabién a su buen amigo taita Polanco y se unió al regocijo de aquél.

A su vez, informado el joven del objetivo del viaje del Escribano por él mismo, y de que era grave y que difícilmente se podría arreglar satisfactoriamente sin algún valimiento, dijo a su bienhechor:

—Papá (porque no quería ni podía llamarle de otra manera): he aquí que su mercé vino a España bajo el patrocinio de ese señor Escribano; y ahora va a tener que agradecerle a su mercé lo que desea obtener, y que sólo que su mercé influya, podrá lograrlo, porque es negocio difícil de arreglar.

El buen viejo sonrió afablemente.

—¿Lo cree así Vuecelencia? —dijo.

—Papá, —repuso mal enojado el caballero— ya he dicho a su mercé que aquí no hay Señor ni Excelentísima. Su mercé es mi padre y debe tratarme como tal: le prohibo toda ceremonia —añadió dándole palmaditas en el hombro.

—Bueno, hijo, si te parece; pero...

—¿Pero qué?

—Que yo debo guardar las distancias, y ¿qué dirán estos señores si me oyen tutear a Vuece... tutearte, hijo, tutearte?

—¿Pero es que ya su mercé no me quiere?

—¡Cómo me dices eso, mi querido hijo! —replicaba taita Polanco enternecido—, del mismo modo que allá, lo mismo.

Esta escena se repetía cada rato porque al honrado menestral lo abrumaba su propia humildad.

Informado el Soberano de su noble proceder, y merced a la significación que para el trono tenía la linajuda casa de que era jefe el antiguo protegido de taita Polanco, resolvió ser con él tan soberamente espléndido cuanto generoso se había mostrado el digno habitante de la privilegiada *Ciudad Antigua*, y como poquísimas veces había sido recompensado benefactor alguno en este pícaro planeta.

Podía pues alcanzar del trono cuanto quisiese.

Según parece, se dispuso una recepción o audiencia para presentar al favorecido.

Vestía éste un magnífico traje con el cual no sabía qué hacerse, y que le había dado el joven noble; y lleno de encontrados pensamientos, confuso y mohino, hubiera deseado estar cien leguas de allí.

Brillaba el Palacio con la multitud de elegantes damas y apuestos caballeros: bordados y uniformes, cintas y flores, ostentación y riqueza llenaban los ojos y causaban no poca admiración al sencillo taita Polanco.

Tantos como allí había llenos de cascabeles y colorines que con sus picudas narices le querían sacar los ojos a puros cumplidos, le mareaban y transformaban.

El honrado menestral con noble y reposado continente se acercó temblando al verse ante la real persona.

Silencio profundo, atención viva, ansiedad general.

Íbase a recompensar la virtud como tal vez nunca lo había sido. Además se suponía que todo sería pedir el negro viejo y concedérsele, lo que excitaba la curiosidad en alto grado.

Dícese que ante todo, el rey le hizo Caballero Gran Cruz de una Orden.[9]

—Don N. Polanco, —dijo el monarca con grave acento—: te hacemos noble a ti y a tus descendientes, quienes gozarán de hoy en adelante del privilegio de ser oficiales de nuestros ejércitos, desde su nacimiento, y a ti te hacemos capitán de las milicias de Santo Domingo. Tienes por tanto el derecho de ceñir espada, calzar espuelas y usar guantes, así como tus sucesores. Además, se ha solicitado para ti una gracia especial, ¿qué deseas pues? —le preguntó el monarca.

Todos abrieron desmesuradamente los ojos.

El dignísimo habitante de la Primada no sabía qué hacerse ni responder, abrumado con tantas mercedes; aunque imaginó sin embargo que podría satisfacer cierto vanidosillo deseo, que no sería cosa de provecho, pero que de otro modo hubiera sido locura ambicionar.

Hubo una breve pausa.

—Si S. M. me permite, —balbuceó el nuevo caballero.

—Habla, habla, buen taita Polanco, y pide lo que quieras —díjole el monarca con afable sonrisa.

—Pues bien... pero parecerá excesiva mi demanda —tartamudeó otra vez.

Su antiguo protegido estaba presente, y le animó con una mirada.

—Nada temas, papá —díjole.

El buen viejo no podía ya con sus nuevos títulos y con la emoción que tales escenas le producían; pero el gesto y el dulce nombre que le daba el joven noble, y que en su humildad el honrado ciudadano de la Primada no creía ya merecer, le dieron aliento. Así fue que exclamó:

—En primer lugar, deseo tener el privilegio de asistir con espada ceñida a comulgar el Jueves Santo en compañía del Gobernador de Santo Domingo.[10]

—Concedido —dijo el monarca.

—Asimismo quiero que se me otorgue una gracia quizas muy grande...

—¿Cuál?

—Que se le conceda a la "Hermandad de San Juan" en mi país, el derecho de usar el pendón de la Cruz blanca de Malta.

—Concedido.

—Item. Yo pido ciertas preeminencias para mí y mis sucesores en las cofradías de San Juan, Jesús en la Columna y la Santa Reliquia, también de allá de mi país.[11]

—Concedido. ¿Y nada más? —preguntó el rey, admirado de la simplicidad de aquel excelente sujeto que se conformaba con tan poco y honras sin provecho a cambio de haber salvado de segura muerte a un elevado personaje del reino y cuando podía alcanzar señaladas mercedes; sin embargo de que lo primero que pedía no era una bicoca, y lo de usar el pendón de la Cruz blanca de Malta era tamaña distinción en aquellos tiempos, porque sólo la nobleza podía gozar de semejante privilegio.

—Nada más, señor.

¡Lo que era la sencillez de nuestras costumbres en aquellos tiempos!

—Concedido, pues, cuanto pide, —dijo el monarca—. Extiéndansele sus pergaminos; y ríndase pleito homenaje como quien es al caballero Don N. Polanco, capitán de nuestros ejércitos.[12]

Los cortesanos se apresuraron a rodearle y a hacerle sus cumplidos con grandes reverencias.

Y por lo que hace a su protegido, cargó con él y llevóselo como en triunfo, seguido de brillante séquito de su servidumbre y de algunos caballeros amigos.

El tiempo que allí pasó, tres meses, según versiones, fue de fiestas y expansiva alegría. Mucho se holgaba el joven noble, el antiguo *Barriga Verde*, en retribuir de algún modo al buen anciano el servicio inapreciable que le había hecho, y se enorgullecía de dar delante de todos el nombre de padre a aquel hombre de color y humilde artesano. Demás está decir que la despedida, eterna, como tenía que resultar, fue tiernísima y dolorosa, no acertando el joven noble a desprenderse de los brazos del viejo.

Lloraban los dos abrazados y confundidos en uno.

¡Y qué pruebas las de la generosidad del caballero!

Trajes magníficos, uniforme muy rico, dedicó para el nuevo capitán, y vestidos y alhajas de gran valor para la esposa de éste, así como otros regalos primorosos para los demás miembros de la familia. Y de recuerdos para todos, un mundo.

El caso es que la tradición afirma que el flamante Don N. Polanco, antes taita Polanco, capitán de los ejércitos de S. M. el Rey de España, Caballero Gran Cruz y ennoblecido hasta la médula de los huesos, desembarcó ostentando un magnífico uniforme, ceñida rica espada, calzadas espuelas de labrada plata, con empolvada cabellera, luciendo gregorillo de finísimo encaje en la camisa, casaca grana de ancho galón de oro, medias de seda relucientes, botas de ante, al cuello espléndida gola de oro labrada, cubierta la cabeza con el elegante tricornio, y puesta al pecho nobilísima placa.

También aseveran que fue grande el equipaje que trajo y en que se contenía un Perú de los espléndidos regalos del antiguo *Barriga Verde*.[13]

Desde entonces, vióse al antiguo y humilde maestro zapatero de la capital de la Primada, condecorado con el noble título de *Don*, asistir, resplandeciente de oro y pedrería, ceñida espada, calzadas sus espuelas de caballero, y cubiertas las toscas manos con guantes, distintivo de gente principal, a la ceremonia de Jueves Santos en la Catedral y comulgar ese día con S. E. el Señor Gobernador; siendo el único en la colonia que compartía con el representante del monarca honra tan grande.

Y desde entonces también, la "Hermandad de San Juan" o de los *Sanjuaneros*, ostentaba en sus bulliciosas festividades el rico pendón de la Cruz Blanca de Malta, estandarte de raso blanco con cruz de galón de oro en el centro, insignia que, como se ha dicho, sólo podía usar la nobleza, y raro privilegio con el cual se adornaba y enorgullecía la "Hermandad", cosa que dio motivo a aquella coplilla que, entre otras, cantaban los *Sanjuaneros* durante sus fiestas y procesiones:

El pisar de los Malteses
nadie lo puede imitar;
porque pisan menudito,
menudito y al compas.[14]

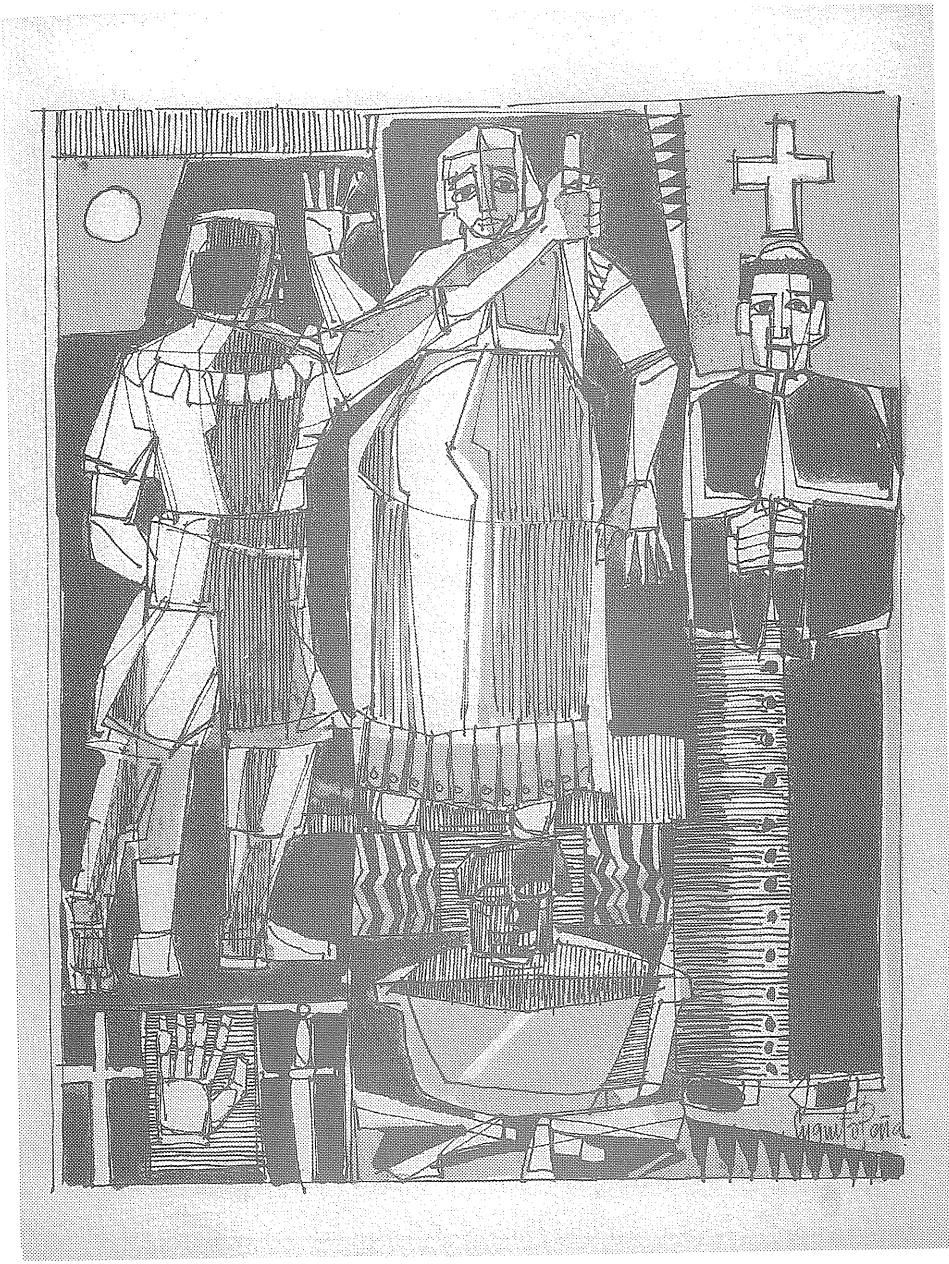
De entonces, finalmente, la familia de Señó Polanco o taita Polanco, se realzó con los títulos concedidos a su jefe, siendo conocida únicamente y hasta hoy por el nombre que le dieron de *Guante*, derivado del uso de guantes que constituía una dignidad para él.

Y en virtud de los privilegios que sobre las tres comunidades religiosas tenía, las mujeres de la familia, sobre todo una sobrina llamada Altagracia Guante, ejercían actos de soberano en ciertas festividades religiosas relativas a la Reliquia, San Juan y la Columna, y singularmente hacía y deshacía en la Catedral en cuanto a los pasos que se ponían de dichos símbolos.

Pero lo raro es que gran señor y todo, continuó el honrado menestral taita Polanco viviendo donde lo hemos conocido, con su mismo oficio y en el mismo estado. Sí fue más afortunado que Colón, porque le cumplieron cuanto le habían ofrecido.

Por más señas la sobrina del Don N. Guante, capitán de los ejércitos de S. M. el Rey de España y Caballero Gran Cruz, era la *Capitana* de la "Hermandad de San Juan", y la única que tenía la honra de llevar el nobílisimo pendón de la Cruz blanca de Malta.[15]

Diciembre de 1888.



La muerte del padre Canales.

LA MUERTE DEL PADRE CANALES

Tradición

I
PEDRO EL SANTO

¿Quién era *Pedro el Santo*?

Por esas calles iba, hacia los años de 1836, un hombre de regular estatura, más bien bajo, y entrado en edad, cuyo aspecto revelaba uno de esos tipos raros que luego se dan; y lejos de ser éste un ente ridículo, señalábanle todos como digno del mayor respeto. En esa época no era cosa extraña hallarse a cada paso con personas entregadas a devoción en público, tuvieran o no motivo para ello, que frecuentaban sacramentos, que hacían del templo su habitual morada, que iban entre la multitud como seres fuera del contacto impuro de lo mundano; especie de santos escapados, a quienes el pueblo sin mala intención, apellidaba *beatos*. Con rarísima excepción, eran devotos realmente, aunque en ello entrase algo de monotonía respecto de alguno.

Pedro el Santo era entonces el prototipo de estas buenas almas.

Era tal su aspecto humilde y de veras beatífico, y tal el tinte de profunda tristeza que en él se advertía, que inspiraba además de respeto, grande interés. Delgado en extremo, color blanco mate, sin duda por la fuerza de las duras penitencias y ayunos, imberbe, rostro ovalado y alargado, nariz perfilada, labios finos y fisonomía bonachona, cuya expresión era como de quien está resignado y sometido a dura expiación. Conocíase que no era hombre vulgar ni tonto.

Su verdadero nombre era Pedro Aybar.

Vestía de blanco, con la honrada y tradicional chaqueta; andaba con la cabeza inclinada hacia el diestro lado y recogía sus escasos cabellos grises con la coleta, tocado aristocrático del siglo pasado. Se sabía que llevaba sobre su cuerpo duro cilicio; no hablaba con persona nacida; oía misa diariamente; se arrodillaba en el templo con los brazos en cruz; y no hay que decir que en todos los actos religiosos públicos, especialmente en estaciones, había de encontrársele en primera línea. Tal era su paciencia, que luego, cuando los muchachos le importunaban en las procesiones, se volvía, diciéndoles dulcemente:

—Por Dios, hijos...

Pedro el Santo era lo que podía llamarse con toda propiedad un asceta; aunque anduviese entre la gente y no habitase un desierto. De ahí lo raro de su modo de vivir y la especie de respetuosa conmiseración y aún veneración que inspiraba.

Pero aún no se ha dicho lo más notable de su vida.

Había sido maestro de escuela por el barrio de Santa Bárbara, y vivía por el retirado y miserable de San Antón, que enantes sería espantosa soledad, digna de tal eremita. Su comercio estaba reducido a una panadería, y toda su familia era un antiguo y fiel esclavo, a quien habría manumitido él o los suyos y jamás quiso desampararlo, y entre ambos trabajaban el pan de huevo entonces muy en boga, chocolate y otras fruslerías; todo lo cual daba largamente de limosna; y tan caritativo, que era el primero en socorrer a todo el mundo en cualquier accidente que ocurriese.

Un rasgo solo pinta virtud tan extremada.

Dejaba la puerta de su casa constantemente abierta de noche, por si cualquier peregrino, como entonces decían de viajeros y gente sin albergue (y aun hoy dicen los viejos), tuviese necesidad de un hogar.

Pedro el Santo descendía de las más encopetadas familias de esta Capital; y como unas con otras estas familias, que podríamos llamar nobilarias (*mantuanas* se decían), porque en esos tiempos tenían mayorazgos y disfrutaban de riquezas y de los cargos principales de la colonia, estaban ligadas y emparentadas, el andante anacoreta de marras venía a ser deudo de las casas más distinguidas: el asunto es que la mayor parte de los individuos de aquellas familias no tenían a menos titularle de pariente y como tal solicitarle. Pero él, empeñado en ser humilde hasta no poder más, y en rebajarse a sus propios ojos, no por otro motivo, declinaba la honra de ser pariente de sus parientes; o acaso sería por figurarse ente despreciable debido a la desdichada circunstancia de ser sobrino del protagonista de esta verídica historia, o sea del tristemente célebre en las crónicas locales de la Ciudad Antigua, el asesino del Padre Canales, DON JUAN RINCÓN.

—Yo no tengo pariente —solía decir cuando por tal le llamaban.

Avivada la pública curiosidad con el extraño género de vida que se habían impuesto, no desperdiciaban ocasión para preguntarle por qué causa se había sometido a semejantes mortificaciones, y él respondía:

—Mi vida es expiatoria por el crimen cometido por mi tío Juan Rincón.

En efecto, Pedro el Santo expiaba algo[1].

Tan singular era su vida, y tan ejemplar su penitencia, que el andante anacoreta acabó por ser llamado así, Pedro el Santo.

II
PROFECÍA

Acaso más de una vez habremos de llevar al lector curioso a la cumbre de ese cerrito que en lo alto de la calle de San Francisco se levanta y que domina la cuesta de San Diego, al extremo de la calle, y desde cuya altura se descubre la escarpada y montuosa orilla derecha del Ozama, el cual se adivina, pues no se puede ver, por sobre la derruida muralla que ciñe por ese lado sus márgenes.

Subida la cuesta, está la puerta de la iglesia conventual, oblicuamente inclinada por la posición del monasterio.

Figurémosnolo reconstruido, y penetremos en él.

En las postrimerías del siglo pasado, los venerables franciscanos concedieron libre entrada a un fraile que venía de la Metrópoli, o que aquí tomó el hábito.

El tal fraile era un ente singular.

Revelaba en su aspecto varonil, el desenfado de un hombre de mundo que cubre con el sayal algún pecado grande de que sin embargo no da muestra de estar arrepentido. De aire desembarazado, de gesto duro, de despejada frente, hombre de respetabilidad y mucha instrucción, el recién llegado fraile se halló muy bien desde luego en el convento histórico.

Llamábase el Padre Perozo.[2]

Era peninsular y antiguo capitán de los tercios de Flandes, y de familia aristocrática.

En su país hubo de tener reyertas con su coronel, a quien regaló buenas estocadas, porque era excelente espadachín, y de resultas y apesarado, según dicen, se metió a fraile y vino a América.

Sabido es que en esa época, de todos los conventos existentes aquí, sólo el de Dominicos y el de Jesuitas tenían magisterio, es decir, que eran aulas donde se formaba la juventud. Pero aunque San Francisco no tuviese tal privilegio, el Padre Perozo que era, como dijimos, hombre de letras, se había hecho cargo de dar por su cuenta la instrucción que era de rigor entonces a algunos jóvenes; y asistían a sus bancos, entre otros, el Dr. D. José Núñez de Cáceres, el primero en la verdadera independencia de Santo Domingo, alta gloria nuestra, el Dr. Faura, aquel Asesor general que protestó contra la entrega de Ogé y Chavannes y el Sr. José Joaquín Del Monte, padre del distinguido literato Sr. D. Félix Ma. Del Monte.

Hay que saber que el último de estos dos alumnos era para el Padre Perozo más que eso, casi un hijo, pues que le había sido entregado como tal, y él hacía su oficio de padre muy digna y decorosamente. De él son los datos de esta segunda parte.

El niño dormía en la misma celda del fraile.

La tradición señala como tal una que queda frente a una capilla que conserva parte de su techumbre y está hacia el fondo.

El discípulo no quería menos a su mentor, y un día hubo de probárselo asistiéndole de un súbito accidente producido por el ahoguío, que postró al reverendo, y con tanto amor y celo lo efectuó, que el mutuo afecto que se profesaban se acrecentó con tal motivo. Y como grande era el cariño del fraile, habíase propuesto sacar de él un hombre, y trataba de infundirle valor, desterrando de él la pusilanimidad propia del niño por el temor que tiene a la oscuridad y a los fantasmas, flaquezas que precisamente aumentan las criadas indiscretas con cuentos de brujas y aparecidos.

El Padre Perozo ponía a prueba al valiente niño Del Monte de un modo terrible.

Que se ofrecía un entierro. El Padre Perozo aparentaba haberse dejado olvidados los anteojos nada menos que sobre el mismísimo túmulo, en el centro de la iglesia, mueble aún *caliente* con el féretro que había descansado allí no hacía media hora. Exclamaba pues haciéndose que buscaba algo:

—Adiós, mis espejuelos; ¿si los habré botado? Pepito hijo, —que así le llamaba— mira a ver si los dejé sobre el túmulo.

El muchacho sentía un frío de muerte.

Con el Padre Perozo no había vacilaciones. Cuando semejante antojo sobrevenía al reverendo, y era casi diario, al muchacho no quedaba más recurso que bajar la cabeza y lanzarse a la misteriosa oscuridad de la iglesia, como el soldado bisoño que se mete en el fuego y arrostra la metralla porque así lo manda la disciplina y lo quiere el jefe, y andar a tientas buscando las malditas gafas y tropezando su mano con calavera y canillas que caían al suelo produciendo un sonido hueco y lúgubre sobre las losas del pavimento.

Nada más de lo dicho se sabía del fraile.

Lo que sí se sabía bien era que no había olvidado sus afecciones militares; y así era que su habilidad y su amor extremado por la esgrima estaban fuera de discusión; y para que así constase a la Orden y a la posteridad, se había encompinchado con un señor D. Tomás de la O, maestro si los había en el arte de los tajos y reveses, con el cual maestro pasaba los fastidiosos ratos del domingo y días feriados, florete en mano, en lugar de coger la camándula y el breviario. Tiraba admirablemente el reverendo, y D. Tomás de la O, estaba muy satisfecho de habérselas con tal émulo.

Vamos a nuestra historia.

Tenía el Padre Perozo un carbunclo, no se sabe dónde, que esto no lo ha llegado a registrar la diligente crónica, y venía diariamente al convento a curarle el divieso un individuo del Hospital Militar, que dicen era practicante o cuando menos aficionado y otros que ropero, el cual era el héroe de esta leyenda en persona, Juan Rincón.

El niño Del Monte disponía en la estrecha celda del fraile todo lo necesario para la cura, ponchera, toalla, hilas, bálsamos y demás adminículos, antes de llegar el practicante o lo que fuera; pero no bien asomaba, el niño se retiraba inmediatamente no sin cierto disgusto y repugnancia instintiva.

Hubo de notarlo el reverendo, y por lo mismo que le tenía educado a su manera, es decir, varonilmente, creyó sin duda que el chico tenía miedo de ver atenazar carnes enfermas y meter mechas de hilas, y le preguntó el mejor día que por qué razón no le acompañaba como en todas ocasiones.

Hostigado el buen discípulo, contestó:

—Padre, temo la presencia de Rincón, porque me tiene cara de ahorcado...[3].

Corrió el tiempo, y sucedió lo que se verá. Estaba el Padre Perozo en la isla de Puerto Rico o en España, y al saber el desdichado fin de Rincón, escribió a su querido discípulo, entre otras cosas, estas palabras:

—"¡Pepito, hijo, Dios me libre de tu boca!"[4].

III
LA CATÁSTROFE

A veinticinco de mayo,
víspera de la Ascensión,
mataron al Padre Canales
el pícaro de Rincón.

Estrofas que compuso la indignación popular, y que así, faltas de sintaxis y todo, son el sangriento epitafio de aquel inaudito acontecimiento.

Proceso célebre convertido en tradición conmovedora, en la cual resulta un asesino y no vulgar, con una celebridad originalísima por su condición, hechos y dichos ante los jueces que le condenaron. Todavía recoge el oído con espanto aquellas palabras audaces y aquella terrible acusación y a la par protesta que contra sí mismo dirige el victimario con tal de enrostrarlas a la venalidad y culpable condescendencia de la justicia humana, que no es igual para todos; tremendo dicho que anales jurídicos ningunos registran ni es posible que registren jamás.

Era el tiempo de la antigua España, como llamaban aquí a la colonia, y el año de gracia de 1785 ó 1786, época de dolce far niente y de beatífico quietismo, en que era costumbre patriarcal echarse a dormir todo el mundo, hasta que las campanas de la Catedral anunciaban la hora de la merienda, las tres, al grado que la solitaria ciudad parecía un cabal cementerio y no se veía ni un perro siquiera por la calle, famosos tiempos de monjíos y aventuras de capa y espada.

Distinguíanse entonces los hombres de iglesia por su saber y fama; y entre otros, había uno que por sus virtudes y grandes conocimientos era querido y generalmente estimado.

Conócele la tradición con el nombre de El Padre Canales; pero su nombre era el Dr. D. Juan José Canales.

Era un hombre de regular estatura, grueso, de tez extremadamente blanca, cara redonda, con el pelo canuco, y que contaba poco más o menos de cincuenta y seis a cincuenta y ocho años de edad.

Son todas las señales que han quedado de él.

Además, sabemos que era cumanés, y vino aquí a estudiar para graduarse. Así lo hizo y se quedó en el país.

Era de carácter, si no díscolo, al menos bastante malo, por lo cual tenía siempre sus disputas y se granjeó no pocas dificultades.

Una circunstancia notable le singulariza. Y fue que en 1782, se instituyó contra él un expediente a causa de haber desagradado a los señores del Real Acuerdo algunas frases del sermón que predicó en celebridad de la victoria obtenida contra los ingleses por las armas españolas en 1655.[5]

Parece que la carencia o escasez de personas entendidas en materia legal, para ser defensores, ponía en el caso a los hombres de letras de postular en favor de algún cliente; y en una

ocasión el Padre Canales, que dicen había sido abogado antes de ordenarse, ejerció de tal en un asunto contrario a los intereses de Don Juan Rincón, usando de cierta virulencia de lenguaje. Sea de ello lo que fuere, no hay rastro de otros motivos que dieran lugar a un suceso asaz increíble como el que es objeto de este relato.

Don Juan Rincón era un ente raro.

Arrancaba su origen de familias muy distinguidas, las primeras de esta Capital, del mismo tronco que el de Pedro el Santo, su sobrino.[6]

Era también un beato, y como tal, hombre de austeras costumbres, de esa religiosidad aparente más bien que real (lo de real en el mundo es rara avis) y que casi siempre oculta malignidad congénita y perversión moral. Dicen que se hacía notar por su religiosidad y por ser no mal parecido y de no común educación.

No hay noticia para hacer su retrato.

Era un gran espadachín. Refieren que un caballero Carmona jugaba el florete con él; y todas las tardes iba a la Universidad a dar lecciones de esgrima a los estudiantes.

Entregado a la más completa reserva, no frecuentaba el trato de los hombres, no obstante contar con buenas amistades.

Difícilmente se veía el rostro de D. Juan animado por uno de esos destellos de íntima satisfacción que de vez en cuando iluminaban las tenebrosidades del alma más endurecida. Se cree, y así se asegura, que evitaba el contacto de sus amigos porque sentía sed de sangre, y temía matar a aquellos de sus compañeros que más quisiese. No sería temerario este juicio si se tiene en cuenta la instintiva repulsa que hacia él experimentaba el discípulo del Padre Perozo, y su extraña profecía.

Acaso padeció lo que se llama la manía de sangre.

En resumidas cuentas, D. Juan Rincón era un monstruo en quien el sentimiento humano y la razón habían estado librando sus últimas batallas, bajo la capa de la beatitud y los paternoster; y que ya dejado de la mano de Dios, habíase manifestado lo que era, un gran criminal, si no por hábito, por instinto, con el asesinato inicuo de su primera esposa en cinta.

Esta primera hazaña, que ejecutó fría y deliberadamente, llevándose a la infeliz a una quinta cercana, situada en Arroyo Hondo y propiedad suya, porque antes nadie vivía en fincas

alquiladas, quedó impune, merced acaso a lo distinguido de su familia y a las influencias que hizo o no hizo valer en su favor su tío el Deán. Ya antes dizque había metido a una hija suya en un sótano.

El caso es que pudo pasar libremente a Puerto Rico, y casó allí en segundas nupcias.

Trabó una noche un altercado con la mujer y la amenazó con hacerle lo que a la otra, diciéndole:

—¡Hum! y te hago lo que a mi otra mujer...[7].

—¿Qué le hiciste a tu primera mujer? —preguntóle ella azorada.

—¡Oh! que la maté —respondió Juan Rincón.

El tal dormía con un cuchillo bajo la almohada.

La esposa se escamó. Tenía por compañero a un bebedor de sangre, anda mais, prebendado por la señora justicia y autorizado por ella para continuar despachando a su sabor indefensas mujeres; y naturalmente, no daba desde ese momento un ochavo por su número uno, como acá decimos. Quiso pues probar si la justicia de Borinquen tendría también fueros y privilegios en sus códigos para los asesinos, y corrió a denunciar al lobo, cuando el lobo salió a dar tranquilamente su paseo.

Dejaron a la mujer en palacio, moviéronse los corchetes en busca del bebedor de sangre; y bajo partida de registro le despacharon para aquí. Entonces aquí le dejaron libre ¿cómo no? por respetos de su tío el Deán.

Tuvo por conveniente asilarse en San Nicolás, que gozaba en esa época del privilegio de ser *iglesia caliente*, y como ahí quedaba el hospital, se empleó en él.[8]

Su sed de sangre le impulsaba a buscar víctimas.

Según después se vio, o supo, hizo una larga lista de ellas, poniendo a su cabeza al Padre Canales, parece que agraviado por haber cumplido su deber profesional. Otros dicen que se proponía empezar la degollina por un sacerdote de nombre el Padre Palomino; y parece ser cierto cuando hay quien asevere que de público se dijo entonces y lo contaba éste. Sin duda sus antojos santurrones le habían aficionado a la inocente sangre de los siervos de Dios, y se preparaba a derramarla en grande.

El ensayo empezó por otros menos notables. Según dice la tradición, tres eran los que debían desfilar en primera línea. Una familia acomodada, que vivía en la esquina de la plaza de

la Catedral y calle de Plateros o Consistorial,** frente al palacio del Ayuntamiento, o *Vivac* como aún le dicen[9], y de nombre Ortiz (a) las Cocó, por poco sufre la pérdida de su jefe. Juan Rincón, al anochecer, buscó a éste para matarle, sin motivo, y afortunadamente no le encontró.

La misma noche, y horas antes de la catástrofe que conmovió tanto esta ciudad, un embozado se introdujo en el zaguán de la casa del Padre Palomino, al oscurecer. Esta es una casa que se ve aún en la calle de la Separación, al lado de la que forma esquina con la calle del Estudio y es hoy propiedad del Sr. Francisco Bona. Era y es alta con dos balcones, y en la meseta tenía un fresco muy bueno que representaba la muerte de San José, pinturas que se hallaban en la morada de casi todos los sacerdotes, y en algunas casas de familias por especial privilegio.

El sacerdote había ido esa tarde, como acostumbraba, a jugar él solo en casa de los señores D. Manuel de Peralta y D. José Garay, y volvía tranquilamente para su hogar. Por fortuna para él, disgustado con tan lóbrega oscuridad como reinaba en el zaguán, llamó desde la puerta a su esclavo.

—Vicente, hombre, trae una luz, que este zaguán está muy oscuro, y a cualquiera le dan una puñalada.

Hízolo así el esclavo a toda prisa, y un bulto que se escurría hacia la puerta, pasó rozando el traje del sacerdote. Éste no pudo contener una exclamación al reconocerle.

—¡Oh! ¿Eres tú, Juan Rincón? ¿Tú estás aquí?

—¿Qué es, mi amo? —preguntó asustado el servidor.

—Ése que me ha pasado por delante al traer tú la luz es Juan Rincón.

—¡Juan Rincón! —repitió con espanto el esclavo.

—¡El mismo Juan Rincón![10]

Hombre ya temible por el doble carácter de asesino y asesino impune, el susto que se llevaron sacerdote y esclavo fue tremendo. En cuanto al primero, tomó tanto horror a la casa debido a

** Se trata de la actual calle Arzobispo Meriño, llamada antes *calle de Plateros o Consistorial* por la Casa de Moneda -destinada a la fundición, fabricación y acuñación de monedas- que existió en dicha vía. El nombre de Consistorial se debe a que en ella se construyó el Consistorio de la ciudad, frente a la plaza de la Catedral, justo a esquina con la actual calle del Conde, en donde durante cierto tiempo estuvo el Banco de los Trabajadores.

esta circunstancia y a la muerte del Padre Canales, ocurrida horas después, que se mudó al día siguiente.

Caía la noche.

En la calle del Estudio,** frente a una que allí termina y se conoce con el nombre de callejón de la Cruz, hay una casa de las de un piso, espaciosa y fresca. Goza de un distintivo particular que pocas tienen aquí, privilegio que le dejó la anexión española, por haberse establecido en ella un fondín: *El café de la Reina*, nombre que hasta 1888 era visible bajo el revoque de almagre.

Las siete o las ocho de la noche serían del 24 de mayo de 1785 u 86.

Un hombre, que acababa de salir, poco después del toque de oraciones, de rezar el rosario en San Nicolás, la iglesia edificada por Ovando y a dos pasos de allí, rebujado en su capa de las que entonces se usaban, cubierta la cabeza con un gorro de seda y puesta bajo el brazo la tradicional espada de cinco cuartas, rondaba el frente de la casa.

Hallábase el que la habitaba, el buen Padre Canales, estudiando un sermón para la fiesta del siguiente día.

Un viejo esclavo que le servía, y desempeñaba oficios de portero, había recibido esa noche orden de no dejar pasar a nadie.

El padre estaba solo, y sentado en una butaca de cuero de las de orejas, en la sala y a la salida de la escalera, envuelto en su ancha *barruesa*.

La butaca estaba junto a la pared medianera.

Don Juan Rincón, que era el que rondaba la casa, como si tomase una súbita resolución, se lanza cual si al oído le soplase un hálito infernal, franquea la puerta, dice al portero que va a ver al Padre Canales o a confesarse con él, y sube rápidamente la escalera.

Aunque nada sospecha, el esclavo se opone, pero al fin le cuesta dejarlo pasar.

** Actual calle Hostos. También se le conoció como calle del *Hospital Militar*, por el hospital San Nicolás de Bari. En 1859 el Ayuntamiento dispuso que se llamara *calle del Estudio*, porque culmina en el *Placer de los Estudios* y, además, porque en tiempos del Obispo Fuenleal, en dicha calle se construyó un edificio para *Colegio o Estudio*, donde más tarde, hacia 1551, funcionó el célebre *Colegio de Gorjón*. Desde 1904 se le llama oficialmente *calle Hostos* en honor del egregio antillanista Eugenio María de Hostos. En cuanto al *callejón de la Cruz*, se trata de la actual calle Salomé Ureña.

Arrojóse con verdadero vértigo de sangre sobre su víctima con la espada desnuda.

Ni tiempo tuvo de reparar el Padre Canales en su intempestiva presencia.

Se halló de pronto con aquel demonio, y vio brillar ante sus atónitos ojos la punta de la espada que le amagaba. Quiso reparar el golpe, y con las manos asió el arma, pero sus dedos cayeron al suelo trozados como mieses por la segur cortante.

Cada estocada encontraba las manos mutiladas del sacerdote que trataban inútilmente de defender su pecho.

—¡Que me matán! —gritó.

Luego dobló con desfallecimiento la cabeza, y D. Juan Rincón, que se ensañaba en su víctima, le dio tajos mortales en ella, deshaciéndole casi el cráneo.

La sangre que saltó de las heridas manchó la pared, y fue marca que se enseñó por algún tiempo.

Es fama que era hombre de bríos el Padre Canales, y se hubiera defendido a no habérsele sorprendido cobardemente.

Lanzó algunos lamentos en su dolorosa agonía.

Semejante escena, a la escasa y vacilante luz de una vela de cera en su guardabrisa, que envolvía en dudosa claridad la sala, era de un efecto singularmente horrible.

El sacerdote, tendido en su butaca, con más de medio cuerpo fuera de ella, las piernas estiradas, en desorden el traje, bañado en sangre, mutiladas sus manos, la cabeza hecha añicos tirada atrás, y el asesino delante de él, azorado, descompuesto el rostro, hinchadas las narices como el tigre al olor de la sangre, revolviendo los cárdenos ojos a todos lados.

Como vuelto en sí, limpió la espada en la bata de la víctima, y se precipitó por las escaleras abajo cual si fuese perseguido por las furias.

Cayósele el gorro que dejó olvidado.

El fiel esclavo había oído los gritos de su amo, y subía corriendo cuando el asesino bajaba.

Don Juan Rincón lo echó a un lado de un empujón.

Pero por su mal, un viejecito que habitaba un cuarto bajo en la casa, de nombre Javier Sterling, salió, alborotó el barrio, gritó que lo cogieran, y echó a correr tras él.

No fue esto sólo. Al lado vivía otro señor de apellido Del Monte, hermano de una Doña Carmen Del Monte, y al primer

grito del Padre Canales parece, o al del viejo Sterling, sospechando algo siniestro, salta de su hamaca, empuña su fuerte tizona y se lanza también escaleras abajo en el momento en que lo hacía el asesino en la otra casa; porque justamente cuando trasponía el umbral de su puerta, salía Rincón de la del sacerdote con la espada en alto.

Don Juan Rincón corrió en dirección al Hospital Militar en que era ropero o practicante y donde estaba asilado, porque el establecimiento quedaba en la parte alta de la iglesia de San Nicolás, a fin de ampararse en ella.

Del Monte, adivinando el sangriento drama que acababa de verificarse, echó también a correr con brío tras el alevoso matador.

—¡Favor al Rey! ¡Date a la justicia! ¡Al asesino! ¡Al asesino! —gritaba Del Monte con furia.

Don Juan Rincón trasponía ya la esquina frontera a las tapias del patio de San Nicolás, e iba ya tal vez a quedar impune aquel otro crimen; por lo cual Del Monte redobló sus esfuerzos para alcanzarle con un vigoroso cintarazo. El viejo Sterling corría a la par de Del Monte.

A los gritos, la guardia del Hospital acudió así como otros soldados, sin duda de la guardia de un coronel Cabrera que vivía en la casa conocida por la *Joven República*, en la callejuela de la Esperanza y la cual desemboca en la calle del Estudio. La casa está a dos pasos de esta última.

Entre ellos había un joven que no hacía cuatro días que había sentado plaza para sostener a su abuela, y por consejo que a ésta dieron buenas almas.

Precipitáronse al paso del asesino y le pusieron sus bayonetas cuando iba ya a ganar el asilo.

Pero Rincón, esgrimidor consumado, y como el jabalí que acosa una traílla, no hizo caso de los que venían tras él, y cruzó su acero con las puntas que amenazaban su pecho, defendiéndose en retirada con admirable serenidad. Y se hubiera salido con la suya, a no templarle el joven soldado dicho un tremendo culatazo en la cabeza que le hizo caer de bruces cuan largo era, y volviendo luego el arma, púsole la bayoneta al pecho. Esta acción le valió ser ascendido a sargento primero[11].

Entonces se echaron sobre él los soldados, y ayudados por Del Monte le ataron.

Esto pasó en un santiamén; porque la distancia de la casa a la iglesia es de una cuadra y media, y como todas las de la ciudad sólo medirá la cuadra dicha unos diez metros.

Mientras tanto, el esclavo del Padre Canales, viéndole nadando en su sangre, salió despavorido diciendo:

—¡Han matado a mi amo! ¡han matado a mi amo!

En un instante voló la noticia como un reguero de pólvora por toda la ciudad, y el pueblo en masa acudió al lugar de la catástrofe, dando muestra de dolor inmenso y aturdidos todos con el gravísimo escándalo.

¡Cosa nunca vista en la *Ciudad Antigua*! Primera catástrofe en Santo Domingo, como dicen los ancianos, en que era además raro y que causaba verdadera consternación un homicidio cualquiera.

¡Figuraos el efecto de semejante ocurrencia!

En tanto que la multitud se amontonaba en la casa y en las calles, y contemplaba con asombro imposible de describir a la mutilada víctima, y todo era gemir y lamentar por tan inaudito acontecimiento que deshonraba la histórica villa, puso el colmo al espanto que embargaba los ánimos el repentino toque lúgubre, solemne y pavoroso de la campana mayor de la Catedral y de las de los otros templos, toque de excomunión, casi nunca oído.

Serían en ese momento las ocho y media de la noche.

En efecto, el Arzobispo D. Isidoro Rodríguez se dirigió con el Cabildo a la iglesia metropolitana desde que supo tan funesta nueva, y hacía excomulgar al miserable asesino. Las ceremonias de tal acto tuvieron lugar al día siguiente por la mañana, en que encendieron velas verdes y se hizo todo lo demás que se estila en iguales casos.

Inmediatamente acudieron facultativos al lugar del suceso, aunque inútilmente. De tal modo quedó la desdichada víctima, que al tiempo de vestirla, tuvieron que sujetarle el dedo índice con una faja, pues lo tenía desprendido, y con una cinta atarle el cáliz. En cuanto a los gorros de matador y víctima, el del Padre Canales fue recogido y puesto con respeto sobre una cómoda por los primeros que allí llegaron, y con el de Rincón jugaban a la pelota los muchachos al día siguiente, diciendo:

—Miren el gorro de Rincón, el que mató al Padre Canales[12].

La confusión fue espantosa: no lo habría sido menos, si uno de aquellos terribles terremotos que ya nos eran familiares, hubiera sacudido convulsivamente la tierra.

Condujeron al malvado a las anexidades del Hospital, y allí se constituyó el Juez del Crimen con sus ministriles a fin de sustanciar la sumaria.

En ese momento era que tocaban la excomunión.

Aquí es que se ve la índole perversa de aquel hombre.

El Juez del Crimen, con voz grave y solemne pregunta al prevenido, después de las formalidades de ley:

—Diga Ud. ¿quién mató al Padre Canales?[13]

—¡La justicia de Santo Domingo! —respondió D. Juan Rincón impasible y con tono fiero.

Miráronse todos atónitos, y el magistrado se quedó turulato.

—Conteste Ud. con respeto a la justicia —replicó éste con voz severa—. ¿Quién mató el Padre Canales?

—He dicho, —insistió el asesino— que la justicia de Santo Domingo. Porque si cuando yo —agregó con tono sentencioso e insolente— maté a mi primera mujer embarazada, me hubieran quitado la vida, no habría podido matar al Padre Canales.

Jamás inculpación más grave ni más sangrienta se arrojó a la faz de los hombres de la ley. Era un cargo que contra sí Rincón hacía, pero con el fin de apostrofar a la justicia humana por su culpable lenidad dejando impune un crimen atroz por atender a mezquinas consideraciones sociales y a influencias malsanas de valedores poderosos, que lograron hacer irrisoriamente nula la acción de la ley. ¡Lección tremenda para quienes pierden el respeto a ésta y a la sociedad, vulnerando los fueros de la una y burlando a la otra para burlar a entrambas, haciéndose realmente con semejante lenidad más criminales que el criminal que pretenden sustraer a la acción reparadora de la justicia!

Don Juan Rincón, con aquellas espantosas palabras que se han hecho célebres entre nosotros, vengó a la sociedad y a la ley.

Por ello sólo merecía la absolución.

Allí se vino en conocimiento de que tan premeditado fue el hecho, que el asesino confesó y comulgó antes, para alejar toda sospecha. Y dicen que se le encontró en el bolsillo una lista de treinta personas a quienes debía matar, en la que figuraba aquel Padre Palomino, y la cual estaba encabezada con el nombre del Padre Canales.

IV
LA EJECUCIÓN

Indudablemente, D. Juan Rincón sería juzgado en el tribunal del Alcalde Mayor, cuando consta que apeló de la sentencia. Dicen que en aquella vista repitió sus audaces palabras y no negó que quisiera matar al Padre Palomino.

En el extremo de la calle de Las Damas o Colón, contiguo al que fue gran palacio de los gobernadores y es hoy de gobierno,** aunque medio en ruinas, se ve, formando esquina el que es hoy palacio de la Suprema Corte de Justicia y en los bajos Administración General de Correos. Es pequeño y de construcción tosca. Tiene un regular patio embaldosado al medio, arriba una galería de arcada que forman columnas dobles de piedra, y se comunica por el patio y por los altos con el antiguo palacio de los gobernadores. La sala es estrecha. Tiene al frente y a espalda de esta dos pequeñas habitaciones, y detrás de la segunda un saloncito. Llamábase también palacio de los Contadores.[14]

Condujeron pues al reo ante la Real Audiencia, reunida en ese edificio.

Muy de mañana, la gente se agolpaba en la puerta de la cárcel para verle salir, y luego en todo el trayecto, por la calle dicha.

El reo se mantenía fieramente sereno, porque es sabido que era el tal D. Juan Rincón hombre de pelo en pecho; y así arrostró las furiosas miradas de la multitud que deseaba su sangre.

Cuando desapareció bajo el dintel de la puerta, llenóse de gente el palacio.

¡La Real Audiencia! ¿En quién no despierta eco ese nombre, cuando es su creación una gloria de nuestra tierra? Por rivalidad con el Almirante D. Diego el suspicaz rey Fernando quiso quitarle esa parte de sus preeminencias cual era administrar justicia, bien como le disputó siempre los títulos ganados por

**. Se refiere al edificio en donde actualmente está el *Museo de las Casas Reales*, que durante la colonia fuera *Palacio de los Capitanes Generales de la Isla Española*, situado en la calle Las Damas a esquina Mercedes. Originalmente la edificación fue sede de la *Real Audiencia de Santo Domingo* y también de la *Contaduría General*. Posteriormente sirvió de asiento al gobierno dominicano.

su parte, y para ello eligió personas hábiles a fin de intervenir además en los asuntos de la colonia; de modo que hasta cierto punto representaba ese Cuerpo así formado que se llamó *Real Audiencia* la persona del monarca, y de ahí el uso del Real Sello que tenía. Fue la primera establecida en América, porque hasta entonces no las hubo en ella, y sirvió de modelo para todas las que se crearon, y por su excelente organización, aun a las colonias americanas de otras naciones. Además, el recuerdo de la de Santo Domingo está ligado con las grandes conquistas y descubrimientos en el continente colombiano.[15]

Severo y majestuoso era el aspecto de aquel tribunal augusto que, como hemos dicho, representaba la persona del monarca y su justicia. Cubría a los ancianos magistrados la toga y el birrete; los maceros con sus dalmáticas rojas galoneadas de oro, detrás de los sillones de aquellos, al hombro las barreadas mazas de plata; el Alguacil mayor vestido de negro, con calzón corto, ferreruelo y golilla a lo Felipe III, zapatos bajos con hebillas y estoque de Toledo al cinto, colocado debajo del estrado, a la derecha; el otro Alguacil, que anunciaba a los magistrados y abogados, junto a la puerta, con pantalón corto, zapatos con hebillas, frac azul galoneado de oro y botones de lo mismo, tricornio y espada.

Veíase al Promotor fiscal en su tribuna de la derecha, al abogado enfrente, al Relator por bajo del sitial de Promotor, y al Escribano de Cámara en su mesa, frente al Relator.

La fatal espada estaba allí sobre un mueble despidiendo brillo siniestro. Era una magnífica pieza de Toledo con gavilanes y adornos de plata.

El reo entró con desenfado y ocupó el banquillo; mientras las escaleras y las puertas se custodiaban por ujieres.

Comenzó el juicio.

¿Qué sabemos de eso? Hasta ahí no ha podido llegar la investigación curiosa, porque faltan archivos; aunque hubiéramos querido dar a esta tradición el carácter de un proceso célebre. Sí sabemos que la sumaria se instruyó en pocos días.

Baste saber que el Relator dio lectura de los autos; se hizo la inquisitiva al reo; se oyeron testigos, de los cuales seguramente no hubo uno a descargo; acusó el Promotor Fiscal, defendió el abogado; replicaron y contrarreplicaron, y aquí, fin del juicio.

Solamente la tradición llegó a recoger unos cuantos datos, entre ellos el que conocemos, lo que era ya como fórmula en este acontecimiento.

—Acusado Rincón, —le interrogó el Presidente— ¿quién mató al Padre Canales?

—¡La justicia de Santo Domingo! —repitió Rincón por la centésima vez imperturbable y con voz segura, como si fuesen sus palabras tremendo fallo de la historia, eco lúgubre de acusación terrible aunque justiciera del criminal contra la sociedad que ahora le castigaba tardíamente.

¿Qué obcecación o terquedad era ésta? ¿Acaso había cedido a una idea fija? Es fama que en los interrogatorios declaraba que una voz interior le decía: *¡mata! ¡mata!*[16]

Por fin, aparecieron nuevamente los Oidores después de breve deliberación, y el Escribano de Cámara leyó la terrible sentencia.

Ésta fue la que podía esperarse a pesar de los valimientos que antes tuvo. D. Juan Rincón fue condenado a pena de horca, a ser descuartizado y frito en alquitrán, conforme a la usanza de la época.

Grande satisfacción en el público.

En la cárcel, D. Juan Rincón dio muestras de arrepentimiento y confesó y comulgó devotamente, esta vez no para desorientar a la justicia como días anteriores; por lo cual se le levantó la excomunión.

Pero en capilla, en que estuvo tres eternos días, solía declamar con profunda convicción y gesto trágico su tema favorito:

—*¡Padre Canales! ¿Quién te mató?... ¡La justicia de Santo Domingo, porque si desde que yo maté a mi mujer, me hubieran dado mi merecido, yo no habría vuelto a tener la tentación de matar!*[17]

El pueblo estaba agitado e impaciente.

Llegó por fin el día de la salvaje expiación de aquél y todos sus crímenes.

Las tropas formaban, y muchedumbre inmensa aguardaba al reo, ocupando la calle de Las Damas o Colón, frente al vasto edificio, antes coronado, dicen, por una estatua de Marte, y construido por Ovando de orden expresa de los reyes para ser ciudadela o castillo, en cuyo recinto se halla el famoso torreón del Homenaje, o sea la que en las historias se llama *fortaleza*.[18]

Redobló lúgubremente el tambor, y el infeliz D. Juan Rincón apareció a la entrada de la alta puerta de estrecho arco y arquitectura rígida y sobria, como siniestra evocación de genios maléficos. Sobre el rostro llevaba encajado un capuz o caperuza negra salpicada de calaveras y canillas y llamas rojas, sin abertura para los ojos, que terminaba en cucurucho, y le acompañaban dos sacerdotes con sendos crucifijos.

La costumbre pedía que el reo fuese montado en burro, como signo de oprobio acaso, y llegaron las consideraciones por su familia ¡siempre el favor indigno! hasta omitir tan sacramental requisito. D. Juan Rincón emprendió pues a pie la víacrucis, el para un reo largo trayecto de la Fuerza a la plaza del Matadero.

El clarín iba repitiendo modulaciones estridentes.

Don Juan Rincón marchó al suplicio, con valor, dicen las crónicas, y repitiendo aquellas sangrientas palabras:

—*¡Padre Canales! ¿Quién te mató? ¡La justicia de Santo Domingo!*

La horca se levantaba en el lugar nombrado la plaza del Matadero, cerca del fuerte de San Gil, a la orilla del mar, por el Sur.[19]

Allí llegó la fúnebre procesión. Las tropas formaron el cuadro.

Los brazos del ominoso instrumento se levantaban sombríos y rígidos en el espacio.

Junto a la horca, dos negras y grandes pailas colmadas de alquitrán, las cuales se traían del cuartel de la Fuerza para el caso, estaban preparadas ya y hervían con sordo rumor despidiendo nubes de espesísimo humo, para la última brutal operación que exigían las ideas absurdas que sobre las penas y sus efectos se tenían entonces en el mundo, y de las que realmente difieren poco las de hoy.

Don Juan Rincón subió al tablado que para las ejecuciones se levantaba.

Sonó el clarín, anunciando que el momento era llegado.

Los sacerdotes le exhortaron por última vez, dándole a besar el crucifijo, y se despidió de él quien quiso. ¿Habló? Si habló en el patíbulo sería sin duda para hacer oír sus fatídicas palabras, protesta del mal contra el orden social desquiciado por sí mismo; o también pudieron ser palabras de arrepentimiento y contrición, porque es positivo que se arrepintió.

Los verdugos echaron el dogal al cuello de la víctima, y le hicieron subir al banquillo.

A poco, el cuerpo del matador del Padre Canales era lanzado al espacio donde oscilaba siniestramente; y un ayudante del verdugo, encaramado en sus hombros, le aligeraba la muerte.

Clamor inmenso saludó aquel triste espectáculo.

¿Estaba satisfecha la vindicta pública?

¿Serviría la muerte infame de un hombre inicuo para escarmiento de los demás?

Como la calentura no está en la sábana, los malos instintos, faltos de toda otra educación que esa del patíbulo, campantes y sueltos se encogen de hombros, y dicen:

Que haya un ahorcado más ¡qué importa al mundo!

Sin duda, D. Juan Rincón, que empezó por ser medio asceta y allá en sus adentros querría refrenarse acaso con ayunos, rezos y mortificaciones, tenía según hemos dicho, la monomanía sangrienta; y si hubiera encontrado dentro de sí otras fuerzas más eficaces, como por ejemplo, las de la educación, o sea, saludable inspiración que deben dar el hogar y la sociedad, puede que habría salido victorioso de la lucha que contra sí había emprendido.

Muchos Rincones habrá mientras no haya en el mundo suficiente educación moral; y pasen estas digresiones en gracia de la oportunidad.

Que esto y más sintetiza la célebre frase justiciera, cortante como un cuchillo, de Rincón:

—*¡Padre Canales! ¿Quién te mató? ¡La justicia de Santo Domingo!*

Ejecutado el reo, los ayudantes del verdugo lo descendieron palpitante del suplicio y le tendieron en el suelo.

Entonces empezó el verdugo la cruel operación de descuartizar el cadáver.

Auxiliado de sus mozos y valido de grandes cuchillos, dividió la cabeza, destrozó los ligamentos y rompió articulaciones; oyéndose entre el pavoroso silencio de la multitud estallar los huesos y chirriar las carnes.

Una vez separados los miembros del tronco, echábanlos en las negrísimas pailas.

El pueblo presenciaba esto con curiosa tristeza. Los niños bien en alto, los ancianos en primera fila.

Mientras tanto, el maestro herrero que forjaba los garfios para casos como aquel, esperaba, provisto de una bonita colección de ellos y de cadenillas.

Trájose un pequeño ataúd que el Estado suministraba, y el verdugo recogió con sus manazas las humeantes entrañas de la víctima que se habían derramado en parte, y las metió en el féretro, así como la espina dorsal y costillas, lo que restaba de aquel cuerpo que la ley tajaba y mutilaba sin piedad. Cargaron luego unos hombres con el ataúd, y fueron a depositarlo en los bajos del Cabildo, plaza de la Catedral.

Ya estaban prevenidos los "Hermanos de la Misericordia", y tomando aquellos despojos sangrientos, y formándole lúgubre cortejo, emprendieron su acostumbrada triste procesión por la calle de Plateros hacia Santa Bárbara, en el patio de cuya iglesia les dieron sepultura, pues era el cementerio de los ajusticiados. Entonces todos los patios y naves de las iglesias eran cementerio general[20].

Maese el forjador se acercó e hizo sonar sus herrajes mortuorios. En un garfio clavaron la cabeza medio ennegrecida y quemada del reo, en otro las piernas, y en otros dos, cada brazo y mano.

Para el acto final, el pueblo se puso en marcha siguiendo al verdugo y sus ayudantes, para ir a dejar cumplida la justicia del rey. Era lo más espantable del mundo mirar tanto miembro humano pendiente de negros garfios pasear las calles, asidos por los arremangados brazos de los ejecutores, para clavarlos en los lugares designados.

Colocóse la cabeza, según una de las versiones, en la puerta de la Atarazana, las piernas en el Conde, una mano en la puerta de la cárcel, y la derecha, con que cometió el homicidio en la misma casa del Padre Canales, sobre la hoja de la puerta, pendientes todos los miembros de cadenillas[21].

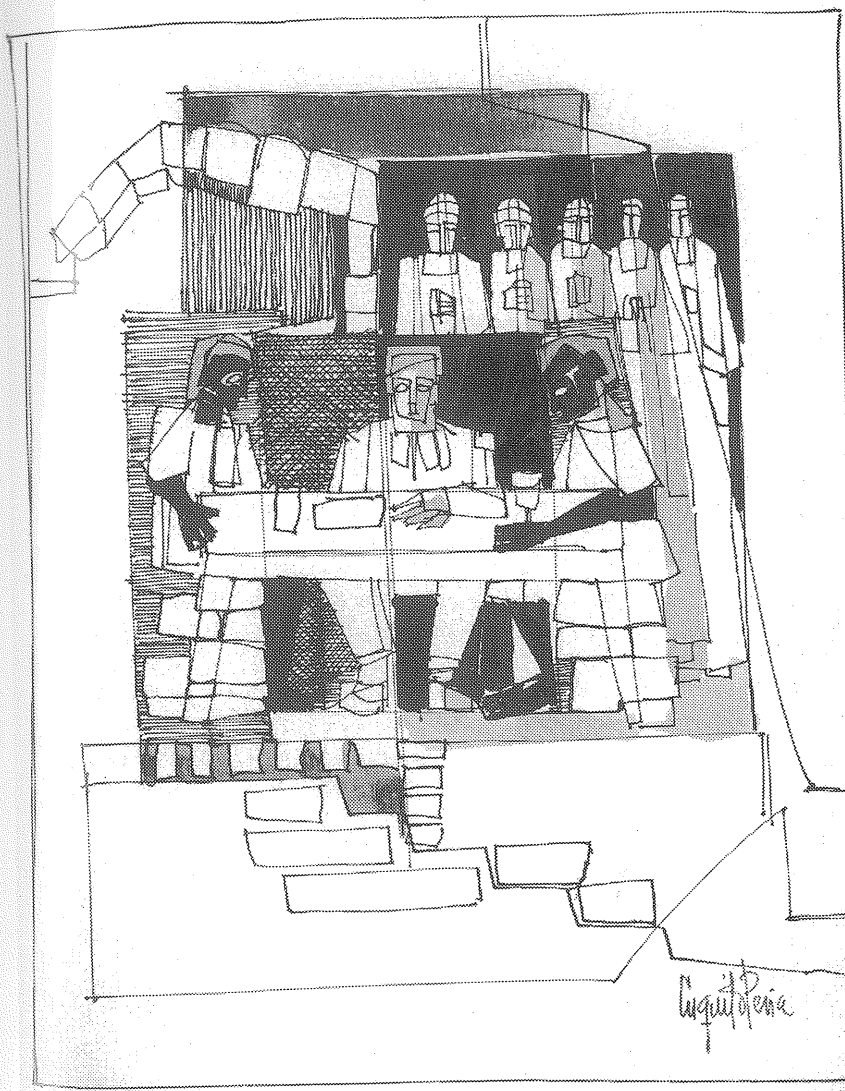
El alquitrán que destilaba la mano cubrió la acera y quedó allí para recuerdo. A los cuarenta días justos descolgaron los expuestos miembros y les dieron sepultura.

Así acabó el drama sangriento.

Todavía se repite, a guisa de adagio, por sentencioso estilo, el elocuente y tremendo apóstrofe:

¿Quién mató al Padre Canales? ¡La justicia de Santo Domingo!

Mayo de 1890.



Profanación.

PROFANACIÓN

Episodio

Las once de una noche de luna daban en el palacio del Consejo de Notables, como se denominaba entonces el Ilustre Cabildo y Regimiento de la *Ciudad Antigua*.

Era el mes de febrero de 1840.

Cuatro hombres, a lento paso, cogidos del brazo y tarareando la *Marsellesa*, turbaban el silencio de la solitaria ciudad.

Iban por calle surcada de zanjones, esmaltada de charquitos, empolvada a trechos, y provista de pedruscos de todos tamaños.

Claridad diáfana dibujaba los negros contornos de las casas vetustas, y de cuando en cuando un airecillo frío venía corriendo del Norte y barría la voluminosa capa del cernido polvo que ordinariamente cubre nuestras calles en tiempo de seca.

Los susodichos marchaban al compás de las estrofas arrogantes y sublimes de Roger de l'Isle.

Los cuatro eran jóvenes. Dos de ellos haitianos; el otro, francés.

Llamábanse por orden de edad y jerarquía: Alcius Ponthieux, Altidor Ponthieux, Monsieur C. y Joseph Salvador.

Alcius Ponthieux era apuesto mozo, mestizo de color claro, de rostro ovalado, escasa barba, ojos verdes y vivos, y de

estatura mediana. Era hombre de indisputable talento, y medio poeta.

Altidor era su hermano. Altidor, bello joven, "oriundo de las costas africanas", como dijo un poeta quisqueyano en parecido retrato de mujer, bello cuanto puede serlo un hombre y magnífico ejemplar de su raza. Tinte de ébano puro y cutis suave, de perfecto óvalo, nariz perfilada, ojos expresivos, bozo naciente y talla igual a la de su hermano: tal era la interesante figura del menor de los Ponthieux.

Ambos, muy simpáticos y populares, inteligentes e instruidos, educados como todo haitiano de recursos, en Francia; y por más señas, poseían una excelente biblioteca que dejaron al ausentarse de la libre tierra dominicana.

El padre de estos jóvenes haitianos era en aquella época señor de vara alta, un *tutumpoten*[1], como donosamente califica nuestro vulgo. Era el Administrador General, y habitaba, para mengua de los Joaquín García, los Kindelán y los Urrutia, el mismísimo palacio de los antiguos gobernadores de La Española. Los bajos estaban destinados a oficinas públicas como la Administración de Hacienda y otras.

El francés era un joven elegante, y también tipo de varonil belleza caucásica. De cara tirando a redonda, ojos negros y decidores, nariz aguileña, boca regular, bigote y cabello negros, sonrosado cutis y buena estatura.

Había tenido el raro privilegio de dar su nombre a una moda que introdujo en el país: los pantalones estrechos y aflautados que era necesario ajustar mediante papelillos y bregas y sudores dignos de mejor causa, y los cuales solían reírse en plena iglesia o calle de la extravagancia de sus dueños. En honra de su inventor se decían *a la...tal*.

El cuarto y más humilde era un artesano, zapatero, individuo de color que nada de particular ofrecía, sino acaso que, por el contraste, debía de ser un *gringo* demasiadamente *de feo*.[2]

Los Ponthieux eran jóvenes presumidos y elegantes, los *dandys* de aquella época. Por tanto vestían irreprochablemente, de casaca según el corte parisiense, pantalón de lanilla ajustado y con estriberas (Alcius los usaba de goma siendo el primero que los introdujo aquí), camisa de cuello alto y gregorillo, y corbatín de color con un lazito al medio; cubriendo su cabeza con un *water-proof*, sombrero alto que tenía la honra de ser así

llamado y el cual iba angostado hacia arriba. Calzaban magníficas botas por dentro del pantalón; y en cuanto al artesano, vestía de dril blanco.

Llegaron a la mitad de la calle de Plateros, y donde desemboca la calle de San Francisco;** es decir, que la suave cuesta del mismo nombre se abría ante ellos.

—*Allons enfants de la Patrie..e..e..e.*

Lanzaron en coro, con voz vibrante; y el eco alegre rodó hasta el extremo del barrio y de la villa, hasta el río cercano, y se estrelló en la mole grave y sombría del monasterio que en lo alto de la cuesta se alza.

—¡Eh! —interrumpió Alcius, dirigiéndose a una especie de chimpancé que venía detrás de ellos cargado con un pesado canasto— ¡eh, Planchet!

Maldito si merecía el cuadrumano aquel el honroso nombre de guerra del criado de d'Artagnan; pero había sido rasgo humorístico de Alcius el dárselo.

El criado no, el plantón o especie de asistente, porque como en tiempos de la Revolución francesa, ningún *mañé* podía ser criado de otro *mañé*, el plantón subió el declive y entró en las ruinas de la iglesia del monasterio con su canasto en la cabeza.

Sobre la lometa, o cuesta según la denominan, de San Francisco, las majestuosas ruinas del monasterio de su nombre, primero que se edificó en América, se yerguen como un venerable símbolo de grandezas pasadas, tajado a trechos, que no derruido por el tiempo, como gigante de viva piedra que desafiara sus iras, ennegrecido, ceñudo, con revueltas raíces legendarias de *copeyes* e *higos*, arraigadas y entrelazadas entre sus poderosas masas como arterias o músculos de seculares leños; y enseñando aún con cierto desdeñoso gesto, el arco solidísimo de su puerta de severa arquitectura, intacto.

Parece, al mirársele por el lado oriental, o sea desde el pie de la cuesta, un coloso a quien se hubiesen sacado los ojos y dividido los hombros, con los espacios vacíos de su campanario y con la parte superior de sus estribos rígidos y cual hechos de una sola pieza.

**. La actual calle Emiliano Tejera, que se inicia frente al antiguo Convento de San Francisco, se llamó antiguamente *calle de San Francisco*. En 1926 se le designó oficialmente como Emiliano Tejera.

Ese edificio, semejante a un castillo señorial como nido de águila suspendido en la pequeña loma, tiene razón de ser orgullosamente majestuoso en su misma decrépita vejez.

Creería uno oír voces que dicen que en su seno encierra los recuerdos de aquel Fray Antonio del Espinar, Prior de los franciscanos, los primeros venidos al Nuevo Mundo, y célebre, no por sí mismo, sino a causa de disputas suscitadas en la colonia por el indómito Padre Montesinos; de aquel hermano del rey de Escocia, hecho franciscano sabe Dios por qué misterios, y de quien dice la historia que bajo el tosco sayal conservaba sus maneras aristocráticas; de los Padres Jerónimos, que allí se hospedaron al venir a gobernar la isla, enviados por el cardenal Jiménez de Cisneros hasta que fueron a ocupar la Casa de la Moneda o de Contratación, a dos pasos de aquel lugar[3], y de un fraile, el Padre Perozo, maestro de nuestro Núñez de Cáceres, del Dr. Faura y otros. También encierra la tumba, ya desconocida, del Adelantado de las Indias D. Bartolomé Colón y probablemente de Francisco Garay, explorador con Miguel Díaz de esta comarca, para fundar la ciudad Capital, quien disfrutaba el patronato del monasterio cuya iglesia tiene puesto el pie sobre las cenizas del soberbio Alonso de Ojeda,** el osado aventurero y aprisionador de Caonabo.

A la izquierda del templo, entrando, quedan los vastos edificios del monasterio, celdas, crujías, pasadizos y galerías, la pequeña capilla llamada de la Tercera Orden y los grandes patios. Las profanaciones de los hombres en tiempos de Haití sobre todo, hicieron allí destrozos; y es constante que las columnas de piedra del palacio de Gobierno pertenecían a las

**. Alonso de Ojeda (1470-1516) acompañó al Almirante Cristóbal Colón en su segundo viaje al Nuevo Mundo. En la historia dominicana se le recuerda por haber sido, entre otras cosas, quien redujo a prisión al temerario cacique Caonabo, mediante una engañifa. En 1499, junto con Juan de la Cosa y Américo Vespucio, organizó una expedición por las tierras americanas. Conforme a la ruta trazada por Colón en su tercer viaje, Ojeda y sus compañeros llegaron a las costas actuales de las Guayanas y se dice que penetraron hasta el golfo de Maracaibo. Avistaron un pueblo que les recordó a Venecia, por lo que lo llamaron Veneziola, actual Venezuela. Por disposición real fue gobernador de la costa de Nueva Andalucía (Colombia). Finalmente se estableció en Santo Domingo, en donde falleció. De acuerdo con una tradición sus restos fueron sepultados a la entrada del Convento de San Francisco para que, según su voluntad, todo el que entrara al templo, lo pisara. En los albores del decenio de los 60, sus restos fueron robados sin que todavía hoy se conozca su destino.

galerías del monasterio, que utilizó el gobernador haitiano Borgela, constructor de ese palacio. En el patio principal existen las paredes de un gran cuadrado que servía para bañadero de los frailes.

Cantaron de nuevo al atravesar el arco de la puerta, pisando en los umbrales sus plantas de extraños profanadores la tumba del tremendo espadón de la conquista:

—*Allons enfants de la Patrie..e..e..e.*

Al ruido que hicieron, los murciélagos y lechuzas que poblaban las desiertas ruinas de la iglesia conventual, chillando y rebotando en vuelo torpe por los ojos de las claraboyas y los rotos arquitrales, hicieron coro a los ecos insolentes de las marciales voces que retumbaron por aquellos muros.

¡Venerable San Francisco!

¡Quién a tu respeto no siente sobre el espíritu el peso de tus moles rebosantes de históricas reminiscencias! ¡Cómo no perderse la mente en lo que traes a la memoria! ¡Grandezas legítimas, glorias muy altas son que publicas, las conmovedoras páginas de la conquista y del nacimiento pasmoso de la primera ciudad del Nuevo Mundo, surgiendo de una vez tallada en gigantesca piedra, con majestuosas cúpulas y fachadas, con palacios vastísimos, con mansiones orientales, con templos magníficos!

El aspecto de las ruinas era solemne e imponente.

Confusa oscuridad, medio desvanecida por la naciente luna, daba a muros y capillas un tinte de soñolienta poesía y romántico arrobamiento.

Se tropezaba, al andar, con las altas yerbas en que chirriaban los grillos y los revueltos trozos de la bóveda, completamente desplomada. En el ábside, sin restos de techumbre, hay un gran enterramiento oculto en que la tradición dice que yacen los despojos de Don Bartolomé Colón, los cuales, sin ninguna duda, no han sido removidos de allí.

A esta mano, entrando, y entre muros perpendiculares a los costados se abren dos capillas bajas de hendida bóveda y cuyos aristones amenazan caerse hechos pedazos, ostentándose en la más próxima al prebisterio un escudo de armas con casco de caballero. Ciertas pinturas al temple se conservan todavía; y aún se ve en uno de los muros una puerta que parece dar paso a algún subterráneo.

La pared interior de la fachada con dos huecos como dos ojos en lo alto, y sobre el borde de la misma, la desgreñada cabellera, entre verde y seca, de los copeyes, en que el viento registraba tonos extraños y silbantes notas.

El *compère* había improvisado una mesa, con una gran piedra desprendida de la bóveda, y en ella brillaban, merced a la luna que había empezado a invadir aquel recinto, sobre el fondo blanco del mantel, las latas abiertas y perfumadas de las conservas alimenticias, las ostras y langostas en ríos de pimentado caldo, sobre fuentes de porcelana, pasteles incitadores, pollos fiambres, el jamón con su trinchante clavado y panes blanquísimos. Reservadas quedaban en el canasto milagroso las compotas y demás caprichosas confituras aparejadas para el caso.

Como columnas entre destrozados frontispicios y corintios chapiteles rotos de templo olímpico, alzaban arrogantemente el erguido cuello las botellas acá y acullá, entre los manjares multiformes.

Aun hervía en ellas rabioso por salir el generoso líquido bajo su cubierta de corcho y los cerrojos de alambre retorcido.

¿Qué era aquello?

Orgía singular y provocadora en medio de unas ruinas sagradas por la historia y el arte.

Calavera insigne, modo de reto a las eminentes memorias que significaba semejante sitio, lanzado por dominadores del suelo patrio en desdoro de sus envidiables timbres, y a todo lo que era recuerdo del pasado poderío español que era el de nuestra raza en la América Latina.

Y esto, entre dos monumentos, las tumbas célebres de Alonso de Ojeda y Don Bartolomé Colón.

Los jóvenes recorrieron el recinto del templo, y apoderándose de unos envoltorios que habían venido a guisa de tapa sobre el canasto de víveres y licores, procedieron rápidamente a la más extraña de las operaciones.

Encajáronse largas vestes azules por la cabeza, y cubrieron ésta de amplio capuchón.

Los cuatro se habían transformado en un instante en otros tantos frailes franciscanos.

Sin esta toma de hábitos parece que no podía quedar completo el festín misterioso.

Era de ver el efecto tremebundo de esta escena peregrina. Sobre el fondo oscuro de las ruinosas celdas que quedaban a la izquierda y medio disfuminados en la penumbra que producía la luz de la luna bajando desde la cresta áspera de los muros cenicientos, los frailes redivivos aparecían como verdaderas evocaciones de los franciscanos.

Cualquiera que los hubiera visto, habría jurado que eran recién salidos de sus sepulcros.

El mismo *compère* no dejó de mirarlos con ojos en que se confundían la curiosidad y una regular dosis de miedo.

Sentáronse bulliciosamente en el suelo, sobre la grama amarillenta que aun brotaba y las duras *escobitas*[4], después de probar Alcius Ponthieux si las dos magníficas pistolas compradas por él en París, estaban bien cebadas.

Salieron a relucir bruñidos cubiertos, y empezó un ataque en forma de los esponjados pasteles y las conservas.

Y mientras comían y charlaban, el *compère* hacía saltar el corcho de los añejos vinos de Francia, las ardientes costas de Sicilia y las vegas españolas, y a cada estallido, seguía un ¡hurra! frenético de los comensales.

Borbotaba el espumante aljófar líquido con amoroso ruido en las henchidas copas, incitando.

Los sentidos, entre vapores de vino y voluptuosidad báquica, se iban a pique a ojos vistas.

Los opalinos néctares de tierras latinas se escanciaban abundantemente.

Risas y frases beodas revoloteaban sobre aquel que fue trozo escultural de bóveda rellena de ecos de salmodias y teñida del humo del incienso, ahora transformada en mesa de imprudente orgía.

El solemne silencio de las ruinas de la iglesia conventual, roto por los alegres cantares, era escándalo al mundo.

Cuando se caían los manjares de la boca, el cuchillo de las manos, y los párpados en fuerza del magnetismo alcohólico, agotado ya el más que el licor, chispeante repertorio de amorosas aventuras con salsa de risas de sátiro, Alcius Ponthieux rompió:

—Y bien, compañeros ¿no tenéis miedo a los muertos?

Una carcajada acogió estas palabras.

—Ved ahí sus tumbas cómo blanquean a los rayos de la luna —dijo señalando con su inseguro tenedor las losas sepulcrales

de agrietado mármol a medio subir por la yerba y ennegrecidas a trechos que esmaltaban aquellos sitios—. ¡Vedlas bien! —añadió con gesto elocuente y animándose por grados, accionando con viveza sin soltar su tenedor, cetro orgiástico—: ésas son las últimas grandezas de los orgullosos nobles que dominaban esta tierra nuestra...

—Sí, sí, sí, —aclamaron los otros cabeceando de puro borrachos.

—Esta tierra *nuestra* —recalcó Alcius—. Llegó por fin el día en que viniera nuestra raza a dominar la isla, reina del mar Caribe, echando por delante las jerarquías monárquicas de Europa. ¡Señores! —agregó Alcius con la exaltación política de los neo-republicanos de Occidente, mezclada a su habitual fatuidad y con un tanto de acento profético—, Haití, *uno e indivisible*, dueño de la grande isla, dominará siempre en ella, ¡os lo aseguro!

¡Como al fin la Jauja vuestra! hubiera podido comentar cualquiera.

—¡Por Haití *uno e indivisible*! —gritaron los postizos frailes llenando sus copas y levantándolas con temblorosa mano.

—Dormid, pues, grandezas pasadas del orgulloso conquistador, concluyó Alcius, alzando a su vez con nervioso impulso su brazo armado de la copa, y dirigiéndose a las tumbas visibles e invisibles donde reposaba tanto magnate y celebridades tantas.

Choque de vasos y nueva algazara.

El *compère* estaba tendido entre las yerbas más altas y dos piedras que le servían de panteón, muerto ya por el vino para las efusiones de la borrachera.

—Pero en fin, —dijo otra vez Alcius, poniéndose de pie— hemos venido a la mansión de los frailes franciscanos a presentarles nuestros cumplimientos, y aun no lo hemos saludado, —añadió con tono solemne. Voy a leer los versos que he compuesto exprofeso.

—¡Bien! C'est vraie, mon cher. ¡Comencez donde! —contestaron en coro los compañeros.*

Era motivo de semejante orgía, además de las naturales ganas de divertirse de aquella guisa original, profanar el eterno reposo de los franciscanos, y ya hemos visto el preludio hecho por el impetuoso haitiano con el lenguaje exagerado que es

* ¡Bien!, cierto, querido. ¡Empezad!

propio de los franceses de ultra-montes. Al efecto, al medio poeta Alcius habían encargado que escribiera una flamante invocación o apóstrofe en buenos y acicalados versos *racinienses*.

Llenarónse las copas; y como escasease el vino, Alcius dio un puntapie al *compère* que se levantó despavorido de un salto, imaginándose que algún muerto le hacía caricia.

—Du vin, du vin, animal, —le vociferaron a dúo Alcius Ponthieux y el francés.*

Corrió el *compère* al canasto, destapó las últimas botellas, y espumearon las hirvientes copas con legítimo Veuve Cliquot.

Todos se pusieron también de pie, tambaleando y empuñando las copas.

Alcius, con aire de inspirado alzó la suya, chispeantes los verdes ojos, firme y sonora la robusta voz. Recitó:

Pour un instant sortez ed la poussiére
Momies qui dormez en ces lieux,
La nuit plane sur ce vieux monastére
Venez vous meler á nos jeux.
Ces murs brunis, ces arcades gotiques,
Virent vos plaisirs le plus doux;
Sortez, sortez de ces caveaux antiques,
Franciscains, nous buvons á vous.
¡Ah! dites nous que des fois ces cellules
Ont elles caché vos amours:
Que des beautés candides et crédules
De vos loisirs charmaient le cours.
Ah oui, sans doute, et le choc de vos verres,
De cent fiancons le glou glou
Charmaient l'echo de ce lieu solitaire;
Franciscains, nous buvons á vous.[5]

—¡Franciscains, nous buvons a vous! —repitieron, al choque y retintín estrepitoso de sus vasos los calaveras.

Vibrante el eco del audaz apóstrofe, retumbo sordamente por los agrietados muros de la iglesia, y fuese rodando por las

* ¡Vino, vino, animal!

antiguas celdas, las crujías y los ruidosos restos del monasterio de un modo satánicamente lúgubre.

Los compañeros de Alcius sintieron allá en el fondo del espíritu algo extraño que parecía reprobarles aquello; mas aplaudieron a rabiar al digno poeta.

La luna vaciaba toda su luz en la ruidosa nave del templo.

Los gruesos muros renegridos semejaban tener en lo alto de su caballete una faja de nieve.

No se movía una hoja: el viento había cesado de gemir entre las piedras musgosas y el ropaje raquítico de los *copeyes e higos*.

En momento así, en que el silencio había seguido a la alborozada orgía hubiera podido fingir la mente toque de ánimas, voces lejanas que salmodiaban el *Dies iraae*, humo de incienso e inciertos resplandores de cirios, y esqueletos que se levantaban en sus viejos sarcófagos a curiosear.

Algo inexplicable e invencible tenían en el hondo de su alma aquellas cuatro calaveras que, después de los aplausos descoyuntados que habían prodigado al poeta apostrofador, quedaban con los labios pegados y los ojos fijos.

O sería la fuerza del vino que embotaba sus facultades.

Sin embargo, por última vez, los cuatro, apurando las copas, exclamaban en coro:

—¡Franciscains, nous buvons a vous!

Y arrojando desdeñosamente aquellas que se rompieron en escalas de chasquidos argentinos, contra el muro interior de la fachada, a modo de caballeresca despedida, cayeron al suelo sus largos hábitos frailescos.

Luego cogidos nuevamente del brazo, y entonando otra vez la Marsellesa, traspusieron los umbrales del antiguo monasterio, perdiéndose a poco su voz a lo lejos.

Así acabó la sarcástica orgía en las ruinas de San Francisco.

Diciembre de 1890.

ENTRE DOS MIEDOS

Episodio

¡Cuadro temeroso aquel!

Figúrate que había tiros por un lado y cólera por otro.

Semejante época, por estas especialidades, merecería ser calificada así: la del cólera, el sitio y el cambalache.

Porque de todo eso había, con el favor de Dios.

Teníamos, además, un hambre macha; y se dieron casos en que por comer yuca amarga[1] unas mujeres, y no advertirlo, se las llevó el demonche, esto es, que se envenenaron.

Era hacia 1868, en mi tiempo, y puedo contarlo sin consultar oráculos ochentañales, y una de las tantas revueltas que como decoraciones de teatro dábamos al mundo en espectáculo casi diariamente, había venido a sitiar la Capital heroica en cañonazos clásicos.

Corre que te cogen. Limpia que te limpia los fuertes de yerbajos y otras menudencias no muy bien olientes, y levanta que te levanta rancherías, y a la carrera rueda que rueda cañones de todos tamaños, calibres, metales, épocas y nacionalidades para apuntar en las almenas a los *guayabos* de Galindo, a los bohíos de San Carlos y a las montuosas rocas de Pajarito, enemigos obligados de la artillería de la muralla desde que

había moros en la corte, y no otros que ellos *pagaban la jaba que el burro se comió.*[2]

Naturalmente, los adversarios del desgobierno reinante estaban *mal hipotecados*[3], y tenían que recatarse mucho, o meterse en un consulado (asilarse) o estar bien ocultos cerca de las paredes de algún patio que fueran domables, para volar.

Unos de éstos, connotado *rojo baecista*[4] estaba en peligro de ser cogido, aunque no hacía mucho que acababan de soltarle de la cárcel y de aliviarle de los grillos. ¡Vaya! ¿Querría salir mejor librado un facineroso político?

Aconsejáronle que por las noches prudentemente se arrimase a cierta casa en que había un largo palo de bandera y un escudo de armas, esto es, un consulado, el norteamericano por más señas.

Y así lo hacía. ¡Hem! ¡pues no!

El cólera causaba estragos, las carreteras de muertos cruzaban la ciudad, y los gritos de los dolientes se confundían con las balas de fusil (por dicha que eran de fusil) que silbaban ya como una serpiente, ya como un moscardón.

A esta música hacían coro el cañoneo de los fuertes y la miseria que se comía a la gente.

Esa administración, la del General Cabral, había sido señalada por dos mil calamidades, y de ahí que los agüeristas creyesen fatales gobiernos los en que ocurrían ellas, y por desgracia, porque en el mundo ha de andar todo al revés, eran siempre los *azules* los que tales loterías se sacaban, parece que por burlas de la suerte o sabe Dios qué; pues eran ellos los que en el tejemaneje de la politiquilla ésta representaban nada menos que los principios como liberales y progresistas, lo que no les impedía inventar sabrosas *ruedas de presos*, siempre opuestos al personalismo y banderías que de antaño nos venían con las rotulatas de *santanismo, baecismo, jimenismo*, et sic de coeteris.

En la colección nada faltaba: el sitio, el hambre, una tormenta mayúscula, el cólera ¡hasta el cólera señor! y... el cambalache.

Las papeletas habían traído la ruina y la ruina el cambalache, el cambalache... sabe Dios lo que traería. ¡Pero siempre con los *azules* en el gobierno había esperanza de algo! Sé que fui muy *azul*, y a mucha honra.

Antes del sitio había empezado el cambalache.

Traían los campesinos sus vituallas, y pedían por ellas plata o cambalache, como quien dice oro o su equivalente.

Tan escasa andaba la carne, que no se permitía vender más que una libra por cabeza, y había quien con esta ración tuviese en su casa, además de larga familia, unos dieciocho (dieciocho contados, sin exageración) dieciocho gatitos que una joven de la casa tenía la humorada de alimentar en pleno sitio. Y que no había medio de disuadirla de tan costosa afición.

—"Que mira, que la carne está tasada, que es una desconsideración de tu parte, que estos gatos importunan demasiado, que esto, que el otro".

Nada.

Venía un *campuno* con gallinas para trocarlas por gatos, buen comercio que se ha hecho siempre aquí, pues la gente del campo busca esos animalitos para limpiar de ratones las heredades, o sean conucos. Y la dama gatesca decía con aire desdeñoso que ¡cuándo iba ella a cambiar sus gatos por gallinas! que sus gatos eran de muy buena estirpe, con otras gallardías por el estilo. Y cata ahí al amo de casa hipando tras los bofes y las asaduras que conseguía en la *plaza* para que comieran los señores felinos; y dice él con mucha gracia que se nublaba el corredor de los susodichos con una música wagneriana.

Al toque de oraciones, nuestro hombre, candidato del *Indio* o del *Cuarto del pañuelo*[5], separábase con pena de su familia, temiendo a la epidemia, a las balas y a un atropello, y se dirigía a casa del señor Cónsul.

El señor Cónsul se llamaba Mister Smith.

Era un viejecito de elevada talla, de faz coloradota y arrugada, poblado lo que quedaba de cráneo cubierto, de largos cabellos blancos; risueño, amable, conversador, y algo cariñoso con la botella.

Vivía en los altos de una casa grande, calle de Las Mercedes, cerca de la capilla de Los Remedios, a la izquierda viniendo de ella, o sea del Este.

Le acompañaba un hijo de nombre Jaime.

¡El pobre Jaime! Era mi amigote cuando yo niño. Por el estilo de su padre, su bondadoso carácter, algo bonachón, hacíale querer de cualquiera.

Cara redonda, ojitos vivos, pelo entrerrubio, nariz roja, bajo de talle y regordete: tal era Jim.

Pereció en el mar, por efecto de un golpe de viento que impulsó a un lado la botavara la cual le alcanzó arrojándole magullado al agua.

Nuestro político en salmuera, como dizque han sido los de por acá, salía con recelo de su casa; inspirándole miedo la pesada atmósfera que al decir de él podía partirse con cuchillo, el cruce de las carretas llenas de muertos del cólera, los gritos, los tiros y las patrullas.

Iba pues con espantados ojos esquivándolo todo, hasta su sombra, y llegaba al consulado a cumplir su penitencia, poniéndose *en salvito*.[6]

Mister Smith, que siempre reía mucho y bonachonamente, salía al pie de la escalera a recibir, frotándose las manos, a su amigo el asilado nocturno, y contra la formalidad sajona, le echaba el brazo al cuello para conducirle a la sala.

Cerca del Capitolio la roca Tarpeya.

Cerca de la escalera la botella,

habría que decir en prosa rimada y mala, como son los más de los versos latinoamericanos.

Esto era lo común; lo extraordinario ahora vendrá.

Sentábase en la sala, cerca de una de las puertas del largo balcón, que tanto afean nuestras casas, y allí empezaba la retahíla.

Entre mascullar frases, porque a Mr. Smith le faltaban los dientes, y mascar la cola de bacalao, podían impunemente transcurrir para el buen viejo Cónsul las noches de claro en claro y aún los días de turbio en turbio.

Pero Mister Smith no conversaba solamente con el interlocutor que tuviera.

A lo mejor llamaba a Jim, le decía algo, le interpelaba y le despedía luego. Y Jim se iba otra vez a leer las sábanas del *Herald*, el *World* o el *Sun* al cuarto frontero a la escalera que servía de refectorio, santuario del alcohol.

En semejantes pavorosas circunstancias, Mister Smith estaba fuera de su centro.

No se reconocía.

Había perdido la mitad de su alegría, su boca estaba algo contraída y sobre su calva posaba una a modo de mancha,

cual importuna mosca, que era constante preocupación y pesadilla.

Por el espíritu del viejo Cónsul, siempre bonancible e igual, pasaba una cosa extraña.

El miedo, un miedo cerval acongojaba a Mister Smith.

—A great dreaad,* habría podido responder a quien le preguntase con interés qué tenía.

El demonio del cólera y aquellas malditas balas no dejaban un instante de tranquilidad a Mister Smith.

Y era una lástima.

Porque Mister Smith comía bien, sobre todo los *planting* (guineos) a que es aficionada la gente del Norte, como al azúcar las moscas, y no pocos apuros les han causado en estas latitudes. Antes falta el pan en mesa de un hijo de Uncle Sam que los guineos, y por las calles de sus enjambradas ciudades cómenlos corriendo, floreando de cáscaras las aceras para que se despatarre el que ande mirando las nubes.

Los *planting*, pues, que Mister Smith saboreaba con delicia, hubieron al fin de acarrearle en casa del mismo Presidente de la República, Sr. D. B. Báez, un incidente muy chusco que no se puede referir aquí.

Y desde que se le ocurrió haber sitio y cólera, adiós apetito y adiós *planting*, los cuales se podrían colgados en sus racimos que el refectorio ornaban.

Entonces lo que menudeaba era el aguardiente, a *vasos*, no a tragos, porque dizque era contra la epidemia, y por el uso y el abuso, que rara vez tiran por opuestos caminos, hasta panacea universal era.

Y con esto no hay que decir, que los alambiques andantes se habían ellos solos convertido por sí y ante sí en boticas bien provistas de tal remedio de patente.

Que llegaba nuestro asilado.

Sentábanse tempranito a departir sabrosamente en inglés, porque Mister Smith chapurraba el español, olvidados por un momento de lo que los rodeaba, sin embargo de que la primera pregunta del viejo Cónsul era:

—¿Muchos muertos, eh?

—Muchos muertos —contestaba el otro.

---

*. Muchísimo temor.

Pero daban por ejemplo las ocho, y empezaba el tiroteo.

De Pajarito rociaban balas como habichuelas.

¡Díganme! La casa que estaba allí pegadita a veinte pasos justos de la orilla del río...

Pin, pun, *shis, shis, shis, fleen*... Y refrendaba acto continuo un cañonazo de a folio como para ti que soltaba la pieza de a veinticuatro del fuerte del Almirante, en que se alza el alcázar de D. Diego Colón, y el obús de San Diego. Ambos baluartes quedaban sobre esta margen del Ozama.

A eso se unían los gritos de la familia de un colérico, allá, en lontananza.

Mister Smith temblaba.

Interrumpía la conversación, y agachaba la cabeza y aun se agazapaba cuando un proyectil pasaba por la calle, que a él le parecía venir recto por entre los hierros del balcón; y cuando el susto iba decreciendo, gritaba:

—¡Jim! Trae dos vasos de aguardiente: uno para Mister D...; y otro para mí... y otro *for you too*, añadía al cabo de una pausa y por vía de apéndice.*

Pedía el aguardiente como antídoto contra el miedo a las balas y a la vez contra el cólera, y así es que al tomarlo él recomendaba a su hijo que también lo tomase, dándole para ello su permiso; aunque esto sería por la presencia de un extraño, pues bien debían refocilarse padre e hijo a solas y a dúo en el solemne silencio del comedor de la espaciosa casa, y esto medio que nos consta.

Y naturalmente, debía considerar que el pobre Jim se estaba muriendo con aquellos silbidos y aquellos gritos de muerte, que formaban una música extraordinariamente lúgubre. Con todo, no debía ser así por cuanto el muchacho era guapo, como lo probó una vez que se iba a invadir el consulado, y Mister Smith armó de rifles a un centenar de asilados porque tenía sus aficiones por los *cabralistas*; y Jim tendió la bandera en el suelo y alzó las greñas a su rifle retando a los asaltantes.

Traía Jim el aguardiente.

Dos vasos llenos en una bandeja. ¡Pero qué aguardiente! Mosto puro, lo cual constituía un verdadero brevaje, como para el caso.

---

*... para ti también. Se ha conservado esa frase así porque tiene mucha gracia y así lo cuenta el visitante forzado de Mister Smith.

Trasegaba Mister Smith el suyo con mano trémula, chasqueaba la lengua, se limpiaba la boca con la manga de la camisa, pues siempre recibía el fresco en mangas de idem, y hacía esfuerzos por serenarse.

Daba luego dos o tres fumadas, mas apenas reanudaba la conversación, cuando.

Pin, pun, bum, shis, shis...

¿Para qué te quiero, cabeza? Mister Smith tocaba con la frente al suelo, y se agazapaba como maese Pedro cuando Don Quijote descargaba tajos y reveses sobre el retablo de los títeres.

El otro se quedaba entre pensativo y burlón.

—¡Jim! —gritaba de nuevo Mister Smith.

Aparecía Jim sonreído y sereno.

—Jim, —decía Mister Smith con voz angustiada— trae dos vasos de aguardiente: uno para mister D... otro para mí... y otro *for you too*.

Y decía esto último casi con desaliento.

Tornaba la bandeja, y tornaba a apurar Mister Smith con precipitación su vaso, mientras el otro se lo echaba al coleto con ascos y repugnancias y asiendo visajes como un condenado, porque era aquel aguardiente un purgante peor que el aceite de higuereta.

Entonces sonaban gritos desgarradores que en el silencio de la noche y en tales circunstancias tenía allá a lo lejos no sé qué fantásticamente pavoroso. Era el cólera que había asomado la nariz por algún barrio pobre.

Oíalos Mister Smith con espanto, levantaba la mano en que tenía el vaso, y con tamaños ojos abiertos, decía a su compañero:

—*¡Hear, hear!**

—Ya oigo, —respondía con flema y a la par con disgusto, pensando en su familia abandonada.

Seguía la conversación, y parece que al compás del miedo de Mister Smith los fuertes y los perversos tiradores de Pajarito pactaban una tregüita de algunos minutos; durante la cual, cruzaban el río los denuestos más chocarreros y las más pere-

*. ¡Oiga, oiga! No es pedantino tanto inglesear, sino que así se ha referido el cuento (que es la pura verdad según el refiriente).

grinas vulgaridades: y cuando, ya agotado el repertorio de las personalidades dirigidas contra uno y otro caudillo, el Presidente de la plaza sitiada y el aspirante a Presidente de la bandería que sitiaba, se les fatigaba el gaznate a puro gritar indecencias, y se enfurecían, mano otra vez a las carabinas y al cañón, sin tocarse naturalmente al pelo de la ropa, y fastidiando la paciencia a los hambrientos moradores, atacados de cólera por partida doble: la epidemia y la ira.

Vuelta a silbar balas por esas calles, vuelta a cruzar carretas de muertos y vuelta a los gritos.

Vuelta, por ende, a agazaparse Mister Smith, y vuelta al aguardiente enmostado.

Una bala atrevida pasó tan cerca del balcón, que Mister Smith se dio por muerto.

Estuvo diez minutos agachado y con los ojos cerrados.

El compañero de Mister D... no pudo menos que reírse a carcajada tendida.

Mister Smith lo miró estupefacto. Parecía preguntarle:

—¡Qué! ¿y tú también no te has muerto?

—¡Jim! Un vaso de aguardiente para Mister D...; otro para mí... y otro *for you too*.

—No, gracias, —dijo el huésped con vos desfallecida de los ascos que sentía— yo no más. Amigo Jaime... *excuseme*,* —añadió angustiado por el mosto que había tenido que trasegar, y temeroso de la décima edición.

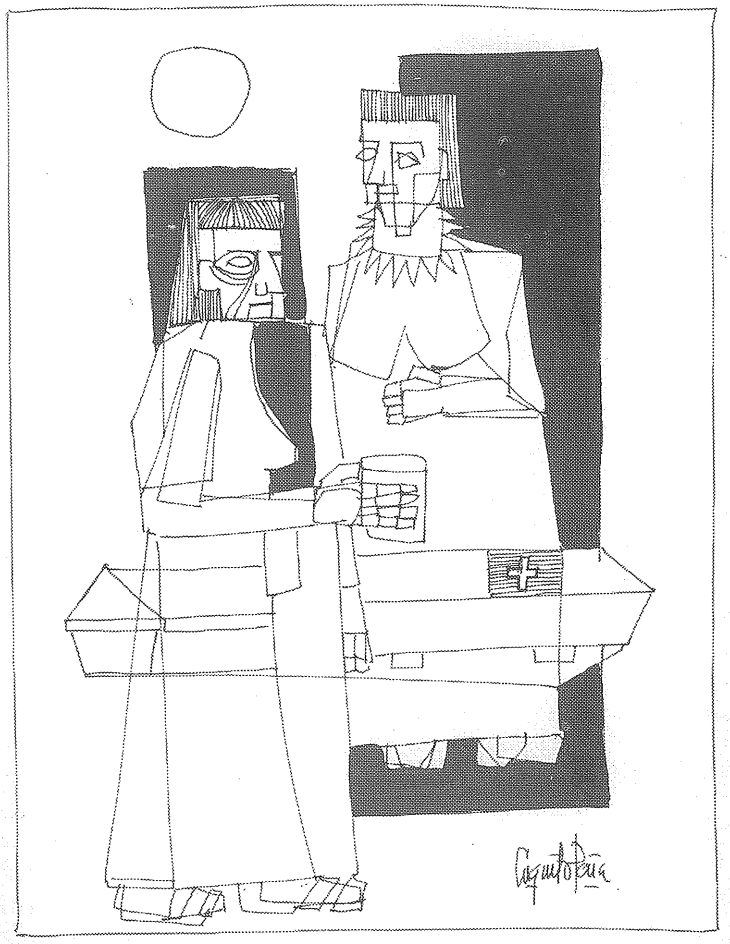
Así pasó la noche, entre sus dos miedos el pobre Mister Smith.

Acaso más fatídico que los gritos de los dolientes por la muerte de un colérico y que el silbar de las balas, era ya el cuasi-lamento de Mister Smith:

—¡Jim! Un vaso de aguardiente para Mister D...; otro para mí.... y otro *for you too*.

Diciembre de 1890.

*. Dispénseme.



El martirio por la honra.

EL MARTIRIO POR LA HONRA

Tradición

I
SEÑÁ SIMONA

La anciana aquella era un tipo que llamaba la atención: lo que se llama un buen tipo, y aun dicen que tenía algo de israelita.

Lo que sí era verdad es que por sobre el pelo de la ropa se conocía que era vástago de familia distinguida, y que en sus mocedades había sido bella.

Blanquísimo el color de su tez, óvalo perfecto el de su rostro, ojos negros e insinuantes, nariz perfilada, y con el cabello que probablemente sería "el oro fino" que celebraron tanto y acerca de lo que tanto donoso disparate ensartaron los poetas del siglo de oro de la literatura castellana ya blanco en la época que aquí abrimos ahora.

Tendría entonces unos setenta años.

Daba la desgracia que era coja, y así tenía que sostenerse en muletas.

Muy aseada en su persona, usaba las clásicas poyeras humildes como cualquier mujer del pueblo, y un mantón blanco cubría su cabeza y hombros.

Había sido expósita.

Vivía en casa de la señora Altagracia Guante, morena pobre y nieta acaso del protagonista de nuestra historia de *Barriga Verde*, siendo contemporánea de ella, lo que hace suponer que su madre fuese quien la recogiera.

Transcurría su existencia tranquilamente, porque el carácter de aquella mujer era muy apacible, y la desgracia la había, por decirlo así, moldeado en su turquesa.

No era su condición la de mendiga vergonzante; sino que sólo recurría a la caridad, nunca desmentida, de nuestras familias; y se cuidaba mucho de no pedir más que a una que otra de su confianza y eso contadas veces.

Su mansedumbre hacíala querer de todos.

Un día, un caballero invitaba a su hija primogénita, niña de seis a ocho años, a que diese la limosna a la buena señora a la sazón que llegaba a su casa.

Tomó desde entonces gran cariño a la chiquitina, y con este motivo, y por el gran interés que inspiraba a los de la casa, instóla el dueño a que se quedase a comer con ellos una vez que otra vez, a lo cual accedió con gusto.

Mayor era el de aquellas caritativas personas en recibirla, y pasaba las muertas horas entretenida con la niña, a quien prodigaba sus cariños.

Alzados los manteles, una hermosa tarde de primavera, tomaban el fresco en la galería del patio, y la pobre anciana se mostraba más afable que nunca con la vivaracha chicuela que, sentada en sus rodillas, acariciaba sus bucles de nieve y respondía a sus frases cariñosas con mucho mimo y genial travesura.

Los naranjos y granados en flor despedían perfumes sabeos por lo penetrantes y suaves, cubriendo el recién barrido suelo de un alfombrado de blanquísimo nácar los primeros.

Era la hora de la tranquila calma y la poesía meridianal con que se regala nuestra oriental naturaleza y con lo que aduerme sentidos y despierta el espíritu.

Renuevos de árboles que se vestían otra vez a toda prisa para esperar a que el abrazo del calor del trópico desarrollara sus flores y engendrara sus frutos; sarmientos amarillos que se iban retorciendo como hilos de oro según salían de la cepa de la vid, agarrándose tímidamente a los fustes de los pilares de la galería; píos de polluelos escapados del cascarón, revoloteo de

zumbadores[1] y canto de algún antes prisionero ruiseñor, el todo sazonado y embellecido con cambiantes de luz vivos y moderado calórico por el sol de tierras antillanas, era dulce solaz y escena grata para ojos y almas de los que gozaban de eso que se encuentra en todas las estaciones en los más de nuestros patios, especie de parques a la inglesa pero que tienen luego la rustiquez maravillosa, exuberante, de las selvas del Nuevo Mundo.

La luz se detenía a una vara de la solana y permitía una ancha faja de sombra refrescante, la cual determinaba una temperatura agradable. La niña jugaba allí, y de allí, vuelta a importunar a la anciana, y vuelta a bailar su muñequilla sobre el terrazo bruñido a escoba.

El dueño de la casa, así como los demás, ardían en deseos de preguntar a la buena mujer algo de su vida, que barruntaban envuelta en misterios.

Así fue que a lo mejor preguntóle.

—Dígame, Señá Simona, ¿hace mucho tiempo que vive Ud. con Señá Altagracia?

—Muchos, desde que sé acordarme.

—¿Y no sabe Ud. nada de su familia?

—No, señor caballero, —respondió con sonrisa bondadosa la anciana— nunca he sabido quiénes fueron mis padres.

—¿Pero no tuvo Ud. algún indicio? ¿No ha oído Ud. decir a Señá Altagracia que a Ud. la expusieron en su casa, o la madre de ella u otra persona la recogiera con alguna prenda, señales, algún papel o algo así que denunciara su nacimiento?

—Nada, señor caballero, nada, —replicaba riendo cándidamente la buena mujer.

El interlocutor bajaba la cabeza y se rascaba la nariz, como queriendo hallar un rayo de luz para indagar, con ayuda de Simona, su misterioso origen.

—Siempre viví con la familia Guante —respondía a las reiteradas elucubraciones de aquel señor.

Pero lo que es éste, no se daba por vencido.

Varias veces hubo de repetirse igual interrogatorio, después de comer, en el mismo sitio, y por delante la miniatura de bosque americano.

Entonces curioso por demás, y dado a averiguar antiguallas, como dirán de nosotros los que hacemos este servicio a la arqueología y a la historia, el señor dicho empezó a indagar.

Y en la tertulia de una señora anciana muy locuaz, discreta y sabedora de infinitas cosas, tuvo al fin noticias del origen de la buena Simona, conjuntamente con la tristísima historia de su nacimiento.[2]

II
ALBA

Ruinas eran de casa solariega y rica que se veían por uno de esos barrios cercanos a la marina, mansión de familia muy principal, acaso de noble alcurnia.

Finalizaba el siglo pasado.

Reducíase la familia moradora de la gran casa a una señora de edad regular, fresca aún, de maneras aristocráticas, cuyas facciones conservaban rasgos de notable hermosura, y de una su hija, encantadora joven de quince, delicada como flor nacida en tiesto bajo cuidadosa mano, y cuya belleza no bien caracterizada todavía, era extremada, como al fin retoño de familia en quien se reunían hermosura, teneres y modales escogidos.

La joven aquella era hoja de rosa. De cutis con el color y la tersura del melocotón, de húmedos y brillantes ojos, labios de flor de granado, nariz de forma escultórica como de estatua griega, y frente de curva suave sobre la cual posaban amorosamente rizos cabellos castaños. Su talle erguíase airoso como brote de palma nueva en movimiento blando y como ésta, llena de majestad.[3]

La niña no necesitaba, para adobar sus gracias, de más que de un sencillo flotante túnico de muselina que, con la prusiana, hacía las veces del mejor gros y la mejor seda.

¡Venturosos tiempos de riqueza sólida y no vana ostentación! Corto el vestido, dejaba asomar los redondos tobillos, opreso el pie pequeñuelo y provocativo en delicada zapatilla de seda color amarillo *mamei*, y velada la bien torneada pierna por la media calada y sedeña, envolvíanse en ella delgadas cintas de colores del mismo género.

Tal traje, como de zagala, y sueltas las trenzas de los cabellos a la espalda, en que el sol de la mañana quebraba fugitivas vislumbres haciendo resaltar los tonos pálidos del color casta-

ño, daba a la joven una apariencia de heroína de idilio, envuelta como en espiritual ambiente.

Una sortija *bella alianza* de manecillas brillaba en sus dedos.

Tampoco había olvidado la señora sus gustos, y con esmero se cuidaba y vestía.

Podemos verla al venir de misa y entrar por el ancho portal, con su elegante traje de sarga negra provisto de ruedo de magnífico terciopelo, abrochado a la espalda y cerrado hasta la barbilla, de estrecha manga ajustada a la muñeca y levantada y abombada en el antebrazo por armadores de tela engomada. Cubría su pie calzado de negra seda; y era su peinado altísimo, sujeto con peineta de concha descomunal claveteada de puntitas de oro. La tradicional mantilla rebujaba no sin gracia los contornos de su espalda.

Aquel trasunto de monasterio, tras de cuyas altas y gruesas puertas cerradas siempre se ocultaban las dos mujeres, servía como de concha ostentosa a la perla que habría codiciado un sultán. No se veía de vez en cuando más que algún criado, y religioso silencio reinaba en la casa y por todos aquellos contornos.

Ganas daban de curiosear cuando entornada la puerta al pasar alguien, se descubría el oscuro zaguán, el arranque de la ancha escalera y el patio cubierto de espeso bosque.

El interior era tosco, amplio, de enrevesada distribución con muchas puertecitas, arcos, claraboyas, ventanejos y cuartucos. Las gruesas vigas al aire, las paredes blanqueadas con cal, alto arco en la entrada de la pared maestra provisto de formidables puertas; el friso por mitad de los muros, al óleo, de color oscuro, piso ladrillesco, cantaderas en la sala con libros, y muchos *palos de hamaca*[4] incrustados en las paredes. En fin, fortaleza por fuera y claustro por dentro: tales eran estas grandes casas y casi todas las de esta histórica villa.

El mobiliario original y recargado de la época, en que descollaban los *tures*, especie de sillones de caoba con asiento y respaldo de cordobán asegurado con tachuelas de cobre adornaba profundamente la sala, en la cual se abrían unos balconcillos rechonchos.

En grandes vasos de cristal rebosaban recién cortados ramos de azucenas, rosas de Castilla, albahaca y claveles.

Patriarcal vida la de madre e hija.

El jefe de aquella familia había muerto hacía algún tiempo.

No rica mesa, aunque abundante, mucho dulce, mucho merendar, y mucho dormir siestas: así nos manejábamos ricos y pobres allá en los buenos "felicísimos y venturosos tiempos" de antaño.

Había en aquella casa aire de bendición. Tranquilidad religiosa, salud, y bienestar. Flores por todas partes, canarios y ruiseñores parleros, y el clásico loro encaramado en los hierros de la ventana de comunicación de la sala y el comedor o del balcón, rumiando un *Alabado, Alabado* que a la par le enseñaban madre e hija y un Deo gratias[5] inacabable que oía diariamente a quien venía a la casa, o el consabido *Lorito real para España y no para Portugal*, que es cartilla obligada de cuanto loro se cría en tierra de garbanzos.

Costura poca, como de quien no tiene necesidad, y se hacía tal labor porque era como símbolo del trabajo que antaño santificaban de alguna manera y se enseñaba en primera línea, y tejido y guariqueña otro poco, con unas cuantas vueltas en el uso de pabilo o hilo grueso, lo cual era reglamentario en toda anciana, y aun lo es en una que otra, y que no desdeñaba la señorona que nos ocupa, ni aun por serlo. Después, rezos por almudes.

¿Qué hacía la interesante doncella?

Fabricar macetas de flores de trapo para los altares, hojear libros de devoción, ver *santos*[6] de librotes con forro de pergamino olvidados en un arcón, hacer hablar el loro, oír los pájaros horas enteras junto a sus jaulas, embromar un tantico a los sirvientes pulquérrimos que hacían la limpieza, y aburrirse soberanamente.

Entonces la ociosidad era casi precepto; y por eso habría que encomendar tanto el alma a Dios, para que por su ancha puerta no entrase Belzebú.

Pero Belzebú entró allí, pese a quien pese, acaso por ser aquella ociosidad, santamente establecida y todo, de las mayúsculas que se gastaban.

Madre e hija una mañanita ultimaban un paño de altar de caprichoso tejido y recamando de obras hechas con hilo de plata y oro, con buen número de brilladoras lentejuelas e impertinentes canutillos. Pero el santo, cuyo era el pañote, requería eso y aun diamantes de Golconda: tal era la devoción

que por él tenían en la casa, a la que habría de librar naturalmente de tropiezos y pestes.

A lo mejor de la faena, unos pasos en la escalera anunciaron una visita, y un hombre entró de rondón, aun con el sombrero calado, por la anchurosa puerta de la sala, cuyas hojas altísimas no se cerraban nunca, signo de perpetua paz y de esterilidad de ingenio en los cascos.

Entró, apretó cordialmente la mano a la señora, acarició la mejilla de la doncella y sentóse entre ambas, previo el descubrir una calva naciente, quitándose la enorme bomba, lo que no había hecho por higiene y conservando su caña de Indias en las manos.

Era médico.

Medio entrado en edad, frescote, con signos de energía e inteligencia clara: así era.

Tenía trazas de hombre de buena sociedad y rico, porque en su persona brillaban el oro y las piedras y su traje era de lo mejor de la época; aunque era estrafalaria vestimenta la que se echaban al cuerpo aquellos santos varones. El galeno lucía unos pantalones de sarga de los que tenían adheridas las medias poniéndose ambas piezas de un tirón; cargaba levitón de ídem con faldones muy largos y el cuello formidable por las orejas. Su camisa de *guarandol*[7] estaba adornada del sacramental gregorillo, obra de la niña de la casa, porque entonces las que bien querían, por cualquier motivo, hacían estas labores para los que bien quería, hermano, amante o amigo; chaleco cuadrado de ancha solapa, y por último, el rebajado cuello de la camisa dejaba ver el collarcito de la reliquia que aquella gente traía siempre consigo, aunque de ellos hubiese que fueran más malos que Caín.

La bomba, que puso a descansar sobre un ture era "un trozo de historia antigua", como dijo con gracia un ya famoso poeta nuestro, bien que muy joven, pues era desmesuradamente ancho arriba, angosto al medio y otra vez anchuroso hacia abajo con desplegadas alas vueltas para arriba. Todo traje masculino tenía en aquel tiempo eso de notable: que era exagerado y ridículo en grado sumo.

Echóse hacia atrás con aire de satisfacción, cruzó una pierna sobre otra y se meció en su balancín de madera y como hecho de una sola pieza que entonces se usaban, preguntando con voz algo hueca y aire de importancia:

—¿Vamos bien, eh?

La señora le miró con beatífica sonrisa.

—Sí, señor Doctor, perfectamente, —se apresuró a responder la joven, sin levantar los ojos de la labor.

No pudo, por tanto, notar la expresión extraña y fulgurante brillo de los del apellidado Doctor que devoraban uno a uno sus encantos.

Y parece que tal sensación era cosa nueva en él, porque tras el rayo que fulminó su ser todo por los cóncavos ojos, vino una mirada tenue y severa que velaba aquella otra, como especie de reconvención interior de la conciencia.

En su calva frente se dibujaba una sombra de algo en él desacostumbrado.

El demonio tentador que empezaba a atosigar al médico, se le había entrado de sopetón más de media legua adentro en el corazón y le había envasado allí un fuego que nunca estuvo hecho a sentir; porque parecía rígido y austero.

Hay que saber quién era ese hombre de familia.

Muerto el padre del que sin duda era amigo grande, quedó haciendo sus veces por los cuidados que prodigaba a la niña y las atenciones que gastaba con la señora.

Se supone que era tutor de la primera.

Madre e hija le estimaban altamente; y la niña se había acostumbrado a ver en él a un padre, dispensándole confianzas de tal. La madre no se la tenía menor.

Usaba por tanto el Doctor de gran familiaridad en la casa. Entraba y salía cómo y cuándo se le antojaba, aunque guardando ciertas reservas por los miramientos sociales.

La gente le tenía naturalmente en el concepto de fiel amigo que velaba sobre la suerte y la buena fama de aquella familia, como lo hubiera podido hacer el muerto, y admiraba su consecuente amistad.

Siempre le habían visto salir con la niña de la mano a paseo, o en volanta, y con los mimos propios de un padre.

La amistad era antigua, y se reputaba, mediante tales pruebas, por la señora y por todo el mundo, sólida y leal *hasta la pared de enfrente.*[8]

Era casado.

Hasta entonces el Doctor no había sentido por la joven más que grandísimo afecto paternal; pero hacía meses que germina-

ba en él un malaventurado pensamiento, que si no era amor satánico, se le parecía.

Luchó, se mortificó, indudablemente, y en vano el predominio de la conciencia se sobreponía a sus apasionados intentos.

Bien hubiera hecho apelando al recurso extremo en tales casos: poner tierra de por medio; mas lejos de hacerlo así, dejóse vencer.

En aquella mañana, su pasión había alcanzado a su mayor período. ¡Maldito aquel a quien no sujetan las triples ataduras del deber!

La conversación giró sobre cosas indiferentes.

A poco el criado anunciaba el almuerzo.

El Doctor tomó de la mano a la joven; mientras la madre corría a prevenir las menores atenciones del servicio, porque sabido es que los sirvientes dejan siempre esas cosas a medio hacer, y la señora, tan principal como era, gustaba que el Doctor, o cualquier extraño, hallase en su mesa todo en regla.

El almuerzo perfumaba con los olores de los criollescos guisos. Allí caprichos de adobos y de frutas de sartén; allí cuanto podía regalar el gusto; allí pirámides de dulces de todas clases y esmaltando el centro de la mesa sobre bandejas de antigua plata, profusión de piñas, zapotes, guineos y guayabas de la tórrida zona.

Vinos generosos tiñeron los anchos vasos poligonales de filete dorado.

Tomó asiento el Doctor al lado de la niña, y le servía con exquisiteces acaso más refinadas que en otro tiempo, y con cumplidos algo galantes que excedían la medida de los cariñosos extremos que solía gastar cuando procedía de otra suerte.

Pero ¿quién iba a fijarse en esto?

A los postres, el Doctor echó su cigarro, y dijo:

—Ahora María, que este nombre daremos a la joven, nos entretendrá un rato antes de la siesta, con su habilidad en el arpa, y algún cantarcillo nuevo que sepa.

La joven ruborizada bajó la cabeza.

—¿Yo? —balbuceó.

—Sí, niña —díjole la madre con tono de dulce reconvención—. ¿Vas ahora a hacerte de rogar? ¡No faltaba más! La joven se encogió de hombros haciendo una mueca deliciosa.

—¿Cómo que ya no quieres a tu padrinito, picarona? —le dijo el Doctor inclinándose hacia ella, hasta pegar casi su rostro con el de la niña.

Padrinito le llamaba alguna que otra vez.

—¡Oh! —contestó mirándole sonreída con su genial candidez— ¿por qué dice Ud. eso?

—Porque no me quieres complacer, según veo; —repuso aquél lanzando una mirada ardiente que hizo en las pupilas de la joven el efecto de una punzada; tanto le extrañó su expresión que nunca había visto en los ojos de su amigo.

El Doctor retiró su cara, y apuró de un sorbo una copa para ocultar su emoción.

La joven sintió un estremecimiento singular que recorrió sus fibras: algo como miedo inexplicable.

Entre despierta y dormida estaba la señora, medio reclinada en su sillón de baqueta, sobre el hombro la cabeza peleándose el pañolón de Madrás y las roscas del peinado.

Sacudió pronto su letargo, de un apretón de su aristocrática mano metió en paz los chismes de su tocado, y mandó alzar los manteles.

Luego, dirigiéndose a su hija.

—María, anda, dispón tu arpa, querubín. El señor Doctor quiere cantos hoy y hay que complacerle.

Y dio el brazo al galeno, encaminándose todos a la sala.

María, especie de éxtasis de un místico hecho plástica figura de carne, ideal madona de inspirados maestros del pincel, de esas que hacían bajar sus celestes fulgores al lienzo milagroso; fugitiva evocación de algún mago encerrada en una redoma, ondina o walí de los misteriosos bosques románticos del Norte, puesta al arpa resonadora, adquiría un encanto indescriptible y como que se desvanecía en luces inefables; y así arrancó notas que semejaban arrullos de tórtolas.

Su voz débil y dulcísisma era filtro que embriagaba.

Así aquel Fausto acabó de sentirse impelido por el diablo; y aquella Margarita inocente se vendía, se entregaba sin remedio al exhalar en su canto como aquella en su aria de las joyas, el secreto misterioso de los sueños de un alma virgen.

El Doctor se turbó, palideció cien veces, levantóse, fue hacia la joven, la contempló con arrobamiento, midió la sala a grandes pasos.

Luchaba con la fascinación.

La señora dormía.

El Doctor arrebató una mano de María, interrumpiéndola en un arpegio conmovedor, y quitándole el arpa, la levantó en vilo por la cintura, sin saber lo que hacía, y la besó en los labios.

El tábano picaba a la cervatilla.

María retiró su rostro vivamente, dando un grito sofocado, y miró con espanto al Doctor, quien tenía el suyo descompuesto por las furias de la pasión.

La joven empezó a comprender, y la angustia subió a su garganta.

Pero el maldito médico la estrechó en sus brazos y la cubrió de besos, no menos emponzoñados por ser silenciosos.

María desfalleció a tiempo que despertaba la madre.

El Doctor se alejó rápidamente.

—María ¿qué es eso, qué te pasa? —exclamó aquélla dando un salto hacia su hija, al despertar con el ruido que se produjo.

—Nada, mamá, —contestó la angelical criatura, manchada al contacto de las impuras caricias del que hasta entonces había considerado como padre— nada.

Y se pasó una mano pequeñita y torneada por su frente calenturienta.

—¡Cosa rara! —murmuró la buena señora, dando unos pasos por la sala—. María, —dijo de allí a un rato— vamos a rezar.

Y abrazándola, madre e hija fueron a arrodillarse ante un grande altar cuajado de luces, de ramos recién cortados y de braserillos en que ardía el incienso.

La mujer, bruscamente despertada, se levantó herida en el espíritu de María, y el infierno se abrió en aquella antes tranquila mansión.

III
CREPÚSCULO

Pasaron días y días.

¿Queréis volver a la casa solariega?

No haríais tal, si yo os dijese que está trunca la vida en ella; que hay sombras de muerte por toda ella; que...

Pero si queréis, subamos.

No han cesado los chillidos del loro; mas mirad si hay por ahí flores del campo acabadas de coger; si los canarios y jilgueros saltan alegres en sus jaulas; si en los tiestos no se han resecado las rosas de Alejandría...

Un taciturno criado os detiene en mitad de la escalera.

Preguntáis por el ama, y mueve la cabeza con desaliento; preguntáis por la niña, y contrae dolorosamente los labios.

Si acaso os hace una seña triste con los ojos para que subáis, si tenéis valor.

Desierto el corredor, la sala como tumba cerrada. No discurre el vientecillo del Norte cargado con los perfumes acres de nuestros montes vírgenes por los abiertos balcones; no entra lleno de fiestas el sol a guisa de amigo antiguo, como enantes a dorar los sólidos sillones de caoba y los grandes cuadros de linajudos antecesores.

El arpa de María está allí, en aquel rincón entretejido de telarañas, tal como la puso el Doctor al arrancársela de las manos a la nueva Margarita.

Silencio lúgubre.

¿Pero qué es eso?

La antigua casa solariega es prisión, es tumba, es horror ya.

¿En dónde estás, angelical María?

¡Ay! nadie responde. Si acaso un gruñido, una especie de sollozo que se escapa a pesar de quien lo exhala, y que desgarra un alma, sale de allí.

De la vasta pieza cuajada de armarios de caoba suntuosamente labrados, con cilindros de cobre por bisagras y llaves de lo mismo, donde hay dos camas altísimas de elevados espaldares rellenas de colchones descomedidos, cuyas ricas cubiertas de badana deslustra espesa capa de polvo cual si en ellos hubiera tiempo que nadie durmiese.

Allí también el oratorio con dos o tres soñolientas luces.

Allí por fin una mujer.

Está sentada en un taburete de badana, con la mano entre los revueltos cabellos. Su faz desencajada muestra lo que ha debido sufrir: brillantes, febriles, desmesuradamente abiertos los ojos divagan con espanto y desolación indefinibles por todos los rincones y muebles del aposento.

Óyese, como el mar en vísperas de tempestad, roncar su pecho, levantarse hirviendo en amarguras, y desfogarse en

un suspiro ahogado y violento como ruido de fuelle de fragua.

No es posible reconocer en ella a la gran señora, apacible y dichosa en otro tiempo.

Hasta sus vestidos están en desorden, y surcados de mugre. Mojados en lágrimas rabiosas, pero que esconde cuidadosamente, y en sudor de agonía, el polvo sutil de los rojos ladrillos que la escoba no castiga como solía, viene a solicitar la humedad para manchárselos.

Aquella mujer podía decir: "¡No hay dolor como mi dolor!"

¿No os dais cuenta de semejante transformación?

Es que la desgracia "visitó sobre sus males", según dice el profeta.

Aquel Doctor infame, prevalido del ascendiente que tenía sobre María, y más que eso, la especie de fascinación que ejerció en ella, o lo que sea, y merced a su candidez e inocencia o debilidad culpable, se introdujo como un ladrón en su estancia, y sorprendiéndola allí el buitre al ave implume en el caliente nido, la sacrificó a sus brutales antojos.

El espanto de la pobre niña fue profundo.

La profanación de aquellos santos afectos y deberes; el ver convertirse en seductor al amigo leal, y quedar así su inocencia atropellada en un instante; hallarse, en fin, niña cándida ayer, trocada en mujer impura ahora; y luego aparecer en tal guisa ante su madre y ser escándalo a los vivientes; todo eso hizo palidecer las rosas en las mejillas de la joven y que perdiese para siempre su tranquilidad.

Nada dijo.

El Doctor seguía como siempre prostituyendo aquel hogar con su presencia asesina; y disminuyendo su franqueza y campechano modo de ser y aumentando el recelo de sus ojos al paso de la palidez y el desmejoramiento de la niña, la madre experimentó cierta desazón que no acertaba a explicarse.

Asedió a preguntas a su hija sobre su quebranto y al galeno sobre lo mismo; y a las esquivas contestaciones de una y otro, mordieron por primera vez las crueles sospechas en su corazón, y se sublevó aquel altivo carácter a la sola idea de ver deshonrada su estirpe, y en tiempos como aquellos, cuando los casos de honra y los respetos humanos conculcados eran cosa terrible entre familias hidalgas sobre todo.

Sin embargo, bien distante se creía de la terrible realidad.

Llegó a figurarse que, dado que la niña hubiese cubierto de ignominia su nombre y sus timbres, acaso el médico sería cómplice de ella, jamás fautor de tan horrendo delito.

Desatinábase porque nadie pretendía a su hija, que ella supiese. No podía tampoco resolverse a dar entero crédito a lo que el infierno le sugería.

¿Su hija tan cándida, tan llena de virtudes y religiosa?

¡Imposible!

Sin embargo, como mujer de experiencia, supuso que su sexo no estaba nunca exento de grandes debilidades, y que cualquier patán podía muy bien haber abusado de su hija sin mayor culpabilidad de parte de ella.

Mas como quiera que fuese, era necesario hacer un ejemplar.

Dispúsose a castigar la infamia, que creía ella que el médico trataba de encubrir, si resultaban ciertos sus temores, y encerróse con la pobre María en el oratorio, sin más testigos que las imágenes del altarito y las velas que espléndidamente ardían en él.

Juez y reo estaban el uno en presencia del otro.

Ocupó la señora su cómodo sillón de badana, y María permaneció de pie, con la mejilla sobre la palma de la mano, tristemente entornados sus ojos, fría, lívida, trémula.

—Hija, vamos, —empezó con afectada dulzura la madre— ¿por qué estás así, desmejorada, triste, confusa y apesarada? Algo te pasa que debes confiar a tu madre...

La joven dio un suspiro ahogado.

—¿Sufres? Ya lo sé —continuó la señora moderándose con trabajo—. Pero ¿qué te pasa? —insistió con firme acento.

María tembló de pies a cabeza.

—Me quieres decir ¿no? —gruñó la madre—. Y dime ¿en dónde está tu cómplice que ya no aparece por la casa, tu padrinito?

En efecto, cuando el Doctor vio el nublado en la frente de la noble matrona, tuvo a bien largarse y desaparecer para siempre antes que estallara el turbión, porque ya sabía él que la joven estaba encinta, y dicen que se refugió en Puerto Rico.

La pobre niña quedó sola, y expuesta a los rigores de la cólera materna, que entonces podía temerse en circunstancias iguales, no ahora, que algunas madres, si viene al caso, son cómplices de la deshonra de sus hijas.

—¡Habla! —exclamó irguiéndose cuan alta era la gran señora, y encimándose a María—. ¡Has faltado! Te has burlado de mis canas, te has... deshonrado; yo lo adivino... yo...

Y a esa sola idea, se comprimió las sienes con las manos, y se desplomó de nuevo en su sillón.

—Mamá, —gritó sollozando la pobre víctima—: yo no soy la culpable, no...

Y aquí se detuvo, porque su garganta se negaba a emitir los sonidos.

—¡Sí, eres culpable, mala hija! —rompió la señora alzándose otra vez de su asiento—. Se ve; se está mirando. Y ¡pronto! confiesa tu delito, para castigar al culpable con todo el peso de mi indignación; y en cuanto a ti, a ti...

La joven cayó de rodillas alzando hacia su madre las suplicantes manos, e inundados de lágrimas los ojos bellísimos.

—¡Mamá, por piedad! ¡Mamá... perdón!... ¡perdón!...

—¿Conque al fin declaras, eh? —dijo la airada madre echando chispas, con voz afectadamente tranquila, lenta e incisiva, pues cada sílaba era como una gota de plomo—. ¿Y quién fue el seductor? ¡Habla! ¡pronto! —añadió mudando de tono y con agrio y destemplado acento.

María tembló, y sus sollozos fueron los que por breves instantes turbaron solamente la espantosa tranquilidad del oratorio.

Confesó la inicua conducta del Doctor.

¡Cuitada! que no lo hiciera antes!

El rayo de improviso desatado sobre el inadvertido viajador, no causa el horroroso, el indescriptible efecto que tal confesión sobre el ánimo y el orgullo y los irritables nervios de la noble matrona.

Sofocó un ¡ay! desgarrador, y nada dijo. Pantera herida en mitad del pecho cuando encogiéndose y sacando las uñas se dispone a lanzarse sobre el cazador, gruñe y cae inerte, así aquella mujer.

Levantóse como impulsada por un resorte altiva e iracunda, lanzando centellas por todos sus poros, y volvió la espalda desdeñosamente a la infeliz criatura.

Pensó la hija que se moría.

Salió del aposento vacilante, mientras la madre se encerraba en él.

Retorcióse, gimió; mas al peso del dolor quedó al fin rendida la pobrecilla, y comenzó al paso que su via-crucis horrible, su resignación de mártir.

Desde aquel momento, la vida entera huyó de aquella casa.

La señora llamó a un criado de confianza, hombre resuelto y de robustos puños.

Fría y calculadamente había trazado su plan inhumano, el que creía necesario para encubrir su honra; y dio prolijas y terminantes instrucciones a su servidor, amenazándole con su enojo si no cumplía como se le mandaba.

El criado juró por su patrón obedecer ciegamente, aunque no imaginaba dónde iría a parar aquello.

Así fue que al amanecer de un día espléndido, cuando la naturaleza toda se regocijaba, preséntase el fiel servidor en la estancia de la consternada María, y casi sin miramientos la intima a que baje al zaguán, porque una volanta la espera en la puerta de la casa.

—¿Dónde me llevas, Gabriel? —le preguntó la joven enjugándose las lágrimas y temiendo la saña de su madre.

—La señorita va al campo, a una quinta.

La pobre niña bajó la cabeza sin preguntar más, y levantándose con trabajo, sin mudarse de vestido, bajó apoyada en el hombro de Gabriel, que allá en lo hondo iba lamentando semejante desgracia, y complaciendo a su señorita, sobre cuya cabeza caerían las iras de su madre como una tromba; aunque él sólo sabía que estaba poseída de terrífica indignación contra la joven.

Todavía no se echaba de ver su estado.

Ya en la volanta se atrevió a preguntar:

—¿Y mi madre?

Gabriel por toda respuesta azotó las mulas que arrancaron por la estrecha calle que cae al barrio de San Miguel, para seguir al pie de las murallas hasta las afueras del Conde.

Ya en la quinta, el fiel sabueso se constituyó en guardián de la joven, a la que acompañaban unas mujeres conocidas o arrendatarias de la señora, y que nada sospecharon.

Aquello fue reclusión en regla: no tenía con quien comunicarse y el tedio se desplomó sobre su espíritu con su cortejo de melancolías. Fue decayendo tristemente, presa a sus remordimientos y dolor agudo.

Pero ni una maldición, ni un deseo de venganza para su seductor. Dolíale sí, como es de suponer, que hubiese hecho de ella su víctima, trocando su cariño en infame torpeza.

En sus largos paseos por la orilla del mar, entre dos filas de cocos enanos, el ruido de sus pies que levantaban la arena hacía correr los *cangrejitos colorados*, o bermejos, que salen a tomar el sol después de la lluvia, y que pueblan por marzo los caminos cerca del mar, y como necesaria consecuencia, las olas de los habitantes de las ciudades.[9]

Sola iba y doblaba sobre el pecho la frente gentil la infortunada; y las brisas cálidas, en consorcio con las auras del trópico, venían por las mañanas a descoger y acariciar sus cabellos descuidados, como últimos lisonjeros galanteadores que la habían de admirar.

¡Pobre niña!

Ni un recuerdo de su madre, ni una línea, nada.

Sabía la joven lo que era la idea de la honra entonces y juzgó que su madre sería capaz de sacrificar todos los impulsos de la naturaleza para encubrir tal falta y castigarla.

Pero no dejó de esperar en la misericordia del amor.

¡Vana esperanza!

¿No la abandonaba allí a su soledad y a sus tormentos?

Cuando hubo pasado un tiempo, y antes que se manifestase el embarazo, Gabriel le comunicó una tarde que esa noche debían partir. A todo esto no le decía nada de la señora.

María tembló. Tenía crueles presentimientos.

Llegó la noche al fin; pero ¡qué noche!

Silbosos vientos huracanados azotaban con violenta garra la airosa melena de los cocales, y hacíanles doblar la dura cerviz, que erguían al punto con furioso empuje, sacudiendo sus pencas entre chasquidos, tal como desgarramientos de la seda, de sus siempre susurrantes flecos. Corría el hálito tempestuoso en solicitud de estragos por sobre las cabezas de los fuertes mameyes, tamarindos sonoros y graníticos caobos, y entrábase en torbellinos por entre el seno indefenso de los guayabales y los cafetos en flor retorciéndoles los brazos y quebrándoles los ramillos más tiernos entre sus gemebundos ayes. Volaban las hojas por las nubes, graznaban los ánades, gritaban horrendamente las *guineas*[10] y la casa rústica padecía periódicos sacudimientos, como el que tiene calenturas y accesos intermitentes.

Lluvia fuerte, graneada, repentina, caía como metralla sobre los árboles, produciendo un ruido sordo que empezando a lo lejos redoblaba al llegar, arrebataba a intervalos y suspendida por la racha furiosa, que se amoscaba porque sólo ella se permitía dar semejante música sin dejarle espacio a sus bramidos.

Había que proceder con el mayor sigilo, porque el intento de la señora era sacar de allí a su hija de un modo oculto, a fin de que se creyese que permanecería en el campo mucho tiempo, por mero placer, mientras la condenaba a duro encierro, para que nada pudiese traslucirse de tal suceso.

La noche tempestuosa venía pues a pedir de boca, y Gabriel, envolviendo a la pobre joven en su gruesa capa, la cargó en brazos trasladándola al carruaje.

El chasquido del látigo anunció la partida, y haciendo saltar el lodo con los poderosos cascos las cabalgaduras, llevaron de un tirón a la desventura personificada a la ciudad desierta y tenebrosa.

IV
LA MÁRTIR

La calleja donde quedaba la casa tenía un aspecto lúgubre, y sin eso, nadie se atrevía a pasar por allí a boca de noche que fuera, por temor a las apariciones.

Abrióse la anchurosa puerta sin hacer ruido, y la joven, apoyada en el brazo de Gabriel, subió las escaleras.

Arriba aguardaba su madre con una luz.

La pobre niña, al verla, quiso dar un grito de alegría y dolor, quiso abalanzarse hacia ella, y exclamó con acento desgarrador:

—¡Madre mía!...

Pero la señora no hizo un gesto, no despegó sus labios, y haciendo una señal imperiosa al criado, indicó al servidor un aposentillo que daba sobre el patio, estrecho y de alta ventana con rejas, diciéndole secamente:

—¡Allí!

María volvió los ojos desencajados a su madre, implorándole, dio un largo gemido y se retorció como negándose a avanzar; pero a otra señal de aquella esfinge humana, Gabriel la impelió dulcemente, bastante más enternecido que la madre, y el cala-

bozo, porque no era más que un calabozo, o bien tumba anticipada, se cerró tras la infortunada niña con siniestro ruido de llaves y cerrojos.

La señora, impasible en tanto, sólo dejó escapar un rugido, y luego giró sobre sus talones y fuese vacilando como ebria hasta su cuarto.

No rezó: ya no se acordaba de hacerlo. Tampoco se acostó, porque el insomnio había reemplazado las horas del descanso, como tampoco se alimentaba apenas, devorada, más por el dolor de la afrenta que por el dolor de su hija.

Y no es de extrañar esta exageración, cuenta habida de lo que significaba en aquellos tiempos el puntillo de la honra de una casa principal, puntillo que exigía mayor severidad en el castigo de una falta, al tratarse de un nombre o de un blasón, ahogando para ello como lo hacía esta madre terrible, la voz del corazón, que si se tratara de plebeyos. Los plebeyos bien podían excusarse de tener honras ¡qué diablos!

Por eso aquella mujer, que quizás no era de aviesa índole, creía cumplir un deber, negando despiadadamente a su hija hasta el consuelo de llamarla madre!

¿No es cierto que infundía espanto entrar en aquella casa, lector amigo, después de haberla conocido llena de los encantos del hogar venturoso?

Así transcurrieron meses.

Si por acaso preguntaban por la niña, decía la madre o los criados que estaba pasando una larga temporada en el campo.

Mientras tanto, la joven, reclusa en su estrecha celda, desfigurada completamente, porque ni dormía ni comía, pasaba sus crueles días doblada sobre sí misma, hilo a hilo saliendo el ardiente llanto que por sus flácidos dedos con que ocultaba su rostro, corría lentamente.

Todo había acabado para ella. Era un cadáver, era una sombra, era un remordimiento en carnes.

¿Qué sería de su hijo? pensaba. Acaso se lo iban a matar...

El criado de confianza, Gabriel, le suministraba el alimento.

Nadie más se presentaba a sus ojos.

Y con ellos desencajados y llenos del fuego de la fiebre y el delirio, porque creía a las veces volverse loca la infeliz, le preguntaba muda a Gabriel algo: qué era de su madre; que cuándo moriría, por ejemplo.

Dio a luz al fin una hermosa niña en su espantosa soledad. Si la asistió comadrona, debió de ser persona de absoluta confianza.

El criado corrió a participarlo a la señora; y en ese momento el débil grito de la criatura vino a herir su oído.

Por un instante se puso lívida, tembló, vaciló. Mas no duró mucho tiempo su indecisión. ¿Quién capitulaba con la honra ultrajada?

Se irguió trémula. La naturaleza había librado en aquel fortísimo pecho su última batalla, y estaba ya cerrado a toda conmiseración.

La suerte estaba echada.

Gabriel esperaba mirando al suelo, y visiblemente conmovido. ¡Era tan lindica la criatura, y había padecido tanto la pobre María!...

—Gabriel, —dijo sordamente la señora—, hay que borrar hasta la última huella de ese nefando crimen... que es mi deshonra...

Y tuvo aquí que ahogar un rugido y un sollozo de terrible ira.

—Oye. Tomarás a esa niña, —continuó— la envolverás en pañales ricos sin iniciales, pondrás esta bolsa junto a ella, y...

—Y... —repitió Gabriel tartamudo de pura emoción.

—Y la llevarás esta noche a un lugar en que vivan personas buenas cristianas y puedan recogerla mañana y criarla, sin que logre nadie saber jamás, ni ella misma, de los padres que le han dado el ser... ¡Anda!

A esa terrible sentencia, un nudo se le atragantó al pobre Gabriel, que al fin era hombre y tenía gran lástima de su señorita.

Así fue que revolvió en su cabeza algún desesperado recurso para conjurar semejante fallo, y no se movió. ¡Qué! ¿ni la inocencia podía mover a piedad a aquella mujer endiablada?

Empezó a balbucir frases de conmiseración, de perdón.

—¡Gabriel!... —gritó la señora con voz ahogada por mil encontrados pensamientos y pasiones.

—Quiero creer que aún eres digno de mi confianza, —añadió luego—. Obedece y calla. Vete; déjame sola.

Y dio febriles paseos por el cuarto. Chisporrotearon las luces el altarito, se apagaron, y ella no lo notó. Quizás la imagen aquella, indignada sin duda, no querría más adoraciones en tan nefando lugar, en que se habían conjurado todos los infortunios.

Gabriel fue por la noche a cumplir su encargo misterioso.

Daban las doce en el gran reloj clavado en la pared como mudo testigo de estas escenas.

El pobre y leal servidor, como quien va a cometer un asesinato, llega al cuarto de la mártir.

Ella medio dormitando y un si es no reanimada por las fruiciones del amor maternal, daba el pecho a la criaturita, que dormía con el sueño de los ángeles, sonriendo de un modo inefable.

Gabriel se acercó hasta el pie del lecho con su linterna sorda en la mano y contempló por un instante a la madre y a la hija.

María despertó sobresaltada. Y por un instinto que acaso las madres sólo tengan, adivinó que querían arrebatarle a su hija.

Dio un gemido, y con sus cabellos destrenzados y sus manos descarnadas trató de ocultar a la niña, mirando con faz desencajada al servidor.

—Señorita... —balbuceó éste conmovido— es preciso...

—¡Que! —exclamó con espanto María—. ¿Tratan de quitarme a mi hija? ¡Nunca, jamás! Que mi madre me asesine, tiene derecho a ello... pero quitarme a mi hija, quitarme a mi hija! ¡Ay Dios mío!... —sollozó la infeliz mujer apretando contra su seno a la criatura que despertó entonces.

Gabriel enjugó disimuladamente un lagrimón.

—¡Qué quiere la señorita! Mi ama lo manda así...

—No, no, no, —aulló la infeliz tratando de defender a su hija.

Pero Gabriel, por abreviar semejante agonía en que él también no dejaba de ser un cristo, arrebató rápidamente a la niña de los brazos de la joven y huyó.

—¡Gabriel, Gabriel! —gritó lanzándose tras él y ahogándola los sollozos—... ¡mi hija... mi hija... dame.... mi hija!

Y cayó rendida al peso de su descoyuntado cuerpo, y se dobló sobre sí misma como el junco que racha bravía retuerce al pasar, y rebotó su frente contra la puerta que había cerrado tras sí el criado, y sobre el suelo se golpeó la cabeza, aquella cabeza de ideal madona, quedando los cabellos esparcidos por el suelo.

Habíase desmayado.

El pobre Gabriel envolvió a la criatura en sus pañales y luego en su capa, y como un criminal, espantado de sí mismo, salió de la casa, y a trancos grandes salvó la calle de Plateros y en el primer callejón que encontró, depositó su carga en el ancho

umbral de una puerta, poniendo junto a ella la bolsa de dinero en crecida cantidad que su ama le había entregado.

Si ésta le había indicado la casa de la familia Guante, ya sabemos que quedaba en ese callejón, a la izquierda viniendo de San Francisco.

Luego, dando una triste mirada al bulto que hacía el angelito que parecía dormido, se enjugó la segunda lágrima con la áspera manga de su capa y se alejó.

Ya era tiempo. Una ronda venía por esa calle.

La hija del crimen quedó allí abandonada para siempre a la oscuridad de la noche y a la caridad de las gentes.

Faltaba empero lo más cruel.

Madre e hija iban acabando a manos de su negra suerte.

María quedó medio trastornada cuando, a favor de la frialdad de los ladrillos y del aire que entraba por la ventana, recobró los sentidos.

Gritó, lloró, llamó, se mesó los cabellos de desesperación; mas ni el eco respondió a sus quejas.

¡Si alguien hubiera podido oírla y salvarla y salvar a su hija!

Después cayó en profunda atonía.

Hacía ya algún tiempo que el enclaustramiento y el pesar minaban su existencia, y la tisis se había declarado.

Aquel último golpe la hirió de muerte.

No se levantó ya más.

Hondos suspiros eran cuantas señales de vida quedaban en aquel cuerpo. Formas, facciones, todo era ya un montón de angulosas protuberancias, bajo el sudario de una sábana

Estertor de agonía se oyó.

Gabriel, alarmado, corrió a su ama.

—Señora, señora, —gritóle—: ¡la señorita se muere!

Ésta se encrespó a modo de animal dañino, sin duda por los esfuerzos que hacía en su inflexible espíritu la naturaleza ofendida por recobrar su imperio; volvió la cara a la pared y no contestó.

Tenía empeño en ocultar sus menores emociones, para que su papel de vengador, o verdugo, no desmereciese ni en un ápice.

—¡Señora!... —insistió Gabriel.

Pero la señora estaba sorda y rígida en su asiento como estatua de sal.

Dominándose al fin y con fingida calma, díjole:

—Enciende a mi hija muy indigna la vela del alma, si está expirando como dices; rézale si sabes hacerlo, y aleja de estos sitios a los criados... anda!

Y volvió a su anterior posición.

Gabriel permaneció mudo, inmóvil y frío ante crueldad semejante.

—Pero... —se atrevió a balbucear— ¿es que no se busca un médico, ni se confesará la niña, ni...?

La señora se volvió a él, sombría.

—¿Qué has dicho, mal servidor? —exclamó sordamente—. ¿Médicos y sacerdotes aquí? Ya te he dicho que alma humana no debe pisar esta casa, ni saber jamás que *ella* vive ni que ha muerto, si muere: ¡nada!

—Señora... —volvió a decir Gabriel con las manos juntas y suplicante.

Mas ésta, sin volver la cabeza:

—¡Márchate, déjame en paz! —gruñó— ¡Ni una palabra más!

El fiel servidor bajó la cabeza confuso, mohino y desesperado.

¡Sí; ni viva ni muerta, nadie debía saber más de María!

¡Su hija muy indigna! ¡Digno epitafio escrito por una madre desnaturalizada!

Ya ella no necesitaba de nada.

María había muerto.

Gabriel encendió piadosamente la vela del alma, dio un beso en la descarnada mano de la muerta, limpió su frente con cariño, le arregló los cabellos, la envolvió en su propia sábana como en un sudario, y se retiró afligidísimo, cerrando tras sí la puerta.

La mártir quedó sola, como en vida.

¡Quién dijera que aun ante la muerte fue inexorable esa madre!

La antigua casa solariega, nido enantes de tranquila felicidad, vedla ahora, más sombría que nunca.

En toda ella ni el viento se atreve a causar el menor ruido.

En un rincón del oratorio, en cuyo altar no arden cirios y yacen resecas las últimas flores puestas por María, y no perfuma el incienso en los braserillos, allí está la gran señora como fiera acosada. No la miremos: su aspecto hosco y descompues-

to, sus ojos fosforescentes no dan idea de que aquello es un ser humano.

En el cuartucho, en el calabozo, el cadáver de la mártir enterrada en vida, puede decirse, tendido en un catre de tijera está alumbrado por la mortecina claridad de la vela.

Soledad en torno suyo: ni lágrimas, ni flores, ni oraciones...

El mundo entero debía ignorar que había cesado de vivir, para que fuese asaz desagraviada la honra de la familia.

Tampoco ministros, ni funerarios toques, ni salmos conmovedores debían acompañarla al último asilo.

Ni corona de blancas flores, ni féretro de níveo raso debía contener sus despojos. Ni la compasión de los transeúntes seguirla al pasar. Ni el canto de las vírgenes regocijar su alma. Ni tumba conocida señalarla al efecto de los que la amaron, ni perpetuar la memoria de sus desdichas.

A la que en la florescencia de sus años no tuvo el amor más que de la cruz, sin que jamás latiese su corazón al dulce recuerdo del amado, o al ruido de sus pasos, o al adivinarle entre la muchedumbre, o separada de él por la fatalidad, aun en ajenos brazos fijo en él estuviese su pensamiento; a la que no tuvo del amor más que la cruz, fuéle negada hasta una humilde para su tumba.

El mundo debía ignorarla también, como ignoró su falta, como ignoró su suplicio y muerte!

Y así fue.

Se amortajó el cuerpo de la pobre niña por disposición de la señora de especial manera.

Y cuando la densa noche, que parece luego cómplice de infamias, cayó pesadamente sobre la *Ciudad Antigua*, cuando zumbaba el viento entre los estribos de las ruinas del cercano monasterio, cuando las lechuzas despedían chirridos agoreros, cuando las luces fosfóricas brillaban entre las yerbas y sobre los escombros de alguna abandonada vivienda, un hombre sin sombrero envuelto en una capa, erizado el cabello, inseguro el paso, sofocando en su garganta una especie de gemido, con un bulto a la espalda, apareció por el gran portón de cincelados relieves en piedra viva y coronado por escudo de armas de la casa maldita.

Nubarrones negrísimos y espesos corrían al Sudeste; el viento barría el polvo y registraba sinfonías lúgubres en las tejas de los techos y el alero de los balcones.

Era medianoche.

Aquel hombre era Gabriel que llevaba a enterrar clandestinamente el cuerpo de la pobre María.

Su madre lo había dispuesto así. ¡Que ni una huella quedase de la causante de su deshonra!

Cargado con el cadáver de la víctima, tomó calle de Plateros arriba hasta la iglesia de Santa Bárbara.

Desembocó en la plazuela de ésta que envolvía hurañas sombras y cuyo aspecto infundía terror, porque además de todo, a lo largo del templo se extendían las tapias del patio que era un cementerio bien removido en esa época: allí enterraban también a los ajusticiados.

La mole del templo se desvanecía en la oscuridad, los gachos bohíos que quedaban a la derecha de él parecían agazapados monstruos prontos a lanzarse a la plazuela, sobre las tapias del cementerio las *animitas* contorneaban sus líneas, y dentro había ruido de mandíbulas y tierra escarbada.

El leal servidor no tenía miedo a los fantasmas; pero sus nervios sí estaban en desorden a causa de las terribles emociones que en breves días había experimentado.

Escudriñó los rincones de la plazuela con penetrantes ojos, puso una mano sobre el caballete, pues la tapia no se eleva a más de una vara y media del suelo por el lado de atrás debido a la elevación del terreno en esa dirección, y afirmando en él una rodilla, trepó saltando al otro lado.

Los animales que escarbaban, huyeron a su presencia.

Depositó cuidadosamente entonces el cuerpo de su señorita sobre una antigua losa, y buscó a tientas el azadón y la pala.

Empezó a cavar donde la tierra parecía más blanda, y no fue penosa para él semejante tarea, porque tenía buenos puños y el terreno estaba flojo.

Suspendiéndola a ratos, se acercaba a mirar por encima de las tapias; pero a buen seguro que aun cuando hubiesen notado algo los vecinos, nadie se arriesgase a averiguar qué era aquello.

Cuando estuvo la fosa un tanto profunda, Gabriel tomó en sus brazos el frío cadáver y besando la frente de la pobre niña con una postrera lágrima en los caldeados ojos, depositólo en su lecho de tierra.

Aprisa echó ésta, la apisonó con los pies en conciencia para evitar profanaciones de hombres o animales, y cuando jadeante

sus músculos se aflojaron, desparramó la restante, y trató, a la luz de las estrellas, de hacer desaparecer los vestigios de aquella tumba clandestina que debía estar oculta para todos.

El crimen o el desagravio quedaba completo y entre las sombras del misterio.

El pobre Gabriel dio una última mirada al sitio donde quedaba la desdichada María, y saltó a la plazuela.

¡Fue el único que la acompañó en su infortunio sin ejemplo!

La calle le vio desaparecer vacilante sobre sus pies, entre la oscuridad de la noche.

Cuando llegó a presencia de la señora, ésta no quiso verle; pero él se limitó a balbucir:

—¡Ya todo está cumplido!

En cuanto a la niña expósita ya la habréis reconocido en la anciana Simona.

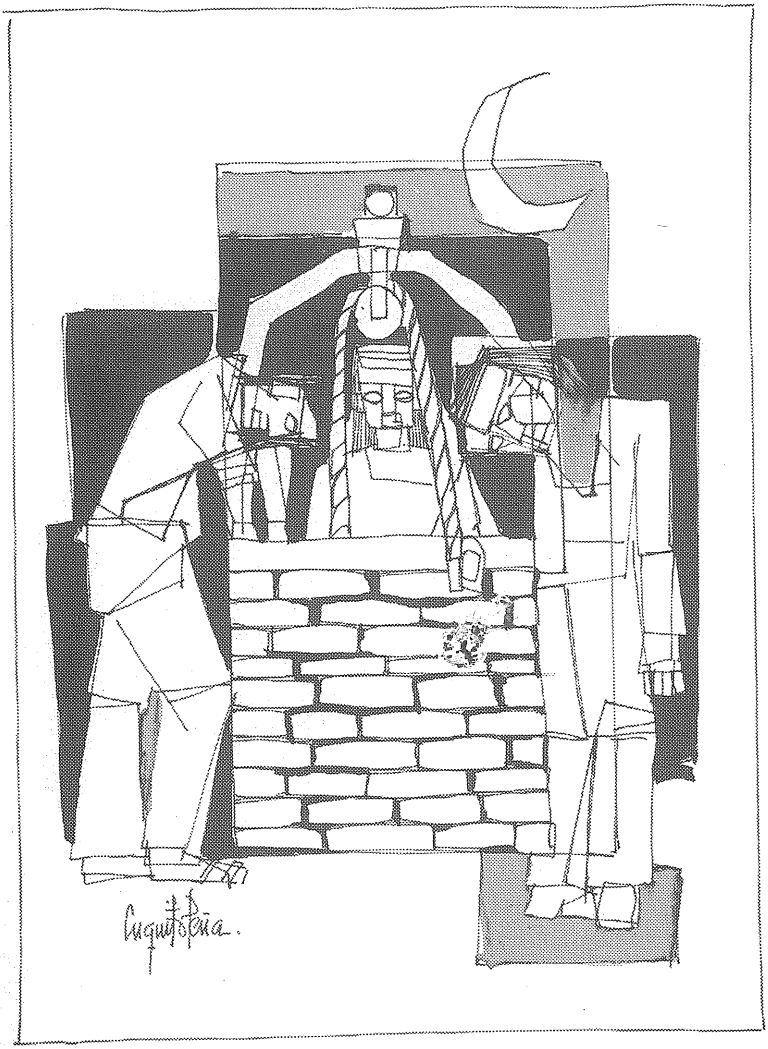
¿Qué se hizo semejante madre? Nadie lo sabe.

Las ruinas de la casa solariega han publicado acaso en el hondo silencio de las noches, los nombres de los mártires y verdugos de esta ciertísima historia.[11]

Y al detenerse el curioso que pase a contemplarlas envueltas en tenebrosa oscuridad o bañadas en luz de luna, dirá tristemente:

¡Pobre niña!

Diciembre de 1890.



Los tres que echaron a Pedro entre el pozo.

LOS TRES QUE ECHARON A PEDRO ENTRE EL POZO

Tradición

I
¡LA BOLSA O LA VIDA!

Barrio de San Lázaro adentro, cuesta arriba, por donde es cerro todo el terreno, derramado en callejuelas, bostezando por unas cuantas antiguas canteras, y más allá limitado por la muralla y los patios de las casas de la calle de Mercedes; extendiéndose entre San Lázaro y el barrio de San Miguel, abierto, inculto, semi-salvaje, con desgreñados y raquíticos matorrales y mucha *brusca* y *piñón* en la revuelta haz desigual con tanto montículo y sinuosidades como tiene, y enseñando las desmesuradas bocas de las *cuevas*[1] o canteras: tal es el escenario de esta leyenda, aunque ya un poco modificado, no muy limpio, y peligroso para las vidas y los pies.

En lo alto de la cuesta, a la subida, se levanta la iglesita de San Lázaro, tosca; pero como salida de la tierra por lo sólida, y a dos pasos de ella, la muralla. Al frente se abren la plazuela, al lado queda maternalmente cobijado el hospital refugio de los atacados de la horrible elefancía; y desde esa altura esparcen los vientos sobre la ciudad sus malsanas emanaciones.

Era cuando el gobierno del mariscal de campo D. Carlos de Urrutia y Matos, esto es, entre los años de 1812 y 16. No dejaba de ser, a raíz de la heroica reconquista, la administración de aquel "anciano de carácter acre y destemplado", nota discordante en la efusión del entusiasmo que había impulsado a los dominicanos, aunque con ayuda de ingleses y españoles, a reponer con las armas en la mano el pabellón de Castilla sobre nuestras fortalezas, venciendo en campo raso a los soldados de Napoleón, caso único en la historia americana.

Urrutia no era más que un soldadote indigno de gobernarnos.

Siendo "la arbitrariedad la norma de sus actos", en todo se injería, "sin más ley que su voluntad o su capricho", por lo que era generalmente detestado y temido.

Sobre todo, Urrutia era el terror de vagos y ladrones.

Había establecido una labranza en la otra orilla del Ozama, y los frutos se vendían, para su exclusivo provecho, en el exconvento de Jesuitas**, que hoy ocupa el único teatro de la Capital. Allí enviaba a los condenados y sin oficio a sudar la gota gorda, para producirle los ñames y los plátanos al Señor Mariscal; razón por la que se le puso el apodo de D. Carlos *Conuco*.[2]

Perseguía de firme a los jugadores (por lo cual se puede sentir que no hubiera ahora muchos Urrutias) quienes iban luego a acabar de poner sus paradas; azadón y trilla en mano, entre calabazas y boniatos, coles y habas. Se jugaba ¡ya lo creo! pero más ocultamente que en las profundidades de la tierra.

En una de esas callejas inmundas del barrio aludido, de hondo lodazal amasado al paso de las cabalgaduras y carros, con verduzcos matices de lama hedionda, merced al agua estancada a trechos en los zanjones del chaparral, por lo común

**. El antiguo templo de los jesuitas, hoy *Panteón Nacional*, se encuentra en la calle Las Damas, casi a esquina Mercedes. Fue construido a principios del siglo XVIII. No duró mucho tiempo ofreciendo servicios de culto a los dominicanos porque hacia 1767 los padres jesuitas fueron expulsados de los dominios españoles en América. La edificación estuvo abandonada durante cierto tiempo. Fue depósito de tabaco y colegio seminario. En época de la España Boba fue mercado de víveres; y desde 1860 se utilizó como teatro. Desde 1917, bajo la ocupación militar norteamericana, el edificio fue utilizado para albergar las oficinas de la Secretaría de Haciendas (Finanzas), hasta que en 1956 fue convertido en *Panteón de la Patria*.

adorno de nuestras calles, y entre rotas filas de bohíos renegridos por la intemperie y la vetustez con que no podían ya, aplanados y borrachos que se reían, como vieja por las hendiduras de la boca, por las desvencijadas puertas, rotos setos y desdentado alero, había en el más ruin de ellos un templo del vicio, garito reservado, porque todavía no era el juego profesión que diese lustre y mérito a las personas.

En el susodicho veíase una mesa paticoja, achacosa y bien comida de comején, rodeada de bancos torcidos, mugrientos y remendados que habían olvidado sin remedio la ley del equilibrio, y sabe Dios por cuántas evoluciones pasaron hasta llegar a ser semi-inútiles muebles del garito.

Alrededor de la mesilla estaban amorosamente congregados, una rueda de sacrificadores del dado, asistidos de botellas, vasos sucios y hendidos y pipas *nicotinizadas* a fuerza del uso diurno y nocturno que de ellas hacían.

La tanda aquella de ínclitos contaba con una que otra persona de mejor pelaje y aspecto que ellos, la cual persona, cuando la había, en eso de los juramentos redondos, puñetazos sobre el doliente pino y ojos avariciosos, no le iba en zaga a los cargadores, barrenderos, *borriqueros*[3] y demás gente del bronce allí reunida.

Había entre ellos un individuo de mala catadura que no era de muy aquietante fisonomía. Miraba torcido, escupía por el colmillo, tenía las greñas vírgenes erizadas, duras y amarillentas del desaseo de su cabeza, sin contar los huéspedes de aquella selva, y sobre las greñas una gorra asomada; la nariz gruesa y roma padecía congestiones merced a la dosis que gastaba; y era, en fin, de hombros fornidos, musculatura como de red de cables y estatura sansoniana.

Su puño redondo, áspero, de encrespadas coyunturas y velludo como mano de oso, podía apostárselas a la cabeza de un recién nacido, y habría podido servir de martillo de forja en caso de necesidad.

La mayor parte de los contertulios no eran menos *feroches*.

Desarrapados y sucios, cual tenía descubierto el nudoso pecho, enrollados a un lado y otro los bordes de la camisa de lienzo crudo a rayas azules; cual remangaba las mangas de la ídem hasta el codo, cual envolvía la cabeza en un pañalote de indefinible tela y color, medio terciado sobre una oreja, lo que

hacía más fiero, de los dos, un ojo saltón y ensangrentado, pues el otro teníalo hundido; quien cobijado bajo sombrero de vieja paja y alas enormes, asombraba media mesa y a una parte de los jugadores.

El uniforme de algunos militares resaltaba entre la variedad de aquella asquerosa ropería.

Repugnante era la escena, a la agonizante lucecilla de un candil escapado de alguna colección de antigüedades, abollado, roto y lacrimado aceite que iba desarrollando un regular mapa en el suelo de *hormigón*[4] lleno de hoyos. Pero si repugnante, curiosa por el guirigai o especie de germanía del juego, y los gestos y contorsiones de los que se ven abandonados de la suerte.

Naturalmente, allí había individuos que no jugaban, más del doble de los que hacían y a quienes se les daba entrada con reserva, viniendo a hacer el oficio de *mirones*[5] de las tres o más clases en que se clasifican éstos.

Apareció una figura de los amarrados albures entre los mugrientos dedos del tallador; y la voz de un mirón se oyó:

—Asesino Juan Rincón (el as).

Luego otra y otra.

—Sin casco son los rabones (el cinco); cuatro árboles de galera (el cuatro).

—El trisagio de Isaías; los siete pares de Francia, saltó otro *mirón*. (El tres y el siete).

—Sotana mea Domine (sota en puerta), chilló un *gurupié*[6] muy solícito, mientras ayudaba al banquero a pagar.

Acá y acullá se oían coreadas extrañas expresiones.

—¿Quién me da un *esclavo*?[7]

—¿Quién me da diez pesos *a mato mi cochino*?[8]

El hombrón que hemos pintado acababa de jugar su último real sin éxito ninguno.

—¿Quién me da un *burro*?[9] —exclamó.

El que tenía al lado se apresuró a proveerle.

El hombrón jugaba y perdía mascullando frases ininteligibles, y al fin reventó:

—*¡Estoy de cañuela! ¡Parece que me robo los cuartos!*[10]

Luego añadía:

—Cada vez que me pongo este pantalón, pierdo: voy a quemarlo.[11]

A esta *mácula*,[12] corriente entre jugadores, pero expresada con ridículos gestos, los que tenía enfrente soltaron una carcajada.

El hombrón los miró oblicuamente, cual si su mirada fuese cuchillo capaz de dividir a cercén el pescuezo de los burladores.

—Paciencia, maese Pedro, —decíale el banquero, barajando con cachaza.

En este momento, entró como parroquiano viejo en la sala del *sucucho*[13] un mozalbete que vestía uniforme de miliciano.

Se llamaba Pablo.

Era un joven mulato, de regular estatura y no mala fisonomía; gran guitarrista y jugador afortunado.

Era hijo de una morena rica de nombre María Jerónima Nova que emigró y no hacía mucho que había regresado de La Habana.

Gozaba esa señora de cuantas comodidades podían apetecerse entonces: habitaba buena casa situada en una de las esquinas del lado norte de la plaza del ex-convento dominico, echaba mucho lujo y tenía una cohorte de criados.

Tomó asiento el Pablo, y la emprendió en regla, porque la fortuna empezó a soplarle que era un contento.

Montones de reluciente planta y algunas calderillas que el joven ponía desdeñosamente a un lado, caían en su bolsillo sin fondo, en que había no pocas oncejas que no tenían para qué salir a luz.

Comenzó a llamar la atención la suerte del muchacho.

Dos militares que estaban próximos al hombrón se codearon maliciosamente y miraron al Pablo de través.

Por su parte, maese Pedro seguía entregado a sus *máculas* y preocupaciones propias del arte; y así fue que empezó a atribuir su mala fortuna a un pobre diablo, más *arrancado*[14] que él, a quien tenía al lado.

—¡Qué ojo! —murmuraba con furia— ¡qué *peben*! ¡Ah maldito, *seca un papayo!*[15]

Por fin bramó:

—¿Quién cambia de lugar?[16]

Los dos militares que le quedaban al lado le estrujaron en ese momento un pie y le dieron un rodillazo tal que el jayán iba a soltar una blasfemia tamaña como su cabeza; pero notó que sus amables vecinos le hacían guiños harto significativos, mostrándole disimuladamente a Pablo, el mozalbete.

Maese Pedro, que había hecho menos caso de quien ganaba que de su continua pérdida, miró ahora con torcidos ojos al afortunado; y los dos militares se inclinaron a su oído y le dijeron algo.

Mientras por un lado se perdía, por otro estallaban risotadas reveladoras de suerte buena, ley del contraste, y que uno decía al que se sentaba junto a él:

—No se quite Ud. de mi lado. Ud. tiene vista de ángel: es Ud. el niño de Atocha![17]

Y así seguía aquello.

Perdidoso y mohino el hombrón, y lleno ya de la tristeza del bien ajeno de que le habían contagiado sus dos compinches, no cabía en el banco, y desgreñado y descompuesto se levantó al fin gruñendo y dio la cara de lleno, a la mendicante luz del candil.

De una *puñada* se hundió la gorra sobre las greñas que se resistieron como resortes oprimidos, de un *jalón* se echó la pretina de los pantalones a su lugar, y de un par de tirones abrió la puerta, salió y cerróla tras sí.

Los dos militares se escurrieron en pos de él, después que entre ambos concertaron un plan diabólico.

Después de la casa se extendía la llanura en que se abrían las cuevas de San Lázaro, y negra oscuridad perfilaba en el negro fondo con negrísimos contornos los grupos de matorrales esparcidos ya en la boca de las canteras, ya en las sinuosidades del terreno, ora sobre los montículos de tierra que junto a las cuevas quedaban, tierra que habían sacado al excavarlas para extraer las piedras con que están construidos los eternos monumentos de la *Ciudad Antigua*.

Los tres bandidos se reunieron y fuéronse a perder en aquella selvática soledad, no sin calcular el tiempo que podría emplear Pablo en acabar de despojar a sus compañeros.

—Oye, Perucho, —dijeron los dos militares al hombrón, que hervía de rabia por la pérdida que había experimentado— ¿te gustaría desquitarte los doblones que has perdido?

El gigante dio un bufido.

—¡Pues ya lo creo!

—¿Estarías dispuesto a acompañarnos en cierta empresa?

—¡Hem! —hizo maese Pedro, acariciándose los brazotes desnudos con una mirada.

—Te creemos hombre seguro y valiente...

Maese Pedro suspiró ruidosamente con cierta satisfacción

—Bueno; pues se trata...

—Se trata, —repitió el hombrón...

—Ya habrás visto lo afortunado que estuvo, y todavía lo estará, en el juego el mocito ese que entró el último.

—Ah, sí, Pablo. Como es rico, la fortuna va donde están los cuartos, camarás. ¡Y yo tanto que he perdido! —gruñó con descontento el gigante. ¡Mal rayo me parta!

—No hay que apurarse, hombre, no hay que apurarse. Si quieres podrás echar un alburcito tal con nosotros que toda la fortuna de Pablo pasará a los tres.

Maese Pedro abrió tamaño ojo.

—¿Eh? —preguntó estúpidamente.

—Pues eso cabalmente fue lo que te quisimos indicar allí en la mesa, hombre de Dios. ¿No entendiste?

—Pues ¿cómo iba a adivinar vuestro pensamiento, caballeros? Pues a mí se me habla pan pan, vino vino; y se acabó.

—No te enfades chico; y di de una vez si convienes en que entre los tres desvalijemos a Pablo.

—Con toda el alma —contestó maese Pedro.

Los dos militares recapacitaron por breves instantes.

—Entonces, —dijo uno de ellos— nos apostaremos a distancia de la casa, a la bajada de la cuesta, y allí esperaremos.

—¿Y si se va la liebre por otro sendero? —objetó el otro.

—No haya miedo, —repuso el que hablaba—: sé que ese es su camino cuando se retira para su casa.

—Bueno ¿y qué haremos? —preguntó impaciente maese Pedro.

—Le cogemos al paso, —continuó el militar que llevaba la palabra, cuyo nombre era Francisco, porque después se averigüó en triste ocasión para él— y... ¡la bolsa o la vida!

—Sí; ¡la bolsa o la vida! —exclamó el gigante restregándose las manos de gusto— ¡Me voy a desquitar, voto a!

Sin embargo de su arrebato de alegría, pensó:

—Y si se resiste, si hace armas, si chilla ¡adiós mi dinero!

—¡Qué demonios! ¿Tienes miedo, Perico? —exclamó Francisco.

—¿Por quién lo dices, mocoso? —prorrumpió éste encarándosele fieramente—. ¿Crees que porque no viste uno, colgajos y botones de cobre, valgo menos que tú, mandria?

—Al diablo con tu humor, sopenco —replicó el Francisco ya incomodado—. ¿Crees, te digo yo ahora, que necesitamos de ti?

—Pues buenas noches, caballeritos.

Y maese Pedro dio las espaldas majestuosamente a sus compinches.

El militar le agarró por el cogote y le hizo volverse.

—Mira, hijo, no hagamos disparates. Déjate de tontunas por un quítame allá esas pajas, y a la otra, que es lo que nos conviene.

—Sí, hombre, sí —dijo el otro—. ¿O es que no quieres venir con nosotros?

—No es eso —replicó el gigante—, sino que este señor tiene unos modales...

—Haya paz, pues, —replicó Francisco— y vengan esos cinco, —añadió apretando una manaza del hombrón—. Y andando, que se hace tarde.

—¿Pero si se resiste? —insistió maese Pedro mientras se encaminaban cuesta abajo dando un rodeo para no ser sentidos en la casa del juego.

—¿Si se resiste? —preguntó el militar compañero del Francisco—. Si se resiste ¡pshé! allá veremos...

Maese Pedro se rascó la cabeza, y nada más dijo.

A poco, Pablo salía del garito llevándose un caudal en los bolsillos, y alegremente, mas sin ningún género de precauciones, tomó el camino de su casa dirigiéndose cuesta abajo.

Antes de llegar al pie de ella, tres bultos se atravesaron, bien embozados en sus capas.

El afortunado mancebo se detuvo, vaciló y con voz firme:

—¿Quién va?

—¡Alto ahí! —dijo uno de los asaltantes, avanzando sobre Pablo—. Una palabra, señor mío.

Pablo buscó un arma bajo su capa, y se preparó a la defensa.

—Sosiéguese su mercé, caballerito, que aquí hay hombres con quienes se puede tratar —repuso el Francisco con meloso tono.

—¿Qué quieren Uds.? —dijo Pablo con amenazador acento.

—Un favorcito, nada más que un favorcito, señor Pablo. No queremos hacerle ningún mal; y guárdese esa navaja.

—¿Quiénes son ustedes, pues?

—Eso... es difícil de contestar, señor nuestro. Somos unos que saben que Ud. va muy rico y esperan de Ud. *manque* sea una limosnita, —respondió burlonamente Francisco.

—Paso, paso; mañana hablaremos —repuso el mozo adelantándose resueltamente.

Pero maese Pedro y el otro se echaron sobre él, y en un santiamén quedó aprisionado bajo la férrea garra del hombrón, e inutilizado para hacer uso de su arma.

—Ya lo ve Ud., ñó Pablillo —dijo con sorna Francisco—. Hablemos pues ahora, si Ud. gusta.

El joven rugió de ira.

—Se trata, pues, —continuó cachazudamente Francisco—, y como había tenido la honra de indicarle, de que Ud. nos preste algo de lo mucho que ahí lleva.

—¡Váyanse al infierno! —fue la contestación del impetuoso mancebo.

—¡Hola, hola! el mocito es arrojao, —dijo el hércules apretándole como en un torniquete el brazo por donde le tenía sujeto, lo que le hizo exhalar un grito de dolor.

—Ya lo ves, Pablo amigo, —continuó Francisco—. Estás bien cogido, y a menos que sueltes la pelota...

—¿Soltar yo? ¡nunca!

—Mira, hijo, es inútil que digas na ¡mal rayo me parta! Miren el mocoso... A ver, sueltas, ¿sí o no?

—Sí hombre, sueltas —repitió Francisco perdida la calma—, o lo pasas mal.

—Ahora verán cómo se revuelca un novillo, —exclamó diciendo y haciendo el hércules derribando de una sacudida al pobre mozo, mientras los militares le desvalijaban por completo.

Dejóle libre luego maese Pedro; pero el joven, a quien sin duda alguna no habían querido hacer daño los bandidos pues en sus manos estaba, cometió la imprudencia de pedir auxilio a grito herido, corriendo cuesta abajo.

Mas apenas había abierto la boca, cayó la maza de carne y acerados músculos del hombrón sobre su cabeza, y si antes le derribara a guisa de novillo, esta vez vino a tierra como un buey pesadamente arrojando sangre por las narices y la boca.

No contentos, le dieron de palos y le pasearon las costillas muy a su saber, de modo que el infeliz Pablo quedó hecho una alheña.

Verificado el despojo, contados y repartidos religiosamente los mal ganados dineros a la luz de una pajuela que encendieron, deliberaron lo que harían con el aporreado.

Acercóse a él Francisco, y dijo en voz baja:

—No menea pie ni pata, camaradas.

—Estará muerto, porque mi puño no perdona, —observó el hombrón—. ¡Vámonos!

Francisco meneó la cabeza.

—Esperemos —dijo—. A eso hay que darle un corte.

—¡Qué corte ni qué carta, hombre de Dios! —saltó el otro— ¿te propones jugar con D. Carlos de Urrutia? ¡En marcha, y pronto!

—Sí, larguémonos, —repitió maese Pedro—. ¡Mal rayo me parta! No quiero nada con chirona.

Francisco los detuvo de nuevo.

—Este muchacho, muerto o vivo, —dijo señalándole y con filosófico tono—, hay que ocultarlo ahora mismo.

Los compañeros se rascaron la cabeza.

—¡Unh! ¡Mal rayo me parta! camará. ¿Está osté en su cabal juicio? —interpeló el gigante.

—Bueno; ¿y para qué? —agregó el otro militar—. Nadie nos ha visto; y pueden suponer que cualquiera habrá hecho lo que nosotros acabamos de hacer.

—Señores, poco a poco, —insistió Francisco—. Muerto o vivo, ese hombre puede ser nuestra perdición, si le dejamos en medio de la calle.

—¡Cómo!

—Si no está muerto, hablará —añadió Francisco—. O bien, bastará el que mañana encuentren ahí un hombre con vida o sin ella, para que revuelvan cielo y tierra hasta dar con los autores del hecho, porque todo puede ser; y entonces...

E hizo ademán de cortarse la cabeza con los dedos, gesto significativo por lo temeroso y universal.

—¡Diablo! —exclamó el hércules todo confuso y empezando a perder el pesquis.

—¡Pronto! —refunfuñó el otro militar visiblemente contrariado— ¡voto a Cristo! ¿qué hacemos entonces? ¡Decídete, Francisco!

—Lo que hay que hacer, repito, es ocultarlo bien, suceda lo que quiera, para que mientras tanto aparezca que se ha marchado sin decir esta boca es mía. Esperen aquí.

Y Francisco se dirigió a una casucha de aspecto humilde que cerca se alzaba, y tocó a ella con mucho tiento; mientras los

otros se quedaban temblando, pues el solo nombre de Urrutia les había *metido en baraja*.[18]

Una mujer se levantó, preguntó, se convenció de que el que la solicitaba a esas horas era amigo y algo serio tendría entre manos, encendió luz, y cerró la puerta tras el militar.

Éste le refirió lo ocurrido, encargándole la reserva so pena de su enojo, y le propuso, casi le exigió que depositase allí a Pablo, quien aunque barruntaba no estar muerto, no le parecía fácil que viviese; le indicó lo que debía hacer; acalló los escrúpulos de aquella comadre acaso a fuerza de dinero; y mientras la comadre disponía su propio lecho como Dios le ayudó para acostar al aporreado, los tres jayanes cogieron al aporreado, que gimió dolorosamente, sin hacer ningún movimiento, y cargaron con él, conduciéndole al bohío de la mujer, el cual bohío sin duda quedaría algo apartado de los demás del vecindario; pues en aquella época el barrio debía estar casi deshabitado, y es más que probable que así fuese.

Luego, como alma que lleva el diablo, los tres rufianes desaparecieron, no sin recomendarse mutuamente el mayor sigilo, puesto que con D. Carlos de Urrutia su cabeza estaba ya oliendo a cabuya.

II
DENTRO DEL POZO

Pasaron dos días.

La buena mujer ocultó a su hombre, y le asistió en regla; pero el pobre Pablo no dio más señales de vida.

La tunda había sido soberana; y la comadre, viendo que se le moría entre las manos, urgió a los desalmados jugadores acerca de que debían tomar una determinación.

María Jerónima Nova, madre de Pablo, revolvía cielo y tierra.

La infeliz madre, desolada y llorosa buscaba a su hijo. Lástima daba verla recorriendo los vericuetos y campos circunvecinos a pie, preguntando a cuantos encontraba si le habían visto ir de viaje, y derramando el oro a manos llenas para poner en movimiento a todo el mundo.

Muchos le decían que su hijo habría emprendido alguna jornada para volver pronto, y por ende no lo había anunciado,

o cosa así, otros pensaban, sin decirlo, por supuesto, que se había caído al mar o arrojándose en él, comiéndoselo alguna de esas voraces tintoreras que bordean cerca de las *Cuevas de las golondrinas*, en la costa del Sur, en espera de lo que caiga.

¿Qué hacían en tanto Francisco, maese Pedro y el compadre de Francisco?

Reunidos en la noche del segundo día en la casucha de la comadre, presenciaron la agonía de su infeliz víctima, y luego que expiró, introdújose el temor y la confusión entre ellos.

Miráronse unos a otros.

La comadre estaba trémula y desconcertada, y hubiera sido muy capaz de comprometerlos sin quererlo.

—No hay que perder tiempo, muchachos, —dijo Francisco—. Ya resultó lo que resultó, y no hay a quien quejarse. Ahora lo que importa es salvarnos nosotros ¡voto a!

—¿Y qué hacemos? —preguntaron los otros.

—Hay que tratar de que desaparezca esto, —dijo Francisco dando un puntapié al muerto que habían colocado en el santo suelo, por no inficionar el limpio lecho de la complaciente comadre.

—¿Y cómo?

Francisco se encogió de hombros, se puso el dedo en la frente y empezó a reflexionar.

Un velón de sebo, encajado en una de las tablas del seto chisporroteaba y despedía a ratos unas llamaradas lúgubres que dejaban en una semi-oscuridad a los jugadores y al cadáver.

—Despachémonos, señores, —dijo angustiada la comadre con voz de miedo y quejumbrosa.

—¡Echémoslo al pozo! —exclamó con repentina inspiración maese Pedro.

Y como si esto hubiese estado en la mente de todos, y no hubiera otra solución para resolver la dificultad, ninguno vaciló ni objetó, ni reflexionó, sino que cogiendo al muerto por los pies y por la cabeza, dispusiéronse a llevárselo, mientras la comadre abría la puerta y guiaba a los enterradores explorando con ojos de lince el campo.

Cerca de allí, en un ángulo o recodo veíase campeando en medio de un limpio una noria antigua, de brocal derruido, negro, terroso y saturado de humedad, con un palo relumbrante por el desgaste sujeto con deshechas filásticas de soga de

majagua[19], y atado en el centro un enorme carrillazo en que iba ensartada larga cuerda del mismo material con dos como cubos que pugnaban con sus aros para entreabrise, y en efecto, por los intersticios, al subírseles a fuerza de puños, llegaban sudando a chorros el enturbiado líquido.

La procesión se encaminó a la noria. Allí descansaron el cadáver en el pretil, y lo empujaron cabeza abajo.

El peso de la víctima se llevó un trozo de la antigua mampostería, y los cacharros agitados violentamente le tocaron al paso una serenata, en tanto con el chapuzón que daba en el fondo producía un ruido sordo.

Concluida la piadosa operación, cada uno de aquellos malvados se escurrió cuan ligeramente pudo, sin que se supiese más de ellos, excepto de uno, según después se dirá,

.....

dejando la responsabilidad al pozo y al vecino más cercano.

A la mañana siguiente, las mujeres de por *esos lados* vinieron muy temprano, como solían, a sacar agua a la noria.

Empezaron por notar que los cacharros no la cogían.

—Vecina, —decía una a la otra— ¿qué demonios tendrá hoy la noria?

—Y es verdá, vecina, —respondía una viejita que armaba su arrugada boca con un enorme cachimbo— no hay *fresco*[20] de que los cubos cojan agua.

Menea que menea la soga; y nada.

—¡Unjú! —exclamó impacientada la que tenía la prioridad en el sacar del agua—. Vecina, —dijo a otra que conversaba de cosas diferentes con unas cuantas allí cerca—, mire a ver si Ud. puede.

Y le pasó el cetro, esto es la ripiosa *majagua*.

Tomóla la aludida, mujer de buenos rejos, sacudió de firme la soga, haciendo que el cacharro que estaba de turno allá abajo se inclinase para llenarlo; pero el cubo al caer sobre el cuerpo del pobre Pablo, produjo un ruido seco y quedó vacío.

—Vecina, aquí hay algo, —dijo la mujer.

—¡Hombre! qué diablura, —chilló la vieja quitándose su cachimbo de la boca y lanzando una filosófica bocanada de fétido humo—; y yo que tenía que lavar temprano para planchar a la noche.

—Y yo —dijo otra.

—Y yo.

—Y yo.

Pusierónse nuevamente a la obra, pero en vano; hasta que al fin, la que meneaba la soga, subió el cacharro vacío, para probar fortuna con el otro cubo.

El cacharro trajo una miseria de agua, y la vecina se quedó mirándola con extrañeza:

—¿Qué es esto? —exclamó espantada.

La viejecita se acercó, santiguándose y salió gritando:

—¡Sangre! ¡Virgen de la Caridad! El agua está ensangrentada.

—No puede ser, —dijo otra aproximándose a examinar aquella agua—. Eso será algún trapo colorado que se ha caído y desteñido, o almagre, o...

Algunas menearon la cabeza.

Hubo quien opinara en pro y quien en contra.

—Pero lo que hay abajo ¿es trapo? —indicó otra mujer dentro del pozo. Y como todas se apresuraron a hacer lo mismo, la mujer las apartó diciéndoles:

—Quítense de ahí, dejen luz para ver.

Al cabo de un buen rato, la observadora alzó la cabeza, arrugadas las cejas gravemente, y con misterio dijo en voz muy baja a sus compañeras:

—¡Señoras... lo que hay ahí dentro... es un muerto!

—Jesús, Ave María Purísima! —clamó la vieja santiguándose de nuevo, alzando los pies como si se le hubiesen prendido cien avispas y alejándose al trote con horror de la noria.

—¡Un muerto! —corearon las sacadoras de agua.

Precipitándose al desbocado pretil, apartándose unas a otras, empujándose, febrilmente dominadas a la par por la curiosidad femenil y por el miedo, y una tras otra fue notando, a la media luz que entraba en el pozo, un poco fuerte ya el sol, que aquello que en el fondo descansaba iba tomando las formas de un ser humano.

Retirándose confusas y mohinas; haciendo gestos y persignándose las menos, y las más silenciosas como difuntos.

A veinte pasos del pozo pusiéronse a deliberar.

En eso acertaron a pasar unos vecinos que iban al río a hacer sus compras a los campesinos que traen por las tardes en sus canoas las cañas de azúcar, la yerba, el carbón, víveres, cazabe, conservas y otros dulces y productos así para el abastecimiento de la ciudad.

Llamáronlos las mujeres.

Inspeccionaron éstos el pozo, y convencidos, fueron de parecer que se diese parte inmediatamente, para no echarse encima todo el barrio la responsabilidad de lo que bien podía ser un crimen atroz que allí se había tratado de ocultar.

—Pues ustedes se quedan aquí, —dijeron los hombres, hasta que venga la policía.

Y partieron a escape.

Mientras tanto, la algazara que se armó entre aquellas buenas vecinas comentando el suceso, es de dejarse a la apreciación del pío lector.

Y como luego las mujeres tienen un instinto infalible, empezó una que otra a sospechar de ciertos y determinados tipos, a hilvanar circunstancias e incidentes y a deducir consecuencias.

—Si es un asesinato, —decía la más lista— ha debido ser por aquí cerca.

—Y muy cerca —añadió otra.

—Y es gente de mala vida la que ha hecho eso.

—Perdóneme Dios, —observaba otra— y no me lo tome en cuenta; pero...

Y guiñó un ojo

—¿Pero qué, Susana? acaba.

—Yo creo que los jugadores que luego se reúnen por estos contornos a jugar escondido...

—Sí, sí; los jugadores esos deben andar en la danza.

—¡Chist! ¡Chist! hijas, no tan recio, —dijo la vieja haciendo aspavientos—. La policía de D. Carlos *Conuco* todavía no ha aparecido por aquí, y si huele que ustedes saben que por aquí hay juego escondido... ustedes saben bien cómo persigue a los ladrones y jugadores... y las llamará a declarar.

Las demás miraron con recelo a todas partes, menos una que con desparpajo soltó la andanada.

—¡Buenos cuartos le dan vagos y ladrones!

Corrió la singular nueva por toda la ciudad.

Echóse a la calle como estaba y voló al sitio, en que se agitaba ya compacta mucha muchedumbre y reinaba la policía como en tierra conquistada.

El jefe mandó disponer todo lo necesario para la extracción del cadáver.

Un hombre se había metido dentro del pozo provisto de buenas cuerdas, y al cabo de un rato se izaba el cuerpo del mal aconsejado Pablo destilando agua.

Sobrecogiéronse las mujeres, y todo se volvió lamentar.

—¡El pobre Pablo! ¡Quién se lo hubiera dicho!

—Por eso, —decían otras— no en balde su pobre madre anda *desgaritada*[21] en su busca. ¡La pobre señá Jerónima! ¡cuando lo sepa!

—¡Ah pues! no le han valido sus cuartos para librarla de tan gran desgracia.

Observación filosófico-socialista que siempre hace el vulgo, no sé por qué.

En ese instante se produjo un movimiento en la multitud, y voces se oyeron de "¡Ahí está!" "¡ahí está!"

Llegaba allí en efecto la señá Jerónima y todos abrieron respetuosamente paso al dolor.

—¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

Tres eternos días ha estado buscándole.

Viole tendido sobre la yerba, hinchado, desfigurado y transido de humedad.

Como loca se arrojó sobre el cadáver, y sus exclamaciones entremezcladas del rabioso llanto partían las entrañas de cuantos presenciaban semejante escena.

Inútil es agotar colores pintando ese dolor maternal que es siempre sublime.

Con ella lloraban los espectadores.

Por último, sobrecogióla un desmayo, y de encima del cuerpo del hijo la levantaron para prodigarle prontos auxilios.

El jefe de policía, sabueso refinado, andaba ya registrando el suelo, y a medida que encontraba una huella o casa que a huella pareciese, iba brujuleando a ver si conseguía descubrir rastros del asesino.

Pero las huellas se perdían en los yerbazos que por allí había, y no fue posible orientarse.

El susodicho tuvo en sus manos el primer cabo del hilo, según él; y cuando llegó el Juez del Crimen, empezaron ambos a deliberar misteriosamente.

Después interrogó el Juez a las vecinas, mandó llamar a otros habitadores del barrio, y les tomó declaración; y naturalmente, convinieron todos los circunstantes en que podían ser jugado-

res los del hecho, o que por causa del juego había ocurrido. Abrióse la correspondiente sumaria pero sin resultado.

Por entonces, y no obstante las diligencias practicadas, impenetrable misterio rodeó tan extraordinario suceso.

III
REVELACIÓN

Ni rastros de los tres que echaron a Pablo en el pozo.

Transcurrieron años.

Un día, en mezquino saquizamí y más mezquino jergón expiraba un moribundo, víctima de las viruelas, en la ciudad de La Habana. Era un individuo natural de este país y había sido militar o aún ejercía esa profesión.

Pobre luz iluminaba la estancia.

El enfermo deliraba y hondos suspiros salían de su pecho.

Parecía esperar a alguno, porque sus ojos desencajados se fijaban con anhelo en la puerta de la habitación.

Por fin ruido fuerte de pasos anunció la presencia del que tardaba ya en venir, y entró un sacerdote.

Sentóse a la cabecera del enfermo, y comenzó a auxiliarle.

Después que se confesó, hizo un esfuerzo como si algo gravitase sobre su fatigado espíritu, y dijo al ministro:

—Todavía no se lo he dicho todo, Padre.

—¿Cómo es eso, hermano mío? —preguntó asombrado éste con voz dulce.

—Es un secreto horrible que... me...

Hízose más fatigosa la respiración del enfermo y no pudo continuar.

—Acaba, hijo, acaba, —díjole el sacerdote al cabo de una pausa, y temiendo que se fuese al otro barrio sin desembuchar aquello que tanto remordía, al parecer, la conciencia del moribundo.

Abrió los ojos desmesuradamente, cobró ánimo, y acercando el oído al sacerdote, desahogó su pecho de lo que le atormentaba.

Durante tal confesión, el cura fruncía el entrecejo y mudaba de colores. Era hombre sensible, y aquella cosa estupenda que le relataban hacía singular efecto en sus nervios.

Cuando concluyó el moribundo, dijo tartamudeando.

—Padre, el último favor.

—Di, hijo, y haré cuanto quieras.

—Que si le es permitido... corra Ud. cuando... cuando yo mu... e... ra a casa del señor Alcalde... y... y...

—Y le revele tu secreto ¿no es eso?

El moribundo hizo un signo afirmativo con la cabeza.

El sacerdote vaciló. Pero el enfermo le miraba con tales ojos, que se lo prometió, aun cuando, verbigracia, tuviese que faltar a la disciplina.

El moribundo sonrió, rindiendo el postrer aliento.

Parecía que su vida estaba pendiente de aquella revelación, que debió ser horrible.

Cumplido el deber, alejóse de aquel sitio el sacerdote, y era noche cerrada cuando hacía pasar recado al señor Alcalde de que tenía que verle para un asunto urgente.

Ordenó el grave Magistrado que le introdujeran, en atención a que vestía traje talar y que decía no venir en nombre suyo.

Recibióle besándole las manos, y después de una pausa:

—Dice el Padre que no viene en nombre suyo a estas horas ¿pues en nombre de quién viene? —preguntó.

—De un muerto.

—¿De un muerto? —replicó el Magistrado con extrañeza—. ¿De qué se trata entonces, Padre mío?

—De un horrible secreto.

El señor Alcalde frunció el entrecejo.

—¿Secretos? —dijo.

—Sí, señor Alcalde, de un horrendo crimen...

—¡Ah! ya eso es otra cosa, —exclamó el buen Magistrado con voz algo hueca y pasando lentamente sus manos por sus rodillas, como si le hubieran hablado en su lengua propia.

El sacerdote, a quien parecía oprimir el peso de aquella revelación, respiró, y tomó alientos para continuar.

—Sí, Señor Alcalde, de un horrendo crimen. Un moribundo acaba de confesarme que fue él uno de sus desalmados fautores.

El Magistrado escuchaba con atención, con el índice aplicado a una oreja y la mano cerrada sobre la mejilla.

—Me suplicó pues ese infeliz que acaba de morir, y santa paz haya, —añadió alzando beatíficamente los ojos al cielo— que viniese a poner en conocimiento del señor Alcalde inmediata-

mente el secreto que ni aun en confesión ordinaria me confió, sino después.

—¿Pero qué crimen es ese, Padre mío? —dijo un si es no impaciente el Magistrado.

—Uno que hace años se cometió...

—¿Aquí? —interrumpió el Alcalde.

—No; en la isla de Santo Domingo, en la parte española.

—¡Ah! bien: esa es otra cosa, dijo aquél, como si le complaciese que el hecho no tuviese nada que ver con su jurisdicción. ¿Conque en Santo Domingo?

—Sí, señor Alcalde.

—¿Y cómo fue eso? —preguntó éste con curiosidad profesional, diremos.

—Una noche, —contestó el sacerdote perturbado visiblemente, jugaban unos cuantos perdidos y militares en un garito del barrio.... del barrio, no recuerdo bien. Había entre ellos un joven de color, militar, perteneciente parece a las milicias del Rey, y estuvo afortunado en el juego. Con esto despertósele la codicia de tres que en la mesa asistían, y llenos de envidia combinaron el inicuo proyecto de despojar de su dinero al joven dicho, aunque para ello tuviesen que arrancarle con el dinero la existencia.

—¿Y así lo hicieron? —preguntó con interés el Magistrado.

—Espere Usía, señor. Se apostaron al pie de una cuesta que había que bajar, y cuando llegó el joven, militar y valiente al fin, le asaltaron. Bien que con buenas razones quisieron persuadirlo a que diese la bolsa para escapar con vida, según acaba de decir el muerto, él temerariamente resistió; y entonces le derribaron, le robaron, y...

—Y le asesinaron ¿no es eso?

—No; corrió, quiso pedir socorro ¡en mal hora! pues le acogotaron y molieron a golpes, si acaso no le hirieron.

—¡Diantre! —dijo el magistrado.

—Fueron tales porrazos que el pobre joven no movió pie ni mano.

—¡Ya lo creo!

—Estuvo así dos días, continuó cobrando aliento, y al tercero murió.

El señor Alcalde se rascó la calva varias veces, y dijo:

—Continúe, Padre, continúe.

—Esa noche misma le ocultaron en casa de una mujer, y luego después que murió, pues ellos esperaban ese desenlace, le arrojaron en un pozo.

—¿En un pozo? —exclamó el Magistrado estupefacto.

—Como lo oye Usía, señor Alcalde. Arrojáronle en un pozo, y desaparecieron los asesinos.

—¿Y la justicia qué hizo?

—Se quedó burlada.

—Luego su penitente de hoy es uno de ellos, ¿no, Padre?

—Cabal. Refugióse en La Habana; y después supo que se sacó a la víctima y que acaso la madre moriría del pesar.

—¿Cómo se llamó ese?

—Francisco, —respondió el sacerdote. Y aquí agregó los nombres de los otros dos que la tradición no ha revelado.

—Bien. ¿Y qué desea ahora el Padre? —preguntó el Alcalde.

—El deseo del muerto, señor Alcalde, es que, como todo quedó en el misterio, haga Usía saber a las autoridades de la antigua Española, y que allí sea del dominio público, quiénes fueron los perpetradores de tan horrible crimen.

El magistrado reflexionó un instante.

—Si bien se mira, no vale la pena; pero en fin, se hará; y eso servirá para cerrar el sumario ¿no es eso?

—Sí, señor Alcalde.

—Pues puede Ud. descansar, Padre mío.

—Gracias, señor Alcalde... El alma de ese infeliz tendrá más descanso.

—Amén —respondió el magistrado.

Y con esto despidiéronse, besando otra vez la mano, la autoridad al reverendo.

Cumplió con exactitud el buen Alcalde; y fuese por la vía oficial o por la oficiosa (dicen que por oficio lo comunicó), regóse la noticia, al cabo de tanto tiempo, y despejóse la incógnita, quedando satisfechos todos de que tres fueron los que echaron a Pablo entre el pozo (no a *Pedro* como reza el dicho popular, sin duda por haber equivocado el nombre desde un principio), y de cómo se llamaban, con todos los demás pormenores del suceso, que pasó a tradición y mereció la honra de dar origen al dicho vulgar de que se trata.[22]

Y como en el lenguaje humano las voces toman en seguida cierto color, fisonomía, o extendiendo por analogía su signifi-

cado, o pasando al amplio, rico, variado y espiritual dominio de la metáfora, en tal dicho, que tan socorrido fue, aplicóse a todo el que resultaba sospechoso de algún hecho, cualquiera que fuese, y así se decía de los notados.

—¡Ésos fueron los tres que echaron a Pedro entre el pozo!

Tratábase, por ejemplo, de una bellaquería, o barbaridad, al momento se designaba a los que fuesen o suponían ser sus autores, con la frase popular.

Aun se oye hoy, en tono bromista, y vulgarmente, decir de tres personas, señalándolas con malicia:

—¡Ésos fueron los tres que echaron a Pedro entre el pozo!

Abril de 1891.

MUERTE POR MUERTE

Tradición

I
DON TOMÁS RAMÍREZ

La del anochecer era, y por toda la ciudad oíanse rumores de agonizantes fiestas que la habían traído todo el día embullada.

Y como las impresiones y emociones fuertes después que han sacudido cerebro y teclado nervioso, se reconcentraban al corazón, así las alegrías populares que el suceso aquel promovía, refluían por la noche a la gran plaza de la Catedral.

Iluminábanla profusión de luces: brillaban el Cabildo y las casas particulares, hachones humeaban por todas partes, conmovidos los ecos del amplio cuadrilongo con tanta música, gritos y aclamaciones.

En la plaza hervía la multitud.

Por el día la música estuvo recorriendo las calles y unas jóvenes de apellido Galván iban cantando por ellas, pero a compás recios aguaceros *se dieron gusto*[1] esa tarde ahogando el regocijo público, como la más de las veces acontece aquí no sé por qué rara casualidad.

Tuvieron su puesto en el programa muy buenas comedias que se representaron en una casa de la calle del Arquillo o Santo Tomás, la cuarta, a contar de la esquina derecha, plazuela del Carmen, viniendo del Oeste.

¿Qué era lo que así se celebraba?

La promulgación de la Constitución de 1812 aprobada por las cortes de Cádiz el 23 de enero de ese año. Promulgóse en el mismo; pero se les antojó a los liberales de España reaccionar como a cada rato hacen unas cuantas cosas ellos y los de la conserva; y así fue que en el año de gracia de 1820 hubo segunda edición, y fue mandada jurar de nuevo, porque de fijo que no lo fue bastante católicamente la vez primera.

Por "acuerdo habido entre el Capitán General y el muy Ilustre Ayuntamiento", se designó el 4 de julio para la nueva promulgación y jura, lo que se hizo con regia pompa, Tedeum, salvas y todo lo demás.

El día 10 debía colocarse la lápida conmemorativa, por lo que las fiestas empezadas el 4 debieron terminar con semejante acto ese día[2].

Un caballero, militar, porque gastaba lujoso uniforme de comandante de caballería, y cuyo sable sonaba sobre los ladrillos de las altísimas aceras que entonces por todas partes había, llevaba del brazo dos hermosas damas hijas suyas.

Como su casa quedaba en la calle de Los Mártires (hoy Duarte) desembocó en la del Conde, y pasando por entre el gentío apiñado en la plaza de la Catedral, entró con sus parejas en una casa alta de ancho frente que queda mucho más allá del punto céntrico de la línea de las que por el Norte limitan la plaza.

Más que las otras, estaba espléndidamente iluminada, porque era la morada de una dignidad de la iglesia, del Sr. Deán D. José Gabriel de Aybar.

El caballero y las dos damas fueron recibidos con bullicioso regocijo por el Sr. Deán y una su ahijada, la famosa Doña Manuela Rodríguez conocida por la *Deana*, mujer de notable fealdad e inteligencia, política e intrigante que en estos tiempos hubo de asilarse en un consulado perseguida encarnizadamente por los que gobernaban.

Llamábase el caballero Don Tomás Ramírez y era, como dijimos, comandante de caballería.

Bien parecido, de elevada estatura, de carnes bien proporcionadas y sin pelo de barba, porque entonces no las usaban. Estaba aún bastante joven.

Era este un personaje cuya importancia requiere unas cuantas breves pinceladas.

La infausta reconquista, que tan desairado papel ha hecho en nuestra historia, fue obra, como se sabe, de aquella poderosa voluntad, de aquel escribano del Cotuí, de la famosa arenga en el campo raso de Palo Hincado, frente por frente de los fieros soldados imperiales en Francia.

Ferrand había salido de la capital con un ejército domínico-francés. D. Tomás Ramírez mandaba la caballería compuesta de doscientos jinetes nuestros escogidos. Palo Hincado es lugar estratégico, un descampado que limitan montes y a la bajada de una altura; así fue que al asomar en la cresta los franceses, rompióse el fuego, y D. Tomás Ramírez con sus jinetes se pasó al enemigo en el acto. La rota fue tremenda: cazaban franchutes como conejos, y Ferrand perseguido por Don Diego Mercedes se quitó la vida internándose en el monte.

En esa acción D. Tomás Ramírez hizo prisionero al coronel Panis.

Vencieron los indomables quisqueyanos ¡cuándo no han vencido ellos siempre! y al mismo tiempo que luchaban los españoles del 2 de mayo contra franceses, se batían contra ellos los dominicanos día por día alrededor de la *Ciudad Antigua* proclamando a *Fernando VII o la muerte*; es verdad que con ayuda de ingleses, españoles y aun de haitianos, éstos con auxilio de armas y municiones, durando la fiesta nueve meses cabales, y comiéndose en la plaza caballos y los cueros de los baúles. La Catedral tiene clavada en sus fortísimas bóvedas una bomba inglesa, que ahí ha quedado como recuerdo de esos días.

Celebraron grandemente el triunfo los dominicanos, pero se les fue el gozo al pozo, pues se convencieron de que la dichosa reconquista no tenía pies ni cabeza.

Volvió el régimen absolutista; la Suprema Junta Central recibió fríamente la singular nueva; y los soldados del ejército reconquistador "no obtuvieron recompensa alguna"; lo que dio margen al descontento y a las ideas separatistas, porque tales eran los vientos que soplaban del continente.

Revoluciones las hubo, y los hombres sensatos, entre ellos D. José Núñez de Cáceres, aconsejaron a D. Juan Sánchez que se dejara de cuentos y proclamara la independencia de la colonia. Pero ¡quiá! muy español era el cotuisano para eso.

Naturalmente D. Tomás se quedó siendo humilde comandante de caballería, y por lo menos sin sueldo, porque muchos reconquistadores tuvieron que vivir del sudor de su frente.

Don Tomás era casado con Doña Bárbara Aybar, hermana del Señor Deán.

Era este un hombrón, de grueso regular, nada agraciado, de nariz de pico de águila, muy rico, como que era dueño de la capilla de San Antón, hoy en ruinas.

—¡Y bien! comandante, —decíale a D. Tomás Ramírez, repantigado en su butacón de badana— constituciones van y constituciones vienen y vosotros siempre olvidados.

Precisamente era esta la llaga que dolía al militar reconquistador.

—¿Qué quiere su merced, Padre? —exclamó con un suspiro muy hondo—. Hasta me arrepiento...

—No vayas a hablar disparates, hijo. ¿De qué puede arrepentirse un caballero español que se debe a su rey y a sus banderas? Batiste a los herejazos franceses en hora buena, porque infestaban esta gloriosa tierra de la vieja Española, insultando los manes de Colón y de Fernando e Isabel. No, no hay de qué arrepentirse de las buenas obras, porque en este valle de lágrimas no se recompensen.

D. Tomás Ramírez mordióse los labios y se encogió de hombros, porque maldito lo que estos interminables sermones del Deán le edificaban.

—Pues mira, —continúo el Deán— yo me daría por muy satisfecho con llamarme D. Tomás Ramírez, comandante de caballería, que en Palo Hincado segó laureles contribuyendo tan decisivamente al triunfo de la buena causa...

—No basta, Padre, no basta eso, —interrumpió algo incomodado D. Tomás del romanticismo de su cuñado.

Sonrióse el reverendo, y tomó un polvo más que regular, pasando la embutida caja de labrado oro al militar.

—¡Hombre! —dijo con satisfacción dándose palmaditas en el abdomen— pues no sois vosotros los señores militares descuartizados...

—Cuando se es rico —replicó el caballero con nervioso ademán—, como por ejemplo su merced, ya se puede hablar con esa gallardía.

Miróle el Deán con ojazos muy abiertos.

—Pues mira, hijo: yo te creía de algunas caballerescas ideas; porque, la verdad, entiendo que al militar le basta la gloria.

—Como el incienso a los curas, —iba a replicar sin duda pero para su sayo el irascible D. Tomás, a no venir del extremo de la plaza una ruidosa murga que pasó bajo los balcones de la casa, en uno de los cuales departían los cuñados, y que atrajo como dos mariposas a las alegres hijas del comandante que se precipitaron al balcón ocupado por su padre y tío, cortando así el hilo de las enfadosas reflexiones del último.

—¡Ah picaronas! mucho os gusta la música ¿eh? —dijo el reverendo acariciando las mejillas de la más pequeña de sus sobrinas. A ver, pronto vais a divertiros con los cohetes. ¡Ah! ya empezaron... Muy bonito, muy bonito; mirad, niñas, qué lágrimas de colores más bellas...

Don Tomás se había levantado, disponiéndose a marcharse, aprovechando el embobamiento del buen Deán.

Pero éste le gritó:

—¿Te vas, mala cabeza?

—Sí, Padre: voy a dar una vuelta, y estaré luego aquí. Pienso pasar por la confitería del Comercio para comprarles algunas cosillas a las niñas.

El Deán guiñó un ojo maliciosamente.

—Cuidado con la clase de dulces que te vas a buscar, Tomás. Ya sé que te gustan las mozas, y por San Máximo que está enterrado en la capilla donde digo misa, que eres tan temible galán como valiente militar.

El glorioso reconquistador de Palo Hincado frunció el entrecejo, y se acercó de nuevo a su cuñado.

—¿Por qué dice su merced eso? ¿He yo escandalizado acaso?

El Deán lanzó una estrepitosa carcajada.

—Miren el Tenorio —dijo—. No tanto, hijo, no tanto; pero sé que ¡bah! que no le pones mala cara a las muchachas ¡hombre! y como tienes ese palmito y eres joven y bien puesto y eres vencedor de los tercios de Napoleón ya... ya...

Rió otra vez el sacerdote.

D. Tomás Ramírez se encogió de hombros, y respiró.

—Creía —dijo para sí.

—Conque adiós ¿no? —repuso haciéndole con la mano un signo amistoso, mientras el comandante se alejaba. ¿Vuelves pronto?

—Dentro de un momento. Créame su merced, Padre, voy a buscarles unos dulcecitos a estas niñas.

—¡Ah! bueno, bueno, papá! —exclamó alegremente la más pequeña—. Pero ven pronto.

—Al momento —repitió el caballero, cuyo sable empezó a repicar en la escalera, bajando con febril impaciencia.

La puerta y la acera estaban obstruidas con la gente que se había agolpado allí para tomar cómodo asiento y gozar por entero de los fuegos de artificios que cruzaban el espacio en todas direcciones. Así fue que no poco trabajo costó a D. Tomás franquearse el paso, bien que a su presencia, respetable por la calidad de su persona y el chafarrote que pendía de su cinto, se empujaban mozos de cordel y verduleras para abrir el camino.

Contrariado el comandante, salió de aquel oleaje para engolfarse en otro mayor, y cuando pudo ganar la esquina de la calle entre el Conde (hoy Separación) y Comercio**, se halló otra vez en posesión de sí mismo, y ¡cosa rara! en vez de comenzar a andar de prisa, según era su impaciencia, fue echando lentamente un paso tras otro, y esto después de haber pasado a la acera de enfrente, opuesta a la en que quedaba la confitería.

Los dulces que iba a buscar D. Tomás no estaban indudablemente en aquella confitería, y probablemente en parte alguna, porque el galante reconquistador hacía divagar sus ojos ardientes muy por lo alto, a la latitud de los balcones y ventanas de la calzada, en cuya segunda esquina la confitería mentada esparcía torrentes de viva y desacostumbrada luz.

Detúvose D. Tomás mucho antes de llegar frente a una casa pequeña de dos ventanucas que estaba ubicada, como dicen los notarios, al lado mismo de la confitería.

**. Actual calle Isabel la Católica. Originalmente se conoció como *calle del Caño*; y también como *Principal de Santa Bárbara*. A mediados del siglo XIX se le llamó *calle del Comercio*, porque la mayor actividad comercial de la ciudad se realizaba en dicha vía. Desde 1921 se consagró oficialmente como *calle Isabel la Católica*.

Latíale el corazón con fuerza, y no despegaba los ojos de las dos ventanas.

Allí había algo como la silueta de una mujer que, merced a los reflejos de los innúmeros velones de la confitería, medio se dibujaba en aquel sitio.

¿Le esperaría aquella mujer? No ha sido posible averiguarlo.

Sea lo que fuere, D. Tomás, apretándose el pecho con una mano y descansando la otra maquinalmente en el pomo de su sable, se dispuso a avanzar.

Por la acera pasaban grupos de gente bulliciosa que se dirigían a la plaza cantando, chillando y alborotando.

Daban las ocho en la campana del Palacio Consistorial.

Un hombre, que subía por la calle viniendo por la misma acera, y que había estado dando bordadas por frente a la misma casa que era en ese momento el faro de la esperanza de D. Tomás, advirtió la presencia de éste y la especie de éxtasis en que se hallaba.

Con horrible ceño y trágico ademán miró al comandante por entre el tejer y destejer de la muchedumbre, y como quien toma súbita resolución, nublándole la frente siniestra sombra, desenvainó un largo estoque que en su bastón llevaba y poniéndolo en ristre a la altura del cinto, cuidadosamente oculto, fue al encuentro del galante reconquistador, cuando éste, más ensimismado que nunca, venía paso a paso fijos los ojos en las ventanas de la casa.

De repente sintió una aguda punzada en el empeine, y vio frente a él a un hombre que lanzaba relámpagos por los ojos.

Nada más. Mortalmente herido, llevóse las manos donde sentía dolor fiero, vaciló, y calló como ave herida en el aire que viene al suelo girando sobre sí misma.

Aquello pasó en un abrir y cerrar de ojos. Nadie advirtió la acción del asesino, ni le conoció, ni le vio desaparecer; sino que con asombro miraron los que pasaban derribarse al comandante, y acudieron en su socorro, figurándose acaso que sería algún accidente que le había sobrevenido.

—¡Me.... muero! —balbuceó el infeliz D. Tomás, estrujando con crispada mano el uniforme en la parte de la mortal herida.

Los circunstantes, inclinados sobre él, le preguntaban con ansia, pero él si acaso logró decir que traidoramente le habían dado.

Arremolinóse la gente, corrieron clamando muchos que habían matado a D. Tomás Ramírez, el comandante de caballería,

y el mar de cabezas que ocupaba la plaza hirvió, se agitó y precipitó sus olas sobre la estrecha calle del Comercio.

Don Tomás estaba tendido junto al caño que sirve para el desagüe de la calle en la acera de la derecha viniendo del Sur, y ni una gota de sangre manchaba su ropa ni el suelo.

Había muerto.

Inútiles pues fueron cuantos auxilios quisieron prodigarle.

La mujer de la ventana, sin saber lo que pasaba, se retiró de ella.

Acudieron la policía y los oficiales de la guarnición, se dio parte al Capitán General Brigadier Don Juan Sánchez Ramírez, cuyo secretario había sido el comandante durante la campaña, y se dispuso todo lo necesario para trasladar el cadáver al Cabildo.

Mientras tanto, en casa del Deán estaban alarmados con aquella ebullición repentina de la multitud que llenaba la plaza y no sabían a qué podría atribuirse.

Los gritos, las voces cruzaban en todas direcciones, y la gente corría atravesando la plaza y la calle.

Las mujeres empezaron a afligirse: el Deán a desatinarse.

Oían entre aquella algazara decir confusamente que habían muerto a uno.

El Deán golpeaba la barandilla del balcón.

—¿Qué hará Tomás —refunfuñaba— que no viene a sacarnos de esta confusión?

Luego decía a su celebérrima ahijada:

—¿No oyes, mujer? Parece que dicen que han matado a uno. ¡Dios sea por él! ¿Pero qué hará Tomás?... —concluía impaciente.

—¡Ay Dios mío! —clamaban afligidas las mujeres— ¡qué desgracia! ¿A quién habrá sido? No, tal vez se equivoquen...

Alguien pasó muy cerca de la casa gritando:

—¡Han matado a D. Tomás Ramírez!

Aunque indistintamente escuchada la nueva fatal, el Deán echó todo el cuerpo fuera del balcón, anheloso, y a gritos también preguntó al que pasaba, pero la voz se perdió en la vasta extensión de la plaza.

Ya venía un grupo numerosísimo conduciendo el cadáver del malaventurado y enamorado comandante.

La policía y los compañeros de armas que habían acudido corriendo al sitio andaban desalados en busca del criminal;

pero aquello, por el carácter que revistió, había sido como el efecto del rayo que no deja huellas de por donde vino.

El Deán y su familia, por las confusas voces que oyeron, estaban afligidísimos y fuera de sí.

El grupo se iba haciendo más compacto y atravesaba en silencio aterrador la plaza con dirección al Cabildo.[3]

El Deán oyó entonces perfectamente, y con él cuantos le rodeaban, preguntar a los que acudían:

—¿Quién es el muerto?

Y respondérseles:

—El comandante D. Tomás Ramírez.

Cayó como herido de centella el buen Deán sobre su butacón y empezó a sollozar; mientras la familia y las pobres hijas se mesaban los cabellos unos y se desmayaban otros.

—¡Ay papá mío! —clamaban las pobres niñas con inmensa desesperación— ¿por qué te fuiste? ¡No, es posible!...

Y querían lanzarse escaleras abajo, pero los que subían a acompañar en su duelo al sacerdote y a las dos niñas que se sabía estaban allí, detuvieron a éstas.

Depositaron el cuerpo de D. Tomás Ramírez en una sala baja del Cabildo, y la muchedumbre invadió el edificio, instalándose allí el Juez.

Todo lamentaciones y protestas furiosas se volvió la antes alegre plaza de la Catedral.

II
QUID PRO QUO

¡Singular encadenamiento de sucesos!

En el punto que entraban el cuerpo del comandante de caballería en el Cabildo, tenía lugar un tumulto en la calle de Plateros (hoy Consistorial) que desemboca en la plaza y sigue la misma paralela que aquel histórico y desaparecido edificio.

Lucas Coronado llamábase un zapatero que por allí vivía.

Parece que un soldado del *Fijo*[4] le debía alguna obra o se propasó con él, es el caso que en medio de la calle se agarraron como dos canes, saliendo a relucir en manos del zapatero una cuchilla afiladísima con que rebanaba la suela.

El Lucas estaba ciego de furor, y su *mocho*[5] aparecía y desaparecía en el revuelto maridaje de tirantes miembros de ambos contendientes, cuando sonaron por todas partes las siniestras voces de "¡Lo mataron! ¡lo mataron!"

Entonces se sintió herido el soldado, y Coronado oyó otro formidable "¡lo mataron!" que hizo en su tímpano el efecto de la trompeta del juicio final.

Figuróse, en su aturdimiento, y por una desdichada casualidad, pues acababa de dar tremenda cuchillada a su enemigo, que aquellos gritos significaban que él le había muerto, y dominado por la idea de la salvación, emprendió la fuga desatentadamente.

La multitud que llenaba el tránsito entre la plaza y el Cabildo, vio pasar cual un cohete a aquel hombre huyendo, y como se estaba mirando en cada ciudadano al asesino de D. Tomás Ramírez, alarmáronse todos y cundió la voz de que el propio era quien corría buscando donde salvarse.

—¡Al asesino! ¡Al asesino! ¡Ahí va!... —gritaron cien bocas lanzándose todos en pos del zapatero.

Produjose una gran confusión en la plaza y en el Cabildo. Soldados, policía y muchos de los que estaban dentro, salieron del edificio precipitadamente, y siguieron la revuelta estela de las olas populares alborotadas.

El infeliz Lucas sintió tras sí aquel terremoto, y el calor de toda aquella gente que iba pisando sus talones, y como jabalí acosado se entró por el estrecho callejón que corona un pequeño arco que une las últimas almenas de la Catedral con la casita contigua, propiedad de esa iglesia, arco a que debe su nombre la calle del Arquillo a la cual preside.

El pensamiento del zapatero, desde que por los gritos que oía, creyó muerto a su adversario, fue de acogerse a sagrado en el templo más próximo; aunque no sabemos si le valdría, dado que estuviese aún vigente el edicto de un Arzobispo, el cual señalaba por única iglesia de refugio a San Nicolás, según breve del Papa.

—¡Al asesino! ¡al asesino! —aullaba la multitud.

—¡Date al Rey! ¡cójanlo muerto o vivo! —coreaban los agentes de la autoridad.

Pero el callejón estrechísimo, pues mide unas tres rayas, impedía que se precipitase por él como un alud el furioso mar

de cabezas y brazos, éstos a guisa de aspas agitándose en el aire; así fue que Lucas Coronado tuvo tiempo de ganar el atrio de la puerta del Bautismo.

Ésta cae sobre un espacio que era un tiempo cementerio, limitado al frente por unas casitas que se dice sirvieron de albergue a los arquitectos y operarios, y fueron o son propiedad de la iglesia, teniendo cerrado sus extremos por muros y puertas de arco.

Lucas Coronado se echó al suelo abrazándose con él, y gritando:

—¡Iglesia me llamo! ¡Iglesia me llamo![6]

El mismo se condenaba sin culpa.

La multitud indignada, así como los soldados de guardia que le perseguían, contaban con atraparle en aquellos callejones, y cayeron sobre él cual el águila sobre la presa.

El cura, que vivía como hoy en una de las casas de enfrente, había acudido en el acto, y se interpuso entre la víctima y los sacrificadores.

Nadie se atrevió a poner la mano sobre el zapatero, quien tendido boca abajo seguía gritando con aflicción, como broquel que le debía amparar:

—¡Iglesia me llamo! ¡Iglesia me llamo!

Arremolinóse la muchedumbre hirviente que aquel débil respeto contenía, y los más furiosos hacían gestos amenazadores como energúmenos.

El cura tendía sobre él la mano, exclamando:

—¡Desdichado el que toque a este hombre! ¡Está bajo el amparo de la iglesia, y sin orden del Prelado, no hay quien le mueva de ahí!

Aun bien no había acabado de decir esto, cuando un numeroso grupo de los más decididos se destacó de la multitud y con algunas de las autoridades que asistían en aquel sitio, fueron a interrumpir el beatífico reposo del Arzobispo cuyo palacio queda en la misma calle Consistorial hacia el mar.

El Prelado, alarmado, mandó trancar las puertas, y a sus familiares preguntar por las ventanillas de rejas al pueblo qué demonio tenía en el cuerpo a esas horas.

Un jefe de policía rodeado de bayonetas como un antiguo dictador romano de haces y lictores, se acercó y expuso en lacónico y seco lenguaje lo que pasaba, impetrando de su

Señoría Ilustrísima que se dignase dar su permiso para extraer del atrio del Bautismo al asesino del señor comandante de caballería D. Tomás Ramírez.

Fue un familiar con la exposición.

Su Señoría Ilustrísima estaba recostado en su criolla hamaca con una jaqueca de padre y muy señor mío.

—¿Qué dices, muchacho? —preguntó— No he oído bien.

—Que el jefe de policía solicita el permiso de su Señoría Ilustrísima para...

—Para... —interrumpió el Arzobispo poniéndose un dedo en la base del oído.

—Para sacar del atrio de la puerta del Bautismo a un criminal que se ha refugiado en él.

—¡Cómo! ¿un criminal? ¿Qué desgraciado pecador es ese, y qué ha hecho? —exclamó el Arzobispo escandalizado, pues en aquellos tiempos un crimen conmovía hondamente, medio incorporándose con trabajo en su hamaca, y apoyando la barba en la mano y el codo en la tela.

—Sí, señor. Un forajido que acaba de asesinar a...

—¿A quién? ¡santo Dios!

—A Don Tomás Ramírez, el comandante de caballería.

No oyó lo último el Arzobispo. Levantóse tambaleando y se puso las manos en la cabeza.

—¿Es posible? ¡santo Dios! —exclamó de allí a un rato— ¡A Don Tomás Ramírez! el compañero de D. Juan Sánchez, el bravo capitán de Palo Hincado, el cuñado del Deán... ¿Has oído bien, no te equivocas? —dijo volviéndose con anhelo al familiar.

—He oído perfectamente, sí, señor Arzobispo —repuso éste.

Su Señoría Ilustrísima se quedó lelo por algunos instantes.

—Bien ¿y qué se pide? —exclamó— ¿Sacar del lugar donde se ha refugiado a ese mal... ¡perdóneme Dios! a ese infeliz descarriado pecador?... Pues que lo saquen.

El Secretario del Arzobispo escribió rápidamente unos cuantos indescifrables signos, y firmó él mismo, sellando el papel, que presentó luego al Prelado.

—¿La orden? —dijo—. Está bien: muchacho, llévasela tú mismo al cura de Catedral, —añadió dirigiéndose al familiar que esperaba.

Bajó el diácono, y abiertas las puertas, salió enseñando el papel por arriba de su cabeza.

Una explosión de gritos estalló...

—¡La orden, la orden!

Y en el tropel confuso, pueblo, soldados y policía siguieron al familiar del Arzobispo.

La muchedumbre que ocupaba el estrecho cuadrilongo interrumpido por el ángulo saliente de la casita en la entrada del callejón y el saliente y entrante del templo en el otro extremo, palmoteó de júbilo al llegar la orden que el cura, encajados los anteojos, leyó y releyó a la luz de un velón que trajo el sacristán.

Fijas estaban con ansiedad en él las miradas.

—Carísimos hermanos, —dijo como si empezase una de las indigestas homilías que gastan estos oradores sagrados de tres al cuatro— Su Señoría Ilustrísima permite que se extraiga al reo. ¡Podéis hacerlo!

Y majestuosamente dio la espalda yéndose a meter en su casuca.

No agarra en sus tentáculos el pólipo o en sus fauces un tiburón la presa como los soldados de guardia al pobre Lucas Coronado, quien no había cesado de clamar:

—¡Iglesia me llamo! ¡Iglesia me llamo!

—¡Ah pícaro! —díjole el jefe de policía dándole un soberano empujón—, ahora te llamarás grillete. ¡Mal haya el bandido!

—¡Ese! ¡ese fue! —gritaba señalándoselo la multitud—. ¡Tú fuiste que mataste a D. Tomás Ramírez!

Oír el fiero apóstrofe, pararse, abrir desmesuradamente los ojos, y quedarse aturdido como quien recibe un golpe en la nuca, fue todo uno.

—¿A quién mataron? ¿a quién mataron? —preguntó azorado y con afán el preso.

—¡Y pregunta el maldito! —dijo un soldado de la escolta.

—¡Asesino de D. Tomás Ramírez! —aulló un centenar de fieras que lo rodeaba.

—¿De quién?... ¿De... de...Don Tomás Ramírez? —exclamó fuera de sí el prisionero—. ¿Han matado a D. Tomás Ramírez... mi padrino?... ¡Oh Dios mío! —rugió el zapatero desasiéndose de las manos que le sujetaban y arrojándose al suelo con grande llanto y gemido.

—¿Su padrino? —dijeron varios.

—Así dice; pero es treta seguramente —contestaban otros.

—Háganlo levantar a culatazos —saltó el jefe de los esbirros.

Los soldados le asestaron uno o dos.

Lucas Coronado se levantó furioso.

—¡Mi padrino! ¡Conque han muerto a mi padrino! ¿Quién fue que mató a mi padrino? Decidme, pronto... u os mato a todos...

Y apretando los puños y echando los brazos adelante revolvía los ojos de un modo siniestro y se mesaba el pelo y se mordía, estallando luego en una salvaje carcajada.

Estaba loco.

La escolta y la muchedumbre rodeaban al infeliz Lucas mirándole con asombro, y sin saber en qué pararía aquello que creyeron una comedia hábilmente representada.

Pero no podía ser más triste la realidad de aquel increíble suceso.

Todos se convencieron al fin de ello, y además hubo quien aseverara el parentesco espiritual del zapatero y el malaventurado reconquistador.

Lucas Coronado era en efecto ahijado de D. Tomás Ramírez, y casualmente ese día había estado atusándole y disponiéndole unos gallos de pelea, si la crónica no miente, y sin duda era grande el efecto que tenía el padrino el cual acaso sería también protector.

La noticia de su muerte fue como un rayo caído sobre su cabeza. Desconcertó cosa tan inesperada su al parecer débil cerebro, y perdió de súbito y para siempre el juicio, lo que está perfectamente comprobado.

Su organismo estaría también predispuesto, pues aquel fatal quid pro quo, de que fue víctima, debióle ocasionar una conmoción extraordinaria.

Sea lo que fuere, es el caso que el zapatero Lucas Coronado quedó loco de resultas de la nueva que en tan singulares circunstancias oyó acerca del funesto acaecimiento de esa noche.

Desde luego la furia popular se convirtió en lástima siendo conducido a la cárcel el presunto reo.

Con la cabeza baja, iba por el camino murmurando frases ininteligibles, y de vez en cuando lanzaba alaridos furiosos, mentando a su padrino.

Sin embargo, aún podía quedar alguna duda.

El Alcalde Don Francisco de Castro acudió inmediatamente a la cárcel para interrogar al preso.

Respondió el pobre Lucas algo incoherente, de lo que nada se sacó.

Quedóle al Magistrado el escrúpulo de que acaso no tenía culpabilidad en el asesinato de que se le acusaba, y se dirigió de la cárcel al Cabildo para comprobar la mortal herida que había recibido D. Tomás Ramírez.

El Cabildo era un campo de confusión.

Hasta allí había llegado el Deán a ver a su cuñado, acompañándole su ahijada Doña Manuela, y hacía extremos de dolor.

Por su parte, todos comentaban el suceso a voces, y la ocurrencia del asesino que se acogió a sagrado, el permiso del Arzobispo para sacarle del atrio de la iglesia, con otras circunstancias; pero lo que no sabían era el extraordinario desenlace del quid pro quo que había hecho se condensase a sí mismo el pobre Lucas Coronado.

Estuvo el Magistrado examinando la herida del cadáver, y cuando concluyó:

—Señores, —dijo a los que estaban próximos— esta herida no ha sido hecha con arma cortante. Es pequeña y causada por puñal o más bien por verduguillo.

Los presentes se miraron con asombro.

—Sí señores, me afirmo en que la herida es como digo, y es imposible, por tanto, que la cuchilla de que dicen los que presenciaron la riña en la calle de Plateros que estaba armado el zapatero Lucas Coronado la haya inferido.

—¿Pues quién fue el asesino? —le preguntaron

—Sábelo Dios, señores. Cuanto sé es que Lucas Coronado es ahijado de la víctima.

—¡Oh!

—Y que de resultas de la muerte de su padrino, Lucas Coronado se ha vuelto loco.

—¡Ah!

—Loco, así como lo oís.

Y fundado en aquellas consideraciones muy justas que había hecho, pues el muerto no derramó una gota de sangre, declaró el Magistrado que no había lugar a la persecución ejercida contra el presunto reo Lucas Coronado, y le absolvió de toda culpabilidad.

Soltaron al loco; y ni por indicios se pudo saber entonces quién había sido el matador del comandante de caballería D. Tomás Ramírez.

III
MUERTE POR MUERTE

Ella era hija de la Galia, linda mujer, más bien de elevada que de baja estatura, bien formada, en alto grado vistosa y elegante.

En una palabra, madame Nicolás, como la llamaban, era seductora sin pizca de exageración.

Bien puesta siempre, vestía con esmero y sabía lucir con garbo y arte sumo sus naturales gracias.

Con sus ojos rasgados, vivos y picarescos, había producido incendios y dejado más de un alma enganchada en sus melindres y coqueterías; y con su boquita de rosa, aunque cerrada estuviese, decía más cosas...

Si tenía *esprit* o no, eso averígüelo Vargas, cuanto sé es que al marido le daba soberbios dolores de cabeza.

Bueno era verla, arropado el busto escultural en turgente seda, calzadas zapatillas que a una muñeca habrían servido, llevarse por delante esas calles, como produciendo en torno ambiente de hermosura, de belleza ideal y sensualidad voluptuosa, a escoger.

Volaban los amores por el rosado apuesto cuello, según decía Herrera el Divino, y en sus oscuras hebras había más misterios y reverberaciones de luz que en los crepúsculos.

Monsieur Nicolás, con semejante mujer, estaba ya de desecho, pues era un hombrezuelo de mediana edad, apergaminado, achacoso, y rebujado en un prosaico chaquetón, temblequeándole las manos como perlático, y metido siempre en su aposento.

Mal cancerbero para tal ninfa.

En misa de Catedral estaba un día la dama, y ojos de enamorado galán, arrimado a la barandilla de caoba que aislaba la nave principal de las otras dos, desde el coro gótico en mal hora destruido al prebisterio, no perdían uno de los estudiados movimientos de la que llamaremos Alice.

Una que otra mirada de inteligencia, una que otra sonrisita disimulada partía del uno al otro hasta que acabada la ceremonia, muy larga, salmodiada e incensada, la dama elegantísima salió con su morillo detrás que la silla le llevaba y tomó el camino de su casa, pero lentamente, como dando lugar a que se le acercara el galán.

Hízolo éste así, afectando suma naturalidad, y del modo que un caballero amigo para hacer compañía a la amiga.

Para dar más color de naturalidad y cortesía al encuentro, cayósele el fino pañuelo de batista a la señora, que el galán se apresuró a recoger.

Una encantadora sonrisa pagó su atención.

Envolvióla en cambio una larga, intensa mirada de él.

—¡Ah! que vous etes aimable! —díjole ella con una risita que sonaba a gloria.

Y entablóse el coloquio en francés, porque han de saber mis lectores que el tal galán era compatriota de madame Nicolás, residente en la Capital desde hacía algún tiempo.

—Mi bella Alice —suspiró el francés galán—, ¡qué interesante estás hoy!

—¡Bah! —hizo ella con un mohín muy gracioso y agitando su abanico.

—Como siempre. Y, —añadió el francés acercándose más al oído de la dama— ¿me amas mucho, mucho, mi Alice?

Sonrióse ella jugando con los cordones de su raya.

El francés se acercó más.

—Me vas a comprometer, hijo mío —dijo al fin con cierto disgusto y mirando con recelo a todas partes—. ¡Retírate!

El galán insistió.

—Necesito saber si... han de tener algún merecimiento para ti mis amantes desvelos, si es que me amas como yo a ti. Necesito que seas franca conmigo de una vez.

—¡Dios mío! —murmuró la dama con cierto rubor—. Eres temerario, amigo mío, y...

Aquí quedó el diálogo, porque una oleada de gente que pasaba los envolvió, momento que el galán aprovechó para apretar los aristocráticos dedos de madame Nicolás presos en su sedeña cárcel.

Sonrióle ésta de inefable manera.

Continuaron hablando en voz muy baja, y con viveza, pero tan disimuladamente, que ella iba arregla que te arregla los pliegues del rechinante gros de la saya y él al descuido cortando con su varita las cabezas diminutas de las florecicas de las yerbas que circundaban los límites de la gran plaza entonces vacía y rústica.

—¡Ah! —dijo de pronto la dama— ¿tu estabas allí?

Había llegado la conversación al período en que se contaba el asesinato del desdichado D. Tomás Ramírez.

Nublóse la frente del francés.

—Sí, yo estaba allí..., en la misma acera, y por ti hacía el plantón, mi dulce Alice. Debiste verme, porque saliste a la ventana.

—Sí, salí, por ver pasar la gente.

—Y entre esa gente ¿a ningún otro, Alice? —preguntó bruscamente el francés.

Miróle con extrañeza la joven.

—¿No había uno —continúo aquel con cierta agitación y no muy firme voz, arreglándose el nudo de la corbata— que te pretendía?

—¿A mí? ¿Estás loco, pobre amigo? —exclamó la dama entornando los ojos, como si algo guardase en el fondo de su alma.

—Sí, a ti, Alice. ¡Oh! —exclamó el francés—. Eres demasiado hermosa para no... admirarte. ¿Pero no es cierto que te pretendía aquél...?

—¿Quién?...

—El Militar que aquella noche...

—¡Ah! ¡pobre D. Tomás! —hizo la dama con adorable compunción.

—Don Tomás, sí Don Tomás Ramírez, el comandante de caballería, —balbuceó viva cuanto agriamente el francés, celoso como un diablo.

La joven se mordió los labios.

—¡Y bien! —dijo de allí a un rato— ¿qué había con eso? ¿No soy libre? Sólo a mi marido debo dar cuenta de mis acciones.

Francesa al fin, pronto asomó la raza.

Es rasgo característico de las adúlteras el esconderse del deber sólo para ser altivas con los amantes.

—No es eso, mi querida Alice, —dijo dominándose el galán—; es que como te amo tanto...

—Chico, buena la harías si te fueras a encelar de todo el mundo —interrumpió la impetuosa dama abriendo y cerrando el abanico violentamente—. Me mira un hombre, le gusto, y ¿va por eso a tener cabida en mi pecho?

—Es verdad, pero D. Tomás no era hombre vulgar; sino muy apuesto, joven, valiente, gran personaje. Cualquiera mujer podría precipitarse de haber hecho su conquista.

—Bien está; y confieso que el pobre D. Tomás era simpático, amigo mío. Pero no obstante, que a las mujeres nos agrada ser admiradas, yo te había entregado ya mi corazón, aunque no lo mereces, —añadió la joven haciendo un gesto encantador y volviendo el rostro.

—¿Verdad que me amas, Alice mía? Dímelo otra vez.

—¡Ah mon Dieu! —dijo ella recordando la impresión que le había causado la tremenda catástrofe, en vez de contestar a su amante ¡qué noche! No me quisiera acordar. ¿Estabas allí, dices?

Al francés le disgustaba el tema.

—Sí, Alice, sí, —contestó en voz apagada.

—¡Cómo cayó el pobre Don Tomás! ¡Qué ruido hizo su sable! ¡Cuánta gente se agolpó en un momento allí! ¿Quién le mataría así tan cobardemente?

El francés mudó de colores.

—¡Bah, qué sé yo! —dijo con turbación—. Algún enemigo. Yo estaba cerca, y nada vi... Lo que reparé fue que miraba mucho a tus ventanas, estando tú en ellas, recalcó el galán despidiendo por sus ojos de gato montés una mirada de odio.

—¿A mis ventanas? ¡ah! ¿Pero estás tú seguro que sería para verme a mí? —preguntó con curiosidad Alice.

—¡Qué sé yo! —contestó secamente el galán—. Miraba, y pronto hubiera yo tenido un rival formidable en él, te lo aseguro, si la casualidad...

La joven bajó la cabeza.

¿Qué pensaba?

Acaso recordó entonces que D. Tomás pasaba por la calle más de lo regular, y que había encontrado sus miradas más de una vez, yendo él por la acera de enfrente, que era gallardo militar, y que seguramente la amaba; y ¿qué mujer no se lisonjea de ser mirada y aún amada aunque se burle de las simpatías que inspira?

Mas de allí en un rato, Alice, en apasionado coloquio con el francés, ya no se acordaba de D. Tomás ni de nadie, pues había bebido en los ojos de su amante todo el veneno del amor, aunque infame, y la embriaguez comenzaba.

Despidiéronse en la esquina de la plaza, ella con miradas llenas de promesas.

Él le ofreció ir al día siguiente por la mañana, pues se vendía por amigo de su esposo, y tomaba el café allí casi diariamente.

—¡Qué contraste el del rendido amador y aquel medio anciano, enfermizo y majadero!

¿Para qué unirá el cielo seres tan completamente opuestos, y sobre todo dando a hombre honrado mujer flaca de virtud?

Monsieur Nicolás no salía de su aposento, pero ni la *madama* iba a hacerle compañía, sino contada vez, cuando de puro aburrido la invitaba a que le leyese o refiriese algo.

El crimen de la calle del Comercio, que había sido comentado en regla por Monsieur Nicolás, no había dejado de impresionarle bastante y sacudir sus nervios y su espíritu.

El hombre se paseaba caviloso, pensando naturalmente en tan misterioso suceso, no precisamente por el hecho, sino por lo del misterio.

Así pasaba su vida en lucha con los achaques, y relegado al olvido conyugal, de modo que cuando algo imprevisto sobrevenía que rompiera lo monótono de su vivir, Monsieur Nicolás se preocupaba algo más de la cuenta, aunque no fuese cosa que le impresionase.

Sí había algo que tanto se le metió por los ojos que al fin tuvo que reparar en ello.

Su mujer estaba más contenta que de costumbre, no un día, una ocasión, sino siempre; gastaba más esmero que de ordinario en su tocado y vestido; salía más a menudo; fatigaba el alféizar de su ventana con frecuencia; y había un no sé qué de resplandeciente como nimbo de felicidad o de gloria en torno de sus facciones que realzaba la hermosura de la bella francesa, sin contar con el brillo intenso, fulgurante de sus rasgados ojos y a par la mirada dejativa, melancólica, de misteriosas profundidades que en ellos pone el alma en alas cuando la solicita amor o el infinito del sentimiento.

Tanta sonrisa se abría en sus labios, y aun en sus ojos brilladores a cada mañana y cada tarde; tan locuaz, ligera y vivaracha andaba, que no pudo menos de decir para sí un día su marido:

—¡Madame es muy feliz!

Y suspiró hondamente, porque se contemplaba entre tanto él achacoso y viejo.

¡Miseria humana! ¡Que siempre haya de medírsenos antes "por la estampa que por el corazón"!

—¡Madame es muy feliz! —repetía Monsieur Nicolás con tono amargo, cada vez que veía a su linda mujer revolotear

como paloma torcaz en el soto fresco y dorado por la luz, en la estrecha sala, leer apenas, hablar con él dos palabras insulsas, entrecortadas, rápidas, y asomarse a la ventana.

El aislamiento del esposo acabó de ser completo; y la curiosidad o el espíritu satánico que hay en el hombre, acechó una vez como al descuido en un repliegue del alma esa asesina felicidad de la joven Alice, y de la dicha pasó a husmear el móvil de ella, y empezó aquel diablillo interior a fruncir el entrecejo y a hacer muecas tales, que el recelo llamó al fin a la puerta del pensamiento de Monsieur Nicolás.

Así indudablemente sucede siempre, no sé por qué fatalidad.

El marido vio entonces que su mujer era demasiado hermosa, que sus ojos eran libro entreabierto el cual dejaba entrever líneas confusas pero que algo elocuentísimo encerraban; y que el resplandor no ya de su frente suave y nacarada sobre la cual el esculpido ébano de sus cabellos servíale de marco adulador, sino de toda ella, irradiaba verdadera luz, extraña, de otras esferas, es verdad, pero no por eso menos significativa.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! —díjose para sí otra vez el buen hombre—. ¡Tiene razón Madame de ser muy feliz!

—¡Feliz! ¿y por qué tanto? —seguía el diálogo interior; mientras que el diablillo aquél, envasado en el alma y oculto tras la cortina, le hacía guiños perversos.

—¿A quién querrá agradar? —pensó por fin Monsieur Nicolás, con lo que el diablillo dio por terminada su misión y dejó que desplegasen alas negras la desconfianza, el dolor y los celos en el alma asaz enferma, acaso tanto como el cuerpo, del francés.

Diose entonces por muerto, y ni la marmota cae en mayor inmovilidad que este marido, para dar campo entero a sus sospechas.

Cuidóse de no lanzar las furtivas escrutadoras miradas que solía tras la luminosa estela que dejaba el cuerpo de la bellísima esposa, y entornó más sus párpados, se envolvió más en su chaquetón, y empezó a dejar asomar en su rostro signos de cierta estupidez precursora de decrepitud; bien que su edad no era para eso.

La mala mujer notó que su marido decrecía, y se alegró.

La imprudencia empezó a tomarla por su cuenta.

Dejado el libro por Alice, iba él a mirar si había entre líneas algo que hubiese puesto allí o allí leído la infiel; examinaba las

plumas del escritorio con que trabajaba él luego, a ver si estaban mojadas de fresco, rasgo de un celoso de estas latitudes, según cuentan; y preguntaba a las huellas de sus pisadas, qué infame secreto guardaría su mujer, salvo error.

¡Triste estado de los celos! ¡Odiosa y fatal inquisición del alma y pensamiento sacados de quicio! ¡Y si es verdad!

Arte supremo ya para Monsieur Nicolás el del espionaje de los celos, al que por grados había llegado, mayor fue el de la disimulación; y un día que Alice se quitó de la ventana para irse al interior de la casa, asomóse rápidamente, y vio un hombre a quien no conocía que acababa de pasar por la acera de enfrente, en lo que nada había de particular.

Expió a Madame Nicolás tras una cortinilla de su aposento para sorprender la huella, la última ráfaga de las impresiones que pudieran dejarle los sentimientos sublevados en su ánimo al paso, al saludo, a la mirada del que fuese objeto de ellos, si existía alguno con tales títulos, y si realmente se proponía descender a la categoría infame de adúltera la esposa honrada.

Monsieur Nicolás, como el cazador que espera que la pieza haga el movimiento que ha de poner su paletilla enfrente del arma que la acecha, esperaba que Alice levantase la cabeza y se retirase de la ventana.

Irguióla ella y vio con espanto el pobre hombre reverberar el nimbo de luz que envolvía su cabeza, aquel algo singular cuanto misterioso, aquel sello espiritual que impreso deja el sentimiento en la torpe materia, aquello, aquello que él adivinaba más bien que veía y no se explicaba; y como Alice, en el espacio de un relámpago volviese un poco hacia el interior de la casa sus ojos, observó perfectamente en ellos el celoso, mayor fuego y electricidad, viéndolos cargados de sueños, melancolías y arrobamientos.

Fuese la joven y él, como un ladrón, se acercó a la ventana; mas nada vio, y reconcentróse en sí mismo con mayor resolución y disimulo.

Hemos dicho que el galán Monsieur X... compatriota de nuestros personajes, visitaba la casa de éstos y allí tomaba el café por las mañanas.

Se vendía, naturalmente, por grande amigo del señor Pilati, y fingía admirablemente, no pasando, en presencia de éste, con la señora, de fríos cumplimientos.

Sin embargo, como el celoso, aunque vea visiones, ve mucho y penetra más; Monsieur Nicolás, no hallando objeto a sus recelos, se fijó en su amigo por ser el que más frecuentaba el trato con ellos, sin motivo, y como por la necesidad de fijarse en alguno, a ver si por acaso sacaba algo en limpio; y cuando ya iba a desistir de su temerario empeño y a justificar a su amigo y aun a su mujer, por creerse bajo el influjo de una pesadilla, llegó una de aquellas mañanitas a notar una mirada que decía algo, muy al descuido lanzada por aquél, y deliciosamente contestada por la joven.

El principio de algo, que es la base de las grandes cosas, inició en la desconfianza de Monsieur Nicolás el proceso de los celos respecto al amigo *de confianza*.

Devorábalos a los dos por bajo de sus gafas, aunque disimuladamente, sosteniendo con ellos largas y animadas conversaciones. Y como quien toma distancias para mejor observar, el taimado francés se retiraba más pronto que de costumbre, pretextando quebrantos, y por la rendija de una puerta, por cualquier parte poníase a escuchar si entre los finos, artificiales y ceremoniosos cumplidos del señor se deslizaba alguna palabrilla, algún acento que estuviesen puestos en el diapasón del apasionado sentimiento. Sus sentidos, como acontece a todo el que desconfía, se habían aguzado.

Este principio de algo le dio el cabo del hilo; y estableció en seguida su plan de ataque.

Así pues, ya no fue marmota; sino que ese mismo día estuvo un tanto alegre, y se chanceó con su mujer; a lo que añadió por vía de apéndice en la mesa un poco de lo añejo haciéndolo tomar a la joven.

En lo adelante, el viejo Monsieur Nicolás continuó el ojeo más activamente y con mayor disimulo.

Pero nada le confirmaba en sus sospechas.

¿Se decidirá a dar por infiel a Alice? ¿Era realmente aquel hombre un seductor?

Los celos vuelven loco, y lo sabía el hijo de la Galia; pero tenía mucha energía y gran dominio sobre sí mismo, y por sí o por no, dormía con un ojo abierto y otro cerrado, y había tomado sus precauciones. Era incapaz de ofender a su mujer; pero acaso no se engañaría él. ¡Quién sabe lo que aconsejan a la juventud y a la hermosura el estado y la reclusión del marido achacoso!

Y ¡qué diantres! los viejos y los que van para viejos tienen cierto derecho a ser celosos como a ser majaderos; y esto justifica un tanto la desconfianza de Monsieur Nicolás, según él pensaba.

Pues, según se ha hecho notar, la imprudencia había empezado su obra por parte de Alice, ésta comenzó a apartar disimulos y el otro siguió la corriente, por la cual, ido el enfadoso cónyuge, se aventuraba bajo bajo a dirigir requiebros a la bellísima dama, que pagaba con usura en sonrisas enmieladas.

Un día, después del café, y ausentado Monsieur Nicolás, que había pretextado fuerte indisposición desde la víspera, para hacerla ahora más rebelde y cruda, un día, el francés galán cogió la mano de la joven y la llevó a sus labios.

Violo el marido.

Y no paró ahí la imprudencia, sino que el francés acercó mucho su cabeza a la de Alice; y aunque de espaldas ella y él al sitio que ocupaba el marido, pudo notar perfectamente la víctima que en la fisonomía del amigo traidor, iluminada suficientemente por la media luz del comedor, había escrito lo que él podía leer con exactitud: ¡amor, ansias, inquietud, esperanza... su deshonra!

Además, la delectación de ella era inequívoca; los rayos de sus ojos, como efluvios se escapaban por sus entornadas pestañas, y divina sonrisa veíase entallada en su semblante, cual el rasgo olímpicamente bello de cincel griego en mármol pentélico.

Si los ojos de ambos hablaban con elocuencia, los labios se movían febrilmente sin sonido alguno ¡pero cómo se movían!

No quedó ya duda a Monsieur Nicolás, aunque tardíamente, de la traición del amigo y de la mujer.

Mordió en su alma un monstruo, y se contuvo por no exhalar un grito de sofocada ira y dolor.

Así las cosas, el burlado marido, que se hacía el sueco, y que vigilaba como un diablo, notó a deshoras una mañana ruido en la escalera, y atisbando vio a Monsieur X.... se disponía a bajar con cautela, salido sabe Dios de dónde; y trastornado por la cólera Monsieur Nicolás corrió a su cuarto, tomó un par de pistolas y se apersonó sin recatarse en lo más alto de la escalera, a tiempo que bajaba el amigo infame.

—¡Traitre! —bramó el hijo de la Galia.

Sonó un tiro violento que estremeció la casa, y cayó rodando hasta el zaguán el malaventurado amante.

Envolvía aún el humo al iracundo Monsieur Nicolás, quien en la penumbra de la entrada de la escalera, dirigiendo todavía su pistola con el brazo extendido y trémula mano hacia abajo, envuelto en su chaquetón, con las gafas sobre la frente y los revueltos cabellos como puntas de lanzas levantándose por encima de la calva, echando llamas por los ojillos parecía la estatua de la venganza.

La esposa asomó entonces toda espantada, en desarreglado traje y sueltas las negras y abundantes crenchas, más hermosa en tal descompostura que con sus ordinarios afeites.

—¡Míralo! —le gritó furioso el francés, enseñándole con el largo índice al herido galán.

Alice se puso las manos en la cabeza y dio un grito indescriptible que no pudo contener, y huyó; mientras maquinalmente su marido amartillaba la otra pistola acaso para hacer más sangriento el drama.

Invadió la gente la casa; y acudió la justicia.

Monsieur Nicolás se encerró en su cuarto como loco, bramando y pateando.

El zaguán era teatro de espantos. Los concurrentes no podían concebir aquello; y los que sabían la amistad que ligaba a Monsieur X... con los dos esposos, se desatinaban.

Este nuevo crimen del Comercio, a dos pasos del sitio de la tragedia anterior, produjo como era natural entonces un desconcierto general.

Los buenos vecinos creyeron que el mundo se iba a acabar con tanta catástrofe, y que habría que concluir por hacer penitencia.

El nuevo incidente después del dramático acontecimiento del asesinato de D. Tomás Ramírez era ya demasiado, pues se habían multiplicado a cual más espantable, dando por finiquito dos muertos, un loco y un escándalo *número uno y medio*.[7]

El desdichado francés había sido herido por bajo de la espalda, y acaso la bala le interesaría las ingles; el caso es que estaba muy mal herido y se quejaba mucho.

Hechas las primeras actuaciones, levantáronlo y puesto en una camilla o silla de manos, le condujeron así por donde antes al infeliz D. Tomás; sólo que en vez de atravesar la plaza al salir

de la calle del Comendador se encaminaron la camilla, el gentío y los corchetes por el extremo de la del Conde hasta la esquina sur de la calle de las Damas, frente a la hoy Gobernación, que era donde vivía Monsieur X...

Mientras tanto desde el ensangrentado zaguán se oían los sollozos ahogados de la adúltera.

IV
ALGO COMO EPÍLOGO

¡A la cárcel todo Cristo!

Éste hubiera sido el parecer de un Alcalde de casa y corte, en virtud de tantísimo escándalo como se había visto en pocos días; pero la señora justicia cortó por lo sano, y cargó de paños solamente con la causante de todas las desgracias habidas.

Los corchetes y alguaciles se apersonaron el día del suceso a la casa de Monsieur Nicolás y notificaron a la *madama* que iban por ella.

—¡A San Andrés![8] —habían dicho secamente los ejecutores de justicia.

—¿Yo a la cárcel? ¡Mon Dieu! —exclamó Alice desesperada y no atreviéndose a dar crédito a cosa igual, que era su deshonra.

Ni valió llantos ni suplicas. Dolíale a su marido semejante castigo, pero se resignó. Eso sí, no quiso oír ruegos de ella para que intercediese ni puso reparos.

La esbelta y hermosa dama desconsolada se echó un traje, mal se arregló los cabellos, dispuso su ajuar de prisionera, y dijo a los fieros ministros de la justicia:

—Estoy pronta, señores.

Su marido la vio entrar en un carruaje escoltada por los alguaciles, y se encogió de hombros filosóficamente.

¡Deshonra por deshonra! Este justiciero fallo de la autoridad se parecía a los de D. Pedro el Cruel, quien condenó al hijo de un zapatero de Sevilla que había vengado a su padre dando muerte a un aristocrático canónigo porque le había dejado huérfano, a no hacer zapatos durante un año, por cuanto el Consejo o Tribunal había condenado al canónigo a no decir misa durante un año.

Y así fue la bella francesa a hacer compañía en San Andrés a las mujeres perdidas y a las acusadas de faltas más o menos graves.

Su desesperación no tuvo límites; aunque no parecía arrepentirse por tener a cargo dos muertes, amén de lo demás.

Ahí la dejaremos para asistir a la agonía de su último amante.

Meses pasaron y el infeliz Monsieur X..., entre atroces dolores, vio acercarse su última hora.

Rodeaban su lecho sus amigos y familia; y confesó y comulgó, dándosele la extrema unción.

Cuando estuvieron cumplidos estos deberes de conciencia, llamó a ella fuertemente el arrepentimiento.

Dirigióse a los que cerca estaban, y en tartajosa y apagada voz les dijo:

—Perdóneme Dios, como creo que ustedes me perdonaréis...

Los circundantes espantados, le miraban con ansiedad.

—Sí, —continuó el enfermo haciéndose violencia a sí mismo, descansando sobre un costado en la orilla de la cama, y dejando caer con desfallecimiento su frente en la palma de la mano— yo soy un criminal, un gran criminal.

Oyéronse exclamaciones sordas y sollozos comprimidos.

Hubo un momento de silencio.

—Nadie sabe, —continuó el arrepentido Monsieur X—... quién mató a Don Tomás Ramírez... ¡pues fui yo! ¡sabedlo!

Silencio aterrador.

La respiración del enfermo se oía agitada, y su pecho subía y bajaba como la marea.

—Yo maté a Don Tomás Ramírez —siguió—, porque... estaba celoso de él... y me robaba el amor de.... esa mujer. Yo la amaba mucho; él la iba a rendir... porque después sospeché que era ligera y veleidosa... En fin, ¡Dios mío! —gritó el enfermo—, ¡no puedo más, me ahogo!

Y se tendió boca arriba cerrando los ojos.

Aplicáronle sales, y volvió en sí.

Cuantos le escuchaban, fríos y trémulos, hasta dudaban si sería delirio del enfermo tan horrenda revelación; mas de allí a poco, tomó su anterior posición, y llamó al amigo de más confianza.

—Querido, —le dijo— voy a morir, y el tiempo pasa. Yo necesito para poder cerrar los ojos tranquilo... que me perdonen.

Momento de pausa.

—Quiero —continuó el herido— que te presentes ahora mismo en casa de... la viuda, de la viuda de Don Tomás, y....

El enfermo tomó alientos.

—Y que le ruegues de mi parte a esa señora que me perdone... por el crimen que cometí. ¡Pronto, pronto!

Y una contracción dolorosa desfiguró su fisonomía, cerrando los ojos y volviéndose hacia la pared.

Miráronse estupefactos los circunstantes.

El encargado de la ardua comisión, mohino y confuso, no vaciló mucho rato, y salió a toda prisa.

Transcurrieron largas horas.

La impaciencia devoraba a los presentes; porque Monsieur X... abría los ojos con desesperación, miraba hacia la puerta, mirábalos a todos, y esforzándose por hablar, no podía sino balbucir algunas sílabas.

Por fin llegó el mensajero.

La emoción que sobrecogía a todos es indecible.

—¡Aquí está! ¡aquí está! —exclamó la familia.

Ansioso y cual movido por un resorte el enfermo se volvió con trabajo y sus desencajados ojos se fijaron en el recién venido, pareciendo interrogarle.

—¡Que te perdona! como buena cristiana que es, —dijo el mensajero.

Oyósele al herido un largo suspiro y un como ronquido que debió significar "¡gracias!"

Poco después agonizaba.

.....

¿Querrán creer mis lectores que Monsieur y Madame Nicolás volvieron a vivir en buena armonía?

Si la tradición no miente, así fue, y es punto que ha sido objeto de no pocas investigaciones.

Al cabo de un tiempo más o menos largo, tuvieron a bien soltar a la liviana hija de las Galias, y parece que achacoso y enfermo su marido no quiso dejar de tenerla junto a sí, ni promover otro escándalo, repudiándola como ella se merecía.

Dicen que ella tenía una hija casada con un señor Pilat o Pilati, y que al retirarse del país estos cónyuges, fuese con ellos a su patria.

En cuanto a Monsieur Nicolás, murió al poco tiempo.

Posteriores noticias aseveran que D. Tomás Ramírez era hombre acomodado, y que en su propia casa los amigos le aconsejaban acerca de sus veleidades con la bella francesa, por

lo que parece que eran ciertos los toros, y había de por medio su cosilla, cuando ciego por los celos y viendo escapársele de las manos la presa, el endiablado Monsieur X... (que dicen era de acre genio y no muy buenas maneras) vengó en él a Ferrand y a la rota de Palo Hincado.

El dicho favorito del malaventurado comandante de caballería, cuando le observaban sus amoríos, era:

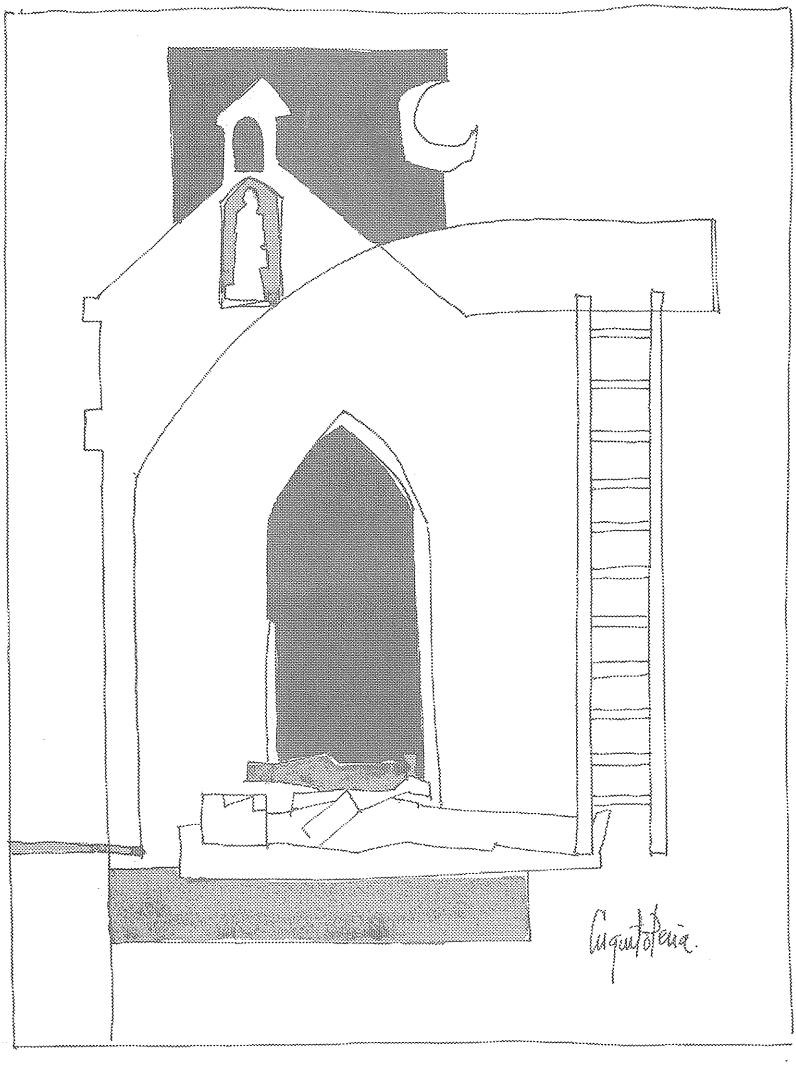
—A torres tan altas no se puede llegar.

Con esto quería significar que la maledicencia no se atrevería a él por su alta posición social o lo que fuere. Pero los que veían las cosas que pasaban, entre ellos un viejo que yo me sé, murmuraban:

—¡Díganmelo a mí que lo estoy mirando!

—¡Loca pretensión! ¡Y cayó como una torre!

Mayo de 1891.



El santo y la colmena.

EL SANTO Y LA COLMENA

Episodio

El caso fue curioso, *de primera*.

Tomaron pie de ahí los pacíficos ciudadanos para deducir castigos providenciales y vaticinar en contra de la usurpación del territorio de la antigua Española por las engreídas huestes del afortunado sucesor del que auxilió a Bolívar.

Se había cometido una profanación, y el cielo había fulminado los rayos de su ira sobre el osado perpetrador de tamaño sacrilegio.

Así lo aseguraban, juraban y *perjuraban* los habitantes de la ciudad capital de la Primada, y los comentarios llovían en los corrillos que era un contento.

Veían en aquel suceso una señal cierta de que el patriotismo humillado de los altivos y valientes quisqueyanos podía lisonjearse; a saber: que así como el santo de piedra aquel indignado se había lanzado de su nicho haciéndose añicos, para dar muerte al salvaje perpetrador de semejante atentado, del mismo modo se resolvería el país contra sus extraños dominadores y se harían pedazos muchos, quedando incólume el principio de la libertad y la autonomía del pueblo dominicano.

En fin, que todo era mirar aquello, considerar, santiguarse y vaticinar la multitud reunida la mañana de aquel día en el atrio de la esbelta y preciosa capilla de Regina Angelorum.

Año funesto el 22, había visto del vetusto régimen colonial surgir en una noche, la del primero de diciembre, una nacionalidad, el flamante Estado libre de *Haití español* que había sido a la voz de un hombre ilustre, pero en mal hora inspirado, y a los sesenta días justos, desaparecer bajo los cascos de los caballos de Occidente, para dar lugar a una grande hegemonía de esclavos, que se extendía del cabo Tiburón a punta Engaño.

Núñez de Cáceres, por su ligereza o por el despecho de no haber alcanzado una gracia que pedía, según versiones, nos entregó maniatados al absorbente vecino, el cual ha sido siempre calamidad y pesadilla que no sabemos cuándo querrá Dios, o el tiempo, o el progreso, o el machete quitárnosla de encima.

Pues así como se engulle un buñuelo, nos sorbieron, sólo que del 44 para bajo se les atrangantó la espina; pero cuanto a Núñez de Cáceres, no tiene justificación, y eso se dirá en otro lugar cuan largamente se contiene.

Adueñado Jean Pierre Boyer, Presidente de Haití *uno e indivisible*[1] del territorio de la inmaculada Española, sus tropas ocuparon algunas iglesias como fueron por ejemplo las del ex convento dominico y Regina Angelorum; mientras las familias azoradas se disponían a emigrar, y cerraba sus gloriosas puertas la imperial y pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino que granjeó a Quisqueya el título de Atenas del Nuevo Mundo; el cual ha pasado, con el cetro de la primacía del saber, a la espiritual ciudad norteamericana.

La capilla de Regina Angelorum es uno de los más famosos y mejor construidos templos de la *Ciudad Antigua*, y da frente a la calle del mismo nombre, hacia el Norte.

Su construcción, a juzgar por su estilo, data del siglo XVII: no obedece a ningún orden.

La fachada es sencilla sin tener nada que admirar en ella. Dividida en dos cuerpos, abajo se abren tres arcos romanos, y en el del medio, la puerta: arriba dos ventanas, a los lados, casi encima de cada ventana, una cabeza de santo, y el cetro ocúpanlo dos pequeños estribos entre los cuales hay un nicho con dos columnitas talladas en relieve que sostienen un frontis y sobre el frontis un medio óvalo. En la base de éste se destaca un busto

de mujer coronado de laurel, encima un águila con las alas desplegadas; y a un lado y otro del busto hay más esculturas. En lo alto una cruz, a un lado y otro dos ángeles y a la derecha el campanario.

El interior es claro, bien ventilado y de agradable aspecto. Tiene imágenes no malas venidas de México y el Perú en el siglo pasado, y una Santa Lucía, costeada por los primeros africanos llegados a este suelo.

Allí están depositados los restos del Libertador-marqués y del noble prócer PEDRO ALEJANDRINO PINA, aquél vaciado en molde antiguo.

Hacia el Oeste se prolonga un edificio vastísimo provisto de ventanas y coronado de un repecho, el cual edificio constituía el convento de monjas de Regina. Tiene espaciosos salones y patios, y se comunica con el templo. Las monjas abandonaron esos edificios cuando la cesión de la isla, y en 1818 las señoras Doña Francisca Perpiñán y Doña Clara González de Hernández los repararon.

Pero lo que falta en la fachada de la iglesia para completar su adorno, y en que acaso poquísimos se hayan fijado, es un santo de piedra que estuvo en el mencionado nicho hasta 1822, imagen que por extraño modo vino a sufrir la misma suerte que el águila de piedra que estaba sobre la puerta de San Pedro, en la Catedral, que el escudo de armas del Adelantado D. Rodrigo de Bastidas sobre la capilla del *Obispo de piedra*, el de Ruiz Fernández de Fuenmayor, sobre la capilla de las ánimas, los de Dávila, Landeche, Oviedo y otros que estaban en casas particulares, y por último, que las armas reales que adornaban la puerta de la Fuerza, Cuartel de Milicias, Matadero y otros sitios.

La salvaje cruzada contra lo que representaba nuestros claros orígenes e ilustre abolengo, no perdonó símbolo ninguno; y milagro fue que escaparan los tantos grandiosos monumentos que hacen de la ciudad toda de Santo Domingo un monumento y el primero de América, por haber sido la primera ciudad fundada en ella.

Oían siempre los militares que ocupaban a Regina un rumor sordo que no sabían a qué atribuir, y el mejor día vieron revolotear unas abejas pues ¿dónde cree el pío lector? detrás del santo *en persona* que estaba presidiendo en la fachada de la iglesia.

¡Vaya unas abejas antojadizas!

Ocultáronse allí los laboriosos animalucos y labraron calladitos su panal, seguros de gozar de inmunidad a la sombra de la venerable efigie.

No contaron con la gula de los hijos del Massacre.

Vistas las abejas por unos cuantos de ellos se les volvió la boca agua; mas contentándose con mirarlas un día y otro día, sin saber cómo andaría ese panal ni cómo pillarle a esa altura y detrás del santo que parecía proteger a las artífices de él, con su aspecto grave y beatífico.

Seguramente "no estaban maduras".

Pero como el diablo sugiere siempre medios al que se deja tentar, hubo un *mañé* más emprendedor u osado que los otros, que no se conformase con estarse mirando embobado las abejitas desde la mañana hasta la noche, como un pastor de bucólicas, y ofreció por los manes de Dessalines y Biassou, coger la colmena o perecer.

Celebráronle la resolución, heroica por cierto, los compañeros, y esperaron a la siguiente mañana.

Había que vencer la altura, poner profana y sacrílega mano sobre el santo de piedra violando su dominio secular y registrarle atrevidamente las espaldas para ver dónde se ocultaban las buenas abejillas y hurtarles su codiciado fruto.

Ni siquiera pararía mientes el tuno en aquello de

Por catar una colmena
cierto goloso ladrón
del venenoso aguijón
tuvo que sufrir la pena.
La miel (dice) está muy buena:
es un bocado exquisito;
por el aguijón maldito
no volveré a colmenar.
¡Lo que tiene el encontrar
la pena tras el delito!

Pero él quiso probar fortuna a todo trance, sin cuidarse de la pena amarga con tal de saborearse el dulce delito, que es

precisamente en lo que neciamente, y aun abdicando la razón, incurrimos todos los días.

Armóse con una escalerita, y se dispuso a escalar el segundo cuerpo de la simplota fachada.

Debajo se agruparon los *compagnons* curiosos por ver cómo saldría con la suya el "goloso ladrón", y alguno que otro transeúnte se quedó parado a mirar qué diablo de empresa era aquélla que entre manos traían los mañeses de Regina.

El castrador de la colmena trepó por su escalera sin ninguna dificultad y se agarró a la cornisa del primer cuerpo, bregando por afirmar allí los pies, y buscando inútilmente asidero.

Sudó y se afanó en vano.

Los otros le armaron una algazara infernal.

Reanimado por la gritería, el goloso descastrador redobló esfuerzos, y llegó a asomar medio cuerpo sobre el nicho de la imagen, extendiendo la mano a ver si podía alcanzar el oculto tesoro que se empeñaba en defender y encubrir el testarudo santo de piedra.

No había medio de llegar a la colmena.

Nueva algazara de los de abajo.

Por fin, aburrido y desesperado, y anda mais, probando ya la pena sin consumar el delito, pues las alarmadas moradoras del nicho revueltas empezaban a zumbar roncas y amenazantes en torno del ladrón, echó el resto, jugó el todo por el todo y con fuerza empuñó el ropaje del santo, que no pestañó siquiera.

Creyó el insensato que la pesantez de la imagen o las raíces que había echado en su secular asiento serían parte a prestarle un apoyo suficiente para invadir el nicho y reducir a las iracundas abejas a su última trinchera; y así fue que no se cuidó primero de pensar en leyes de equilibrio ni nada de eso, sino que resueltamente se encaramó al nicho y dio un apretado y místico abrazo al impasible santo de piedra.

¡Noramala!

El santo de piedra (y es fama que lo vieron demudarse y echar chispas por los apagados ojos) se indignó tanto de verse así sobado y profanado por un salvaje invasor hereje, que, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se arrojó de lo alto del nicho a la calle, llevándose en su tremebunda caída al infeliz haitiano.

Viéronle venir los de abajo y se desbandaron.

La irritada efigie cayó en la calzada del atrio y se hizo pedazos, y bajo su peso aplastó al sacrílego y osado profanador de abejas santas y santas imágenes.

Se oyó angustiado gemido, y un río de sangre brotó entre los despedazados miembros del santo de piedra.

La muchedumbre se agolpó allí estupefacta.

Es imposible pintar los gestos trágicos y las cómicas morisquetas y voces lamentables de las comadres.

—¿Lo ve Ud.? ¡castigo de Dios! ¡Jesús, Ave María Purísima! ¡Profanar esos bárbaros las iglesias, y después poner la mano en los santos!...

—¡Buenísimo! —juraba una energúmena, haciendo bailar en el aire unos dedos flacuchos con uñas como bayonetas.

Los del sexo varón se compungían y encogían de hombros; y todos admitían que aquello tenía que resultar infaliblemente; porque Dios no podía mirar con ojo quieto que le ocupasen así no más sus casas, y de *ñapa* que le sobasen sus santos, aunque estuviesen encaramados en las nubes.

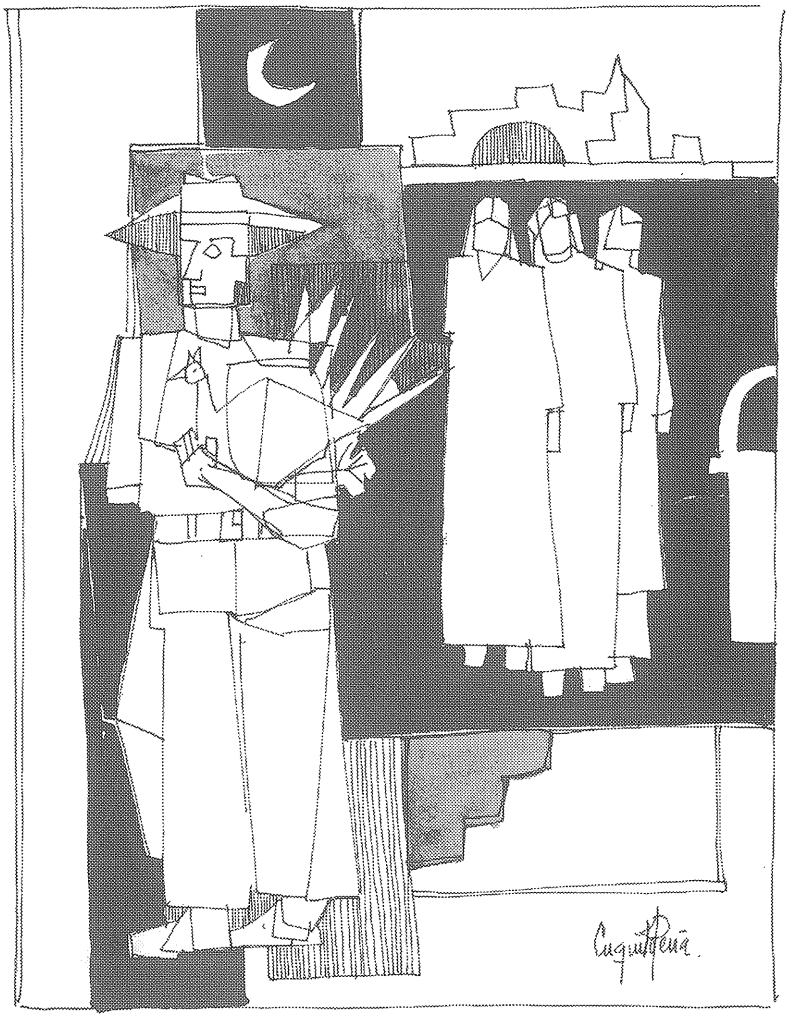
De ahí, como dijimos, se extendió la consideración hasta juzgar y creer que aquella usurpación inicua de nuestro territorio tenía también que acabar mal, exactamente como el ladrón de la colmena y el santo de piedra.

El nicho en que estuvo éste, se ve hoy vacío.

Muchos como yo, se habrán preguntado acaso más de una vez, por qué está ese nicho vacío.

Ahí ha quedado como señal de aquella nefasta época.

Abril de 1891.



Las vírgenes de Galindo.

LAS VÍRGENES DE GALINDO

Tradición

I
PRELUDIOS

Por el portal, ancho, bien barrido, provisto de escaños, iluminado con un farol de vela de cera, y por el balcón y las altas ventanas de la casa salían raudales de luz, y poblaban el aire rumores gratos de conversación chispeante y ruidosa. Entraba y salía mucha gente de todas condiciones, y una que otra volanta se detenía a la puerta.

La casa, tan señalada, era la de una señora empingorotada de entonces, solterona rica y amable en extremo.

Llamábase Doña Jacinta Cabral.

El barrio de las Mercedes en donde quedaba la casa, estaba acostumbrado a verla por Navidad vestirse de fiesta; y así como en las más de la ciudad, ponerse en ella nacimiento[1].

Época: la luctuosa dominación haitiana.

Doña Jacinta era vástago de buena familia. Blanca, gruesa, alta, y aunque algo entrada en edad, quedábanle buenas señales de que había sido real moza. Señora de costumbres a la antigua, misa diaria, rezo al alba, trisagio, novena y tercios y ayuno en

cuaresma además de las vigilias; era su trato ameno, y de genio alegre.

Vestía como ama de casa al fin, modesto traje de muselina y pañolón morado de rico madrás en la cabeza.

Su casa era el *rendez-vous* de la buena sociedad, y todas las prima-noches allí se charlaba en regla, se jugaba a la brisca y al burro, se ponían *juegos de prendas*, se discurría todo género de pasatiempos, se gastaban buenos refrescos, enredábanse aventuras amorosas, se conspiraba, llovían las finezas, y el gracejo y el salero se derrochaban allí como en la tierra de María Santísima.

La espiritual y bonachona juventud de la época tenía allí su centro, bien como lo más selecto de la sociedad.

Doña Jacinta descollaba porque iba y venía de un grupo al otro, animándolos a todos con sonrisas sacadas de sus más finos estuches y dando pareceres, que ya sobre un traje, o un tocado acerca del estado del país y el desear con acompañamiento de bien condimentadas maldiciones que cargara el diablo con los *mañeses*, cuando acerca del buen gusto en el arreglo de una cuadrilla o de su nacimiento fastuoso, *et sic de coeteris*.

Su morada era de gente principal, y había por tanto finos *tures*, canapés de crin y banana y mesas de caoba de onduladas y torneadas patas con respaldo, especie de veladores y llenas de vajilla de porcelana de la China. Por los tarritos de barro con adornos de varias pinturas o bien dorados y los vasazos de cristal se desbordaban ramos de azahares, rosas de Castilla, albahaca de clavo, cortesanos muy en favor entonces, pues aun no habían hecho irrupción los exóticos y artificiosos productos de la jardinería francesa y norteamericana. Transparentes guardabrisas, lujo entonces, con sus velas de cera perfumando el ambiente y alguna bomba de cristal para la esperma privilegiada y de colores colgada de las desnudas y formidables vigas de caoba, esterillas restallantes de Mompox por los suelos, y aire de bienestar por todas partes.

Entonces vivía uno a sus anchas en esta bendita tierra en que no se conocían pobres.

Todo el lujo de la época, que no era ostentador ni insolente, se echaba allí.

Las mujeres lucían sus talles altos, escotado corpiño y estrecha falda, no faltando una que otra *poyera* de rica sarga muy

ribeteada y adornada con breteles de oro, y al aire la delgadísima camisa de olán batista que recubría o el pañolón de seda o el de hilo de profusos bordados que se echaba por los hombros y cuyas puntas se cruzaban por delante en la cintura. Mucho anillo en todos los dedos, mucho topacio y más esmeraldas y granates a los cuales tomaba por pretexto el oro para andar cuajado en constelaciones de enormes zarcillos, de alfilerones que podían confundirse con algún insecto raro, y en collares y cadenas.

¡Vamos! ¿y el sexo feo? ¡Su vestimenta que ver! Estrechos pantalones de casimir y casacas largas y puntiagudas, de altísimo talle y escasa tela por delante y ridícula si *Dios manda*[2], con cuello de pana amparando las orejas íbanse riendo unas de otras; y esto, por más que el chaleco ombliguero y cuadrado, sobre el cual descansaba la gruesa cadena de oro del reloj, pugnaba por guardar cierta gravedad y parecía decir a las piezas sus vecinas: "¡quietos, señores!" Arriba, la camisa de lino de cuello levantado más alto que la barbilla y como un istmo que la unía al pantalón, el ampuloso, revuelto y rumboso gregorillo entre cuyos botonazos cuyos vuelos relucían como ojo de gato en la oscuridad, varios de oro como soles o algunas esmeraldas. La corbata, ancha, de olán batista, bien podía servir de pañales para un caso ocurrente; y elegantes botas crujían por dentro del pantalón, o si no eran los zapatos bajos de becerro en íntimo coloquio con medias negras de seda; y no se quedaban en zaga los pañuelos de batista bordados que aguantaban el ímpetu de las descargas de las narices atarugadas de rapé, muy bueno es verdad, como de la tierra.

Dejemos a los tertulianos holgarse y divertirse, y dirijámonos a aquel ángulo del corredor, junto a la galería, en que, no por estar en una dulce penumbra y alejada de las demás mujeres, brilla y luce menos una doncella apuesta y delicada, como recién abierta campanilla silvestre húmeda de rocío y con el encanto seductor que acaban de dejarle impresos los misteriosos arrobos del alba.

Conversa animadamente con la Cabral.

¡Cuánta gracia derramada por toda ella! ¡Qué tersa frente, y mejillas en que exprimió jugo grana aduladora! Qué ojos que mandan rayos aunque sin saberlo, que tan tímidamente quieren esconderse siempre bajo las franjas de pestañas, luceros que no quieren alumbrar metidos tras brumas ligeras y brillan

sin querer al través de ellas. Así diremos que irradiaban luz esos ojos tras los párpados y pestañas: teníalos pardos.

Muy blanca, redondeado el óvalo de su rostro, de fisonomía insinuante, fresca y simpática, de estatura suficiente a darle esbeltez y elegancia, ni gruesa ni delgada, esto es, envuelta en carnes, llena, eso sí, de garbo y gracia.

En la cabecita de ángel, fina hebra voladora color castaño oscuro forma rizos juguetones; y talle, que en modelarlo gastó sus artes y primores naturaleza: lo cogió, lo contorneó y puso al fin en vez de talle recto y escultural, talle de flor de Mayo volcada.

Rodéanla dos niñitas de siete años, sus hermanitas, que van levantándose ricas en gallarda hermosura, como la mayor. La primera se llama Águeda, y los dos angelitos Ana y Marcela, las tres vírgenes que por su martirio han sido llamadas *Las Vírgenes de Galindo*.

Envolvían el cuerpo de Águeda, hecho a cincel, ropas modestísimas de muselina, el talle por las espaldas, escatimado corpiño montado sobre los faldones, que ponía en descubierto el arqueado pecho, escorzado de pronunciado modo el nacimiento de las gracias de éste. La manga corta, de dos dedos, dejaba que los torneados brazos anduviesen como Dios los hizo y se enseñasen por sí mismos provocadores y sonrosados en actitud plástica y con movimientos artísticos, así, naturalmente. Cintas anchas contorneaban los bordes del corpiño, y un sencillo cinturón se abrazaba amorosamente a la cintura más que si fuese el mismísimo ceñidor de Venus. No necesitaba su torneado cuello que viniese a besarlo el collar de engarzados y anchos granates que lo estaba ciñendo, y por fin, para remate de adorno simplote y gracioso, el cabello echado de atrás para adelante y hecho un cilindro sobre la frente, y cual sultana en su diván, regia peineta de las pequeñas llamadas *a la bombée* asomando detrás.* Coronando los cabellos, ramos de flores naturales, todo un jardín. Oro en los más de los dedos, zarcillos macizos en las orejas, y esmeraldas en alguna parte. Y en pie, ¡válgate Dios! remonísimo y pequeñuelo con medias blancas caladas y calzando con zapatitos de raso blanco, bajos, que no había más que ver. Un inmenso abanico completaba el traje.

Nuevos tertulianos iban reemplazando a los que cansados se retiraban.

Iban aproximándose las nueve, es decir la hora en que según la patriarcal usanza debía disolverse la reunión.

Doña Jacinta, mujer de genio alegre y divertido, propuso una cuadrilla. Y como que no había entonces el recurso del piano, pues no se conocía, la clásica arpa, el violín y la flauta salieron hablando con harto sonora elocuencia; y en efecto, forman una música expresiva y delicada.

La cuadrilla se armó, y empezó con la agilidad, compás de pies y garbo propios de aquellos liones y aquellas damiselas, que eran tremendos *cuadrilleros*, y si no, que lo digan los que aun conservan las tradiciones de los bailes de antaño.

Gusto daba ver aquellas niñas, con sus ceñidos trajes y descubierta redonda pantorrilla tejida de cintillas de colores sobre la calada media, y el zapatito de seda sencillo y sin copete ultramarino ni nada de eso, cómo giraban doblando cual junco tierno su tornátil busto, y movían al aire los blandos y marmóreos brazos, encendida la faz amorosísima y cándida en el ardor, la fatiga y las emociones vivas del placentero ejercicio.

Creo, y así debió ser, que al Águeda descollaba por su resplandeciente hermosura que cuantos vieron celebran todavía con admiración, y quizás por su esbeltez.

Terminada la cuadrilla, que allí era cosa corriente y moliente las más de las primas-noches, se sirvió un chocolate o una sangría[3]; y el que tuvo a quien arrimarse, se arrimó.

Un joven, que hasta allí había estado en acecho de ocasiones, se acercó a Águeda y entre los dos se entabló un diálogo, más de miradas tiernas, de dulces sonrisas y otros mimos, que como los diálogos de esta laya.

—Aguedita, hermosa mía, al fin creí no poderte hablar esta noche ni jota.

—¿Por qué?

—Porque no te dejaba tu amiga Da. Jacinta. ¡Diantre de mujer! que cuando empieza a soltar la taravilla, no hay como aguantarla...

—Rafael, no seas maldiciente —dijo Águeda sonriendo tras de su enorme abanico.

—Muchas gracias. ¿Y tu papá? —preguntó el joven cambiando de tono.

—¿Él? No se da por entendido de nuestros amores; y si se da, no los mira con malos ojos. ¿No somos parientes?

—¡Bueno! vida mía, —prorrumpió el joven cogiendo al descuido y con efusión oprimiendo dulcemente una mano de la agreste hermosura— entonces quiere decir...

—Que podemos querernos sin recelo, —balbuceó Águeda trémulo el timbre de su voz, por vergüenza de haber dicho demasiado.

—Repítemelo otra vez, Águeda mía.

Ésta miró a su amante con los ojos entornados y húmedos y de un modo furtivo, y bajó luego la frente en que había reverberaciones de soles y reflejos de incendio, poniéndose a jugar con los pliegues de su vestido.

—Sabes que estás lindísima, lindísima esta noche, Águeda —susurraba a su oído el joven.

Se miraron entonces mucho, se sonrieron mucho, y el diálogo quedó allí cortado sin remedio; porque en amor, si es amor que valga un pito, más son, como dijimos, los suspiros y otras señales del lenguaje mudo que las frases incoherentes y entrecortadas.

Doña Jacinta despedía en ese momento, al *tan* de las fatídicas nueve[4] (toque de ánimas) a sus tertulianos, y las dos hermanitas de Águeda, las dos mariposas aquellas, que tal parecían con sus cuerpecitos y vestes blancas, vinieron escoltando a Da. Jacinta hasta donde se hallaba Águeda, cuyo amante se había eclipsado.

—Vamos, muchachas, —decía Da. Jacinta a las tres jóvenes— a casa, que no quiero que su papá diga que después de las nueve están ustedes fuera, ¿eh?

Y echaba al decir esto, mantones de seda maravillosa y chales y más chales de lana picantes y pesados sobre los mórbidos hombros de Águeda, arropando hasta sofocarla a las dos chiquitinas.

Despidiéronse, besáronse vieja y jóvenes y bajaron las escaleras acompañadas de una persona de confianza.

II
LA FAMILIA

—No seas temerario, Andrés, no seas temerario. ¡Jesús Ave María Purísima con el hombre!

El llamado Andrés se encogía de hombros como resignado a que cayese sobre él todo el chaparrón que estaba prevenido

siempre que se presentase ante aquellas venerables matronas, sus parientes.

—Las niñas están bien aquí, déjalas aquí —saltaba la segunda de las dos señoras, que estaba dormitando en una butaca de cuero.

—Ya es tiempo de que vengan en mi compañía, perientita, —dijo al fin el Andrés con mucha calma y un medio meloso tono.

—¿Para qué? ¡Para meterlas en ese monte! ¿Adónde se te ha ido el juicio, Andrés de mis culpas? —repuso la primera interlocutora, a quien llamaremos Candelaria, avanzando hacia aquél y moviendo las manos a guisa de aspas de molino, en las cuales manos iban caballeras unas larguísimas y afiladas uñas que amagaban los ojos del interpelado—. Sí, ¿adónde se te ha ido el juicio, hombre de Dios?

—Pero...

—Pues no señor y no señor —chilló la Candelaria—. Aquí han vivido ellas con nosotras mucho tiempo y en nuestra pobre escuelita le hemos dado la instrucción que hemos podido, porque siempre salías con que no tenías para educarlas como dos señoritas de *ringorango*[5].

—¡Como que es tan cicatero! —rompía la segunda, la durmiente-despierta de la butaca.

A este metrallazo D. Andrés agazapaba la cabeza, haciendo una mueca, pues el argumento no tenía réplica, si era la pura verdad.

—Aquí han vivido, aquí se han educado, —continuaba Candelaria empuñando la costura que había dejado sobre el poyo de una ventana, dando dos o tres largas, disparatadas y nerviosas puntadas, y caminando de nuevo sobre Andrés, como plaza que importaba asediar y rendir—, pues aquí deben quedarse.

—Arregla las cosas a tu acomodo, hija, eso es, —replicó D. Andrés con tono socarrón y vocecita atiplada.

—Mira, Andrés, —díjole Candelaria soltando otra vez la costura, y mirándole de reojo al través de los opacos vidrios de sus gafas— ¡tengamos la fiesta en paz! Por tu bien y el de esas niñas de mis ojos que queremos como hijas, te decimos y aun encarecidamente te suplicamos que dejes a las muchachas, y no seas mal agradecido, que de mal agradecidos está el infierno lleno. Niñas son y maldita la cara buena que tiene el monte para doncellas tan bonitas como es Aguedita, sin contar con los

riesgos que puede haber allí para ellas. ¡Díganme! ¡en aquella soledad! ¡pobres! ¿Con quién las dejarás cuando vengas a tus diligencias?...

—Y andes en tus malos pasos, —gruñó la de la butaca dando una cabezada.

D. Andrés, espantado, dio un respingo en su silla de palo y miró a la que así le motejaba un si es no amoscado.

—¡Bueno! —continuó Candelaria, sin fijarse en los incidentes cómico-satíricos que promovía a cada paso su hermana—. Advierte, Andrés, que *quien a solas se aconseja, a solas se remesa*. Esto es para pensarse, Andrés. No lleves esas niñas allá.

—¡Qué sabes tú, mujer! —saltó el D. Andrés enfadado más por los porrazos de la dormilona que por la polémica que tenía la otra entablada—. ¡Déjame a mí, que yo sé lo que me hago!

—¡Si, sé lo que hago, sé lo que hago! —remedó Candelaria haciendo gestos burlones—. Pues yo sé más lo que me digo. ¿Qué te parece, fulana? —añadió dirigiéndose a la otra.

Ésta respondió con un ronquido en si bemol a dúo con una gran cabezada.

—Yo quiero mucho a mis hijas, parientita, y naturalmente deseo tenerlas a mi lado. Tú sabes que soy hombre solo, y que aquella muda y su hijo mi esclavo Goyo no me pueden servir de gran cosa. ¡Vamos! que las niñas deben ir a atender a su casa. Falta la madre, y se acabó...

Y D. Andrés se levantó para evitar réplicas y largarse.

—Ven acá, Andrés; y reflexiona, hijo, reflexiona, —le decía la buena señora con un tono sosegado y grave—. Que las niñas son hoy las amas de casa, es decir, Águeda, que las otras dos... bien está: que te hacen falta, bueno; y pata. Pero ¿por qué no te vienes a vivir aquí, encomendando tu finca a un mayordomo? No, tú mismo la manejas, porque está ahí cerquita; pero el asunto es no verte obligado a vivir en aquella soledad con esas pobres niñas, exponiéndolas en cuanto das la espalda. Tus recursos te lo permiten y...

—Andrés es muy cicatero, no te canses, Candelaria, —reventó la de la butaca dando un formidable bostezo.

El aludido se mordió los labios y echó chispas por los ojos.

—No seas tonta, mujer, —díjole ásperamente Candelaria—. El asunto es que Andrés piense que ha de ser buen padre para sus hijas...

—Y qué, ¿soy mal padre, chica?

—No, no quiero decir sino tú debes comprender que... esas niñas... en esa soledad de Galindo...

La pobre mujer estaba fatigada y descorazonada ante la terquedad de su pariente, y barruntaba que todo cuanto se hiciera sería inútil, que se las llevaría a la condenada finca, y arriaba la bandera.

Acaso habrían sido más convincentes las brutalidades, merecidas, de la durmiente-despierta.

—Pues me las llevo, Candelaria; y no hay más que hablar.

—Dios quiera que no te arrepientas, Andrés; que luego *lo que hace el loco a la derrería el sabio a la primería*...

—¡Hombre! me tienes tú con tus refranes...

—Déjalo, Candelaria, —dijo la otra—, deja a ese demonio.

Por dicha para él, D. Andrés Andújar, padre de las tres niñas Águeda, Ana y Marcela, había salido ya y no oyó el piropo.

Esto pasaba en una casa terrera de la calle de Regina que hace ángulo con el callejón de la Cruz, de alta acera como hay muchas todavía, y que habitaba la familia Acevedo, de quien era pariente el D. Andrés Andújar, o de su mujer Doña Manuela de Lara, madre de las niñas, ambos naturales del encantador y salubérrimo Baní.

Tenían aquellas señoras en su casa una escuela de párvulos en que cursaron las tres niñas Andújar primeras letras; y en aquella bendita casa, conforme le había dicho la Candelaria, había transcurrido la infancia de Águeda, Ana y Marcela. En cuanto a D. Andrés era así como se ha oído: durillo para gastar, pretextó siempre que nada tenía, y que no podía dar educación más esmerada a sus hijas, sino aquella que pobremente alcanzaban a proporcionarles las señoras Acevedo, sus madrinas.

Lo de llevárselas para su *estancia* de Galindo, ocurría sin duda cuando estuvo formada la mayor de las tres, Águeda; y en el momento en que las presentamos, estaban de visita en casa de las mismas señoras Acevedo, pues los domingos y días feriados venían a pasarlos allí, excepto una, que según cuentan, quedaba acompañando a su padre.

Y allí vieron algunos que aun viven y dan testimonio de que Águeda era extremadamente bella[6].

D. Andrés Andújar vivía pues en su *estancia* con las tres hijas, huérfanas de madre, y sólo tenían por compañera a una esclava

sordo-muda que las había criado, según dicen, la cual tenía un hijo, también siervo de la casa, llamado Gregorio o Goyo y con el apellido de la familia**.

Sus diligencias le traían a la ciudad continuamente, y tenía que dejar solas a las pobres niñas en aquel desierto; pues la *estancia* quedaba enclavada en el corazón del bosque, a la derecha del camino que principia cerca de la orilla del Ozama, pasado el último fuerte y ángulo de la muralla por ese lado, y que conduce al llamado *Alto de Galindo***, lugar en que se tiran palomas en los meses del *hicaco*[7].

Y acaso más que sus diligencias, el fatal vicio le dominaba. Así en que días y más días y aun noches lóbregas pasaba la familia de D. Andrés Andújar aislada en medio de la selva: mientras él *tiraba de la oreja al burro*[8] en indignos garitos de la ciudad, o echaba una fortuna a las patas de un gallo en las *galleras*[9].

De aquí que la desazón y el disgusto de las personas que tenían afecto a las niñas Andújar fuese grande y en aumento.

Llegó en esto el trascendental suceso histórico de la independencia de la colonia de la Metrópoli, que en 1° de diciembre de 1821 proclamó el auditor de guerra D. José Núñez de Cáceres, sin efusión de sangre y con sólo un pronunciamiento en regla de las personas notables y los jefes de la guarnición. Independencia en fin, de la noche a la mañana, único caso en los anales americanos y quizás en las de emancipaciones políticas, que duró lo que duran las rosas y el déspota de Occidente, General Juan Pedro Boyer, indudablemente buen político, nos ocupó con sus hordas el territorio entrando como Pedro por su casa, merced a la desdichada

---

**. En tiempos de la colonia, en la parte española de la isla, esto es, en el Santo Domingo dominicano, el sistema de la esclavitud operaba conforme a patrones diferentes del que prevalecía en la parte francesa. Era común que al esclavo se le permitiera adoptar el apellido del amo, práctica que explica el dato ofrecido por Penson cuando señala que el siervo de la familia Andújar llevara el apellido del patrón.

**. El Alto de Galindo, en donde estaba la hacienda Galindo, perteneciente al señor Andrés Andújar, asesinado junto a sus tres hijas -según consta en documentos históricos verosímiles-, se hallaba situado extramuros de la ciudad colonial, en donde actualmente está el sector conocido como Mejoramiento Social. Luis Alemar afirma que el nombre de Galindo, como el de Gascue y muchos otros nombres de lugares en Santo Domingo, proviene del apellido de sus primitivos propietarios.

"L'espace d'un matin";

imprevisión del caudillo de la Independencia y a la infame conducta de muchísimos malos dominicanos despechados, parece, porque se les había desuncido del blando yugo de la madre España, o porque no se contó con ellos. Ellos mismos fueron a abrirles las puertas al enemigo: ¡que su memoria sea execrada!

Determinado el comienzo de la fuga de las principales familias y la clausura de la Universidad y abandono de las comunidades religiosas, etc, la cruzada que tenían ya emprendida Da. Jacinta Cabral, las señoras Acevedo y otras personas contra el terco D. Andrés para que sacase a sus niñas (antes era para que no se las llevara) del monte de Galindo, que lo era de verdad entonces, pues aun es lugar bien selvático, la cruzada, decimos, arreció con semejantes circunstancias políticas.

Nadie sabía lo que podría suceder, ni adónde iría a parar el pobre Santo Domingo, cogido así de *atrás pa alante*[10] por sus eternos enemigos!

Calle de las Mercedes adelante venía una tarde caballero en un brioso alazán nuestro D. Andrés Andújar; y echó pie a tierra en la puerta de la casa de Da Jacinta Cabral.

Traía recados, regalitos y afectuosas *memorias* de sus hijas para aquella señora.

Da. Jacinta, escogido un *palito de guano*[11] del voluminoso hacecillo que le mandaban, lo que acaso estimaba más que las memorias mismas, y mascando un extremo, hecho el escobillón y empezados a restregar los dientes, Da Jacinta, decimos, recibió a D. Andrés con una descarga cerrada.

—¡Hombre de Dios! —díjole, avanzando hacia él con las manos en alto—, ¡hombre de Dios! ¿hasta cuándo piensas tener a esas pobres muchachas ahí reclusas? Ahora más que nunca debes apresurarte a sacarlas de ese Galindo de mis pecados, pues no sabemos si hablaremos al fin de emigrar como nuestros antecesores en tiempos de la cesión y de Toussaint. ¿Qué esperas, desdichado? ¿Qué te detiene, padre sin entrañas?

No difería mucho ésta, a la verdad, de las anteriores filípicas.

Pero el bueno de D. Andrés no chistaba por respetos a Da. Jacinta, y porque con chistar habría podido ser vencida su terquedad.

Ese día el aguacero fue *de corbata*[12].

Cuando se despedía, díjole la señora con un tono entre melancólico y de tristes pronósticos:

—Andrés, Andrés, no dejes esas niñas solas[13].

Que llegaba otro día casa de las Acevedo.

No tenía derecho a respirar.

—Cuando te digo, Andrés de mis pecados, —le decía la Candelaria—, que no debes dejar por más tiempo a esas niñas en el campo. Y ahora ¡Dios mío! y ahora... ¿No te acuerdas de la degollación de Moca y de los males que el han causado los haitianos a esta tierra ¡infeliz! para que estén así expuestos tú y tus hijos en esa soledad?

El porfiado Andújar se encogía de hombros.

—No puedo hacer otra cosa, —respondía al bulto cuando se hallaba bien hostigado.

—¿Que no puede hacer otra cosa? ¡tú, hombre de posibles, cuando se trata quizás de la vida y la honra de tus hijas!...

A lo que seguía un desolador meneo de cabeza de la pobre mujer, que se sentaba en una butaca, mohina y furiosa.

—¡Es un cicatero! —gruñía desde allá la otra hermana, señalando fatídicamente con un largo y flacucho dedo a Don Andrés— ¡Déjalo!

Con lo cual éste se iba más que al trote.

Cerca de un año habitaron las jóvenes Águeda, Ana y Marcela en su *estancia* o desierto de Galindo.

¿Qué vida hacían allí la hermosísima criolla y sus dos tiernas hermanitas?

Regar unas cuantas flores, recoger las frutas de los árboles que estaban alrededor de la casa, la cual era de tablas de palma y yaguas, pero bien construida y rodeada de galerías, mirar el sol salir por detrás de los altos montes vecinos, dar unas vueltas acompañadas por la muda entre los guayabos y bajo los mameyes y nísperos, corriendo y triscando como locas las dos chiquitinas Ana y Marcela tras los cabritos blancos, sacar agua del pozo la Águeda con sus manecitas para sus flores, y rezar mucho por la noche antes de acostarse, encomendándose grandemente al ángel de su guarda.

Ocasiones había en que hondo pesar se dibujaba en el rostro alegre de Águeda, y una sombra importuna se afanaba por empañar la tersa blancura de su frente y descolorar sus rosadas mejillas.

A veces, al montar a caballo D. Andrés, sus hijas le miraban con tristeza desde la galería: lo uno, porque envidiaban el verle irse a la ciudad, y lo otro porque empezaban a temer a la soledad más de la cuenta.

—Águeda, hija, —decíale alguna que otra vez su padre al partir con cariñoso acento— ¿qué tienes? ¿Y tú, Ana? A ver chiquillas, —añadía tirándoles de las orejas—, no hay que enfuruñarse. ¡Qué diablos! Verdad es que se quedan ustedes solas, pero ¿quién va a comérselas? Goyo es buena compañía; y además... yo tengo que salir. ¡Vaya! Mañana les traeré algunas cositas.

Y lleno con esto el expediente, íbase el buen señor para la ciudad.

Tan insoportable vida llegó a cansar la paciencia de Águeda y rogó también a su padre que las sacara de allí. Y hasta se avanza que algunas personas (y aun ellas mismas, lo que no es creíble) influyeron con el Alcalde o Juez de Paz, D. José Mª Baralt, a fin de que de Galindo se las sacase.

Mas todo fue inútil. La terquedad de aquel hombre era incomprensible, y terminó por ser funesta.

III
EN ACECHO

Al hacer su irrupción las *boyeristas* huestes de Occidente, hubo el consiguiente pánico, y quedaron vacíos los conventos; y las tropas se aposentaron en el imperial del de la Orden Dominica, así como en el de San Francisco.

Cuartel haitiano es madriguera, ya se sabe.

Era lo que el poema del mismo nombre que esta leyenda, trata en los siguientes octosílabos:

El Kan inmundo de varios
Oficiales y otros jefes
De los beduinos haitianos.
.....
Era aquella una guarida
De monstruos y de sicarios:
Una sentina de vicios;

De robos un receptáculo.
Los delitos más famosos,
Los más torpes atentados,
Los planes más proditorios.
Los más tenebrosos rasgos,
Eran allí discutidos
Entre algazara y escándalo
Por la asamblea del delito.

Los solitarios claustros que ilustró con su presencia Bartolomé de Las Casas y donde se ejercitó su pluma[14], los salones de aquella imperial y pontificia Universidad, mandada a establecer por Carlos V y donde altos nombres resuenan, entre ellos los de Heredia, el poeta por equivocación cubano, y Baralt, el eximio maestro de la lengua por casualidad venezolano (de padres dominicanos el primero y el otro hijo de una dominicana, perdiendo el país esas glorias a causa de desdichadas circunstancias políticas), veíanse profanados por los pies de genízaros extranjeros y semibárbaros.

Por todas partes en las ya mugrientas y ahumadas paredes había colgados medios uniformes desgarrados, armas, jarros y cantimploras; cenizas de extintas hogueras en mitad de las salas y restos de leños carbonizados y humeantes; pitos y tambores hacinados en rimeros altísimos por los rincones junto con descoloridas banderas bicolores llenas de mugre y con las astas rotas.

Oficiales y soldados se confundían plebeyamente, lo que no empecía para que anduviese listo el *coco macaco*[15] sobre los subalternos.

Allí vicios, allí crímenes, allí escándalos y algazara aromatizados con mucho aguardiente, sobre todo prácticas supersticiosas y además la castiza *brujería* que entre mañeses es sacramental y nacional; y por complemento, ranchos nauseabundos y bailes salvajes.

Rematando esta pintura, los rudos y sanguinarios toques de la *cuyaya*[16] turbaban el silencio de aquellas vastas crujías y de la desierta plaza del ex-Convento.

Grupos varios de soldados y oficiales jugaban a la baraja sentados a la turca en los patios, después de la diaria y marinal

visita del Presidente Jean Pierre Boyer, que pasaba revista todas las mañanas.

Aprovechando lo entretenidos que estaban sus compañeros, un sargento y otro más se salieron al cuadrado que da sobre la plaza, entre el templo y el pequeño y sólido edificio denominado La Tercera Orden, hoy Escuela Normal; y bajo el arco de la entrada que cae a la dicha plaza pusiéronse a platicar a media voz.

Conciliábulo infernal que será necesario sorprender.

El sargento era un hombre de color *pur sang*, grueso y de regular estatura; y en cuanto al otro era un pobre diablo como todos los demás de su nacionalidad, sólo que en éste se notaba cierta maliciosa sagacidad, la del zorro, y fisonomía de sátiro.

Vestían la casaca y el descomunal morriñón del soldado haitiano de esa época.

—¿Conque, —decía el sargento—, ayer las vieron ustedes?

El otro guiñó un ojo haciendo feroz y expresiva mueca.

—Y... —continuaba el primero— ¿te parece que es cosa fácil?

El otro movió repetidas veces y lentamente la cabeza de arriba abajo con aire de sabio convencido.

El sargento se rascaba la suya.

—En fin.... ¿no habrá serias dificultades? Por ejemplo...

—¿Qué?

—Algún perro... algún vigilante... algún criado...

—Psché, —contestó desdeñosamente el otro.

El sargento se quedó mirándole interrogativamente.

—Psché, psché... —repuso el cómplice echando la vista por alto con aire de hombre previsor y ladino—. No hay ninguna dificultad. Suponte tú que el perro anda con el amo, y el Goyo, esclavo ya libre gracias a Haití uno e indivisible y al General Boyer que *Dieu protège*, —y al decir esto se sacó el morrionazo con la mano zurda—, no será un estorbo a nuestros intentos; al contrario...

—Dios lo quiera, —murmuró el sargento.

—O el diablo, —dijo una voz de súbito que pertenecía a un individuo el cual pegado a los muros laterales del templo había venido acercándose a nuestros conferenciantes—. Éste era natural de aquí y se llamaba como después se dirá.

No volvieron la vista porque sabían quién era, y lo esperaban.

Apretó la mano de los dos haitianos con mucha familiaridad, pues eran antiguos compinches, y preguntó con interés:

—¿Qué hay? Ca va bien, ¿eh?

El sargento y compañero movieron afirmativamente la cabeza, y miraron con recelo a todas partes.

—¿Y no se pueden dar noticias? —repuso.

—Sí, sí, de eso hablábamos. La cosa no se presenta mal. Ayer —indicó el sargento—, éste (indicando al compañero) y otros fueron a marotear por Galindo, y éste (vuelta a señalar) tiene bien estudiado ya todo.

El recién venido hizo una espantosa mueca de satisfacción.

—¡Magnifique, magnifique, mon brave! —dijo apretando la mano del otro al zorro con cara de sátiro. Y, añadió guiñando un ojo— ¿la bonita está allí, la has visto?

El haitiano se relamió los labios, y asomó fuego a sus ojos.

—Pero el padre, caballeros, —observó entonces el sargento— ¿vendrá a la ciudad? ¿anda siempre solo?

—Psché, —insistió el otro—: viene todos los días, se retira casi a la misma hora, y nadie le acompaña nunca.

—Bueno. Pero es necesario no perderle de vista desde que se sepa que ha llegado. ¿Y los otros camaradas?

—Nos aguardarán allá fuera.

—Bien. Entonces todo queda arreglado ¿no es eso?

—Todo.

Y siguieron hablando de cosas indiferentes con gran tranquilidad, como quien tiene seguro lo que pretende y sabe que ha de saborearlo.

Resonó en esto el tambor llamando al rancho.

—Hasta la noche, —dijo el sargento, haciendo una señal de inteligencia al indigno dominicano.

—Hasta la noche, —respondió éste.

El compañero se limitó a mirarle alzando las ralas cejas en forma de media luna y abriendo los ojitos, como diciendo: "¡Ya sabes!"

Con lo cual separáronse los compadres que algo siniestro acababan de tramar.

El dominicano tomó a buen paso el camino para irse a husmear por donde andaba a esas horas D. Andrés Andújar, pues no le quedaba duda de que se hallaba en la ciudad.

De una sentina de vicios, como es un cuartel, se pasa fácilmente a otra, lo que puede hacer fácilmente aun el lector más remilgado.

En la calle del Estudio hay una casa alta que hace esquina, en la banda opuesta a San Nicolás, cerca de ese templo y frontera, diagonalmente, a las tapias de su patio.

Es que no era menos templo la susodicha casa, o instituto de buenas letras, por ser famosa gallera la que allí tenía su asiento.

A leguas oíase la algazara de los que, sentados en anfiteatro en el interior de la valla y en torno suyo, acompañaban con su gritería, términos técnicos del arte gallero, dicharachos y buena dosis de maldiciones, los brincos, aleteos, picadas y espolazos de dos animalucos macilentos de pura hambre, nacidos, criados, adobados, tusados y pelados desde la cresta hasta la rabadilla y arreglado conforme a la práctica y aun a los manuales que hay sobre ello escritos, para matarse a guisa de gladiadores romanos, dándose el gusto de que sus patas decidiesen de fortunas y pérdidas no despreciables en ocasiones.

Un jinete que venía por el callejón de la Esperanza que desemboca en las mencionadas esquina y casón, y que según el porte y trazas, traía aire de hombre desazonado y disgustado, arrendó para una de las enrejadas ventanas de la casa-gallera y allí ató su caballo, entrando luego por el ancho portal y zaguán, camino de la academia que se reunía en el gran patio el cual tiene una larga tapia que da al callejón.

Un individuo de aspecto sospechoso que le seguía a lo lejos, quedóse un buen rato parado en la puerta anchurosa de la esquina cortada oblicuamente que forman las dos tapias del patio de la iglesia que fundó Ovando, y después entró también en la gallera.

El jinete era nuestro D. Andrés Andújar, que tras de una fuerte rociada que recibiera esa mañana de sus parientas, había tenido la tentación de probar fortuna en un garito muy soez y muy escondido que sabía él quedaba por una barriada laberíntica de por ahí y donde iba luego a echar su cuarto a espadas con gente non sancta. Y en esa ocasión casualmente le desvalijaron en un dos por tres; tomando entonces bastante incomodado el camino de la gallera, ya muy cerca de las cuatro de la tarde.

El otro le espiaba.

Sentóse pues el señor Andújar, tomó el pulso al tono más o menos nervioso y triunfal de las estentóreas voces de un bando que apostaba a un *giro*[17], vio que las muecas de los contrarios

eran significativas de derrota y en gran manera feas, y puso al *giro* unos doblones que le quedaban.

—¡Pica gallo, pica! —gritaban los que iban triunfando.

—¡Voy al *malatobo*! —decían desgañitándose los contrarios.

—¡Al *giro*!

—¡Al *malatobo*![18]

—¡Échale! —cantaban a dúo los dos bandos a cada tiro del uno y del otro animal.

Y lo demás por el estilo.

Perdidoso, aturdido con los gritos y dado al diablo por entero, salió D. Andrés de la gallera, y requiriendo su cabalgadura, montó, tomando a buen paso la dirección de la marina.

Caía la tarde. Y la regular paso del animal, que quería apretarlo porque sabía que se acercaba al pesebre, impulsos que con la rienda reprimía el jinete, dábala suelta éste a su mal humor y a sus encontrados pensamientos.

Un perro color barroso que le acompañaba siempre iba a su lado.

Don Andrés se había retardado mucho ese día en sus diligencias, y además no lo había empleado muy sanamente; y así fue que, pasado el primer momento de sus negras preocupaciones, apuró el paso de su cabalgadura, traspuesto que hubo la puerta de San Diego o la de la Atarazana, y jinete y caballo desaparecieron en las vueltas del camino pedregoso que se interna en las fragosidades de Galindo y conduce a las ciénagas del *Alto*, a una legua o más de la ciudad.

Momentos antes, salían por la puerta del Conde unos cuatro hombres, que se veía eran desarrapados vagabundos y alguno que otro de mala catadura, y tomaron el sendero arcilloso que costea las murallas y va a terminar al río, y que serpentea como una línea blancuzca en las tinieblas que empezaban a envolver la naturaleza.

Próximos al río, por frente al baluarte de Santa Bárbara, que es el segundo por esa parte, sentáronse en la fresca grama de la orilla del montecillo que borda el sendero en la banda opuesta a las murallas. Esperaban a otros.

Estos últimos no se hicieron desear mucho, porque viniendo de la parte de la marina, columbrolos uno de los vagabundos desde muy lejos, y todos fueron aprisa a encontrarse con ellos. De los recién llegados había dos que calaban morrión y llevaban sables cortos al cinto, señal de que eran militares haitianos.

El uno tenía graduación de sargento.

Internáronse en el bosque, y ya bajo los débiles, bajos y entretejidos ramos de los guayabales silvestres que inundan esa porción de tierra pedregosa y estéril llamada Galindo, sentáronse a conferenciar en el suelo, aplastando las *guáyigas*[19] de que están cubiertos los espacios que dejan los árboles y matorrales en nuestros montes, libres allí de todo indiscreto ojo u oído.

Ya habían recibido los dos *mañeses* en la marina la noticia que el que espiaba a D. Andrés Andújar les había venido a dar de que éste se encaminaba ya hacia aquellos sitios.

En voz baja y con misterio acabaron de entenderse, y se metieron luego monte adentro.

Poco después, los ojos de tigre de dos de ellos brillaron por un momento en la oscuridad del bosque y por entre la trama de los guayabos de la misma orilla del camino pedregoso y purverulento.

Acechaban.

IV
LA ESTRATEGIA

Torva y huraña oscuridad iba cayendo más y más espesa, al cerrar de aquella noche, como paños de gasa negra que fuese esparciendo gigantesca mano sobre los raquíticos árboles y la lozana perspectiva de los montes más lejanos.

La luna empezó a salir y a pintar con luz indecisa el paisaje.

Dio el toque de oraciones la ciudad, y los metálicos ecos vinieron a mezclarse como alados mensajeros de la noche a los rumores del bosque teñido por las últimas reverberaciones del crepúsculo.

Suave terral soplaba.

La masa negra e impenetrable de los árboles y matorrales de la linde del descampado en que la casa se asentaba, ceñíala como un cinturón de moles fantásticas y oscuras.

Allí, casi en el corazón del bosque, en cancha explanada que asombran *zapotes*[20], *mameyes* y naranjos, y matizan con otros árboles frutales menores, algunas matas de flores, se ve la casa rústica de D. Andrés Andújar y cerca el pozo con su *bambú*[21] encaramado sobre el carrillo, arrastrado allí por el peso del otro en el fondo. A distancia, franjas de verdes y robustas arboleras, limitan el espacio en que la casa se eleva.

La entrada de la quinta cae sobre el camino ya mencionado, y una *trilla* va desde un lado de éste hasta la puerta tranquera, formada con cuatro o cinco redondos y fuertes troncos de guano[22] que corren hacia uno u otro lado por entre dos maderos atados con bejucos.

La puerta de la casa está abierta de par en par como para que el libre airecillo fresco entre y retoce a su gusto, impregnando el bendito hogar de las emanaciones suavísimas del tibio vapor que la tierra y el bosque exhalan y esparce el viento.

Dentro, en la sala, estaban las tres hijas de D. Andrés Andújar, la interesante Águeda, Ana y Marcela, las cuales reposaban, acabada su frugal y castiza cena.

Aquí y allí había restos de frutas cogidas por la mañana, unas rebanadas por el cuchillo, otras intactas, y conservas y cristales de mamey y guayaba.

Hacíales compañía la esclava sordo-muda llamada Isabel quien, aun cuando podía gozar de entera libertad con el nuevo orden de cosas reinante, había preferido permanecer con *el niño*, como decía a D. Andrés, y con *sus niñas*, pues había criado o poco menos a las tres doncellas, singularmente a la última.

Perfumada luz de blanca cera iluminaba la salita.

Las tres, como grupo de ángeles, o formas de pentélico animado mármol, juntas, aproximadas sus cabezas, con las manos cruzadas y los ojos entornados bajo las largas pestañas, solicitados por el sueño, rezaron con la muda las oraciones.

Departieron un rato, entreteniéndose con los gestos de la muda, y Águeda con la charla infantil de las dos chiquitinas. Después, como penetradas por la triste quietud de aquellas soledades, fue apoderándose de ellas cierta dejadez y somnolencia que agravaban los vagos pensamientos de cada una de las que allí era capaz de reflexionar.

Águeda, que sentía las voces interiores de su pasión hablándole, era la que más despierto tenía el espíritu.

Reclinaba la cabellera descuidada en una mano fina y transparente, y el codo en la mesa rústica, porque no había adornos en aquella casa, entreabierta la finísima camisa que dejaba desnudos su cuello y redondos brazos y el arqueado y terso pecho, pues el calor le había hecho abandonar todo otro vestido, y estaba como una Venus cuyas formas contorneaba con gracia, dejándolas adivinar, el blando lino; en aquella

noche de inmolación de inocentes víctimas, meditaba ¿en qué? ni ella misma lo sabía. Era un abandono lánguido y romántico el suyo.

De las dos chiquitas, vestidas de blanco, Marcela dormía reclinada en las rodillas de la doméstica Isabel que, como dijimos, la había criado, y Ana andaba revolviendo la casa y cantando con voz infantil una tonada de la época.

En cuanto a Águeda, leía en una mesita, y aun del libro que leía conserva la tradición el título: *La Voz de la Naturaleza*, que todos conocen.

Chirriaban a toda orquesta los grillos en las yerbas, y un ruiseñor cantaba en las ramas del más cercano y robusto zapote; y el vientecillo adulador metía la nariz por los intersticios de la puerta y enredaba al pita con la vela a la que hacía balancear o extender irritada hacia un lado su lengua de llama y humo oleoso por el espacio; y no conforme, traía y metía a bocanadas grandes por allí, los elíseos perfumes de las *pomarrosas* en flor[23].

A lo lejos, rumor sordo y acompasadamente se distinguía cuando la onda sonora encontraba campo para hacerlo llegar a las orejas de quien lo oyere: era el ruido de las aguas del río, distante de allí corto trecho.

De vez en cuando, Águeda sacudía sus rizos castaños desmelenados y los soñolientos párpados y prestaba el oído de inquieto modo; dejaba de leer, y apoyando las mejillas en las manos y los codos sobre la mesa se desatinaba pensando en que su padre tardaba mucho.

En efecto, nunca había tardado tanto D. Andrés.

Actitud plástica e interesante era en ese momento la de la joven. Chispeantes e inquisidores sus ojos, abiertas las ventanas de la nariz y como granado caído desde el árbol y hendido los labios despegados y algo pálidos, palpitante el seno que sin trabas se mostraba casi en su escultural desnudez, reflejándose de lleno en su redondeado, angelical y hermosísimo semblante la claridad de la vela, ¡por Dios! que hubiera tentado a uno a doblar sin sentirlo la rodilla ante ella como una aparición.

Algunas veces hablaba la estatua aquélla, como es seguro que deben hablar las de piedra, en esas en que ha vaciado un alma entera el artista, en la dulce intimidad del misterio.

—Es extraño —decía—. ¿Que papá no haya venido aún?

—¡Ah pues! —parecía responder la sordo-muda dando un suspiro, porque ya un temorcillo invencible estaba haciendo presa de ella.

—Pero es singular, —replicaba Águeda levantándose, yendo hacia la puerta, abriéndola, tendiendo por el campo oscuro en dirección de la tranquera sus vivos ojos que hacía abrir más la inquietud, volviendo a cerrarla y a sentarse.

En cuanto a las chicuelas, estaban simplemente impacientes de ver a su papá y recibir los regalitos y golosinas que les mandaban las buenas de las señoras Acevedo.

—¿No has mandado a Goyo a ver si viene papá? —preguntó Águeda en su lenguaje de signos que iban siendo cada vez más nerviosos y desesperados.

La muda dijo que sí con la cabeza.

Iba cerrando la noche.

¡Noche larga y triste, a fe!

De repente turbó el silencio y a lo lejos se oyó un ladrido agudo, estridente, rabioso.

Venía por el lado del camino.

—¡Papá, papá! —gritaron con júbilo las dos pequeñuelas saltando y palmotendo, porque supusieron que sería el perro de la casa que, como vimos, acompañaba siempre a D. Andrés cada vez que iba a la ciudad.

Más, incontinenti, al ladrido siguió un aterrador aullido, había empezado a alborear el gozo de la vuelta del padre cuando la angustia y el presentimiento le sucedieron, extendiendo el redondo y desnudo brazo en dirección del ruido.

¿Qué es eso?

Y las tres permanecieron de pie, frías, agitado el pecho por la angustia y el temor, atento el oído.

La muda hacía aspavientos de horror.

Nuevos aullidos y ladridos siguieron al primero.

A las pobres niñas no les quedaba duda de que era el perro de su padre el que aullaba y ladraba ¡pero cómo! Luego se conoce, sobre todo en ciertas circunstancias, el grito de cualquier animal que no es familiar, aun a distancias.

Dudaron, vacilaron. Presentían una desgracia, y no se atrevían a creer en ella. Iban y venían; entrecortados rezos subían a sus labios y allí expiraban sin voz y sin aliento; solicitábanlas sus flacas rodillas a dar con ellas en el áspero suelo de *hormi-*

gón; querían abrir la puerta y correr a la entrada de la finca ¡qué sé yo!

Águeda había perdido el tino. La muda estaba trémula; y atrancó más la puerta.

¿Qué había sucedido?

Al caer la noche D. Andrés Andújar galopaba por la orilla de la muralla frontera al río, y precedido por su perro, se internó en el camino del *Alto de Galindo* que conducía a su casa.

El animal meneaba la cola alegremente por estar próximo el hogar.

Al encontrarse el jinete a corta distancia de su casa, las hojas secas del suelo crujieron y las ramas de los arbustos se agitaron como si diesen paso a un ser viviente.

Brillaron unos ojos y la hoja de un sable entre el ramaje, y un hombre se lanzó a la brida del caballo de D. Andrés.

El perro lanzó un ladrido formidable.

D. Andrés no pudo darse cuenta de la agresión; y antes que pensase en defenderse, y de que llegase otro bandido que salió del lado opuesto del camino, oyó un taco redondo y sintió penetrar en su pecho el acero de un arma alevosa.

Abrió los brazos y cayó del caballo, rematándole entre los dos bandidos.

Entonces el fiel mastín quiso arrojarse sobre los asesinos enseñándoles los aguzados colmillos; más el reflejo de los cuchillos y los sables que lo amenazaban le hicieron retroceder gruñendo de rabia.

El caballo quedó junto a su amo, y los agresores corrieron como demonios por el camino adelante hasta descubrir la casa.

Habían quitado de en medio el estorbo, y fueron a sorprender las indefensas palomas en su nido.

El perro, mientras tanto, había empezado a aullar y a lamer la sangre que fluía en abundancia de las heridas.

Antes de llegar los asesinos a la puerta tranquera, una sombra les salió al paso.

Era Goyo, el hijo de la muda, siervo manumitido como su madre, y a quien la tradición acusa de complicidad en la salvaje tragedia de esa noche.

El mismo corrió los leños, y pasaron los beduinos.

Anhelantes, lascivos, relamiéndose por tan fácil triunfo como les ofrecía su insólito atrevimiento, aquellas hidras ávidas de

sangre y llenas de estímulos monstruosos, llegaron a la cerrada puerta e hicieron que el Goyo llamara a ella[24].

Una voz trémula preguntó:

—¿Quién es?

—Yo, tu padre, —contestó el mismo Goyo o alguno de los bandidos desfigurando la suya.

—¡Papá! ¡es papá! —exclamaron alborozadas las dos chicas.

Sin embargo, Águeda estaba recelosa; y es que en momentos críticos hablan más alto que nada las preocupaciones y los presentimientos.

Una de ellas corrió a franquear la puerta.

—¡No abras! —gritó maquinalmente Águeda—: voy a cerciorarme.

La muda iba a oponerse también, pero la viveza de la muchacha la impulsó a descorrer el cerrojo.

¡Nunca tal hiciera!

Por la entreabierta hoja que acababa de franquearse, torvo el ceño y horribles aparecieron las negras y feas estampas de los haitianos primero y después de los demás, quedándose allí plantados y como embebidos en la resplandeciente hermosura de aquella Águeda medio desnuda.

Sus dos hermanitas corrieron a aferrarse de ella; y las tres retrocedieron asombradas y mudas de terror.

La doméstica Isabel miraba a los asesinos con desencajados ojos.

El sargento, seguido de los otros, avanzó hasta el medio de la sala, devorando todos a la desventurada Águeda con ojos ardientes y ensangrentados.

Silencio pavoroso.

El grupo de las tres vírgenes desamparadas, se destacaba allí en la penumbra, en el fondo de la habitación, estrechadas unas con otras y como si las hubiese petrificado un hálito infernal.

El sargento tendió hacia ellas la mano.

—Vamos, *señorretas*, —dijo en mal español— ¿tienen miedo de nosotros? Pues se les va a quitar ahora...

—¿Qué esperamos? —profirió arrojando una blasfemia el más bestial de ellos, el otro haitiano cara de sátiro compañero de cuartel del sargento.

—Sí, despachemos, —repuso el más resuelto de los dominicanos, supuesto fautor también del crimen de Galindo, que ya conocemos.

Y los tres y luego los más de ellos se arrojaron como fieras sobre el interesante inerme grupo en el que descollaba la lindísima Águeda como tallo de azucena entre otras plantas.

Un ¡ay! como no se ha oído jamás desgarró el temido silencio de aquellas soledades.

Era el grito supremo de las víctimas abandonadas de Dios mismo.

¡Lucha! ¡pero qué lucha se entabló! El pudor se armaba de fuerzas de titán y disputaba las delicadas y esculturales formas de la mujer sin defensa a la brutalidad de la carne.

Oíase el aliento sofocado de las niñas, puestas manos gruesas y velludas sobre sus bocas angelicales; los brazos de las tres agitábanse en el aire con desesperación buscando apoyo; los ojos de las tres se les salían de las órbitas en el colmo del espanto y la desolación; los vestidos de las tres yacían rotos, y en toda su belleza virginal se mostraba el seno de Águeda.

La luz de la vela, combatida reciamente por el aire, iluminaba con siniestros fulgores esta escena.

Bufaban y pateaban los verdugos. No esperaban encontrar semejante resistencia en cuerpos que medio habían descoyuntado ya, y se irritaban, llameándoles los ojos en impaciente ferocidad.

Así fue que hubo para aquellas infelices una como tregua durante la cual corrieron a refugiarse en un rincón y aun se cubrieron con las manos su semi-desnudez, en tanto que los asesinos se consultaban con una mirada, nada más que con una mirada.

Embistieron después. De una manotada echaron por tierra los endebles cuerpos de las vírgenes, revolviendo sus manazas en las sueltas y abundosas crenchas de rubios cabellos, por los cuales las arrastraron como reses hasta la entrada de la casa, al campo abierto.

—¡Piedad! ¡piedad! —imploraban las inocentes.

Devolvieron los ecos tristemente sus inútiles lamentos. Sus gritos debieron oírse por aquellos contornos, y aun aseguran que se percibieron en el vecino pueblo de San Carlos.

Cielo y tierra estaban sordos para las infelices víctimas. ¿Quién iba a socorrerlas?

Y hubo un instante en que Águeda, resplandeciente de aquella belleza tropical que la hacía parecer reina, se puso de

hinojos ante uno de sus verdugos, implorando más por su honor que por su vida, derribándola al suelo por toda contestación.

Pero ni aun así...

Desenvainaron por fin sus sables y cuchillos los malditos.

Una punta fiera dividió la garganta de Águeda, aquella garganta en que hubieran venido a anidar los amores, y otra estocada partía el corazón de una de las pequeñuelas.

Dicen que Marcela logró huir; pero la alcanzó un jayán fiero y la desjarretó de un sablazo.

¡Dios! ¡Qué horror de horrores!

Sus cuerpos palpitantes... ¿mas cómo decirlo?... sirvieron de pasto a la lubricidad de aquellos monstruos. A lo menos así se afirma.

Cae de las manos la pluma imponente para no seguir mojándose en semejantes atrocidades.

¡Ved a los tigres, saciando su nauseabundo apetito y su sed de sangre, revolcándose en la inocente de las pobres niñas, frías ya por la muerte; vedlos consumando su obra inicua!

¿Qué falta por hacer?

Ocultar el crimen. ¿Dónde? Ahí, en el cercano pozo.

La ceguera del consumado hecho los ofusca: no ven que es más seguro sudar cavando fosas, pero el temor espolea, y cada árbol parece avanzar sobre ellos como ejecutores de justicia armados de garfios y desmelenados.

Vieron pasar huyendo hacia los montes un fantasma dando aullidos: era la muda que corría como loca a ampararse en ellos.

Su azoramiento creció; y empezaron a menudear tajos sobre aquellos hechiceros despojos de Águeda y los infantiles corpezuelos de sus hermanitas, restos de las que fueron *Las Vírgenes de Galindo*.

Arrancaron miembros y empezaron a arrojarlos en el pozo.

Los cuerpos, al caer en el hondísimo cilindro de piedra hicieron un ruido lúgubremente sordo, que debió quedar por mucho tiempo vibrando en los oídos de aquellos miserables.

Las sombras de la noche habían espesado. Negras nubes corrían con violencia unas sobre otras como desatentadas visiones.

En medrosa calma estaba todo.

Y como huyendo de sí mismos, los asesinos emprendieron la fuga por el camino, saltando por encima del cadáver del padre de las víctimas.

El perro, que no lo desamparaba, gruñó sordamente lanzando luego aullidos espantosos.

V
MONSIEUR SORAPUR

Síganos ahora el lector sufrido a una calle conocida de él.

En la de las Damas o Colón hay una casa de las antiguas solariegas fundadas por Ovando o más tarde por algún potentado de los primeros de la colonia, que está situada en mitad de la segunda cuadra poco más o menos, y frente al ex-Convento de Jesuitas, hoy único teatro de esta ciudad.

Se la conoce con el nombre de *Casa de los dos cañones*, porque los tiene en su puerta clavados, sabe Dios por quién y cuándo[25].

Vivía en ella un anciano, francés, que escapó a las matanzas de la colonia de los Pointis y d'Oregón, en la parte occidental de la isla, dichas luego "las matanzas de Santo Domingo" malamente sin duda, porque no ocurrieron en toda ella, sino *en la parte francesa* obra de esclavos sublevados de los franceses en su colonia, después República de Haití ¡y allá te las haya! y déjennos en paz los que confunden y barajan a cada paso, por pura ignorancia de la geografía y las historias, las dos porciones de la isla esenciales distintas en raza, idioma, costumbres, civilización, historia, orden social, constitución política, aspiraciones, carácter nacional y cuanto hay.

Pues este francés, colono, que habitaba en el antes opulento Guarico (Cabo Haitiano), vino huyendo aquí por las fronteras, como fueron a Cuba los más de los antiguos colonos franceses, logrando salvar un resto de fortuna. Retirado a aquella tranquila mansión, antes casi señorial de los Coca, hacía vida de solitario filósofo, y su morada era un como museo lleno de escopetas de todas clases, morrales, frascos de pólvora, estopa y una selecta colección de señuelos[26] colgados del techo, cuidadosamente, para que ni las plumas se les arrugasen.

Para él, su mayor placer consistía en echarse el pesado escopetón de chispa al ya caduco y fatigado hombro, cruzarse

el morral, colmarse las espaldas de lúmbeos esqueletos de machos de paloma, que tales eran los señuelos, y calzadas unas botas de Ante, salir con sus perros por delante, o solo, con un su hijo o bien con un sobrino o con algún amigo o con todos ellos juntos, filosóficamente provista la alforja de panecillos tiernos y carne ahumada, amén de un gran frasco de aguardiente, a trepar por sierras y vericuetos y a hundirse en la espesura de nuestras selvas en pos de la castiza paloma silvestre de cabeza blanca[27] de tan sabrosas carnes cuanto abundante.

Era pues un gran cazador, para quien no había fatigas. El *Alto de Galindo y la Ciénaga*, que son casi una cosa misma para el caso, los lados de San Carlos como *Mergara y la Esperilla, y Honduras, los Bajos de Haina, Simonico, la Caleta* y cuanto lugarejo es frecuentado por la pródiga paloma en estos contornos, tanto recorría el anciano colono francés, disparando perdigonazos, y a trueque de arañazos, contusiones y picadas de envenenados *jejenes*[28], buenas hambres y peores sedes, traía sartas de palomas rollizas, que tenían el gusto soberano de repartir entre sus vecinos, reservando los machos para sus señuelos y algunas piezas para sus ollas.

La casualidad hizo que en esos meses la *corrida* fuese[29] por el lado de Galindo, y esto no es nada novela.

Llamábase nuestro cazador Monsieur Sorapur.

Al día siguiente del suceso, esto es, el 30 de mayo de 1822, el cazador salía por la puerta de San Diego con su hijo, su sobrino Limval y su amigo el Señor Lovelace.

Era pasado mediodía, y parece que quería aprovechar la corrida de por la tarde, cuando a esas horas emprendía el camino.

La tarde empapaba en tintes melancólicos los vecinos montes que en el fondo claro recortaban vigorosamente sus crestas robustas.

Columpiábanse las campanillas silvestres a orillas del camino, encaramadas sobre los arbustos y zarzales, como enseñando al pasante su cara de recién desarrugados pétalos que manos de hadas parecían haber abierto, y el húmedo fondo de su cáliz, para decirle muy monas: "buenos días". Soltaba besos armoniosos el ruiseñor enamorado del sol, del euro que corría, de la pompa agreste de sus oteros antillanos; lanzaba sus chillidos en escueto árbol seco y altísimo el *pitirre* astuto y osado[30]; saltaba

el *pájaro-bobo*[31] por las ramas bajas torpemente como el tonto de la corte alada, con aire imbécil mostrando sus inútiles plumas largas y pintorreadas; bullían en la flecha aguda de la palma enjambres de *ciguas* escandalosas[32]; y en bandadas *judíos*[33] negrísimos invadían ora este árbol, ya el otro en amasijo confuso y de tropel, metiendo ruido, y acaso diciendo que ellos eran las almas condenadas de avaros hijos de Israel en forma de pajarracos, porque tanto repugnaban a los cazadores y a los muchachos, a pesar de su manifiesta *bonhomie*.

Los arrullos de la paloma se oían a distancia en el hondo del monte y cruzaban el aire ya bandadas de ellas, tan bajas que podían distinguirse sus picos y patas rojas.

Aroma de cortezas y raíces y florescencia nueva del bosque impregnaban el aire haciéndolo aspirar con delicia.

De repente sonó un tiro que no era de escopeta en el lindero del camino, entre los guayabales; y Monsieur Sorapur y su gente se miraron con extrañeza.

A poco vieron cerca de allí a un hombre que por su aspecto debía ser haitiano y militar, pues cubría su cabeza la gorra de cuartel y con graduación de sargento, quien armado de un verdadero fusil de munición disparaba de cuando en cuando haciendo que cazaba.

—¿Qu'est ce que ça? —refunfuñó Mr. Sorapur, colando en uno de los cañones de su escopetón tremendo una bala de a onza, y amartillándola con firme pulso.

Los demás se colocaron detrás del viejo colono.

Pasaron de largo, y notaron que el fingido cazador, porque tenía que ser tal desde que no usaba escopeta, como manda la ley *palomera*, se recataba turbado y con recelo tras el espeso cortinaje de los matorrales.

En el ánimo de los cuatro cazadores prendió una idea vaga y sombría. No se hallaban tranquilos; y avanzando, cierto vapor asfixiante dábales en el olfato, y un no sé qué extraño pesaba sobre su espíritu, que no era miedo.

Los perros de Monsieur Sorapur, que se habían adelantado buen espacio, ladraron entonces en un recodo del camino.

Apresuraron el paso.

Monsieur Sorapur y los suyos vieron que los perros describían giros, que avanzaban y retrocedían espeluznados, y mostraban azoramiento.

Los perros habían olfateado la sangre del desdichado D. Andrés Andújar y se espantaron al tropezar con su cadáver.

El olor de la sangre hacíase más pronunciado.

—¡Un muerto! —gritó Monsieur Sorapur corriendo al sitio en que yacía la víctima.

—¡Un muerto! —repitieron los otros.

Monsieur Sorapur clavó en tierra una rodilla soltando su escopeta.

¿Cuán no sería su sorpresa?

Reconoció a su amigo el *Signor* Andújar, y llamó horrorizado a su gente.

Monsieur Sorapur se quedó aterrado; y frío sudor inundó su rostro. Extraviados sus ojos iban del cadáver a sus acompañantes y de éstos al cadáver.

El mutismo del horror sellaba los labios de todos.

El cuerpo del infeliz y desaconsejado Andújar yacía en un charco de negra sangre, cuyos contornos dibujaba un encrespado hormiguero, y en el cual pastaban y zumbaban esos moscones de alas con visos metálicos que acuden dondequiera que hay podredumbre, y que no bien caída la paloma al tiro del cazador la invaden depositando en sus heridas su larva, cuando no se albergan entre sus plumas viviendo con ellas.

El muerto tenía acribillados pecho y cara por efecto de arma cortante y punzante; y la mucha sangre vertida le desfiguraba el rostro.

No lejos, el caballo, ensillado de la víctima pastaba tranquilamente.

¿Y el perro fiel? Ya no estaba allí.

Le encontraremos después, porque este mastín hace un gran papel en este célebre crimen.

Por fin, Monsieur Sorapur se levantó moviendo tristemente la cabeza y desahogándose con un fuerte resoplido.

—¡Mon Dieu! —exclamó—. ¿Quién lo hubiera imaginado? El pobre amigo Andújar ha sido asesinado anoche mismo sin duda alguna, pero ¿quiénes pueden ser sus matadores? ¡Es extraño! Pero ¡bon Dieu! y sus hijas ¿qué será de sus pobres hijas ahora?... Estarán desesperadas, ¿y qué extremos de dolor no harán cuando sepan que han muerto a su padre?... ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Y el buen hijo de las Galias se frotaba las manos con desesperación y daba vueltas y más vueltas mientras los compañeros con la barba en la mano contemplaban el desfigurado cadáver.

—¡Bien! —dijo de allí a un rato el viejo colono—. No hay que perder tiempo, mis amigos. Después de todo, mis amigos, estamos haciéndonos sospechosos: pueden vernos, y... Pero aquel sargento haitiano, mis amigos, ¿qué pensez-vous del tout cela?

Y guiñó los ojos maliciosamente.

—Y me figuro, —continuó—, que ese diablo d' haitien debe andar en la danza. Estaba muy azorado ¿no es verdad? y tiraba con fusil de munición, sin embargo de que la paloma no *se echa* por ese lado[34]. ¿Eh?

Hijo, sobrino y amigo hicieron con la cabeza un signo afirmativo.

—Pues andando, hijos, —continuó—. Apresurémonos a dar parte a la justicia, antes que nos echen el muerto a nosotros ¿eh? Tú, Limval, corre, avisa al Sr. Juez de Paz y al Prefecto de policía, y diles lo que has visto; acompáñale, amigo Lovelace. Nosotros esperaremos en la casa de esas pobres niñas que corro a consolar... ¡Ah! ¡ah! ¡ah! —añadió dando ese chasquido con la lengua significativo de un gran pesar... esas pobres niñas, ¡bon Dieu!

Y el viejo Sorapur, con la cabeza entre las manos y su escopeta a la espalda que enganchó en el brazo sin ver que torcía el pescuezo y deformaba un par de señuelos, fuese camino adelante, seguido de su hijo.

Desembocaron, pasando por la franqueada puerta tranquera, en el limpio o espacio rodeado de arboledas en que estaba la casaquinta. Todo aquello respiraba profunda paz, poesía pura: alborotaban en torno las vecinas, se abanicaban coquetamente con su follaje el zapote que estaba junto al pozo y los mameyes del fondo; y en el corral el averío gritaba que se las pelaba parece que por faltarle el grano que la blanca mano de las niñas solía suministrarles; huérfanas palomas domésticas saltaban y revoloteaban impacientes de ver a sus bellas amitas y aun de comer en la palma de sus manos el arroz y el maíz picado con que tenían costumbre de regarlas.

Grato sitio a fe aquél, mas en medio a pavorosa soledad de muerte.

La puerta de la casa había quedado entornada.

Por el camino iba Monsieur Sorapur recapacitando el modo que tendría para dar la cruel noticia a las jóvenes; y aun allá en

sus adentros se proponía llevárselas consigo, porque era caritativo por demás. Afirmábase en su resolución, cuando hete aquí que los perros olfatean nueva sangre, la que teñía la grama cerca de la casa, y ladran furiosamente.

Acercóse el antiguo colono francés, y vio aquello. Lirios tronchados yacían a uno y otro lado, la grama estaba surcada como por cuerpos que son arrastrados, y manchas extensas de sangre se dibujan sobre el fondo verde como siniestro aviso de algo terrible acabado de acontecer. Acá y allá jirones de ensangrentadas telas, cabellos arrancados de cuajo. Sigue el francés la huella de tanta devastación y nota que va a dar al pozo. Examina el brocal y ve tintas en sangre sus piedras, así como los helechos que crecen en su boca, en los cuales ha quedado sujeto y flotante un pedazo de tela blanca o algún pañuelo.

Monsieur Sorapur permaneció inmóvil y con la boca abierta. Pasóse una mano por la calva frente, y apenas si podía dar crédito a lo que presentía en vista de tales elocuentes señales.

Su hijo corrió a la casa y volvió trémulo.

—No hay nadie —dijo.

El viejo colono se plantó de un salto en ella quedóse como petrificado en el umbral.

Lo que allí se veía eran las recientes huellas de la lucha que con sus verdugos habían sostenido las Vírgenes de Galindo: muebles derribados, vasos rotos: tan sólo quedaba en pie la mesita en que leía Águeda con el libro abierto aún en la página en que se hallaba cuando se alarmaron por la ausencia de su padre, un tintero, una pluma y un billetito a medio empezar dirigido a sus parientas las Acevedo.

El viejo Sorapur lo examinó todo con las manos cruzadas y en alto, revelando así su emoción y espanto.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí, bon Dieu? ¡Aquí se ha cometido un crimen horrible!... —gritó fuera de sí.

Y daba vueltas por la sala como loco.

—¿Pero quién ha podido hacer semejante cosa? ¡Matar al padre, matar a las niñas, ¡pobrecitas! —añadió con voz compungida—. ¿Y para qué? ¡Habrá sido para robarles!...

Volvió al pozo, y miró con ojos desencajados al fondo. Entonces, merced a la irradiación de la luz solar pudo distinguir bultos blancos que no dejaban duda de que los cadáveres de las infelices doncellas habían sido arrojados allí.

El viejo Sorapur pataleaba de rabia.

En esto, volvieron su sobrino y su amigo Lovelace a quienes seguían algunas personas, con la singular nueva de que, avisada la justicia, vendría a la mañana siguiente, dizque porque el auto de proceder, la autopsia y demás, no sería posible antes.

—¡Ah! ¡sacre nom...! —rompió el colono francés crujiendo los pocos dientes que le quedaban—. ¿Conque mañana ¿eh? ¡Y ni porque se trata de tan horrible crimen! ¡Y eso se llama justicia...!

—¡Venid! —gruñó después de un momento de reflexión con tono amenazador, descolgando su escopeta del hombro y dirigiéndose a todo correr a la entrada de la finca—; vamos a cazar al *haitien* aquel: porque no hay duda, haitianos han sido los que han debido cometer tan salvaje crimen. ¡Corramos!

Y los cuatro hombres salieron a escape en dirección del camino de Galindo[35].

VI
LO QUE PASÓ DESPUÉS

La sencillez de los antiguos habitantes de Santo Domingo y sus costumbres puras son notorias. Cualquier acontecimiento, cualquier incidente que saliese un tanto del carril ordinario, era un hecho que llevaba el desconcierto y la desolación a todos los ánimos. No era cosa común el homicidio; y las muy raras ocasiones en que se daba un Caín, el espanto era indecible, cerrábanse las puertas y en los consternados hogares no volvía a reinar la tranquilidad por mucho tiempo.

Recuérdese la muerte del Padre Canales.

Y dadas las circunstancias políticas de entonces, cuando había razón para temer de la irrupción de los neo-ciudadanos de Occidente, sedientos de vandálicos desastres en nuestra tierra, sabe Dios qué depredaciones, por lo que todo el que podía se hallaba con el pie en el estribo, ¡figúrese la sensación producida por semejante hecho!

Los mensajeros de Monsieur Sorapur esparcieron el terror en la ciudad con la noticia del encuentro del cadáver de D. Andrés Andújar, y el mundo se quiso venir abajo, y fue aquello peor que la aparición del cólera, cuando, en persecución del

sargento haitiano, con quien no habían topado, llegaron el mismo Mr. Sorapur y los demás.

Rodeábanlos todos, y oídos los pormenores del atroz relato, nada menos que el sacrificio de toda una familia, los hombres salían con las manos en la cabeza y las mujerucas dándose santo en el pecho, clamoreando y ofreciéndose a todos los santos del cielo.

Espanto indecible embargó la ciudad.

Los corrillos se formaban por todas partes, y digo yo que irían donde el Señor Arzobispo a proponerle tocar rogativas en desagravio de la inocencia ofendida.

En el seno de las familias había llantos y pavorosa consternación.

Los parientes de las víctimas gritaban sin consuelo.

Como a las dos de la tarde, momentos después de haber traído las nuevas los mensajeros de Mr. Sorapur, una vecina de por la Merced conversaba en la puerta de su morada con un individuo de su amistad, quien le daba noticias del suceso, y parece que estaba escaso de ellas, asegurando a su interlocutora que habían encontrado un hombre muerto en el camino de Galindo y se ignoraba quién era; lo que demuestra que fue realmente el viejo colono francés el primero que se encontró el cadáver, le reconoció y dio parte.

—Pero, —decía el hombre— es más que probable que los fautores de ese horrendo crimen hayan sido franceses (franceses les decían y dicen aún a los de *allá abajo*, esto es, el Occidente).

—¡Júrelo Ud.! —reponía la vecina con calor y gesticulando—. ¿Quién puede aquí cometer hechos así, en un camino público? Nosotros no estamos acostumbrados a ver *barbarismos* iguales. Pero desde que llegaron *esos*...

A la sazón, un haitiano que vivía enfrente, y había resistido largo tiempo en San Juan de la Maguana, llamó la atención de la vecina, pues oyó algunas frases de la conversación.

—Vecina, vecina, —díjole un tanto amoscado— ¿qué cree Ud.? Como pueden ser franceses los asesinos de ese hombre, pueden también ser españoles ¿está Ud.? (Españoles o *blancs pagnols* llaman los de Haití a los dominicanos).

La vecina hizo una mueca desdeñosa y de duda.

El que hablaba con ella se quedó mirando al intruso y dijo sentenciosamente meneando la cabeza con malicia:

—¡Ya empiezan, ya empiezan a hacer de las suyas![36]

El fiel mastín de D. Andrés Andújar había permanecido toda la noche al lado del cadáver de su amo, gimiendo, lamiéndole las heridas, y alejándose un poco en dirección de la casa, volvía a su amo con el pelo erizado y el rabo entre las piernas.

Amaneció Dios, subió el día, abrasó el sol, y fatigado y hambriento el animal, su infalible instinto le sugirió que su amo no se levantaría ya más de allí, porque la frialdad y rigidez de sus miembros le decían que estaba muerto y bien muerto; mientras que las niñas estarían aguardándoles con impaciencia y acaso habrían perecido también a manos de aquellos salvajes.

Todo esto pensamos nosotros que discurriría el perro, porque dígase lo que se quiera, los animales han de tener su poquillo de entendimiento, así, embrionario y todo. Es el caso que, dando el noble animal una última mirada triste y larga a su pobre amo, bebiéndose los vientos arrancó camino adelante, voló, saltó por sobre los derribados palos de la puerta tranquera, llegó a la casa, dio vueltas por ella, olfateó la sangre y el ambiente de sus amitas, y fue y puso las patas delanteras en el brocal del pozo, empezando a ladrar mucho con modulaciones como gemidos y sollozos, pasándosele horas en esto; y luego, dejando caer sus patas al suelo con lentitud y desaliento, fuese con la cabeza baja, cual si hubiese sufrido las emociones mismas que una persona en presencia del cuadro desolador de seres queridos que han desaparecido súbita y trágicamente.

El perro tomó con tristeza el camino de la ciudad con la cola entre las piernas y el azoramiento en la cara.

Era un perro de raza, grande y de color rojo o barroso.

Parece que acompañaba siempre a las niñas a la ciudad, según apuntamos, cuando no estaba el padre en la población.

Llegó a la puerta de las señoras Acevedo, acaso en el momento mismo en que Monsieur Sorapur subía a Galindo y descubría las huellas del asesinato de D. Andrés Andújar y sus hijas, y como la puerta estaba cerrada por ser aún hora de siesta, púsose a gemir y a arañarla.

Acababa la familia de hacer su castiza y abundante comida de las doce, y según la costumbre sacramental, disponíase a acostarse a dormir la siesta, después de haber repasado aquella más de una hora, y aun ya había quien de ellos estuviese recogido, cuando llegó a sus oídos el extraño ruido.

Asomóse a la ventana Candelaria, pues era ella; ¡y cuál no fue su sorpresa al reconocer el perro de D. Andrés Andújar!

¡El perro solo cuando no venía a la casa sino acompañando a las jóvenes! ¡No podía aquello menos de ser un mal augurio!

—¡Dios mío! el perro... —exclamó la buena mujer yendo precipitadamente a abrir. ¿Y las muchachas? añadió dirigiéndose al animal como si pudiese comprenderle ¿no han venido contigo las muchachas? decía doblando hacia adelante el cuerpo e interrogando con inquietos ojos al mastín.

Éste miró tristemente a la anciana. Metió otra vez el rabo entre las piernas y fue a agazaparse miedoso debajo de una silla.

—Vida —gritó Candelaria con agustiada voz—. Ven, mira al perro de las muchachas. Pero ellas no vienen... y ese animalito de Dios parece que tiene algo. Está azorado. Tampoco ha podido venir en pos de Andrés, porque según parece él no ha venido hoy a la ciudad, cuando no ha pasado por aquí... ¡Ay Dios mío! exclamó la buena mujer poniéndose las manos en la cabeza y dando vueltas por la sala, presa de cruel presentimiento. ¿Si habrá sucedido alguna desgracia?

—¿Que desgracia va a ser esa, mujer? —decía la hermana, la de los apóstrofes crudos a D. Andrés, que acudió en el acto—. Ven acá, —dijo llamando al animal castañeteando los dedos.

El perro la miró con igual tristeza que a la otra señora y dio un gemido agudo y prolongado, una especie de aullido. Luego salió de donde se había metido, divagó por toda la casa, y tornó a asilarse debajo de otro mueble.

—¡Misericordia! —exclamaron entonces a dúo las dos hermanas, tirándose de los pocos mechones grises de pelo que les quedaban—. Efectivamente algo ha pasado, algo ha pasado, —gritó la llamada Vida, con angustia—... ¡Rafael, Juan de la Cruz, Diego! —prorrumpió llamando a los hombres de la casa, que se esperezaban en sus hamacas.

La casa se volvió una Babel a partir de aquel momento.

Oyéronse luego llantos reprimidos y gritos ahogados.

¡Ni imaginar podían aquellas mujeres que cupiese desgracia alguna a sus queridas niñas Águeda, Anita y Marcelina.

Sin embargo, el presentimiento cruel de inmensa desgracia no las dejaba sosegar.

Los rumores de haberse encontrado un hombre asesinado en el camino de Galindo y que débilmente había comenzado a

esparcirse desde las dos de las tarde, o poco antes, debido a las primeras noticias traídas por los compañeros del cazador francés, esos rumores, digo, fueron tomando cuerpo y acabaron de adquirir con el testimonio de Monsieur Sorapur y compañeros, las proporciones desoladoras de la terrible realidad. Así llegaron y penetraron con implacable saña bajo el tranquilo techo que abrigó la infancia de las Vírgenes de Galindo, allí en aquella casa que todos podemos contemplar aún y que no ha sufrido mutación alguna.

Entonces los llamados Rafael y Juan de la Cruz Acevedo y Diego Quero se acompañaron con quien quiso seguirles y pusiéronse en marcha para Galindo, pasadas las dos de la tarde, cuando Monsieur Sorapur y los suyos se hallaban todavía en la quinta.

En el camino tropezaron con el cadáver del padre que rodeaban algunos curiosos, pero que nadie osaba mover, porque la señora justicia de ultra-fronteras aún no había creído conveniente aparecer por allí.

Siguieron desolados para la *estancia*, atestado ya el sendero por personas que hacían esa peregrinación con los ojos húmedos y los cabellos erizados, en religioso silencio.

Vieron los surcos en la grama, la sangre ennegrecida en ellos, las hormigas chupándolas, los lirios tronchados, los jirones de vestidos, los cabellos enredados en las yerbas, el pozo barreteado de rojo color, el flotante pedazo de tela blanca, y los bultos de los cadáveres de las pobres niñas allá en el fondo.

Jadeantes entraron en la habitación. ¿Qué vieron? Las mismas señales de la lucha impresas allí que vio el anciano Monsieur Sorapur, y la mesita, el libro, el tintero, la pluma y el billetito principiado; todo lo cual recogieron con respeto, como miembros que eran de la familia, pues esas reliquias servirían de triste recuerdo de las que fueron las Vírgenes de Galindo.

Además, uno de ellos recogió a la entrada un rizo de pelo y una peinetita de las que se usaban entonces llamadas *a la bombée*[37], y que debió desprenderse del peinado de Águeda.

Imposible pintar el dolor de las buenas mujeres a la vista de aquellas reliquias, y cuando se les confirmó la violenta muerte que sufrieron sus queridas niñas.

¡Y allí fue el comparar su martirio con el de Santa Justina y con el de Santa Filomena y otras mujeres de la historia, y allí el

maldecir, lamentándola, de la temeridad de D. Andrés Andújar por no haber sacado a sus hijas de aquel monte, y renegar de la hora de la infausta invasión haitiana, y el arrojarse por los suelos, y el llamar la muerte, y el clamar venganza a los justos cielos!

Luto hubo y desolación también en casa de Doña Jacinta Cabral, quien quería a esas niñas como hijas de sus entrañas.

Fue, en suma, un día de juicio para la ciudad entera.

Desde entonces, el fiel mastín se quedó en la casa de las Acevedo, y recibió el nombre asaz expresivo de *Te escapaste*, por haber salido bien librado y en memoria del triste suceso.

Los comentarios en tanto menudeaban y las sospechas recaían naturalmente sobre haitianos.

VII
DE TRISTIBUS

Eran las seis de la mañana del día 31 de mayo de 1822.

El cadáver de D. Andrés Andújar yacía tendido aún en medio del sendero, y allá, en el fondo del pozo de la quinta los despedazados troncos de sus tiernas infortunadas hijas.

Multitud de pueblo hervía en derredor de los tardos ministros de la ley que con lentitud de tortuga se dignaban moverse entonces en demanda de las huellas de tan insólito crimen.

Era una como procesión que, saliendo por la puerta de San Diego, cubrió el camino del *Alto de Galindo*.

Iban en la comitiva hombres forzudos provistos de grúas y cordajes. Instalados los jueces y autoridades en el lugar del siniestro, después que de paso examinaron y recogieron el desfigurado cadáver del padre de las niñas, reconocieron las manchas de sangre, así como las señales del homicidio sobre el brocal y dentro del pozo, reunieron los pedazos de tela y los cabellos que habían esparcidos, levantando el acta correspondiente; y por último, ordenaron que se procediese a la extracción de los cuerpos de la húmeda y honda sepultura que les dieron los desalmados verdugos.

Ya era tiempo, porque las emanaciones pútridas se empezaban a notar, y zumbaban los moscones formando asqueroso enjambre.

La ansiedad y el horror se apoderaron de los circunstantes.

Atáronse las poleas, dispusiéronse las grúas, enjarretaron los fuertes cables, y un hombre, atado por la cintura, se balanceó en la oscura boca del hondo cilindro y desapareció, mientras otros iban arriando soga[38].

Diez, veinte, treinta minutos de anhelante expectativa. El cable se movía convulsivamente como si debajo atasen con fuerza alguno de los cadáveres, y por fin se dio desde el profundo la voz de ¡hala!

Vigorosamente tiraron de la cuerda los de arriba.

Sobre la boca del pozo apareció una cosa informe atada al extremo.

Un grito de horror se escapó de todos los pechos.

Depositaron aquello en el suelo.

Era un tronco humano envuelto en desgarradas vestiduras interiores femeniles a trechos tintas en sangre. Acercáronse todos y vieron con espanto que faltaba una pierna a aquel cuerpo, y que la sangre y los revueltos, largos y castaños cabellos cubrían el rostro.

Separaron los cabellos y limpiaron la sangre, y la faz cadavérica de una joven bellísima apareció a las atónitas miradas.

Casualmente, el operario había acertado a enviar el cadáver de la mayo de las tres niñas.

Aquellos informes despojos, mutilados por la barbarie, profanados después, según se afirma, por la brutalidad de unos monstruos, era lo que restaba de la interesantísima Águeda Andújar.

De los que estaban más próximos, y limpiaba con febril emoción con su propio pañuelo el rostro inconocible de la infortunada niña, era aquel Rafael Acevedo, que era su prometido, y que en la noche de la tertulia de Doña Jacinta Cabral en que le vimos, le hablaba de amor con entusiasmo.

Al descubrirse la faz agraciada de Águeda en la cual parecía que un sol acababa de eclipsarse, Rafael hizo abundante llanto, y se inclinó a besar la mustia frente, extremos de dolor en que hubieran querido acompañarle los presentes: ¡tan conmovidos se hallaban!

Continuaron sacándose informes cuerpos, y cada vez que salía uno y se balanceaba en el espacio, mirando que eran de criaturitas, desencajábanse los ojos, crispábanse los puños y

murmullo de horror se esparcía como hálito envenenado por todas partes.

La emoción producida en los circunstantes no es fácil de describir.

A la natural compasión uníase sorda ira reconcentrada, creídos como estaban de que los perpetradores eran haitianos, porque el instinto infalible del pueblo había señalado uno, dos o más entre ellos, ira que era fermento del odio de una raza hacia la raza enemiga eterna del nombre quisqueyano, y a la vista de aquellos cuerpos medio corrompidos ya, hirvió en los pechos de los circunstantes la hiel con que amasó tal levadura el patriotismo sublevado ante igual espectáculo que recordaba la degollación de Moca y de millares de hermanos nuestros inmolados por los vándalos de Occidente; y que desde aquel momento mismo se sintió hondamente herido en la persona de aquellas tres inocentes víctimas.

Nadie sospechó entonces que semejante iniquidad conllevase primero la ruina de la sociedad dominicana con la emigración de nuestras más distinguidas familias y preclaros ingenios, que apresuró, si no determinó enteramente aquel hecho, pues nadie se creyó seguro, y después la lucha de los dos pueblos de la isla, titánica, secular, a muerte.

Tanto es así, que no hay episodio más conmovedor, página más elocuente, leyenda más popular, testimonio más vivo y símbolo más caracterizado de la línea moral divisoria y del abismo que separa a este pueblo del de Haití, así como del odio intenso que por Haití apacientan los dominicanos.

En lo que verifican la extracción de los cuerpos, la muda, que se había refugiado desde la aciaga hora del crimen en los montes, subida en un mamei copudo, se presentó allí, causando nuevo y extraño efecto en los que presenciaban estas escenas, y con gestos desesperados indicó al Juez que uno de los asesinos llevaba galón al brazo y dando además a entender el ultraje hecho al pudor de las víctimas.

Terminada la triste operación, recogidos los miembros y puestos los mutilados cadáveres de las infelices niñas junto con el de su padre ¡tan inútilmente esperado por ellas la infausta víspera! sellóse por el Juez de Paz la casa y se emprendió la fúnebre marcha en religioso silencio, no interrumpido a veces sino por las furiosas protestas de los exaltados.

¡Primeros ímpetus patrióticos del pueblo recién independizado de sus mayores y recién pisoteado por una sediciente nación bárbara!

La muda iba delante de las andas retorciéndose los brazos de dolor.

La comitiva echó por la Atarazana y entró por la puerta de este nombre, encaminándose hacia la iglesia de Santa Bárbara.

Salían a ventanas y puertas las desoladas mujeres, cubriéndose el rostro horrorizadas al pasar los sangrientos despojos de toda una familia.

Las campanas del templo empezaron a doblar.

Grita inmensa y clamoreo se levantó por todas partes: los sollozos estallaban y corrían las lágrimas de un pueblo entero.

¡Oh día terrible!

A la puerta de la iglesia, el venerable Padre Ruiz esperaba revestido, rodeado de acólitos, y con cruz alzada.

El fúnebre tañido de las campanas vibraba en el espacio; dentro del templo rompía el canto solemne del *Dies irae*; caía el agua lustral sobre los cuerpos de las víctimas; y el incienso en espirales densas envolvía los sangrientos jirones de sus vestidos.

Descubiertas las cabezas, lloraban los hombres y sollozaban las mujeres; y las maldiciones brotaban del fondo de los corazones como lavas reprimidas de volcán hirviente.

Señalábanse allí el amante de Águeda, que se desesperaba, y las señoras Acevedo y Da. Jacinta Cabral, las cuales sufrieron vértigos y desmayos.

Abierta estaba la amplia fosa que debía recibir los restos de las Vírgenes de Galindo y de su infeliz cuanto culpable padre, en el mismo patio de la iglesia, que se recordará era cementerio. Uno después de otro allí cayeron, y todos se disputaron el triste deber de arrojar una paletada de tierra sobre ellos.

Cuando se echó la última, la muda se sentó sobre el montículo que formaba la tumba, y metiendo la cabeza en las rodillas empezó a sollozar.

No faltaba allí más que el fiel mastín para completar el cuadro.

.....

VIII
EL JUICIO

A raíz de la ocupación haitiana, mayor gravedad revestía el suceso inaudito de Galindo, máxime señalando la opinión, como señalaba, a haitianos por principales fautores.

Así es que el gobierno intruso trató de echar tierra al asunto, según dicen, y tarda anduvo la justicia en averiguar semejante crimen.

Pero existía un testigo ocular, que aunque privado del habla, clamaba tenazmente en su lenguaje por venganza y reparación.

Corre válido que para satisfacerla, el gobierno ordenó una parada de las tropas de la guarnición en la plaza de la Catedral, a fin de que designase a los culpables, y que la muda aulló al ver al sargento que había encontrado Monsieur Sorapur fingiendo que cazaba en el camino de Galindo.

Condujéronla, dicen otros, al tribunal del Juez de Paz, que residía en una casa sita en la esquina Sudeste entre las calles del Arquillo y del Estudio a una cuadra de la Catedral.

Era el Juez aquel Maestro Javier Cruz, uno de nuestros tipos populares más notables.

Allí dizque le presentaban uno a uno los militares de la guarnición haitiana, parece que pertenecientes a las tropas acantonadas en el ex-convento dominico, y ella, aullando como desesperado can, señaló a un sargento que más adelante conoceremos y a otro soldado.

Mas sea esto o no verosímil, la justicia obró muy de otra manera.

Estamos en pleno tribunal.

Va a tener efecto la vista de la causa de los presuntos reos del crimen de Galindo, y la multitud se agolpa desde temprano en aquel lugar.

Los graves Magistrados, en sus curules, el Comisario de Gobierno, que hace veces de ministerio público en la suya, y el *greffier*, o Secretario, aguardaban a los acusados.

Allí está ya la muda, la doméstica Isabel, como reza el único documento que existe de esa ruidosa causa.

Está vestida de luto, llorosa, impaciente, y gesticula con furor.

—¡Ya vienen! ¡ya vienen! —claman cien voces fuera del recinto del tribunal.

Y en efecto, con lujo de fuerte escolta preséntanse cuatro hombres, algunos de faz patibularia, y ocupan el banquillo de los acusados.

Todas las miradas se fijaron curiosamente en ellos; y siguió un murmullo poco satisfactorio.

No estaban allí los que la opinión señalaba, pues ninguno de los reos era haitiano.

Sin embargo, esperaron a ver en qué paraba aquello que juzgaban miserable engañifa y ruin comedia.

Llamábanse los reos Pedro Todos Santo Cobial, Manuel de la Cruz, Julián Mateo y Alejandro Gómez.

Empezó el juicio.

El proceso, que era voluminoso, fue leído a los reos de *verbo ad verbi* en medio del religioso silencio.

Luego se les interrogó; pero nada se sacó en limpio. El presidente indicó a la muda que se reconocía en ellos a los asesinos de la familia Andújar, y con gestos de horror y movimientos afirmativos de cabeza reiterados, "de un modo claro y perceptible", dio a entender que ellos eran.

Recuérdese que la muda estaba dentro de la casa, que había luna clara, que se subió a un mamey cercano desde donde pudo distinguir bien lo que pasó, y que los asesinos se entretuvieron bastante en la operación de desmembrar los cuerpos de las víctimas y arrojarlos al pozo. Por eso, no era fácil que se equivocase la muda al señalar a aquellos miserables como fautores, y es lo probable que así fuese; pero ella también había señalado ya desde el principio, y continuó señalando a un individuo militar (indicando que llevaba galón al brazo) y a otro más; y consta que en los primeros días de la ocupación no había otros militares en servicio que haitianos.

¿Por qué pues no estaban entre los presuntos reos aquellos dos?

Para todos era evidente que el gobierno intruso, por no convenir a su política, alejaba la culpabilidad de sus nacionales: así es que el tribunal, obrase como obrase, en tanto que tenía cuidado de hacer notar que la muda acusaba a Cobial y comparsa de un modo claro y perceptible, no hacía caso ni poco ni mucho de las indicaciones de la muda respecto de otros, no obstante sus reiterados gestos.

El público no estaba por consiguiente satisfecho, y por su parte los reos negaron en regla.

Seguidamente los defensores leyeron sus conclusiones, y los acusados se defendieron también como pudieron. Pasaron los jueces a deliberar; haciendo antes que condujesen los reos a su prisión.

Digamos algo de estos miserables. El Cobial y el Cruz tenían malísima fama: eran compañeros inseparables, de condición relajada y "notados de ladrones", según la sentencia. Del primero se decía que había sido ya homicida, e instigador para una revolución contra el bárbaro dominador; y en cuanto al Cruz, amaneció con la camisa llena de sangre después del último día de pascua, en que se suponía cometido el hecho; lo que disculpó él diciendo que era efecto de una pequeña herida en un dedo.

Consta que Cobial, Cruz y Gómez, se reunieron en la noche del último día de pascua en la calle del Conde y salieron así afuera: y apremiados para que dijesen dónde habían pasado las últimas noches de los días de Pentecostés, en que se suponían verificados los múltiples crímenes de Galindo, incurrieron en manifiestas y maliciosas contradicciones.

Había en la danza un caballo robado en la misma quinta teatro de semejantes acontecimientos, que "amaneció en casa de Cobial", y que aparecía ya en poder de uno, ya de otro de los culpables, y que por fin se dijo que un José María (que debió ser un tal E... que después conoceremos) era el que lo había vendido a Pedro Todos Santos Cobial. Pudo ser, porque, según se verá al fin, el tal E... era de los principales de la partida, y a quien hemos presentado caprichosamente en el conciliábulo del cuartel.

Faltaba saber si ese caballo era el mismo que montaba D. Andrés Andújar, lo cual no es difícil.

Además, Cobial, Cruz y otro se presentaron en la casa de un señor Manuel Alonzo Abreu a quien acecharon para matarle a fin de que "no lo descubriese" (a Cobial) armados de sables, cuchillos y pistolas, como ellos mismos lo declararon.

Con tales dudas, vacilaciones y "ansiedades", y a pesar de ellas, aunque no aparecía "probado de un modo legal que ellos han sido los autores del asesinato de Andújar y su familia, los indicios y circunstancias que obran en su contra son tales que persuaden" leyóse la tan esperada sentencia.

Por ella se condenaba a Pedro Todos Santos Cobial y Manuel de la Cruz a diez años de reclusión, y a Alejandro Gómez, a cinco

años de trabajos públicos, y que el proceso siguiese su curso contra el ausente José María en rebeldía y contumacia; y en cuanto al Julián Mateo, que era pariente político de D. Andrés Andújar, y gracias a que la muda o la doméstica Isabel (que era la brújula de este asunto siempre que de haitianos no se tratase), manifestó en el juicio clara y terminantemente que no tuvo parte en el hecho, se le condenó a dos años de trabajos públicos. Púsose además en libertad a una María Josefa que vivía en casa del Cobial, y contra quien se presumía complicidad.

Cualquiera ve que el tribunal obró desacertadamente. Si como jueces de derecho, ellos mismos declaran que no estaba probado "de un modo legal", y entonces, si acaso, no procedía aplicar más que penas correccionales; si como Jurado, o jueces de hecho, que era, según las trazas, del modo que estaba constituido ese tribunal, no había la convicción suficiente aunque un solo testigo depusiese (que legalmente no era tal testigo), para condenar a rigurosas penas criminales a lo menos, a Julián Mateo, a quien a pesar de salvarle la vida la muda y de todo, se le aplica pena aflictiva e infamante, cuando en el hecho y en derecho procedía su absolución...

En resumidas cuentas, es el caso que no hubo pruebas, ni siquiera el conjunto de indicios vehementes que pueden llevar la convicción al ánimo del juez y constituir así una prueba legal, conforme a la doctrina jurídica, a pesar de "los indicios y circunstancias que persuaden" invocados por el tribunal; y por tanto, el pueblo no hizo gran caso de estos presuntos reos y se quedó firme en sus trece creyendo que, si no todos, haitianos tenían que ser los principales fautores de la tragedia de Galindo, y en este supuesto y general creencia se basa la tradición de las *Vírgenes de Galindo*, que ha servido, según ya significamos, de tema y medida del odio de nuestra raza hacia la que ocupa los límites occidentales de la isla.

Algo o mucho de eso habrá.

Y de que hubo indignos hijos de este suelo, asesinos vulgares, en el negocio, los hubo indudablemente.

Acaso se quiso envolver en sombras semejante crimen por los interesados en ello; y así es que el misterio encubre aún a los verdaderos perpetradores de él.

Mas el instinto del pueblo es infalible; y puede que no se equivoque.

XI
EPÍLOGO

Una tarde iba a caballo por la calle del Tapado (hoy San José) un hombre de color, negro pur sang, grueso y bajetón.

Era haitiano y vestía uniforme de capitán de artillería.

Distraído andaba; y al bruto se le antojó encabritarse en mitad de la calle que parece un barranco por las altas aceras, socavado piso y mucha y removida arena, obra de los torrentes que cuando llueve bajan por ahí al mar.

Era jinete sin duda el *mañé*; pero el diablo del animal se había propuesto ese día hacer una de las suyas, y el hombre, parece, estaba *de mala*; es el caso que, cabriolas van y cabriolas vienen ¡paf! arrojó a su amo de un bofe formidable contra las paredes de las casas. Mas él, lejos de quedar hecho una masa inerte, se levantó por sí mismo con bastante ligereza limpiándose el uniforme.

Acudieron en su socorro los vecinos, aunque mañé y todo, y una señora le ofreció agua; pero el capitán, con la parodiada cortesía francesa que han heredado los seudohaitianos, aseguró que aquello no era nada, y para probarlo agarró al caballo por la brida y le dio una *fuetiza* en regla, después de lo cual, montó de un salto, y saludando a los embobados vecinos, castigó también con la espuela al animal que arrancó calle arriba.

Pero esto no era más que un alarde.

El capitán volvió en seguida a casa, mas sin poderse mover de la silla, siendo menester apearle.

Este tal se llamaba L... y era conocido por el capitán L...

Vivía en el extremo de la calle dicha, a la izquierda, viniendo del norte, que antes era un yermo frente al mar, y donde había un pequeño bohío, lugar conocido entonces por *El jardín de Laferrier*, y más tarde por *El jardín*.

Asaltó pues a nuestro capitán grave quebranto, y empeoró de tal suerte, que pronto se desesperó de salvarle.

Padecía horribles delirios; y hacía gestos angustiosos como si apartase de sí algo.

—¡Quítenme de ahí esas niñas! ... ¡quítenmelas! —balbuceaba el enfermo.

Su esposa, buena mujer, creía que aludía a la Virgen, y naturalmente llegó a figurarse que su esposo moriría cuando menos en olor de santidad con tan beatífica visita.

Referíalo así; pero el pueblo empezó a sospechar fuertemente que lo que perseguía al haitiano era las sombras de las inmoladas *Vírgenes de Galindo*, cuyo principal verdugo había sido él, según los rumores que desde un principio habían corrido.

Hízose pues general la sospecha, y todo el mundo acudía al *Jardín*.

—¡Son las *Vírgenes de Galindo* que se le aparecen! —comentaban todos—. ¡Gran pecador será él para que Nuestra Señora vaya a visitarle, según dice su mujer! añadían con visible disgusto.

No hay que decir que el digno capitán L..., sargento en la época del asesinato, murió en pocos días, llevándose el secreto de su crimen, si como indicaba la voz populi él había sido el principal fautor, el mismo que hemos indicado en la narración.

Se cree que todo el que la hace la paga, y que aun estando en este bajo suelo, que dicen los poetas, comienza la expiación, lo cual, a la verdad, no sería mala justicia si tocara a tanto bárbaro, y no se limitase luego a los más mansos y pobretes, así como a los más útiles.

Sea de ello lo que fuere, había otro individuo haitiano, sargento también cuando el suceso aquél, y en la época a que aludimos teniente de artillería, el cual tuvo desastroso fin.

Reuníanse una tarde para el ejercicio en los cuarteles de la Fuerza.

El teniente, a quien llamaba según algunos, Condé, se encaminó al segundo patio, o sea el del Arsenal, y se sentó confiadamente en el reptil, quizás para disfrutar mejor del fresco que allí hacía.

Por mal de sus pecados parece que se durmió, porque sin saber cómo se cayó de espaldas.

Acudieron, le sacaron, y vieron que, a más de una grande herida, tenía partido el coxis.

Condujéronlo al hospital más muerto que vivo.

En el hospital murió comido de gusanos el infeliz teniente.

A este otro también le había señalado el pueblo como asesino de las *Vírgenes de Galindo*.

—¡Justo castigo! —decían.

Y ya iban dos.

Algo de cierto envolverían tales acusaciones, porque varios testimonios hay de que al menos dos haitianos estaban en la danza, aun cuando se afirma de igual manera que la mayor parte era gente mala del país, de los alrededores de Galindo o bien de esta ciudad.

Sólo que, mientras fue por un lado empeño del gobierno intruso echar toda la culpabilidad a los nuestros, por otro el pueblo señalaba únicamente a los haitianos, muy en singular a esos dos militares, trágicamente muertos.

Hay versiones de que no fue en la Fuerza donde pereció el segundo de éstos, sino en su morada que quedaba en un gran edificio frontero a la puerta de esos cuarteles, esquina Este, ayer en ruinas, y donde hoy reside la logia "La Fe N° 7". Dícese que entró ebrio, y encaminándose hacia un lugar, se encaramó en el brocal del pozo, y cayó.

Pero en el uno o en el otro pozo, pozo fue el que se tragó al segundo de los señalados, y comido de gusanos murió. Hay quien diga que se volvió loco, y se golpeaba contra el cepo.

Corría el año de 1855.

Dos jefes de alta graduación, D. José Joaquín Puello y D. Juan F. Aybar, general el primero y coronel el segundo, iban un día camino de Moca, en el Cibao.

Llevaban orden de reorganizar el ejército.

Una vez en la villa, que se distingue por su mucha cultura y espíritu progresista, procedióse a revistar tropas.

Entre los revistados, o que se presentaron, había un hombre que sin saberse por qué, se recataba un poco, bajando hasta los ojos el sombrero de anchas alas que llevaba.

En la lista militar, aquel hombre respondía por el nombre de Rodríguez.

En una de las revistas, paróse por delante de él D. Juan E. Aybar y le preguntó del mismo modo que a los demás.

—¿Cómo se llama Ud.?

—Rodríguez.

—¡Oh! —exclamó asombrado el coronel— ¿Ud. no se llama E.?

—No señor, —contestó en tono resuelto el interpelado, palideciendo intensamente.

E hízole una señal de inteligencia, suplicándole al mismo tiempo en voz baja que no lo descubriese.

No sabemos si diría el motivo; y parece que el coronel Aybar quiso ser muy condescendiente, o alguna razón tendría para no comprometer a aquel hombre, quizás ignorando sus hechos.

¿Quién era el supuesto Rodríguez?

No era natural de Moca, y allí se había aparecido a raíz del desdichado drama de Galindo.

Su verdadero nombre era José María E..., a quien señalamos muy particularmente en la entrevista del cuartel del ex-convento dominico.

Pocos años después, se consumaba el cobarde atentado de la anexión a España, condenada por los mismos españoles.

Era a principios de mayo de 1861.

El descontento público se advertía ya; y así fue que los patriotas, restauradores en agraz, se dispusieron a proclamar resueltamente la República en aquella villa.

El general Suero, el *Cid dominicano*, como le tituló creemos que La Gándara por su valor increíble, mandaba allí y había que pasar por encima de su cadáver para arrancar el pabellón extranjero de donde le puso traidora mano el infausto 18 de marzo.

Presentóse audazmente entre los conspiradores, machete en mano, sorprendió sus planes, y se trabó una tremenda lucha cuerpo a cuerpo.

Sangre dominicana fue la que primero corrió en brega tenaz y porfiada por sostener unos y destruir otros la anexión española.

El general Suero salió herido de gravedad, pero los patriotas tuvieron que abandonar el pueblo.

Santana recogió tropas del Seibo, se dirigió a Moca, y empezó "a practicar pesquisas e indagaciones sobre el origen y alcance de la fracasada insurrección".

Santana, "cediendo a sus añejas preocupaciones de dictador americano, creyó que aquella manifestación del espíritu público podía ahogarse en sangre", y decretó fusilamientos despiadados.

Entre los infelices destinados al sacrificio estaba un hombre que parecía más abatido que otros, pero sin duda más bien a causa de angustias morales que por miedo.

Noche cruel halló a los reos en capilla.

El que hemos singularizado, yacía a la vacilante luz que iluminaba aquel estrecho lugar con la cabeza entre las manos, y como presa de remordimientos.

Hubo de notarlo uno de sus compañeros, y le dijo un tanto disgustado:

—¿Tienes miedo, E...?

Hizo éste un signo negativo con la cabeza, y no contestó.

—¿Pues qué tienes entonces? —repuso el otro—. Acuérdate de que somos dominicanos y vamos a morir por la Patria.

—¡Yo!... —balbuceó el reo... —¡sabe Dios lo que me aqueja!

—¿Tienes familia, tienes hijos que dejar? —le preguntaron otros.

—¡Psché! tal vez, —murmuró E... contrariado—. Pero lo que más me duele es... algo que aquí tengo.

Y se levantó al decir esto, poniéndose una mano en el pecho, y comprimiéndoselo con angustia.

Los demás se miraron curiosamente.

De súbito, volviéndose E... a sus compañeros de infortunio, y como quien toma una resolución:

—Voy a morir, —dijo— y no debo guardar secretos criminales. Sepan ustedes...

Los otros abrieron los ojos volviéndose todo oídos.

—Pues sepan ustedes que yo fui de los que... de los que... mataron a las *Vírgenes de Galindo*...

—¡Tú, tú! —exclamaron casi con horror los demás, señalándolo con el dedo.

¡Tanto había impresionado a todos el insólito hecho!

—¡Sí, yo señores! Hice mal; y me arrepiento ahora.

Acercóse luego al altarito levantado para los reos en el cual ardían cirios delante de un crucifijo, y allí con la faz torva y las manos crispadas y convulsivamente enlazadas, pensó acaso en rezar por la primera vez en su vida.

Los reos se alejaron maquinalmente de él cual si hubiesen tenido a la vista un animal dañino.

Después, vencidos sus primeros escrúpulos, reuniéronse a él nuevamente para preguntarle los pormenores del infausto suceso, y cuando terminó, díjole uno con cierta solemnidad:

—E..., vamos a morir por la causa de la Patria, y tú la deshonras con tu muerte, porque espiarás un crimen. Pero E... ¡Dios te perdone!

—¡Dios te perdone! —murmuraron los demás.

Al día siguiente caían con gloria las primeras víctimas de la Restauración de la República.

Entre ellos había sucumbido el tercero de los verdugos de las *Vírgenes de Galindo*, si no mienten las crónicas; sin embargo de que el pueblo no le señalaba a él como tal, siendo acaso el más culpable.

Y así dio fin el sangriento drama de Galindo.

COSAS AÑEJAS.

TRADICIONES Y EPISODIOS DE SANTO DOMINGO,

POR

D. CÉSAR NICOLAS PENSON.

CON UN PROLOGO DE DON MANUEL DE J. GALVAN.

ILUSTRACION

DE

Los mejores artistas nacionales.

ENTREGA 7ª

PRECIO:

15 centavos mejicanos.

SANTO DOMINGO.

IMPRENTA QUISQUEYA

5—COMERCIO—56

1891.

AL RECIBO DE CADA ENTREGA

Facsímil de la séptima entrega de *Cosas añejas*.

NOTAS

DRAMA HORRENDO O LA MANCHA DE SANGRE

Suministraron los datos de esta tradición los señores D. A. L. y D. J. A. B. La señora madre del primero la oyó referir a la suya, y ésta a la misma protagonista; y en cuanto al segundo, fue a su señor padre, a quien lo dijo la partera con todos sus pormenores, que omitió al comunicarlo a otras mujeres.

1.-D. Esteban Pichardo y Tapia, dominicano nacido en Santiago de los Caballeros el 26 de diciembre de 1799, emigrado a Cuba de edad de año y medio, fue abogado, filólogo y geógrafo. Escribió poesías, poéticas, novelas, informes, memorias, una obra sobre caminos de la isla de Cuba, un plano topográfico de la misma, notas cronológicas ídem, un itinerario general de la isla, una geografía de la misma, una gran carta geo-topográfica de Cuba, aprobada por todas las entidades científicas y motivo de honrosas manifestaciones del gobierno, unos Autos acordados de la Audiencia de Puerto Príncipe, artículos de historia natural, etc., y trazó los planos de la bahía y ciudad de Matanzas. Desempeñó comisiones técnicas, fue secretario de la Comisión provincial del censo, y mereció un premio de la Academia de Ciencias de La Habana. En el año 36 dio a luz la primera edición del *Diccionario provincial casi razonado de voces cubanas*, del cual se hizo 2ª edición en 1849, 3ª en 1860 y 4ª en 1875; obra que tiene el mérito de haber sido la primera de su género escrita en América, y utilísima. Nos ha parecido conveniente dar estos apuntes sobre tan célebre dominicano por no ser bien

conocido como escogida gloria nuestra, y haber sido el precursor de los Cuervo, Zorobabel Rodríguez, Pedro Paz Soldán y Unanue, (Juan de Arona), B. Rivodó, José D. Medrano, Rafael Uribe U. y otros en materia de americanismos, y citado por todos. —El referido autor, (*Dicc.* 4ª edición, Habana, 1875, pág. 250), dice lo siguiente: "Planta perenne comunísima... y en Baracoa piñuela; por el estilo del *magüey* o de la *zábila*, desde el suelo despide en macolla *sus pencas* u hojas correosas, largas como espadas de una a dos varas y anchas de tres pulgadas, más o menos, desde su base angostando insensiblemente hasta terminar en punta, con espinas corvas en sus dos bordes a manera de sierras de dientes muy separados: cada mata echa del centro un racimo erecto, cónico, de frutos apiñados, tamaño del huevo de paloma, que tienen la cáscara áspera y amarilla cuando maduros y dentro la médula blanca, agridulce, sumamente ácida, que sirve para las lombrices. Llámase *piña de ratón*;... efectivamente es preferida de ese animalillo que se guarece y cunde en las *mayas*. Dondequiera que se arroja una, prende y se propaga, cerrando tanto y tan pronto, que por esta razón y por sus cenizas se emplea para cercas o vallados. (*Bomelia Pinguin*). Sauvalle distingue la *piñuela* (*Nidularium karatas*, Lem.) Hay otra, *Morinda royoc*, L, que Descourtilz describe con el nombre *Poioc rhubarbe*".

2.-Llamamos *estancias* a nuestras quintas de recreo y sitios que por lo regular dan a un camino, cerca de poblado, y en que se cultivan frutales, frutos menores, y hortalizas, se crían aves, se tienen algunas vacas de leche, etc. Las hoy valiosas y de mucho tono entre la Capital y San Jerónimo, camino real. También en Cuba se da este nombre a haciendas pequeñas por el estilo de las nuestras. (V. Pichardo, obr. cit., pág. 143).

3.- El *mantuanismo* era, como si dijéramos, nuestra antigua nobleza; y lo constituían las familias distinguidas y linajudas. Hoy podría decirse de las familias principales, sobre todo aquéllas cuyos ascendientes son de buen origen. A tal grado de importancia llegó, que como dice D. Antonio Del Monte y Tejada, nuestro historiador (*Hist. de Santo Domingo*, II, cap. IV., págs. 75-76), orgullosos los *mantuanos* con el simple título de *Señor Don*, desdeñaban los títulos de Castilla, de que sólo hubo uno, D. José Guzmán, Barón de la Atalaya, natural de la isla, y que a consecuencia de la cesión de ésta, de riquísimo

propietario que era, fue a Cuba a cortar leña para subsistir. A propósito de este vocablo, dice D. Arístides de Rojas, citado por D. Baldomero Rivodó (*Voces nuevas de la lengua castellana*, París, 1889, parte sexta, págs. 253-54): "El vocablo *mantuano* (y de éste *mantuanismo*), trae su origen de los mantos que acostumbran llevar los caciques indígenas y las hijas de éstos. Hay otro origen y viene de que las señoras de Caracas que pertenecían al mantuanismo, se cubrían la cabeza con la doble falda del camisón trayéndola de atrás hacia alante. Hasta ahora cuarenta o cincuenta años se veía en las calles de Caracas una que otra señora así cubierta".

4.-Trae su nombre esta calle del gobierno del Almirante Virrey Don Diego Colón, quien llegó aquí recién casado con Doña María de Toledo, con una numerosa escuadra, y gran boato. Le acompañaba un cuerpo de alabarderos para su guardia, y un sinnúmero de hidalgos y ricas hembras de las principales casas de Castilla. Estas últimas esperan encontrar matrimonio ventajoso en la floreciente colonia Primada de las Indias y cuna de América. El lujo y la pompa desplegados, las maneras aristocráticas y el ceremonial de corte hicieron que se apellidase al gobierno de D. Diego la *Pequeña Corte*. Como el Virrey Almirante vivía con su casi regia consorte (la poderosa casa de Toledo estaba emparentada con los Reyes Católicos) en la torre del *Homenaje* y la nobleza en esa calle, por lo cual todas esas casas-palacios tenían escudos de armas que destruyó el salvajismo haitiano, tomó de ahí el nombre de las Damas, hasta el 21 de marzo de 1859 en que el Ayuntamiento le dio el nombre de Colón en honor del Almirante viejo. Sin embargo, conócesela con ambos nombres indistintamente.

5.-Las casas avecindadas a la orilla del río, cerca de su embocadura, parten desde la que era, según se presume, y es más que probable, mansión de Ovando, por él edificada como otras muchas y famosas en esa calle, casa que hoy ocupa la Gobernación y donde estuvo hasta julio de este año de 91 la Comandancia de Armas. La margen del río en esa parte, hasta la Capillita de Los Remedios, propiedad de la familia Coca, emparentada con la de Rocha, que está en esa línea, es muy escarpada y casi cortada a pico, no habiendo más parte de playa que el lugar que llaman *El Tanque* (corruptela de estanque) el cual queda al bajarse el terraplén que es la salida al río de la

antigua casa o palacio del Comendador de Alcántara. Como esas casas están a toca penoles con la Fuerza, en una misma paralela, domínase desde algunas de ellas parte del mar o sea *El Placer de los Estudios*, ensenada anchurosa que entre las puntas de Caucedo y Nizao forma la ría o puerto de la Capital, y el Ozama hasta el ángulo que hacen las altas rocas cubiertas de vegetación de la derecha.

6.-Término que no se hallará en los diccionarios. Lo usamos, porque, en primer lugar, es voz de nuestra habla vulgar, popular, provincial o jurisdiccional, según quiere B. Rivodó que se diga; usada por el vulgo ínfimo y sobre todo por los campesinos (que son en su mayoría descendientes de los antiguos esclavos), pero acentuando en la primera sílaba; y en segundo lugar, porque D. Pedro de Alarcón, escritor autorizado, en su novela *El niño de la bola* dice *Señá*, la *señá* y *ña* fulana. ¿Por qué no también *Señó*, refiriéndose a hombres, cuando una y otra voz son como abreviaciones de la gente vulgar para dar un tratamiento a las personas de igual clase y sobre todo de edad? Van a hablar de autoridades de nuestra América, que son las que deciden en esta materia. "En Chile, y probablemente en toda la América, *señor* es tratamiento que se da a las personas de respeto por su posición social, sean o no de avanzada edad, y *ñó* o *ñor* y *ñá* se anteponen por lo común al nombre de aquellas personas que, siendo pobres o plebeyas, merezcan por sus años o estado algo más que el insolente *tú* de quien les dirige la palabra" (Zorobabel Rodríguez, *Dicc. de chilenismos*, pág. 331). "Ño, ña, tratamiento que el vulgo ínfimo, la gente de color y algunos muchachos dan como síncopa de *señor, ra*, o quizás apócope de *ñoño* a las personas de la misma ralea, por razón de su mayor edad o superioridad relativa u otro respeto, v. g.: *ño Juan, ña Bernarda.* También dicen *señó y señá*... elevándose algo más la consideración hasta servir de vocativo a las personas visibles" (E. Pichardo, obr. cit., pág. 269). En cuanto al *ño*, dice Z. Rodríguez, que tiene gran semejanza con el *tío* de los españoles, y cita este lugar de Ricardo Palma: "*Ño* Ambrosio el inglés llamaban las limeñas al mercachifle". "Una abreviatura criadil de *señora* es *señá*: al ama dicen *mi señá*, y a una mujer que no les es muy superior *señá* lisamente,: éste de ordinario aparece mutilado de su primera sílaba: *ña* Micaela". (Rufino J. Cuervo, *Apuntaciones crít. sobre el lenguaje bogotano*, 4ª ed.

Chartres, 1885, pág. 259). "*Señá*, señora, *Seo, seor, seora*; síncopa de señor y señora". (Rafael Uribe U, *Dicc. abrev. de galic. prov. y correcciones de lenguaje*, pág. 256). —Aquí, y parece que en Cuba también, no criados, sino la gente del vulgo en los casos que cita Z. Rodríguez de *ñor y ña, Séño* fulano, *Séña* zutana (con el acento en la é), por no tratar a sus iguales de *señor* ni de *tú*. Naturalmente, la gente de superior clase y de educación para hablar con esas personas y aun de ellas, por lo regular sigue el tratamiento debido a no poder llamar o no quererlo, a una de esas humildes personas de *señor* y don. He aquí por qué, siguiendo el ejemplo de Alarcón, hemos usado y podríamos poner *señó* y *señá*, o *seño* y *seña* a nuestra usanza, en boca de personajes, si a cuento nos viene, superiores en clase a quienes se da este título; y que no hay para qué conste en diccionarios de la lengua, como ha sido desacierto notorio incluir en ellos voces americanas, mal traídas, peor definidas y disparatadamente explicadas y hasta corruptelas.

7.-Satanás.

8.-De la voz *animita* envía Pichardo a la *aguacero* (obr. cit., pág. 6) y dice: "N. ep. m. Insecto de dos luces fosfóricas traseras, y una dividida por una línea sutil, a manera de luciérnaga mucho más pequeñas y débiles que las del *cocuyo*; su tamaño poco mayor que una mosca; sus alitas y cuerpo tan tiernos que parece un gusanillo volante; aunque por lo regular se ve inmóvil. En la Vueltabajo le llaman *animita* por alma en pena. El Dr. Gundlach dice que hay muchas especies mayores y menores con luz amarilla o rojiza, constante e intermitente. (*Lampyris* Lin., vel *Photuris, Photinus*, etc.)" —Aquí no lo llamamos más que *animita*, por alma en pena, y abunda en los cementerios y lugares húmedos; así es que entre el vulgo hay la superstición de que su presencia es representación de cosa del otro mundo y la temen, sobre todo, a puerta cerrada y en la alcoba, espantando o matando el insectillo, aunque algunos se eximen de extirparlos.

9.-Nuestro Pichardo (obr. cit., pág. 378) describe así la brusca: "*Yerba hedionda*". Planta silvestre, comunísima, leguminosa, de raíz amarga, tallo herbáceo de tres a cuatro pies, gris-verdoso, con varias ramillas, hojuelas pareadas, puntiagudas, verde-renegridas por su haz, pálidas por el dorso, de gusto y olor desagradables y nauseabundo; flores amarillas de figura

clitórica; vaina de cinco a seis pulgadas de largo, algún tanto encorvadas, brunas, que contienen unas semillas, las cuales tostadas y preparadas como el café; sus hojas se plegan al ocultarse el sol y reviven al nacer el astro. Es purgante y remedio eficasísimo para la disentería de sangre, bebiéndose el zumo de las hojas; pero eficaz untado en las quemaduras... En Santo Domingo, Caracas y otros parajes de esta misma isla (Cuba) la llaman *brusca* (*Cassia occidentalis*, L.)" —Acerca del *piñón*, tenemos del mismo autor (pág. 296): "N. s. m. Se distinguen varias especies... *Piñón-botija*, arbusto a semejanza de la higuera europea, que llega a cinco o seis varas de altura y un pie de grueso en todo terreno: contiene en abundancia un jugo blanco, acre, lechoso, astringente, de olor nauseabundo; el tallo agrisado, cilíndrico, que termina en ramas con hojas a su extremidad solamente; lo demás se ve marcado con cicatrices de las antiguas: son cordiformes, apuntadas, hendidas, verdes amarillosas por encima, de cinco pulgadas, sobre largos pecíolos; muchas flores agrupadas, chicas de cinco pétalos blancos; el fruto en racimitos casi del tamaño y forma de nuez, verde, luego amarillo y después negruzco, que contiene tres *piñones* o almendras blancas y tan oleosas que con la presión de los dedos proporciona aceite, cura la hidropesía untado en el vientre, emético y purgante muy activo, siendo fatal cualquier exceso por los vómitos violentos que ocasiona y que cesan bebiendo agua fría; con la resina curan el *sapillo* y el escorbuto... El Sr. Michelena dice que el *piñón-botija*, de la familia de las *euforbiáceas*, es el *Crotontiglium* de Cuba, y fue analizado en 1818 por Pelletier y Cabenton bajo el nombre de *Jatropha curcas*, etc." —Y por último de *cundeamor* (dicc. pág. 133): "N. s. m. Bejuco o enredadera apreciada por las propiedades vulnerarias de su fruto; que ha merecido también el nombre de *balsamina*: tiene este un palmo... corteza aberrugada, color amarillo-naranjado precioso y por dentro rosado viscoso, con granos muy dulces. Las hojas se parecen a las de la parra, de siete lóbulos, y las flores amarillas de azufre. Hay otra variedad más fina y balsámica. Aquélla, *Momordica charantia*, L. Ésta. Mom. *balsámica*, L."

10.-En su acuerdo de 26 de mayo de 1859, el I. Ayuntamiento determinó, en vista de que muchas calles no tenían nombre y a otras se daban distintos, establecer "los nombres de las calles

de la ciudad, aprovechado esta ocasión para conservar ciertos recuerdos históricos..." De esa época data la mayor parte de los nombres con que son aquéllas conocidas, y una es la de la Misericordia, que corre de Santa Clara a la puerta Grande cerrada por los franceses, y acabada de abrir para comunicar con calle de la llamada *Ciudad Nueva*. Hay que advertir que calles llamaba el acuerdo a grandes espacios abiertos que acaso tenían por uno de sus lados una hilera de casas y al opuesto la muralla como la que se denominó entonces de Palo Hincado, o el mar y las fortificaciones como la de la Misericordia. Esta calle tenía por este lado las ruinas del célebre convento dominico que hasta ahí llegaban, casi al medio de ella, y convertidas luego en casas, y por el lado opuesto (el del mar) las dos de mampostería que eran antiguas casas de recreo. Por cierto que una de ellas, la perteneciente a la familia Logroño está invertida, teniendo vuelto su frente al mar. No existía para entonces la calle de San Pedro, parte de la extensa área cubierta de malezas a que aquí aludimos, y que sólo en 1859 empezó a desmontarse y poblarse, llamándose así en honor del General Santana; pero sólo hubo casas con frente al mar desde la *Cueva de las golondrinas*, donde desemboca el callejón del Convento, hasta la batería de San Carlos, entre ellas algunas muy salteadas. En tiempo de la anexión a España aumentó la población y llegó hasta la vecindad del Matadero.

11.-A esta grama de la ribera del mar, que brota en puntas durísimas, llaman *vinagrillo*.

12.-La primera versión sobre la cual escribimos esta leyenda cuando se publicó no es la genuina. La comadrona Señá Petronila la refirió así a unas amigas de su confianza, mas no quiso ser indiscreta, y señaló el fuerte de San Fernando como teatro de ella; lo que es improbable, disponiendo el que cometió el hecho de sitio a propósito en su casa, y porque en esos tiempos los fuertes podían ser visitados por rondas o patrullas, o pasar muy cerca. La protagonista tuvo lugar de contarlo tal como era a un señor distinguido que fue en su busca una noche, cuyos descendientes nos lo comunicaron. En cuanto a la mancha de sangre, es incidente que se refiere como efecto de otra aventura de la comadrona, y aun señalando la llamada *casa de los tres altos*, entonces ya en ruinas, según dicen, pero está averiguado que corresponde a este relato; y en atención a todo esto hémoslo

ampliado con ese y otros pormenores verídicos, omitiendo todavía algo.

13.-Desde la Fuerza partía un camino o callejón que tenía por el lado del río un parapeto, y que pasando por detrás de todas las casas de ese vecindario, al nivel de ellas y por un fuerte pequeño llamado el *Invencible*, hoy *conuco*, y patio de casa particular, a unos cuantos metros más abajo, iba a terminar a espaldas de la capilla de Coca, hoy de Los Remedios. La salida, que queda del lado de la Fuerza, tiene doble puerta, de las cuales la exterior se ve mirando al Norte mientras la fortaleza está al Este. Entonces no tenían salida todas esas casas por sus patios al *camino de ronda o callejuela sin salida*.

BAJO CABELLO O UN RASGO AUDAZ

Los datos son del señor D. A. B., uno de los pasajeros de *El San José*.

1.-Este buque es célebre en nuestros anales, por ser el primero que arborió nuestro pabellón y lo enseñó al mundo y por relacionarse con algunos hechos notables de la historia de la Separación o Fundación de la República. Llamóse primeramente *Leonor*. En alguna parte hablaremos en su oportunidad largamente de ese buque.

2.-Cuéntase un caso curioso y raro de este individuo. Había una mujer por la calle del Estudio, de quien estaba enamorado, y a quien cierto día dizque miró sabe Dios cómo; y de resultas se quedó ésta inmóvil y embobada, al grado de no comer ni dormir en varios días, y fue caso público y notorio. Aseguran que el fenómeno se repetía siempre que el vizcaíno la miraba. Pusiéronle pues a ella *La Encantada* y a él *El Encantador*. Lo que había en plata era que la mujer, natural de Azua padecía de catalepsia o cosa así; y tan en serio se tomó el encantamiento ¡*oh témpora*! que fue juzgado por un tribunal en el edificio llamado Cabildo. Por cierto que durante la vista ocurrió un incidente muy cuco que pasó de castaño oscuro. Al rectificar un testigo su declaración, hízolo en verde lenguaje; porque el abogado que promovió el incidente empleó el mismo verde lenguaje, y se mandó por ende, desalojar a los niños, uno de los cuales refiere esto. Salió absuelto. Don José Echavarría, cuya

esposa aún vive, prestó útiles servicios al país, y después a la revolución que combatía al gobierno de Báez en 1869 y 1872, época en que mandaba un balandro que le confió el General Luperón en Samaná cuando éste andaba en el vapor *Telégrafo*, y no se sabe dónde murió. Tiene el mérito de que, siendo segundo de Fagalde en la primera expedición a las costas de Haití, fue el único oficial de *El Veintisiete de Febrero* que protestó contra el inicuo fusilamiento en Barahona del marino Alejandro Calisat.

3.-La yuca, guayada o rayada y exprimida el agua en que se lava, sirve para preparar la pasta de que se hacen pasteles redondos muy sabrosos, de mucho mejor gusto que los de harina de trigo. Voz indígena, dice Pichardo (obr. cit. pág. 82), y que exprimida la *naiboa* o jugo sale el almidón o harina; siendo el residuo de la yuca rayada la *catibía* de que en Cuba se hacen las *rosquitas y matahambres*, etc. El diccionario de Nemesio Fernández Cuesta llama *manioc* al almidón o fécula de yuca.

4.-Este era el grito más entusiasta de nuestros soldados durante los combates con el haitiano. La virgen no era cualquiera, sino la de las Mercedes, patrona de la República, según decreto del gobierno colonial o del I. Regimiento de la ciudad, y por la cual se tenía entonces gran devoción.

5.-Acerca de cabo Engaño hay que tener en cuenta lo que observa Sir Robert H. Schomburgk *(Reseña de los principales puertos y puntos de anclaje de la República Dominicana*, ed. oficial, Santo Domingo, 1881, pág. 12), que los pilotos confunden a cabo o punta Engaño con punta Espada, y lo mismo hace la generalidad, tomando esta última por la primera. Punta Espada "está situada cerca de diez millas de la Punta este de la Saona", lo que quiere decir que es la más próxima a esta isla; mientras que cabo Engaño, "la verdadera punta este de la isla de Santo Domingo, es una punta baja que se extiende muy puntiaguda al Este", y por consiguiente, la más distante de la Saona. —Ilustra más este punto lo que asevera el señor D. José R. Abad (*La República Dominicana. Res. gen. geográfico-estadística*, redactada de orden del Señor Ministro de Fomento y Obras Públicas. C. Pedro T. Garrido, Santo Domingo, 1889, pág. 9) "El territorio de la República tiene una figura irregular, que ocupa algo más de los dos tercios de la total superficie de la isla, y es

como un triángulo, cuya base descansa sobre la línea divisoria de Haití y el ápice lo forma la extremidad oriental que termina en el cabo Engaño". Y en nota ahí mismo: "En algunos mapas, entre ellos el de Gabb, se hallan equivocadamente sustituidos los puntos que corresponden al cabo Engaño y al cabo Espada. Este último es el que se encuentra en el extremo S.E. de la isla, próximo a la desembocadura del río Yuma, y cabo engaño es el que sobresale algo más al N., formando un extremo más oriental. La verdadera situación es: Latitud 18° 35' N. Longitud, 68° 20' O. del meridiano de Greenwich. La longitud por el meridiano de París es 70° 39'."

6.- "Al O. de la punta S. E. de la isla Saona, enfrente de una playa de arena llamada bahía Cabello, hay un buen fondeadero; pero de una y tres cuartas a dos millas al S. de la bahía, en donde acaba la playa de arena y principian las peñas, hay un bajío muy peligroso, sobre el cual se han perdido varios buques... y en agosto de 1850 la barca inglesa *Alert*. En la parte más baja sólo tiene cuatro pies de agua, sobre la cual revienta la mar cuando hay marejada" (Sir R. H. Schomburgk, obr. cit., pág. 15). "He llamado la atención sobre las fuertes corrientes que existen al S. de Puerto Rico y de Santo Domingo... He propuesto que el bajío sea llamado en las futuras cartas *bajío Alert*" (Ibidem, nota). —A este peligroso lugar, situado hacia el S. de la Saona, o sea casi en la mitad de la costa que mira al N. de nuestra Antilla, es al que llaman nuestros marinos *Bajo Cabello*, y al que nos hemos referido. Deberíase, según opinión de nuestros marinos más autorizados, rectificar lo de bahía Cabello, que no es tal, sino una especie de pequeñísima ensenada, o más bien un caletón. La fuerza de las corrientes, cuando hay calma, va impeliendo insensiblemente al buque en dirección de la Saona, y puede verse, o estrellado contra la isleta Catalinita que está entre el litoral y la costa de aquélla, o arrojado a la ensenada o caletón en que se halla el bajío o sea Bajo Cabello, o *Bajos de Cabello*, según otros, en donde naufraga sobre las rompientes. Sin embargo, buques de poco calado, como son los norteamericanos, pueden arriesgarse a pasar, sonda en mano, por delante del bajío temible, por un canal de seis brazas que se abre entre unos arrecifes en forma de herradura a que dicen nuestros marinos *La Media Luna*, y se extiende de la isleta a la Saona. Así es que, habiendo calma, y estando

descuidado un buque, se explica, como ocurrió a *El San José*, que sea arrojado al bajío cuando menos lo espere. Para la buena inteligencia de este episodio, ha sido necesario entrar en todas estas explicaciones que acaso para algo sirvan.

7.-Pichardo (obr. cit. pág, 292), dice: "N. ep. f. Pez abdominal (sistema de Cuvier) perteneciente a la familia de las *agujas*, abundante en estos mares; el cuerpo torneado y muy aguzado por ambos extremos; su longitud común más de media vara; la mandíbula inferior sobresaliente a la superior, ambas con fuertes dientes, plateado; escamas chicas; cola ahorquillada; dos aletas dorsales, una al medio del cuerpo y otra entre ésta y la antecola; las dos ventrales y la anal en la misma posición; ojos grandes negros con cerco plateado (*Sphyraena picudilla Poey*). La *picuda*, así llamada por el pico u hocico largo y agudo, es más grande y propensa a la *siguatera* (Sph. *picuda* Bl.) Esta *picuda* de Parra no es la *becuna* de Cuvier, dice Poey, después de distinguir las tres especies de este género, conocidas vulgarmente en La Habana con los nombres de *picuda, picudilla y guaguanche*".

8.- *Aciguatado* llaman al pez, cualquiera que sea su especie, que por cualquier motivo, verbigracia, por haber comido animales envenenados o flor de *manzanillo* u otras cosas dañinas, aseguran, por revolverse las aguas del río en que viven algunas especies, dicen, o bien por enfermedad, se hace impropio para la mesa y su carne dañada indispone, o envenena al que la come. —Vayan ahora noticias curiosas. "*Aciguatarse*, voz mejicana, admitida en el diccionario, es contraer ictericia por comer de un pescado llamado *ciguato* cuando no está fresco y sano" (Monlau. *Dicc. etimol.* pág. 145),de modo que, según esto, *aciguatado* será el que está enfermo de resultas de comer el *ciguato* no sano. Ciguatera es la enfermedad que contraen los que comen el pescado que está ciguato". (Picatoste, *Dicc. de la lengua castellana*, Barcelona, pág. 241.) "Ciguatera es enfermedad que contraen los que comen el pescado ciguato o aciguatado" (Campano, *Dicc.*, París, pág. 177). Un diccionario de la Academia que envía de aquí para allí sin concierto, dice que *ciguatera* es enfermedad que contraen los que comen el pescado que está *ciguato* o *aciguatado*, y por toda explicación de este adjetivo pone: "Lo que está pálido o amarillo a semejanza de los que padecen la enfermedad de ciguatera". Domínguez (*Comp. del*

Dicc. Nacional, Madrid, pág, 43) estampa que *aciguatarse* es ponerse ictérico por comer el pescado aciguatado. De forma que, en general, nuestro término conviene con esas definiciones, esto es, que el pez *aciguatado* no está sano, sean cuales fueren las causas, que es en lo que difiere de ellas: y en vista de esto, parece que nuestro vocablo vendría de Méjico, si hemos de creer a Monlau, y se aplicaría sin hacer diferencias, a toda clase de peces que por estar en malas condiciones no son buenos de comer. Con esto nos quedábamos casi en ayunas, a no venir tiempo después de escrito lo que antecede a mis manos el diccionario de Pichardo, donde encuentro (pág. 334, voc. *siguatera* con *s*): "N. s.f. Voz indígena. Enfermedad que contraen algunos peces y cangrejos, por haber comido cosas venenosas para su especie como las hojas de *manzanillo*, caídas al agua, según opiniones: la del cangrejo se conoce por el color demasiado azuloso y carencia de pelo; el *colorado* siempre está *siguato*, pero el cerdo lo come impunemente: la de los peces propensos a ella, como la *picuda*, el *jocú*, etc. se conoce en las agallas. La *siguatera* en el hombre es un verdadero envenenamiento que se contrae por haber comido pez o cangrejo *siguatos*: en el primer caso además de los vómitos y evacuaciones, el cuerpo se cubre de manchas rojizas, cuando es de cangrejo, también se hincha el vientre. En uno y otro caso regularmente una muerte violenta pone fin a los padecimientos"... El vocablo es pues americano puro; y a la verdad, no alcanzamos qué han querido significar los diccionarios al hablar de la ictericia cuando explican a *ciguato, ciguatera y aciguatarse*; y hasta peregrina es la definición de la ictericia que dan la Academia y Domínguez, y a no verse, no se creería que en léxico de la lengua pudieran estamparse disparates semejantes. La una define: "Enfermedad que causa una amarillez extraña, ocasionada de derramarse la *cólera* por el cuerpo"; y el otro: ¡"Amarillez del rostro"! Yo creo, en resolución, que siendo el vocablo americano, se ha entendido mal desde un principio, y de aquí que algunos de los diccionarios citados, y quizás otros muchos, desbarren según mi humilde entender. Acaso la voz mexicana designe no un pez, sino cualquier pez que contrae la enfermedad o ciguatera; y esto se ve confirmado por el uso de tales voces en Cuba y Santo Domingo y puede que en otros países de América; aunque hasta ahora nada hemos encontrado en los tratados de americanismos.

9.-El cartucho del cañón. Lo damos por *quisqueyanismo*, o sea, voz propia nuestra, si acaso no corresponde a algún otro país de América; porque lo que es en los diccionarios populares de Cuba, Chile, Colombia y Venezuela, no aparece. O acaso sea voz castellana omitida en los léxicos.

BARRIGA VERDE

Suministraron estos datos los señores D. J. P. S., D. P. V. y L., D. C. N. y las señoras Da. M. F. de C. D., Da. V.G., Da. S. C. y Da. D. Z.

1.-"Pez de estos mares, de un palmo de longitud. Cuando le cogen se avienta mucho en términos de merecer este nombre comparativo". (Pichardo, obra cit. pág. 344) En nuestro lenguaje popular o provincial dicen *tamborí* al mismo pez, y de ahí *barriga de tamborí* o de *mero* al que tiene vientre protuberante.

2.-Esta tradición pocos la saben como es, y las versiones abundan, algunas muy exageradas en cuanto a pormenores, precisamente las suministradas por deudos del protagonista. Registraremos todas esas versiones en este lugar. Conste que ha quedado patente que el nombre de dicho protagonista no fue Manso Guante, como generalmente se supone, y por el mismo apellido se echa de ver, porque el de la familia era Polanco, dicha también Campuzano, y además una nieta de Manso Guante niega aquella circunstancia. O tal vez sea que hubo dos individuos del mismo nombre. El verdadero del protagonista no se sabe, y ha habido que contentarse con el de *taita Polanco*, y ni siquiera de ése se está seguro. Asevera uno de sus descendientes que se llamaba Silvestre Maldonado; pero los más de los deudos no reconocen semejante apellido en su familia. Por lo que hace a nosotros, ninguna leyenda de las del presente volumen ha costado más fatigosa investigación, dudas y vacilaciones. La primera forma (van tres con ésta) en que se escribió fue según se publicó en *El Teléfono* de esta ciudad N° 325, junio de 1889 y reproducida en *La Familia* de Méjico; y en cuanto a la que damos, creémosla la más verosímil y aceptable, aunque pueda quedar incompleta, porque es el resumen de las versiones que están más de acuerdo, y cada punto de ella se halla confirmado por la mayor parte de los datos recibidos. Uno solo

de los deudos de esa familia está conteste con esta versión, y dice que así le fue referida por ancianos verídicos de su tiempo. Nada se puede aquí afirmar; y hasta que no se practiquen diligencias para buscar datos y documentos en Madrid (lo que se hará muy en breve), no será posible perfeccionar este relato. Las versiones aludidas arriba, son: 1ª Que el buque que trajo al niño lo dejó aquí y fue recogido por la familia Campuzano, hasta que el chico, ya grande, se embarcó para España con el viejo Campuzano o Polanco, regresando éste solo, y desde entonces le pusieron el apodo de Guante, por lo que se verá más adelante. 2ª Que una fragata de guerra que se perdió cerca de la barra del Ozama trajo al niño, el cual fue robado en España; que tenía siete años; que estuvo durmiendo tres días a la intemperie; que vestía una camisa hecha jirones y estaba descalzo, y por ser tan blanco y vérseles azulear las venas, le llamaron *Barriga Verde,* lo que no parece probable; que bajó el viejo Polanco una mañana al río a comprar unos puercos y viendo a ese muchacho abandonado le preguntó: "¿De qué familia eres?" "Yo soy de la Corte". ¿De qué Corte? "De España; el capitán de la fragata me robó"; que estaba muy abatido, y le dijo que tenía hambre, y entonces le propuso llevárselo a su casa y él aceptó, diéronle buena cena y le pusieron forro a un catre para él; que al saber la familia que el viejo Polanco había encontrado un niño perteneciente a la Corte, allegándose allí, le preguntaron lo mismo que el viejo, y entonces comenzó a *despepitar* cuanto sabía; que lo trataron bien, le enseñó el viejo algo, lo llevaba a misa y a las fiestas de barrio; que no le dijeron nada a nadie; que al cabo de un año resolvió comunicarlo al Gobernador General, y éste ofició a la Corte; que el viejo llevó al niño a palacio, y el Gobernador le dijo: "Quédese Ud. con él", yendo a verle este funcionario frecuentemente; que vino una fragata con dos "decanos" (agentes reales) y oficialidad a buscarlo, yendo a casa del viejo Polanco a quien trajeron cartas, invitándole a ir a España, quien no aceptó; que al cabo de algunos años, vino D. Francisco Javier Caro y entre sus encargos trajo el de llevarse al viejo Polanco, y aunque se resistía a ello, siempre se marchó con él; que determinó usar guantes estando en la Corte, para dar la mano, por el color de su piel; que al desembarcar hubo salvas y fiestas, recibiéndosele regiamente; que duró la navegación tres meses; que le condujeron a palacio y el mozo estaba en

el cortejo que lo esperaba; que le llamó ¡*papá*! y el viejo no lo conoció, dejándose abrazar por su antiguo protegido y diciéndole el mozo: "¡Oh! ¿Ud. no conoce a su hijo, a *Barriga Verde?*" 3ª La más aventurada, asevera: Que taita Polanco halló al chico al salir de misa una mañana, en San Francisco. Que le pidió limosna, dándole él un *ochavo podrido* (parece que sería moneda de aquel tiempo) y que por fin le dijo que quería irse con él a su casa; lo cual consultó con la señora y ésa se opuso, pero que en resolución cargó con el chico. Que un escribano ordinario de esta ciudad de apellido Caro, y hermano de D. Francisco Javier Caro, por cierto acto ilícito que cometió fue destituido y para rehabilitarse en su empleo se le ocurrió hacer que el protagonista le acompañase a Puerto Rico, y después fue mañosamente llevándoselo de colonia en colonia hasta España, con el fin de transportar a la Corte al misterioso niño junto con su viejo bienhechor, suponiendo que el que por requisitorias se pedía de España, era hijo de algún grande, a fin de prevalerse de la ocasión, y hacer que el viejo, al ser recompensado, pudiera obtener para él dicha rehabilitación. Que el niño resultó ser nada menos que un infante. Que al arribar a un puerto o a Sevilla, se presentaron comisionados reales y por un lunar que el niño tenía en la espalda fue reconocido, haciéndose salvas, disponiéndose regocijos públicos y conduciéndose en triunfo a la Corte a taita Polanco y compañeros. Que al llegar a palacio envió el rey una bandeja de plata para recibir el sombrero y el bastón del escribano; lo cual es absurdo a todas luces. Que éste recomendó al viejo que lo primero que pidiese fuera su rehabilitación; que así lo hizo taita Polanco y el rey accedió. Que el niño no quería separarse de su bienhechor en palacio, y hubo que ponerle mesa aparte a uno y otro, y acompañar el viejo al chico a dormir en su real cámara. Todo este tejido no para de ser una buena fábula que la tradición no confirma. 4ª Dase por seguro, y es lo que corre más valido, que fue D. Francisco Javier Caro, dominicano, Consejero de Indias, albacea testamentario del rey Fernando VII, y nombrado por el mismo para consejero de la reina viuda, quien se llevó al viejo Polanco y si esto ocurrió después de 1809, época en que vino aquel señor de comisario regio, pudo ser cierto. En lo que sí está conteste la tradición es en que fue un escribano, señor principal, y amigo del viejo Polanco quien, teniendo precisión de ir a España, dicen que a

arreglar asuntos de su profesión, convidó a aquél para que le acompañase. No se sabe si fue un Caro el de esto, aunque la tradición mienta siempre un Caro.

3.-Unos dicen que las autoridades reclamaron al niño, otros, que desapareció como había aparecido, y son lo más. ¿Cómo explicar esto? ¿Podría arrebatarse al niño a taita Polanco cuando no se separaba de él? Acaso sedujeron al chico para que huyese de aquella casa? Lo más probable es que fuese entregado. Refería una señora a una joven que conoció a una Caridad, octogenaria y mujer de un Guante (acaso del mismo protagonista), quien ya decrépita solía irse a los peñascos de la ribera del mar, por la Farola, y gritaba allí diciendo que le devolvieran a su hijo o a su niño; y esto no una vez sola. Esta circunstancia probará también la verdad de esta leyenda.

4.-*Callao*, que sólo en un diccionario hemos visto (Domínguez, *Compendio*) con la significación de zahorra o lastre, llamamos acá a toda piedra de pedernal redondeada y lisa, de color blancuzco que se halla en el cauce de los ríos, siendo algunas enormes y otras pequeñitas, las cuales en este caso vendrán a ser lo que en castellano se llama china o chinita. Estos *callaos* sirven para lastrar como lo más a propósito que encuentran las embarcaciones en los ríos y playas; y en nuestras calles abundan, por cuanto las hay adoquinadas con ellos, y no ha muchos años que se construían aceras de ese modo. Pichardo habla de *chinas* en el sentido de peladillas, y no menciona el *callao*.

5.-Esto asegura; y la verdad es que en aquellos tiempos había ciertos hombres de color y de la clase media que gozaban de grande estimación por parte de los magnates. Guante era, dicen, uno de ellos, y nada de extraño tenía que tertuliaran en su casa como lo hacían en la del maestro *Firpo* o *Filpo*, un negro viejo, zapatero según creemos.

6.-Esta frase que emplea taita Polanco, dizque es textual, y las que van entre comillas eran de las que usaba aquella clase de gente como demostración de su humildad y de su buen natural, por lo sinceras.

7.-Dúdase, a pesar de que muchas versiones lo dan por cierto, que el niño abandonado fuese realmente un príncipe de la sangre y mucho menos hijo del soberano reinante, que no podía ser otro que Carlos IV, si taita Polanco llegó a España antes de 1808. No pocos sostienen, entre los cuales personas muy sesu-

das y competentes, que sería acaso hijo de un grande de España de 1ª clase, muy allegado al trono, como otras tantas versiones aseguran; porque según nos dice nuestro ilustrado amigo el señor D. Manuel de Js. Galván, en carta confidencial, "es tan fácil averiguar que Carlos IV no tuvo hijo alguno que fuera desaparecido y recobrado en su infancia, que esa hipótesis mataría el grano de sal en su preciosa leyendita". Y desde luego que tampoco pudo ser hijo de Fernando VII. Cualquiera saldría diciendo que ¿cómo podría explicar tantos honores y privilegios concedidos a un pobre artesano como debidos a quien da albergue y salva a un miembro de cualquier ilustre familia de segura muerte? Que sólo tratándose de un príncipe de la sangre es que un rey da títulos nobiliarios a un plebeyo para sí y sus descendientes. Porque a ser hijo de Grande de España habría bastado dar al protector cualquier cosa, el título de *Don*, por ejemplo, atributo entonces de nobleza, y era mucho; pero ennoblecerlo, condecorarlo, otorgarle todo lo que pedía, igualarlo al mismo Gobernador de la colonia en día de jueves santo, lo que tal vez no se registra en anales de ninguna otra colonia, y por el estilo se le hubiera hecho par, duque o marqués si se le hubiese antojado al viejo artesano, o dado un mando superior en la colonia; todo esto es demasiado no tratándose de un infante. Misterios serán. Ni siquiera hijo bastardo de un rey es probable que pueda ser sustraído ni fácilmente escaparse.

8.-Rancho por chacra o choza es perfectamente castellano: usáronlo entre otros Cervantes y Valbuena... "Parece, dice Z. Rodríguez (obr. cit. pág. 407) que en lengua gitanesca *rancho* equivalía a barranca, choza o habitación rústica, que es lo mismo que significa entre nosotros". Pichardo lo trae como cubanismo, por la forma de ranchos que allí usa, entre los cuales el más miserable es como las vertientes de un techo puesto a raíz del suelo. La forma no creo que haga al caso ni la cobija ni el uso: ranchos son todos, y en voz castiza. Nosotros sí tenemos una acepción propia, que el uso vulgar ha establecido; y es esta: cuando una persona del vulgo o que quiere imitar su lenguaje alude a su casa, así sea un bohío de tablas y yaguas o de paredes una fortaleza, como son todas las de la Capital por ejemplo, dice mi *rancho* como si hablase en tono humildoso o despectivo y por extensión de una cabaña o chacra. Conocemos a quien llama a un verdadero palacio *mi rancho*. Nuestros

indígenas llamaban al rancho o choza en su dulcísimo idioma, *eracra*.

9.-Afirma uno de los deudos que condecoró al protector de *Barriga Verde* con la gran cruz de San Fernando; y como es persona, aunque anciana, que no está al cabo de estas cosas, debe de haber algo de ello cuando mienta la más valiosa condecoración española. Si, asegura haber visto la gola de oro que formaba parte del uniforme del caballero Guante, que heredaban sus descendientes, y haber oído hablar a su madre y tías del traje y la espada. Cuanto a los documentos del flamante capitán de ejército, guardábalos el Sr. Juan E. Salazar, padre de los actuales miembros de esa familia que aún existen (D. Manuel y D. José María), y descendiente de esa familia, los cuales papeles perecieron dentro de un baúl cuando la tormenta *grande*, o del padre Ruiz, en octubre de 1834. Por lo que hace al privilegio de ceñir espada y calzar espuelas, hay quien hoy asegure *haber visto* a todos los *sanjuaneros* usar una y otras; pero como todos éstos no eran familia, parece improbable.

10.-Unos dicen que pidió esta gracia, lo que no parece; otros que se la otorgaron. Todo puede ser, pero es incompatible la modestia del viejo Polanco con tamaña solicitud.

11.-No se ha podido averiguar esto; hay quien diga que solamente pidió privilegios sobre la Reliquia.

12.-Fue hecho capitán del regimiento de *Morenos libres*, en que militaron Biassou, Jean François, Toussaint L'Ouverture y otros, y del que fue coronel aquel Alí, de célebre recordación. Esto consta, porque muchos están bien seguros de ello. Una señora que aún vive dice que conoció a Manso y Félix Guante, hermano y sobrino (si es que no tuvo hijos como dicen) del viejo Polanco, quienes eran capitanes del dicho regimiento, lo que hace suponer que la capitanía dada por el rey al protagonista era para sus descendientes también; y dice además esa señora que los jefes de este regimiento tenían el título de *Don* y eran personas de mucho mérito. Ya se sabe lo que era este regimiento para el rey de España, y el ingreso en él del viejo Polanco, mísero artesano y el grano de capitán nada menos que tenían en él sus descendientes, prueban que realmente se le ennobleció a aquél con tal título, y que es ciertísima la historia de *Barriga Verde*.

13.-Se hace clara memoria de que se vio desembarcar al viejo menestral uniformado espléndidamente y con las charreteras

de capitán, y de los baúles de nuevos vestidos y objetos de valor que trajo.

14.-*Marqueses* terminó por decir el vulgo, corrompiendo el apelativo. Estas coplas parece que eran largas. Dicen que a las casas que iban llevaban su estandarte los *sanjuaneros*.

15.-En esta tradición todo es conjeturas. Acerca del apellido *Guante*, hay igual certidumbre; y daremos las versiones recogidas. 1ª Según los supervivientes de la familia ennoblecida, que se llamó siempre Polanco y Campuzano, entre los cuales se cuenta la señora Valentina Guante, de más de 70 años y biznieta, dice, del protagonista, fue este nombre la primera distinción que le acordó el monarca. Esta señora avanza que al irse a quitar los guantes de invierno, el rey se lo impidió diciendo: "No se quite los guantes el caballero maltés Guante de Girones", aunque de esta aserción no se saca nada en limpio. 2ª Otros parientes afirman que debido al color de su piel se puso unos guantes para dar la mano cuando estuviese en la Corte. 3ª Otros, también parientes, dicen que al llegar el viejo Polanco ante la real persona, se quitó ésta un guante y lo arrojó a los pies del artesano diciéndole: "Desde hoy ese será tu nombre"; todo lo cual parece pura fantasía. 4ª Una señora octogenaria explica que el viejo Polanco, que acompañó al niño a España, regresó él solo, y desde entonces le pusieron aquí el mote de *Guante*, porque como estuvo en la Corte y andaba entre nobles "siendo sastre de la nobleza, le autorizaron para que usase guantes", lo que en esa época era un honor grande concedérselo a plebeyos. Que desembarcó aquí con sus guantes puestos y esto dio margen al apellido que hoy lleva la familia, excepto algunos de sus miembros (los de la rama colateral sin duda), que han seguido llamándose Polanco; y ésta sí parece la versión más verosímil por tratarse de un apodo.

La familia Guante, primeramente Polanco y Campuzano, es hoy numerosa y mezclada con otras. Es difícil fijar su genealogía; y el que más directamente puede presentar el tronco primitivo o sea al protagonista de esta leyenda, es el llamado Manso Guante, hijo, nieto o sobrino de aquél. Gracias a la simplicidad del caballero Guante, capitán de milicias, que no pidió nada de valor, esta familia no es hoy opulenta y titulada. Por su sencillez y modestia, siempre ha vivido en la oscuridad y la pobreza, aunque la tradición de honradez que la caracteri-

zó en un principio no se ha desmentido. Refiere uno de los parientes de la reina Dª Isabel II, en la época de la anexión preguntaba por tres familias de aquí, Guantes, Osunas y Plutones. Que una señora Da. Dolores, hija de D. Felipe Fernández de Castro Dávila, mayorazgo, casado con Dª Anastasia del Real, nativa de Salamanca, camarera de la reina, hermana del Gobernador D. Pascual Real, y parienta de la noble familia Coca y Rocha, de aquí, vino a Santo Domingo por última vez "a comer el *sancocho* de su tierra y ver las cosas de ella", y le decía a la familia Guante que debían irse a España, que ellos no sabían lo que tenían, y que su nombre estaba escrito en letras de oro en el Palacio Real. Lo mismo le decía un Comandante, el señor Billares, que vino cuando la anexión, que en la Corte se registraba el nombre de los Guantes en letras de oro en el Real Palacio, y que se fuesen a España. Pero ellos no hacían caso de tales insinuaciones: su tradicional humildad se lo impedía. Una vez llegó a Aguadilla (Puerto Rico), una parienta, dicen que nieta del protagonista, emigrada, y le dijo una señora dominicana que allí residía, que hiciese valer con el Capitán General de aquella isla sus títulos, que ellos no sabían lo que poseían. Contestóle aquélla: "No soy emigrada como los demás, y en mi rincón quiero quedarme". —Durante el período de la ocupación española, la última de los descendientes directos del protagonista, (acaso Dª Altagracia Guante) como una especie de alarde bizarro, reunió los restos de los *sanjuaneros*, o de los que habían sido tales, y fue con el estandarte que usaban al palacio del Capitán General, y tocando sus músicas y bailando al son de sus panderetas, cantó unas coplas.

MUERTE DEL PADRE CANALES

Los infinitos datos de esta tradición se deben a las señoras C. T., M. F. de C., y D. Z., y los señores D. C. N., D. F. Ma. D. y D. M. de J. G. Las últimas son octogenarias, personas muy verídicas y de excelente memoria; y la primera, además de ser verídica posee una memoria clarísima. La señora madre de ésta tenía entonces siete años y presenció muchas escenas de tan sangriento drama, la ejecución del homicida con todos sus pormenores, y fue de las primeras que, con sus padres, asistió

a la casa del Padre Canales. Complacíase en contarlo a sus hijas, repetidas veces, para si algún día querían referir la trágica historia a jóvenes que pudiesen conservar la tradición de tal suceso, y transmitirla a la posteridad, lo hiciesen de un modo satisfactorio; deseo que ha venido a cumplirse al fin. Podemos pues decir que ésta, con ser de las más complicadas y extensas, es una de las más completas y exactas.

1.-El Cónsul de S. M. B., el ilustrado Sir Robert H. Schomburgk, hizo sacar su retrato y se lo llevó. El que damos ahora está comprobado por cuantos le conocieron. Hay que agregar estos datos que se omitieron en el texto. Era de mediana estatura, encorvado hacia delante, nariz perfilada, boca fina y ojos negros y mirada mortecina sin duda efecto de las maceraciones.

2.-No se ha podido averiguar el nombre del Padre Perozo. El señor Bonilla y España, en su bonito artículo de fantasía titulado *Profecía*, le dio el convencional nombre de Fray Fulgencio.

3.-Estas palabras aseguran que son textuales.

4.-Histórico. Así lo refiere el señor D. Félix Mª Del Monte, quien dice que poseía esa carta.

5.-Véase *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, por D. José Gabriel García, I, Lib. III, Cap. III, pág. 154, 2ª ed.

6.-Los ascendientes de D. Juan Rincón remontan a los primeros tiempos de la colonia, y es tronco de que han derivado las más principales familias de esta Capital, en que se han improvisado aristocracias muy peregrinas. Tomamos estos ascendientes desde mayo de 1667, época en que casó el Alférez D. Jerónimo Núñez de Cáceres con Dª María Rincón, hermana de Fray Francisco Rincón, Arzobispo de esta Diócesis. De este D. Jerónimo descendía D. Diego Núñez de Cáceres, quién caso con Dª María Simona de Villanueva, parienta suya en 2° o 3er. grado. Los hijos de éstos fueron D. Diego Núñez de Cáceres de Villanueva y el que fue Deán D. Joseph, el mismo que dio testimonio acerca de la tumba del Descubridor del Nuevo Mundo. Nuestro Núñez de Cáceres, el proclamador de la independencia de España en 1821, la verdadera, "el tristemente célebre", como dice apasionadamente La Gándara, era hijo de este D. Diego. Los Aybar y Núñez, los Correa Cruzado, los Bonilla, Echavarría, Villaseca, etc., son ramas de este tronco

distinguido. D. Juan Rincón y su sobrino Pedro Aybar o el Santo eran deudos de aquéllos. —La fe de matrimonio de Dª María Rincón y D. Jerónimo Núñez de Cáceres, que hemos tenido a la vista, y de la cual se han sacado estos datos, dice que ésta era natural de esta ciudad y hermana de Fray Francisco Rincón; lo cual demuestra evidentemente que él pudo muy bien ser el primer prelado dominicano, puesto que si Dª María era de aquí debió serlo también Fray Francisco.

7.-Textual. Hay versiones de que lo enviaron a Puerto Rico, a las bóvedas, por 10 años, pero están contradichas por la especie, comprobada, de que le dejaron libre por respetos a su tío el Deán, quien aseguran que no interpuso su valimiento para salvarlo; y cuando acaeció lo del Padre Canales significó a las autoridades que "por él no se detuvieran". También hay otra versión respecto de su segunda mujer, y es que dicen que tuvo la debilidad de contarle lo que había hecho con la primera. Más lo probable es que por el altercado entre ambos saliera aquello a luz. Llegado aquí dicen que lo dejaron otra vez libre y entonces fue que se asiló.

8.-En términos canónicos se llama *iglesia caliente* la que tiene privilegio para amparar al que se refugia en ella estando perseguido. El proceso histórico del derecho de asilo concedido a San Nicolás es digno de conocerse. Siempre las iglesias pudieron amparar a los delincuentes, aunque meramente para poder librase éstos de la última pena, siendo después entregados. Naturalmente se abusaba de ese amparo. D. Carlos I y luego D. Felipe IV dirigieron cartas suplicatorias a los prelados y priores de los monasterios de las Indias a fin de que no admitiesen a los delincuentes que no debían gozar del beneficio de asilo, no consintieran por mucho tiempo en las iglesias y monasterios a los que tuvieran derecho a él. (*Leyes de Indias*. Recop. II, tít. 5°, lib. I). No bastando, D. Carlos III suplicó a la Santidad de Clemente XIV que decretase la reducción de ese derecho; y éste expidió un breve por el cual reducía a una, y a lo sumo a dos iglesias en cada población el asilo eclesiástico. Comunicóse con real cédula a los prelados del reino en 2 de noviembre de 1773, y se recibió aquí en enero de 1774. El arzobispo estaba en Santiago de los Caballeros, y desde allí dio un edicto fechado en 12 de agosto del siguiente año, en el cual se leía lo que aquí se copia: "Y por cuanto en nuestra capital de

Santo Domingo, de las dos Parroquiales, la una, que es la de la Catedral, está inmediata a la Real Cárcel, la otra que es la de Santa Bárbara tan retirada del comercio de la ciudad que linda con las murallas: Por tanto en dicha capital de Santo Domingo señalamos por Iglesia Única de Refugio la del Real Hospital de San Nicolás por hallarse más en el centro de la ciudad. Y declaramos que, desde el día de la publicación de este nuestro Edicto, ninguna otra Iglesia, Convento, Ermita u Oratorio, lugar pío o sagrado, ya sea en población o en campo, goza de inmunidad para lo que es Refugio y Asilo de malechores... Mandamos que este nuestro Edicto se publique y fije en nuestra Santa Iglesia Metropolitana...: que en las puertas de la iglesia del sobre dicho Real Hospital de San Nicolás en Santo Domingo y en las de las Parroquiales de los otros pueblos se ponga de modo que permanezca, esta inscripción: Iglesia de Refugio sola, etc."(*Boletín Eclesiástico*, núm. 70 del 15 de junio de 1889. Santo Domingo)*.

El Hospital, fundación de Ovando, conjuntamente con la iglesia de San Nicolás, en (Santo Domingo), quedaba dentro del recinto de ésta, arriba, en grandes salones correspondientes a las tres naves del templo. De la iglesia, a mano derecha, hacia el Norte, seguían las dependencias del hospital: Almacén, guardarropa, cocinas, (hasta este año en escombros y reedificados por los cuidados del señor Dr. D. Santiago Ponce de León) y la esquina que forma la capillita de la Altagracia era, en lo alto, salón de oficiales y en lo bajo (hay agregado a la capilla como extensión de su nave) la botica. Al lado de San Nicolás, en esas dependencias dichas, estaba el cuerpo de guardia. Desde la misma capilla, hacia la parte del santuario, seguían piezas bajas que eran la sala de caridad (hoy transformadas, de tapias toscas y ventanitas con rejas empotradas en elegante construcción, por el mismo doctor mencionado). La gran casa que hacia el año 82 u 83 constituía el principal edificio del hospital, era casa solariega perteneciente al señor D. Felipe Dávila Fernández de Castro, Tesorero Real que fue en la época colonial, y que el haitiano General Desgrotte se apropió (o se la dieron) pasando en 1844 a poder del Estado. Hoy está restituida a su primitivo

* Documento sacado del archivo de la Catedral. Libro de Acuerdos.

uso de morada particular y en los bajos hay varios establecimientos y residen familias. Hay versiones de que Rincón no estuvo asilado en San Nicolás. Como es probable que nada le hiciesen al mandársele de Puerto Rico, no se concibe que se asilara; y si tal hizo, ¿podía ser indefinidamente, cuando estaban recientes las disposiciones del Arzobispo de la Diócesis? Acaso pudo estarlo por breve tiempo al cometer su primer hecho; mas como seguidamente lo prebendaron como asesino impune, ya no tendría para qué buscar más refugios. Sin embargo, así lo dejamos asentado; y juzgue cada quien.

9.-De la época haitiana data el llamarle así al Palacio Consistorial, porque había en él una guardia; del mismo modo que se llamó hasta ayer, y aun llaman a la Capitanía del puerto *Buró* (biró pronuncian). Son de las rarísimas corruptelas *mañesas* que nos quedan.

10.-Diálogo textual, afirman; y ni una palabra se le ha añadido. Una versión da por segura que D. Juan Rincón entró allí y se escondió tras de la puerta, pero disgustado con tanta lobreguez dijo: "¡Jesús, qué oscuro!" y salió. Si la casa es la que se indica tiene en efecto un zaguán bien oscuro aun de día, y es además muy estrecho.

11.-Hay la versión de que un coronel Cabrera, de la familia Coca y Rocha vivía en la casa mencionada y mandó a su guardia que cogieran vivo o muerto a Rincón. Lo que avanzamos acerca del joven soldado, es creíble por la circunstancia de que el abuelo de la señora Da. Margarita Dávila Fernández de Castro lo trató, y él sin duda se lo refería, quedando la especie así en la familia de esa señora. Hay mil versiones relativas al acto de la muerte del Padre Canales. Son éstas, que registramos para que el lector juzgue: 1ª Que esa misma tarde, al caer la noche, estando el Padre Canales confesando en San Nicolás, quiso matarlo allí mismo, y no lo hizo por una anciana que estaba próxima; 2ª Que Rincón se confesaba con el Padre Canales y que eso fue lo que hizo valer con el esclavo para que le franquease el paso: lo que es inadmisible si tenía, como asegura la mayoría, contra él viejos enconos; 3ª Unos dicen que rezaba el rosario la víctima, otros que dormitaba, y otros que tomaba chocolate: lo creíble es que estudiaba el sermón, pues era víspera de gran solemnidad y los datos de dos señoras octogenarias lo aseveran así; aunque es verdad

que de nada de eso pudo haber indicios, salvo que se encontrase el papel en el momento de la catástrofe; 4ª Corre válida la especie de que en su desesperación levantó una mano y la apoyó contra la pared, quedando allí la mancha de los cinco dedos. Pudo ser; pero no es presumible por razón de que él atendió a defenderse, aunque tenía mutiladas las manos, hasta desfallecer, porque no se concibe esfuerzo semejante, aun cuando estuviese pegada la butaca a la pared, para apoyar la palma o el dorso de la mano en ella al grado que se imprimiese allí la marca de los dedos, y porque tal absurda versión debe de confundir la huella que dejó el alquitrán en la hoja de la puerta (V. en nota más adelante) con esa otra imaginaria; 5ª Que Rincón dio puñaladas: consta, y está fuera de toda duda, que usó de su magnífica espada toledana; 6ª Que cometido el hecho se ocultó en la covacha, y que el esclavo, encaramado en la puerta de la calle, decía a los soldados: "¡En la covacha está, en la covacha está!" Esto no se halla comprobado; y en cambio varios testimonios hay que aseguran que le corrieron. Añaden que soldados del Hospital y de la Fuerza lo capturaron; y no es posible que Rincón diera tiempo a que ni llegasen los primeros a la casa, cuanto menos los otros, pues tendría ya pensado asilarse; salvo que así lo hiciese primero y luego rompiese por entre sus perseguidores, lo que tampoco es factible que sucediese.

12.-Sobre este particular hay la versión de que el asesino tomó equivocadamente el gorro del Padre Canales por el suyo, y por esta circunstancia lo reconocieron al prendérsele. Pero esto sobre improbable es trivial, y lo más seguro acerca del particular es lo que se ha referido, por ser testimonio de quien vio cuanto pasó en la casa de la víctima esa noche.

13.-Desde la primera pregunta del interrogatorio hasta la última, son textuales. Así se oye todos los días en boca de todo el mundo y a propósito de algo.

14.-Contestes están todos en que este edificio es parte del palacio viejo, o de los gobernadores. Dicen que se llamaba esa parte de los *Contadores*, porque ahí residirían o se reunirían los Contadores mayores que intervenían en la real Hacienda. Pero acerca de todo lo que se llama palacio viejo ocurre la objeción de si sería tal desde su principio, porque se sabe que Francisco de Garay edificó por esos sitios, y muy probablemente ahí

mismo (en esa zona tienen sus descendientes restos de su mayorazgo) su magnífica casa solariega que dio hospedaje a D. Diego Colón cuando fue poco menos que lanzado de la Fortaleza, y por lo cual acometió la construcción de su famoso alcázar en el fuerte del Almirante, y que es conocido con el nombre de *Casa de Colón*.

15. Véase *Historia de Santo Domingo*, por D. Antonio Del Monte y Tejada, II, cap. VII, págs. 126 y siguientes.

16.-Textual. A lo menos así lo refiere la señora Da. Concepción Troncoso.

17.-Rigurosamente histórico. Está comprobado por todo el mundo aquí.

18.-De la fortaleza del Homenaje fue primer Alcaide Cristóbal de Tapia, quien no llegó a tomar posesión porque Ovando había nombrado a su sobrino Diego López de Salcedo que por cierto no estaba en la fortaleza cuando llegó D. Diego Colón a la colonia y pudo éste así hacerse dueño de aquélla, mortificando al Comendador no poco la ausencia del sobrino, por lo que pidió excusas a D. Diego. Fue luego Alcaide el mismo Almirante Virrey y después el historiador de Indias Oviedo, émulo acérrimo del Descubridor, y por cierto que murió en ella, según el documento auténtico que acaba de darse a luz y trae la "Historia de Santo Domingo" por Del Monte y Tejada. Albergaron torre y ciudadela a D. Diego Colón, a su reinante esposa y a su séquito. Puede darse por seguro que la cárcel civil quedaba en la fortaleza en el siglo pasado. Primero, porque no se ha oído decir que la hubiera entonces en otra parte; aun cuando señalan el recién restaurado edificio de estilo griego puro que existe en la plaza de la Catedral llamado *Cárcel Vieja*, pero consta que se construyó en 1812, dirigiendo la fábrica el abuelo del sentido señor D. José de Jesús Castro, D. Domingo Álvarez. Segundo, porque en la torre hay una capilla que tiene nicho para disponer allí altar. Tercero, porque se sabe que la prisión de los oficiales quedaba arriba, y la de los reos ordinarios, abajo. Cuarto, porque en esa planta baja, que tiene un patio interior, quedan los calabozos llamados *El Mulato y El Indio*, calificativos de dos desalmados y temibles forajidos que allí estuvieron, el uno mestizo y el otro indígena, dizque. Y cuando no hubiera otros indicios bastaría el dato del Edicto del Arzobispo. (V. nota VIII).

19.-El lugar de ejecuciones era ésta, sabana o plaza del *Matadero*. Allí estaba permanentemente la horca. En 1842 cuando el gran terremoto, se levantó una ermita rústica donde mismo se alzaba aquélla, y allí se depositó el Sacramento, a causa de la resquebradura (única) que sufrió la Catedral. Llamóse por esta circunstancia barrio de la Misericordia, de que ha tomado nombre la calle. El señor D. Manuel Del Monte compuso un soneto sobre esto. Dícese que en ese mismo lugar se estableció una guillotina que no se estrenó, salvo con un corderito para probar sus efectos.

20.-Los "Hermanos de la Misericordia" era una cofradía que radicaba en San Nicolás, y que se había impuesto estos tristes deberes.

21.-Un señor asevera que en el año 48 vio la mancha del alquitrán, ya muy debilitada por los años, que la mano de Rincón había dejado impresa; y consta que la casa no se alteró hasta que en tiempos de la anexión a España fue restaurada o arreglada para *El Café de la Reina*.

¡PROFANACIÓN!

El señor D. F. Mª D. facilitó estos datos al señor J. A. B. y E., aficionado a tradiciones, quien escribió este episodio bajo el título de *Profecía*, dándole una forma caprichosa con un fin patriótico. El mismo nos autorizó a escribirlo tal como es.

1.-Es un *tutumpoten* decimos acá, al magnate que la riqueza o el poder elevan: un señor de campanitas, un alto funcionario; y también, por extensión, a quien alcanza valimiento o influencia con gobernantes. Naturalmente, es aplicable también a los caciques de provincia. Corruptela sin duda de una voz latina expresa perfectamente el *poderoso*, el *señorote*, *el que hace lo que quiere*, etc. Es voz que no existe en los *vocabularios* de americanismos, y que nos parece haber visto en autor español.

2.-*Gringo* es lenguaje ininteligible, hablar en griego, y en Chile se da esta significación a los ingleses, vulgarmente. Así esta copla:

Bernardo *se llama el tren,*
Dizque corre muy ligero

Y que mató a un caballero
Que no se supo hacer
A un ladito del camino,
Porque lo llevaba el gringo
Con mucha velocidad;
Y el autor de esta deidad
Señor *Matidas Cousiño.*
(Z. Rodríguez, obr. cit., pág. 233)

Como me va pareciendo que nuestro vocabulario provincial o jurisdiccional es el más rico de América, y si no, lo hemos de ver cuando Dios nos ayude a terminar cierto ensayo que hacemos, habíamos de tener esta voz como acepción distinta de las que le dan en los demás países de América; y por tanto, declarémosla quisqueyanismo. Prueba al canto. Se aplica a las personas de color, feas y rústicas sobre todo: así se dice un *gringo*, una *gringa, ito, ita*. En cuanto al "demasiado *de* feo", es expresión vulgar en que la preposición es de uso expletivo, y se compone con cualesquiera palabras.

3.-De que hubo aquí casa de moneda, la hubo: testifícalo Del Monte y Tejada (obr. cit. II, cap. IX, pág. 162) y allí se alojaron los Padres Jerónimos, hasta que se embarcaron. Está en la calle de Plateros (hoy Consistorial), en medio de la tercera cuadra a partir de la Catedral y a unos treinta o más pasos de la cuesta del monasterio. Su construcción estaba indicando (acaba de convertirse en casa particular este año) que a algún uso especial se había dedicado ese edificio, el cual hasta hace pocos meses era dos en uno, con vastas y sólidas bóvedas bajas en lo que formaba el corredor o segundas piezas. ¡Lástima que ese otro monumento desaparezca, ya que tales recuerdos históricos tiene!

4.-Yerba de hojas menuditas y florecillas pequeñísimas, color blanco sucio que cubre nuestras calles y plazas y abunda en patios y lugares ruinosos: cómenla los animales. Estoy seguro de que es la *artemisilla* de Cuba, que Pichardo define así (obr. cit. pág. 24): "Planta silvestre, abundantísima y amarga en extremo, especie de *artemisa* algo más pequeña; flor de un blanco sucio, chica, que parece un *confitillo*; por la cual la denominan así en Cuba; en Holguín *artemisilla* o *altamisilla*, y en La Habana *escoba* amarga. Es en efecto sumamente amarga, excelente resolutivo en cataplasma, remedio exterior para la

sarna, etc. (*Argyroheta bipinnatifida*). Sauvalle trae para la escoba amarga, *Parthenium hyoterophorus*.

5.-Traducción casi literal: "Salid del polvo por un instante —Monjes que dormís en estos sitios. —La noche envuelve el antiguo monasterio —Venid a tomar parte en el festín —Estos cenicientos muros y góticas arquerías —Testigos fueron de vuestros dulces placeres. —Salid, salid de vuestros vetustos sarcófagos. —¡Franciscanos, a vuestra salud! —Decidnos cuántas veces estas celdas —Velaron vuestros amores. —Cuántas bellas cándidas —Os agradaron en esos deliciosos ratos, —¡Oh! que sin duda al choque de vuestros vasos —Y de cien frascos al armonioso *glú glú*— Respondía lisonjero el eco de estos sitios abandonados. —¡Franciscanos, a vuestra salud!"

EL MARTIRIO POR LA HONRA

Única persona que sabía de esta tradición conmovedora es el señor D. J. Mª B.

1.-En materia de fauna y flora, ya se sabe que hay que explicarlo todo, porque triste es confesar que ni por afición siquiera haya quien, atiborrado y todo de historia natural, quisiera describir un pajarillo ni una florecica; y por tanto, hay que emprestar a Pichardo las definiciones de plantas y animales comunes a Cuba y nuestra Antilla. Allí sí que han estudiado bien todo eso. El referido autor (obr. cit. pág. 386, voc. *zumzum*) dice: "N. ep. m. Pajarito especie de colibrí, el más chico y precioso de toda la isla, que a no ser por su cola y piquito, apenas tendría dos pulgadas de longitud: no es posible describir ni retratar con exactitud los contornos de su exiguo y aguzado cuerpo, la belleza y brillo metálico de sus colores cambiantes en sus finísimas plumas, sus alitas infatigables, sus rápidos y continuos movimientos, su graciosa volubilidad; nuestro mismos ojos no tienen bastante perspicacia para admirarle; porque jamás se fija: siempre en el aire expresando un silbito tenue como cuando se desprende la punta de la lengua de los dientes cerrados, entreabierta la boca, ya atraviesa con la rapidez del rayo, ya se cierne sin percibirse casi su veloz aleteo (cuyo zumbido originó su nombre) libando miel de los *aguinaldos*, de los *díctamos* de las rosas, sin dignarse posar en

parte alguna: tan silvestre, libre y fugaz no puede existir dos días en jaula sin morir: yo he tenido una vez la fortuna de mirarle tranquilo, inmóvil en una ramita a distancia de tres varas por pocos minutos. Así su color verde dorado que tornasola de rojizo; las alas más oscuras como la cola, que es larguita, ahorquillada, con reflejos violados; piquito delgado, prolongado, rosado, en la mandíbula inferior y negro en la superior, como la punta toda. La hembra tiene las tintas más sombrías; garganta y bajo vientre agrisados y una mancha blanca detrás de cada ojo... Algunas veces cuando riñen, chillan, o dan un gruñido como las ratas *(Orthorynchus ricordi)*...Otra especie aún más pequeña explica una obra con la garganta cubierta de plumas color rojo de fuego, la cual viene de la América Septentrional a pasar los fríos (*Orthorhynchus colubris*). El Dr. Gundlach me dice: "La especie más chica de la isla es la que yo descubrí en Cárdenas y además observé en Santiago de Cuba (en estos dos lugares exclusivos). La nombré *Orthorhyunchus helenae*... La especie intermedia es el *Orthorhyncus colubris*. El tamaño de la especie mayor desde la punta del pico a la de su larga cola es cuatro y media pulgadas (midiendo el pico ocho líneas y la cola una pulgada ocho líneas); la especie menor tiene el total de dos pulgadas diez líneas (midiendo del pico cinco y cuarto líneas y la cola diez y media)... En el departamento occidental se llama *zum-zum*; en el central *rezumbador*, y en el oriental *zumbete o zumbador*. Más, ¿por qué valerse de nombres todos derivados del verbo *zumbar*, poco significante y feo, ni del de *colibrí* genérico y exótico, cuando tiene el suyo propio o indígena, *guaní*, tan suave, y alegórico al brillante y más precioso de los metales?"

2.-Doña Dionisia Rodríguez era una señora inteligente, y aunque del pueblo, era culta por su roce con personas distinguidas. Disponía de excelente memoria y hablaba bien; así es que en sus tertulias, a que asistían algunos caballeros, contaba maravillas, tradiciones, casos curiosos, ocurrencias, sucesos históricos, etc. A ella oyó el señor dicho esta leyenda, y ella le comunicó que la anciana Simona era la expósita. Dice que lamenta no haber preguntado algo a señá Altagracia Guante que hubiera podido hacer luz sobre el caso de la exposición de la niña.

3.-Nadie, parece, excepto esa señora Rodríguez, sabía de esta tradición. Y excusando ella el dar señas acaso por discreción,

pues no ignoraba quiénes eran los personajes, resulta que ha sido necesario apelar a esta pintura arbitraria pero verosímil, pues la señá Simona, como dijimos, debió ser muy bella en sus mocedades y así sería su infortunada madre. Del mismo modo, los nombres de *María* y *Gabriel* son supuestos, porque era necesario disponer de nombres propios para la acción.

4.-Los zoquetes o zoquetillos cortos, como de dos pulgadas cuadradas de diámetro, vaciados en medio y redondeados por la punta que han de quedar visible, incrustados en el muro a unas tres varas de altura, se usaron profusamente en nuestras casas, tanto que hasta en la sala los había y hay, para colgar hamacas. En una de mediado frente y no más de trece varas de fondo, con cinco habitaciones y el corredor se han contado *diez y seis* (!): probablemente en la sala los habría también. En la susodicha casa hay los por pares en unas habitaciones, en otras tres y en el corredor, cinco; e indudablemente que son útiles. Llámanse *palos de hamaca*. Y como todo es uno, aquí encaja la explicación del *chinchorro*, hamaca de cuerda o cáñamo, parecida a la red que usan los pescadores, que dicen ser muy cómoda, y de que gustan los viejos sobre todo. El *chinchorro* ¡quien los oye! para un octogenario, cuando dicen "mi *chinchorro*, me voy a mi *chinchorro*!, es como el opio para los asiáticos o el diván para el turco. Tiene cierto privilegio sobre la hamaca propiamente dicha, por más ligero, fresco y castizo; y viene a ser el símbolo del *dolce far niente* de nuestro pueblo.

5.-La oración benedictoria esa, es conocida aquí con el nombre de *el bendito*, y, sin el artículo, lo mismo en Chile (V.Z. Rodríguez, obr. cit. pág. 20), extrañándonos no haberlo encontrado en otro país de América, aunque debe existir el término. Tampoco sabemos si se lo enseñan a los loros como era costumbre aquí, tanto que lo han hecho lenguaje oficial de esos animalitos: da gusto oírlos rumiar su *alabado*. En cuanto al *Deo gratias* todavía hay viejos que no saludan de otro modo al entrar en las casas, y tengo un amigo venezolano que así lo hace luego.

6.-Los niños y los ignorantes llaman santos a toda ilustración o lámina de un libro.

7.-D. Baldomero Rivodó (ob. cit. parte sexta, pág. 25) dice: "*Garantido*. Tela de lino semejante a la *bretaña*. Dicho nombre proviene de que las piezas traen como rótulo la voz *garantido*,

para indicar que se garantiza que son de lino puro. Más ahora, por una extensión absurda, llaman *garantido* de algodón a una tela que en la apariencia se asemeja a la primera; pero que es de algodón puro. Cosa análoga pasa con otras telas que en su origen sólo se fabricaban de lino, como la holanda, la irlanda, el ruán el warandol o guarandol; de suerte que tenemos todas estas telas también de algodón, pero en esto no hay absurdo como en la expresión *garantido de algodón,* etc."

8.-No sé si esta frase familiar y expresiva es quisqueyanismo: por ninguna parte he encontrado de ella vestigios, aunque me parece haberla visto en autor peninsular. Significa, hasta que no más, hasta un grado óptimo.

9.-Pichardo (obr. cit. pág. 68) explica las especies de Cuba, y la que hallamos conforme con la que aquí tratamos en ésta: "Aquí se da este nombre al de la tierra que habita en cuevas y nunca o rara vez visita las aguas; aunque viven en las costas, salen y se esparcen en tiempo de lluvias; jamás los he visto tierra adentro más allá de tres leguas del litoral. Este crustáceo es comida favorita, singularmente cocinado con *funche* o *quimbombó*; aunque suele estar *ciguato*, lo cual (dicen) se conoce en que carece de pelos en las patas. Algunos aficionados los conservan en corrales donde los engordan con palmiche, etc." Son exactamente los mismos hasta por las circunstancias de no vivir tierra adentro. Nosotros acá los cogemos con un palito y los embalamos en *macutos* por toneladas, y luego se les salcocha simplemente y así son muy sabrosos, bien que no los hemos catado en la vida de Dios.

10.-Aunque la define el Diccionario, no se da una idea completa de ella; y además, bien que ave exótica, tanto se ha generalizado en estas tierras que ya es de ellas. Pichardo dice (obr. cit. pág. 185) que la *pintada*, aunque doméstica, es propensa a hacerse montaraz: que se propaga mucho pues cubre más de veinte huevos que pone en hoyos. "Se juntan por parejas, enamorando la hembra al macho. Al cual hay quien llame guineo, aunque es epiceno. Después de la época de la incubación, andan en bandadas por el suelo; perseguidas vuelan a corta distancia esperando torpemente en el árbol donde posan. Si consideran que no hay peligro clamorean con voz nasal, recia y penetrante, ya con monótono cacareo, ya con dos notas, más alta la última y más detenida que repiten mesurada

y continuamente, que atrae al cazador. Cuvier dice que fue conocida de los antiguos bajo el nombre de *gallina de Meleagro* y que es originaria de África."

11.-Como esta tradición sólo la sabía ya una persona, y sin pormenores, ha debido escribirse de un modo verosímil. Acaso la madre visitaba a la hija en su calabozo, acaso la asistió de parto, acaso le cerró los ojos al morir, acaso no se mostraría tan feroz con ella; pero es indudable que pudo pasar como decimos por el hecho de tener encerrada a la hija aún después del alumbramiento y enterrarla como un perro clandestinamente. ¿A qué eso? ¿Y no indica, por el contrario, semejante refinamiento de crueldad que fue capaz de ser tan desnaturalizada como se pinta? En cuanto a los datos son positivos. Para dar más interés a la narración, pintó al servidor humano; lo relativo a indumentaria y mobiliario está escrupulosamente arreglado conforme a las noticias de personas verídicas y algunas octogenarias; y por lo que hace a la casa, la tradición señala las ruinas de la llamada *casa de la Guillén*, al pie de la cuesta de San Francisco, y así lo dijo Dª Dionisia; pero, averiguando bien, se sabe que ésa fue casa nobiliaria con escudo de armas, perteneciente desde tiempo inmemorial a una familia riquísima, y se vino abajo en poder todavía de la última descendiente, Da. Josefa Guillén. No es pues posible que a fines del siglo pasado ocurriese en ella lo que hemos relatado, ni aun suponiendo que habitasen madre e hija en los bajos de esa casa; pues era familia principal, y no hubiera sido fácil tener oculta a la niña en donde viviesen extraños. Además, los bajos de las casas antiguas eran estrechos, incómodos e impropios para vivir decentemente familia como aquélla. Por eso hemos debido suponer una casa por ese barrio.

ENTRE DOS MIEDOS

Los datos de este episodio son de D. F. Ma. D.

1.-Es bastante conocida la *yuca* y no habrá para qué describir. Pichardo (obr. cit. pág. 380) dice:... "Se distinguen la *yuca dulce* o *blanca*, la *agria*, la *cartagena* y la *amarilla*: parece que las dos últimas son exóticas: la hoja de la *agria* es más grande y moraduzca con el *cangre* (el tallo de la yuca) ligeramente

veteado de oscuro; su raíz horizontal o *yuca* suele tener una longitud excesiva; pero lo regular es menos de una vara y por estas ventajas de rendimiento y precocidad es que se prefiere para sacar la harina o *almidón, catibía*, y hacer el casabe; aunque también puedan emplearse las otras para los mismos objetos; pero es sorprendente que el agua del almidón cuando se decanta sea venenosa en términos de morir las aves y otros animales que la beben, mientras que el *casabe* y otros manjares que se hacen de la *catibía* y *naiboa* de la *yuca agria* son tan sanos como el mismo almidón, son otra agua y el bagazo o *yuca* que comen los cerdos, curándolos y precaviéndolos del *ahogo*...El dictado *dulce* se aplica a todas para distinguirlas de la *agria*." A ésta llamamos aquí *yuca amarga,* con más propiedad acaso, y del residuo, exprimida el agua, que es un veneno activo, se saca el *casabe* y tal vez la *catibía* para hacer pastelillos. El peligro de esta yuca consiste en confundirla con la *dulce* y salcocharla con otras raíces y víveres, para hacer nuestro castizo *sancocho*, por lo que han resultado ya en esta Capital casos de envenenamiento de familias enteras. En circunstancias especiales como en la época del sitio a que nos referimos, se ha querido utilizar dicha yuca, sin el cuidado necesario para extraerle toda la parte líquida, y de ahí la ocurrencia funesta del envenenamiento y muerte de esas mujeres durante el sitio.

2.-Expresión vulgar que significa lo que es pagar justos por pecadores, lo que otro hace sin tener en ello culpa. Es quisqueyanismo.

3.-Quisqueyanismo. Expresión familiar y vulgar que da a entender que uno está mal visto, amenazado, con motivo o sin él, y por consiguiente *expuesto* a un peligro, a un atropello, en inminente riesgo.; y se aplica aun al reo. También se dice de una persona que hace un daño o debe responder de algo en justicia o ante alguna autoridad, y en donde puede seguírsele pago de costas o multas o apremio; o bien que ha hecho algo y está expuesto a la venganza de alguno, etc. En una palabra, el sentido de la frase es siempre el de *estar uno en inminente riesgo,* por cualquiera causa, aunque sea inocente, aunque haya renegado del politiqueo y viva como marmota sin quitar ni poner rey. Ejemplos: "Ese individuo engañó a una doncella, y está *mal hipotecado*". "El acusado o el reo está *mal hipotecado*"; esto es, en peligro de ser severamente castigado, o condenado

a la última barbaridad, y si a esto, de ser asesinado legalmente con todas las formalidades de estilo.

4.-Antes de la Separación principiaron a dividirse los dominicanos en partidos o banderías. Primero fueron los *haitianos* y *separatistas* o *febreristas*, más un grupo de *afrancesados*. Desapareciendo con la expulsión de la Junta Central Gubernativa de la escena política los *separatistas* que representaban la Patria Libre e inmaculada (que no ha vuelto a levantarse desde entonces) las instituciones y el régimen de la democracia representativa, surgieron en su lugar el personalismo y el despotismo cifrados en el soldado de fortuna, Santana, instrumento ciego y brutal de una camarilla sin conciencia ni aun vergüenza. Después del 12 de julio hubo ya *santanistas* y *filorios*, entre los primeros mezclados los *afrancesados*, enemigos netos de la República Dominicana autonómica, y por tanto, anexionistas y traidores. Lo de *filorio* inventáronlo ellos para aplicárselo a los *febreristas*, en sentido despectivo. Hubo luego un mandatario simpático y popular, D. Manuel Jimenes, que tuvo pocos parciales llamados *jimenistas*. Hechura D. Buenaventura Báez de Santana, y enfrentando aquél a éste, vino el *baecismo* y el *santanismo* añejo, más la fracción *jimenista* refundida en al primera denominación por odio a Santana. Llegó la anexión; y naturalmente hubo desde luego *españoles* o *españolizados* y restauradores. Después del triunfo de la República y del abandono se creó un *partido nacional* para que cuantos estimasen la restaurada Patria cupiesen en él, única agrupación a la verdad que ha tenido condiciones de partido político hasta ayer, que proclamaba el reinado de las instituciones y era enemigo de todo caudillaje o personalismo: él dio origen al *partido azul*, o mejor, se transformó así. El 29 de..... de 1866 se creó en Santiago la dictadura de los tres generales Pimentel, Luperón y Federico García titulada el *triunvirato* y ellos *triunviros*, denominación esta última que pasó a los *nacionalistas*, o del *partido nacional*; y así por algún tiempo los *azules* se llamaron *triunviros*. Cuantos habían sido restauradores o estaban identificados con esa causa santa fueron llamados despreciativamente *capotilleros*; inspiración de un pobre hombre que creyó ser siempre político notable y fue anexionista aguijado por anexionistas. ¡A mucha honra! Con el Gobierno del Protector General D. José Mª Cabral, los del *partido nacio-*

nal, restauradores, triunviros o capotilleros tomaron la denominación (o mejor se la dieron, porque no eran personalistas) de *cabralistas* o *azules*. También se les dijo *luperonistas* y *pimentelistas*; pero impropiamente, sin duda para significar a los jefes del partido o distinguir mejor, según las circunstancias, de los *baecistas* que eran personalistas netos, los cuales empezaron desde esa época a llamarse *rojos*. Sin duda los *azules* tomaron ese calificativo por oposición a los rojos o viceversa. Los azules aunque siguiesen la bandera de un caudillo, por necesidad eran siempre los patriotas liberales y hombres de principios, opuestos a todo personalismo. *Azul* era *ipso facto* todo el que se sentía capaz de combatir éste y a los enemigos de la Patria por amor a ella, y de querer el reinado de los principios; por lo cual, aunque en embrión, los *azules* eran levadura de verdadero partido político, y no pasó de ahí por falta de progreso en las ideas. Esto no quitaba que, aunque en menor escala, devolvieran a los *baecistas* crueldad por crueldad, pues ambos *partidos* se perseguían a muerte. El movimiento del 25 de noviembre de 1873 produjo una escisión en la bandería *roja* que fue la que promovió la saludable reacción contra Báez. Confraternizaron con los reaccionarios los *azules* que estuvieron seis años combatiendo el personalismo en las fronteras, y como el caudillo, señor D. Ignacio Mª González fue elevado al poder, los reaccionarios y una fracción *azul* constituyeron lo que se llamó partido *verde o verdes*, que no prosperó. A los *azules* tránsfugas se les colgó el anatema de *azules desteñidos* y los demás se dijeron *genuinos*, esto es, castizos, rigoristas, intransigentes; y siguieron combatiendo por igual al señor Báez y al señor González. Apareció luego el General señor Cesáreo Guillermo, y los *azules* se dividieron otra vez llamándose contados *cesaristas*; lo mismo se dijeron algunos *rojos*. La revolución de octubre de 1878 provocó otra escisión, esta vez entre *azules* para combatir la administración del general Guillermo; lo que remató a los dos caracterizados partidos, de los cuales, el *rojo*, había ya perseguido y casi anulado el General Cesáreo Guillermo. Ya no hay azules, ni *rojos*, ni *verdes* (desde 1879) que han pasado a la historia, lo mismo que pasaron el *santanismo* (que aún vive en el corazón de muchos) el *baecismo* puro, los *triunviros* y el partido nacional.

5.-El *Cuarto del pañuelo* es un calabozo de la planta baja de la torre del Homenaje, en el patio interior: afecta la forma de un pañuelo doblado al través o sea de un ángulo rectángulo. Por lo demás, V nota 18 "Muerte del Padre Canales".

6.-Equivale a la expresión o frase prepositiva, dicho modo adverbial a *salvo*, que es en seguridad. Parece quisqueyanismo, y es término de juego de muchachos, que cuando juegan al toro escogen un sitio para librarse de las cabezadas del que hace de tal, que es lo que el *burladero* en los circos, y dicen en *salvito, estoy en salvito*. De aquí ha pasado a la seudo-política que es de toda Hispanoamérica, y al ocultarse o huir alguno de persecuciones, se dice que está *en salvito* o se pone *en salvito*. No consta en vocabulario de americanismos.

LOS TRES QUE ECHARON A PEDRO ENTRE EL POZO

Los datos fueron suministrados por las señoras Da. D. Z., de 90 años, Da. F. B. viuda V. de 80 y M. F. de 100.

1.-Las cuevas de San Lázaro son unas excavaciones, bastante profundas algunas de ellas, que quedan en un grande espacio vacío que había entre el barrio de ese nombre y el de San Miguel, flaqueado al O. por la muralla y al E. por los patios de las casas de la calle de las Mercedes. Hay dos que están unidas por una estrecha faja de terreno como de una vara y que forma un verdadero puente. Parece que fueron primitivamente las canteras que suministraron las piedras para construir o las iglesias de San Lázaro y San Miguel, que se ven en ambos extremos del espacio dicho, o para muchos otros edificios de los que primeramente se construyeron, entre ellos acaso la Catedral y alcázar de D. Diego Colón. Esas canteras han sido convertidas en depósitos de inmundicias; y haylas igualmente por ese mismo lado fuera de la muralla. Me es grato su recuerdo porque fue teatro de nuestros juegos de la infancia.

2.-Había una anciana algo terca que pronunciaba de no muy conveniente modo el apodo ese, porque creía que así debía pronunciarlo; y como no tenía empacho en llamar así al *viejito* Urrutia, le advirtieron que podía pesarle. Pero ella decía que a él mismo se lo cantaba; y en efecto, fue a su casa no recordamos con qué motivo y D. Carlos *Conuco* le dijo en sus barbas no una sola vez.

3.-*Borriquero* y mejor *burriquero* es entre nosotros el que montando en su asno se emplea en la carga de efectos de poco bulto y peso, y más principalmente en la conducción de ciertos productos del país como carbón, cañas de azúcar, plátanos, cañas de Castilla, horconadura, tablas, etc., llevándose las tablas de pino o palma arrastre, lo cual es muy curioso de ver por nuestras calles. Hay que saber que los *burriqueros* han bajado de su categoría, pues ellos solos tenían ahora 30 y pico o 40 años el privilegio de cargar mercancías y todo: ¡para lo que había que conducir! Su puesto era la esquina norte de una casa muy alta que pertenece a D. Luis Cambiaso, Comercio, y que aún hoy la llaman *esquina de los burriqueros*. No consta en voc. de amer.

4.-Pichardo (obr. cit. pág. 338) dice: "Así se llama principalmente en las casas o fábricas rurales o de poblaciones nuevas, el *hormigón* ordinario, basto, hecho con mezcla menos fina, sin betún ni bruñido, sino emparejado en bruto con el pisón". Igual es el que usamos aquí, que difiere del que rezan los diccionarios autorizados.

5.-Aunque jamás hemos tocado una baraja, tenemos a nuestra disposición un vocabulario *nacional* del juego que hemos formado para instrucción de la juventud; y de él sacamos los datos que aquí damos. En la mesa del juego hay algunas veces o casi siempre más individuos que no juegan que los que juegan, regularmente más del doble. A esos los llaman *mirones* y los distribuyen en tres clases: mirones que *cantan el ave maría*; éstos son los que sin tener con qué jugar se mantienen cantando el juego que debe darse. Mirón que *puja* es el que sin estar jugando observa y ve todas las pillerías del juego y cuando ve una da un pujido. Mirón que *va en busca de la peseta*; a ése le llaman mirón des... *castrador*.

6.-Se llama así el que no tiene qué jugar y se constituye en atender y ayudar al banquero a pagar y los hay de dos especies. *Gurupié capador* es el que al pagar o cobrar se mete una ficha en el bolsillo o por el cuello de la camisa fingiendo que va a rascarse la cabeza. *Gurupié perpetuo* es el que pelea por ser quien atienda a todos los bancos: llámasele también *gurupié a mano armada*.

7.-El jugador *arrancado* pide una suma para dar como interés, mientras la deba, un tanto de cada parada que gane. Ese es el *esclavo*.

8.-Un jugador perdidoso o *arrancado* pide una suma *a mato mi cochino*. Esta denominación se asemeja al *capú* de nuestros muchachos, el cual consiste en *ponerse a capú*, y por tanto, tener cada uno el derecho de tumbarle de un manoplazo el objeto que tenga y apoderarse de él, estando el otro descuidado. El jugador dicho recibe la suma que pide con tal condición, sin retribución ninguna ni obligación a pagar interés, pero el que presta queda *ipso facto* autorizado para que, cuando llegue a una mesa y vea jugando a su deudor, pueda apoderarse de la parada de éste, así sea la suma triple o quíntuple de la que dio. Regularmente el que así presta, tiene sus espías que le avisan cuando está jugando su deudor, para entrar en precaución y sin ser visto, a fin de sorprender una buena parada, y echarse sobre ella con la sacramental fórmula: *mato mi cochino*. Estos pactos se observan con más escrupulosidad que un contrato notarial entre personas honradas.

9.-Exclamación que emplea el jugador arruinado que le pide a otro dinero para jugárselo.

10.-Dice el jugador cuando está perdiendo.

11.-Había antes la creencia o precaución de atribuir el jugador perdidoso su mala suerte al pantalón o chaqueta que se ponía más frecuentemente; y en efecto, quemaba esas piezas para ahuyentar el genio maléfico que le hacía perder. Acaso las ideas modernas hayan influido como en religión, en política y en todo para que cesen estos peregrinos autos de fe.

12.-Es disimulación, engaño, malicia, y así se dice: "Fulano tiene muchas máculas", reza el Diccionario enciclopédico dirigido por D. Nemesio Fernández Cuesta, pero entre jugadores es supersticiosa creencia, preocupación falsa acerca de determinada cosa.

13.-*Sucucho* (en México y Cuba *sucucho*) por rincón se registra en el Dic. gallego de Cuveiro Piñol, dice Cuervo (obr. cit. pág. 534). "Rincón, tendajo, chiribitil", traduce Rafael Uribe U. (obr. cit. pág. 265). Extraño es que el diligente, erudito y distinguido cibaeño D. Esteban Pichardo, no registre esta voz en su ya famoso diccionario de voces cubanas. Parece, según las obras consultadas en vano, que sólo es común a Colombia, Cuba, México y la República Dominicana.

14.-Acepción expresiva que familiar y vulgarmente usamos para significar que no se tiene blanca. Así se dice reflexivamen-

te: "*arrancarse* los cuartos a uno" "se me *arrancó*", haciendo el verbo neutro. *Arrancado, a*, es adjetivo aplicado a quien está arruinado, es un pobrete o que simplemente se halla sin blanca. En Colombia priva, según dice Cuervo. El vulgo encanalla el vocablo diciendo *arrancuchar, arrancuchársele* a uno, sin extender este uso al adjetivo.

15.-El jugador perdidoso achaca luego su mala suerte al que tiene al lado; y exclama: *¡Qué ojo! ¡qué peben! ¡qué maldito obenque! ¡seca un papayo!* Lo de *obenque*, que es término náutico, vino de un individuo natural del Seibo que era parroquiano de una casa de juego ahora años, y tenía un ojo menos. Con este tal se encapricharon los que jugaban que *azaraba* o fatalizaba a quien mirara, y estábanse saludándole de ese modo mientras hacía de *mirón*. De ahí el singular terminacho cuyo origen pocos tal vez sepan.

16.-Cuando el jugador va perdiendo, le molesta todo. Así dice: "Amigo, no me pise la silla", si alguien lo hace, y cuando le embroma el vecino o le parece a él que le molesta grita: ¿Quién cambia de lugar?" ¡Infelices!

17.-Por el contrario, al que gana todo se le vuelve reírse, y como atribuye su ganancia al que tiene al lado, dícele: "No se quite de mi lado". "Ud. tiene vista de ángel" "Es Ud. el niño de Atocha", etc. Muchas de estas expresiones parece que son antiguas.

18.-Sin duda es quisqueyanismo, pues en parte alguna se encuentra esta frase expresiva, equivalente a la otra: *meterse en cintura, meter a uno en cintura*, y a la castiza: *meter entre un puño*.

19.-V. Pichardo (obr. cit. pág. 234). *Majaguo* se dice en Colombia al árbol y a la corteza *majagua*. "Especie de cintas fibrosas que sirven para envolver los andullos de tabaco, para hacer cuerdas, cables, mochilas y otros artículos". (Uribe U., obr. cit. pág. 176).

20.-Equivale a no hay medio, manera. "*No hay fresco* de que quiera venir", "*no hay fresco* de que lo haga". No consta en los voc. de americanismos. Es de uso familiar y vulgar.

21.-"*Garete. Irse o estarse al garete*. Frase tomada de la marítima en la significación metafórica de perderse, trastornarse, desordenarse o extraviarse alguna cosa, a la cual faltó el rumbo, gobierno o cuidado. De aquí el verbo *desgaritar* o *desgaritarse*,

al cual se da en esta isla el mismo significado". (Pichardo, obr. cit. pág. 159). Del mismo modo decimos nosotros de una persona que anda sin rumbo cierto; y hacer huir, perseguir a uno decimos también *desgaritar* a uno.

22.-Esta tradición, que, como queda dicho, ha dado origen a un dicho popular nuestro, de absurda construcción gramatical, estaba casi perdida. Por fortuna, una señora de 90 años tenía los datos, que posteriormente otras ancianas han enriquecido, y conoció a la víctima, que asegura llamarse Pablo y no Pedro, a su madre señá María Jerónima Noba y a uno de los victimarios de nombre Francisco, que fue quien en artículo mortis declaró en La Habana el hecho, y dice que supone que el alcalde de aquella ciudad por oficio lo comunicó a las autoridades de la antigua Española. De modo que el dicho popular está equivocado, pero como tal, debe conservarse así. Los datos de la dicha señora son fidedignos, y ella muy verídica y de excelente memoria. Y como se trata de *tres* y de que el hecho fue por causa del juego y ocurrió en un barrio de esos, única cosa que se sabía ya, es seguro que la tradición a que se refiere esa señora sea la misma que hemos relatado. Los precedentes datos se hallan confirmados por otra señora, respetable viuda de un distinguido caballero, quien da el mismo nombre de la víctima, añadiendo que era gran guitarrista, y el de su madre. No deja por eso de haber encontradas versiones. Consultando a una señora que cuenta de edad un siglo justo, y en el pleno uso de sus facultades, da razón de que el suceso se refería de distinto modo (aunque en lo esencial es uno mismo) y recitó unas cuantas décimas de las varias que se escribieron con ese motivo. La versión que da es la siguiente: Era un joven mulato, militar, buen guitarrista y mejor hijo: llamábase Pablo, y su madre Tomasa. Estaba en el fuerte de Santa Bárbara, y el cabo llamado D. Manuel Batista le prestó para un piquete, y no volvió; aunque también dice que se le envió a buscar la cena, y no apareció más. Parece que se metió en mal lugar, y tres le acecharon y le arrojaron al pozo, sin duda después de asesinarle. A los 15 días su madre le encontró allí y le sacaron ya con un brazo comido. Que el pozo quedaba en *La Negreta*, sita en el barrio de Santa Bárbara, así llamado por haber existido allí un edificio que servía de depósito de esclavos y cuyos cimientos en parte se ven. Está el pozo en el

fuerte del Ángulo, extremo norte de las murallas y en la misma calle, que por allí está a nivel de ellas, midiendo unos 40 pies. Hay personas que aseguran que el suceso ocurrió en ese pozo, pero en el pueblo corre válida la especie de que fue por San Lázaro, y aun señalan el lugar. Naturalmente la versión que dimos es la más comprobada y la más rica en pormenores. Por lo demás, todos están de acuerdo en que fueron *tres* y jugadores los verdugos y que la víctima se llamaba Pablo y no Pedro, que era de color y militar, etc. Cuanto a esas décimas, no creo que valgan por un documento auténtico.

MUERTE POR MUERTE

Suministraron estos datos la señoras Da. M. D. F. de C., Da. F. B. viuda V., Da. R. del O., Da. D. Z., Da. M. S. y los señores D. J. Mª B. y D. A. B. He aprovechado también el *Compendio de la Historia de Santo Domingo* por José G. García, tomo II, 2ª edición.

1.-Es expresión nuestra, quisqueyanismo, pues no se halla en parte alguna de América, que sepamos. No necesita explicaciones, porque, como se ve, significa *complacerse uno en una cosa, satisfacerse, etc.* De las cosas inanimadas se dice lo mismo en lo que a ellas se refiere. Así se explica la frase "los aguaceros se dieron gusto"; es decir, se complacieron en aguar la fiesta, se hartaron de ello.

2.-La 1ª edición del *Compendio* del señor D. José G. García, trae que del 3 al 4 junio de 1820 ocurrió la muerte de D. Tomás Ramírez, pero ese dato ha de rectificarlo en la 3ª que prepara, más rica, corregida, aumentada y libre de la pesada forma interrogativa. El autor nos ha dicho que las fiestas empezaron el 4 de julio y el 10 pusieron las lápidas conmemorativas de que no han quedado huellas, porque con la vuelta del régimen absolutista indudablemente las quitaron. Es más que probable que se pusiese alguna en la plaza de la Catedral, y como no había en ella entonces más edificios públicos que la Catedral, el Cabildo y la Cárcel civil, acaso no querrían colocarla en los dos primeros y eligieron la última, o bien sería en el Cabildo y la Cárcel. Por eso afirma persona muy verídica "que no dice sino lo que vio", que la muerte de D. Tomás Ramírez ocurrió cuando

la inauguración de ese edificio con muchos festejos públicos, dice ella. El edificio se construyó en 1812, y manifiesta unas veces la referida señora que al poner la primera piedra fue que tuvieron lugar esos festejos, y otras que al colocar una lápida, asegurando la misma que fue restaurado en algún tiempo. Con lo primero nada tenemos que hacer. Si la lápida se puso allí en el año 20, pudo ser la que consagraba el edificio, pero es probable que fuese más bien la conmemorativa de la segunda jura de la Constitución, que allí se pusiese por ser lugar más a propósito, visible y público y edificio del Estado. Acaso se aprovechasen aquellas circunstancias para inaugurar el edificio o poner en él lápida, cuyas señales no se han encontrado; y esto será lo que haga afirmar a la señora que la muerte de D. Tomás Ramírez ocurriera cuando la inauguración del edificio en que "hubo muchas fiestas". Mientras tanto, cinco testimonios hay hasta ahora, incluso el del historiógrafo señor García, y el de un hijo de la víctima que lo refirió en Puerto Rico al señor D. Alejandro Bonilla, los cuales todos aseveran que ocurrió el hecho durante las fiestas de la segunda jura de la Constitución, o sea, en el mes de julio de 1820. A ello es fuerza que nos atengamos, aunque sentimos no acomodarnos al parecer de aquella señora.

3.-Este edificio ocupaba el frente occidental de la plaza de la Catedral, y fue en el gobierno de D. Diego Colón que se edificó, porque dice Delmonte y Tejada (obr. cit., II cap. VI, pág. 109) que el Virrey Almirante "promovió igualmente que el cuerpo municipal levantase con igual magnificencia (que su alcázar, el cual empezó a fabricar entonces) la casa de Cabildo, etc." Él llegó aquí el 11 de julio de 1509, según el mismo autor, y a su arribo un huracán derribó las casas de madera y paja. ¿En qué año se fabricó en Cabildo? Sería del 509 al 520 o 21. Sin embargo, en otra parte de la misma obra (III, I, pág. 12) sienta que "se fundaron la iglesia parroquial, convento de religiosos franciscanos, casa de Cabildo y cárcel". Esto pues se levantó con magnificencia. Era, dice el mismo autor que lo vio, de arquitectura gótica, y en efecto, tal fue hasta el año de 1876 en que le derribaron para levantar en su lugar la pesada construcción moderna de ladrillos fofos, y adornos de madera y hierro colado, que hoy se llama Palacio consistorial. Era sencilla y algo tosca, de un piso y con balcón corrido mal hecho. Su sala

principal, que era pequeña, tenía artesonado de madera y una inscripción que aludía a la equidad de los jueces.

4.-Llamaban el *Fijo* a la guarnición permanente, y esto parece que desde el siglo pasado o acaso antes. D. Antonio Del Monte y Tejada (obr. cit. III, cap. pág. 67) habla de una compañía del *Fijo* que fue a aprehender al capitán Santiago Morell de Santa Cruz y parciales que habían levantado bandera contra el gobierno colonial, porque éste prohibió el tráfico de ganado por las fronteras. Eran hacendados, y la rebelión se llamó la *Revuelta de los capitanes*, y ocurrió por los años de mil setecientos setenta y pico. El mismo autor (obr. cit. III, cap. IX, pág. 141) trae un documento suscrito por D. Joaquín García, Capitán General de esta parte, en que habla de que "el batallón fijo está en ella bien distribuido", y en la página anterior y luego en el capítulo X, habla el predicho autor del *Fijo* de La Habana, México, Caracas, Puerto Rico, etc., que se mandaron buscar cuando el rey de España declaró la guerra a la República francesa. Luego es una determinación técnica, diremos, para significar guarnición permanente de tropa de línea. Metáfora o término técnico, debía constar en los diccionarios, si hasta pertenecía al lenguaje oficial, al menos aquí.

5.-Quisqueyanismo. El vulgo llama *mocho* a todo pedazo de cuchillo o el mismo despojado de su cacha o con algún otro deterioro, o bien simplemente porque es viejo. Del mismo modo llaman, por extensión, *mocho* a cualquier cuchillo que use uno. "Sacó su *mocho* y le dio o hirió". "Tenía fulano un *mocho*", así se trate de un magnífico *colín* flamante. "Amigo, présteme su *mocho* para picar mi tabaco", sea cuchillo nuevo o viejo, roto o no, cuchillo de marino (*sambeta*), navaja, etc.

6.-Textual.

7.-Es un terminacho vulgar que denota un grado óptimo en las cosas. "*Un discurso número uno y medio*, que es muy bueno; "un escándalo *número uno y medio*", mayúsculo; y también *número uno y tres cuartas*. No existe en dic. de americ.

8.-El sólido edificio, antiguo templo de San Agustín, que está en la calle del Arquillo y cuyo lado y ángulo Este cae sobre la plazuela del Carmen, tres veces célebre (llamada de San Andrés por el historiador Del Monte y Tejada, obr. cit., III, cap. V, pág. 59). Nunca tuvo otro destino después que dejó de ser templo, parece, que el de asa de corrección de mujeres perdidas enfer-

mas; y se sabe que Doña Concepción de Mueses era de las que iba semanalmente con sus criadas a asistirlas. ¡Ejemplar caridad la de aquellos tiempos!

—O—

Para rematar las notas de esta leyenda, hemos de agregar las versiones que hay acerca de ella. El sitio en que fue herido D. Tomás Ramírez lo fijan unos en la esquina de la calle del Comercio, sin distinguir, otros en la más próxima a la plaza, casa de D. Alexi Licairac, éstos en la acera del lado Este, frente al caño y casa de D. Martín Puche, esotros en la opuesta acera. Lo probable es que fuese en la del lado Este, porque el hijo o nieto de D. Tomás así lo asevera, "sobre el mismo caño", y siendo el suceso tradición de familia, ella es la más autorizada opinión en este caso. Además la dama del cuento vivía en la opuesta calzada, la del Oeste, y es natural que tratándose de casas altas, para verla, D. Tomás siguiese la frontera a la morada de aquélla. Otras versiones desfiguran el suceso. Hay quien diga que un soldado del *Fijo* llamado *Corbata* armó un desorden en una de las dos esquinas, y al favor de él, el francés mató a D. Tomás Ramírez; y que sospechando del pobre diablo, lo hicieron preso, porque salía en ese momento de la casa frente a la cual ocurrió el asesinato. Relativo al presunto reo, refiere un señor anciano que "era un moreno y andaba con un garabato en el pescuezo en castigo"; pero se sabe bien que fue Lucas Coronado el presunto reo, y exacto cuanto se refiere a él porque hay tres o más testimonios acerca de ese punto. Por lo que hace al amante de la madame Nicolás dicen algunos que era un relojero francés; pero de éste no queda duda de quién era. Omitióse decir que el arma con que fue herido D. Tomás le atravesó los hígados, dato que es de la familia. Ahora una señora que conoció a los esposos afirma que ella se llamaba Marie-Louise, y tenía una hija de nombre Alice que casó con un señor Pilati. Hágase pues la debida rectificación. Lo más curioso es que afirman que, habiéndose empobrecido los esposos protagonistas de esta leyenda, la culpable hacía dulces para vender, y un día cayó dentro de la olla próxima a la pared la capa de cal desprendida por la calcinación de la misma, descubriéndose una cajita de lata que contenía un *entierro*. A conse-

cuencia de tal dichoso hallazgo, ambos se retiraron a su país; pero esto necesita comprobación.

EL SANTO Y LA COLMENA

Los datos los suministró el señor D. P. T. G.

1.-*Fue curioso, de primera.* —No sé si será castellano, de lo que estoy cierto es de que ni en diccionarios de la lengua ni de americanismos parece la locución. Indica lo que ésta significa: notable, escogido, muy bueno; así, caso, hecho, suceso; discurso, dicho, etc. Estos matices se hallarán al pormenor en mi *Vocabulario de quisqueyanismos,* en preparación.

2.-*Y de ñapa.* —Es la voz consagrada de nuestros infantes, y por eso sólo valía la pena de hacer una disertación sobre ella. Ante todo, es del dominio de nuestra América, como que es voz quichua. (D. Rafael Merchán, *Estudios críticos, artº Estalagmitas del lenguaje*, Bogotá, pág. 122), dice "*ñapa*, adehala". Y nuestro Pichardo (obr. cit. pág. 99, adonde envía de la 269), dice: "La corta dádiva o barato, que hace el vendedor por menos al comprador en reconocimiento de haberle preferido. Dícese también *ñapa*. singularmente en la parte oriental". Adehala, ribete, refacción, trae Uribe U. en su obra citada, y por último, Cuervo en sus *Apuntaciones* (pág.s 479 y 80) nos dirá cuanto hay que decirse acerca de esa voz. "Entre la *ll* y la *ñ* parece haber la misma afinidad que entre la *l* y la *n*, de donde proviene que en vez del *llapa* que como voz de minería da la Academia con el significado de "el aumento de azogue que se echa al metal al tiempo que se trabaja en el buitrón" digamos nosotros *ñapa*, en el sentido de añadidura o adehala". "*Ñapa* se usa también en Cuba, según Velázquez, que traduce el inglés *to boot* por *de ñapa*. Es voz quichua, según veremos". Y en la pág. 530: "*Ñapa*, adehala, añadidura; quichua *yapana*, añadidura; *yapani*, añadir; de aquí *llapa*, pues en esta lengua se cambian la *ll* y la *y*, como en *yantacumi* y *llantacumi*, hacer leña". El uso nuestro no está limitado a sólo los niños porque no hay criada que no pida *ñapas* en las *pulperías*, ni el simple vocablo. También formamos una locución o frase prepositiva que significa *y además, por añadidura,* sin duda bien formada. "*Y de ñapa sobar sus santos*".

LAS VÍRGENES DE GALINDO

Suministraron estos datos las señoras M. D. F. de C., D. Z., C. T., A. Q., y señores Dn. F. Mª D. y Cangº D. C. N. Hemos aprovechado algunos pasajes del poema del mismo nombre del señor D. Félix M. Delmonte.

1.-*Ponerse en ella nacimiento*. —Esta representación de cristo se disponía en muchas casas, sobre todo en las principales, con gran lujo, en el corredor, en alguna pieza o en los bajos de la casa. Ya va siendo rara esta costumbre.

2.-*Y ridículas si Dios manda*. — Expresión familiar y vulgar que denota en grado sumo.

3.-*Un chocolate o una sangría*. —Se hace ésta de agua de limón y vino tinto, que es la castiza; pero aquí la fabricamos (yo no sé si será a la inglesa) con cerveza, agua y azúcar, a que llamamos también *bul*. Era hasta 10 ó más años requisito indispensable en bailes: hoy es raro su uso en tales reuniones, reemplazándosela con agua pura, horchata o algún licorcito. En otra clase de reuniones se hace todavía el *bul*, que en buen castellano puede, por extensión, llamarse *sangría*.

4.-*Al tan de las fatídicas nueve*. —Creeré que esta locución es americanismo, y si no, quisqueyanismo. *Tan* en los diccionarios autorizados es sonido de golpe, según unos, y según otros el sonido o eco que resulta del tambor u otro instrumento semejante tocado a golpes. Pruébase a cada paso que no valen nada los léxicos castellanos: *sonido* o *eco* no es lo mismo y galicismo lo segundo; ¿de qué otro modo iba el tambor a sonar sino *tocado a golpes?* En cuanto a lo de *semejante*, es ocasionado a dudas. ¿Qué instrumento es semejante al tambor? Nuestra locución habrá sido formada por analogía al sonido que da el tambor golpeado, al ver que campanas, tablas, jofainas, hierros, planchas o láminas metálicas, etc., despedían un sonido que onomatopéyicamente se podría explicar por el *tan*. Así hemos dicho acá al *tan de las nueve*, u otra hora, esto es, al mismo sonar de ellas. Es voz expresiva, porque denota bien esta circunstancia.

5.-*Señoritas de ringorango*. —Esta curiosa acepción nuestra (exclusivamente hasta ahora) es sacada sin duda de la extensión de significado que tiene lo que en castellano representa, que es el rasgo pomposo e impertinente que se hace con la pluma en la

escritura, y también por extensión se dice de cualquier adorno superfluo o sobresaliente. Como nuestro pueblo dispone de tan viva imaginación y una fuerza de percepción extraordinaria, de ahí esa acepción como tantas otras verdaderas riquezas de nuestra habla vulgar, popular o regional. Señorita, caballero, familia de *ringorango*, es de copete, de distinción.

6.-*Águeda era extremadamente bella.* —Cuantos oyeron pequeñuelos este lamentable suceso, o conociendo a los que en él figuran, están contestes en decir que Águeda era bellísima. Interesados en hacer su retrato, agotamos los recursos con los que siquiera un día tuvieron ocasión de verla; pero no han podido recordar su fisonomía, sino acaso los rasgos más sobresalientes que damos, lo mismo que de su figura. Le encuentra parecido con una señora de esta ciudad.

7.-*En los meses del hicaco.* —Las palomas silvestres de cabeza blanca, que tan agradables carnes nos proporcionan en los ocho meses del año, poco más o menos, salen de sus criaderos o nidales *(a)* y en bandadas espesas cruzan siempre de E. a O., por sobre la ciudad en dirección de los sitios en que abundan el *café cimarrón*, y el *hicaco* y la *cigua*. Regularmente en cada región hay sitios que de tiempo inmemorial están acostumbradas a frecuentar, porque en ellos no ha faltado nunca el alimento que llevar a sus pichones. En las cercanías de la Capital tenemos los lugares que se citan en un capítulo de esta leyenda, y donde *se echan* las palomas y se les da caza.

8.-*Tiraba de la oreja al burro.* —En castellano se dice: *tirar de la oreja a Jorge,* para significar el vicio del juego. Nosotros, así como lo estampamos.

9.-*En las galleras.* —En ningún diccionario, excepto el de Barcia, hasta ahora, se halla esta voz; y si por allá no *gastan* esta mercancía, que lo dudamos, hacen bien con no recargar los infolios lexicográficos en que siempre "es más el papel que la

(a) En esta provincia los tienen en las isletas llamadas "André" y "La Caleta" y acaso en algún otro lugar: la última está cubierta de bosques, yéndose a ella con el agua a la rodilla o nadando. Es tal el descuido, que se permite ir a esos sitios a matar las madres en cantidad de mil y tantas, y a palos los pichones criados, y los que están en el nido sacudiendo los árboles. Siendo la paloma un recurso para esta ciudad, parece mentira que la despreocupación, cierto desenfado y el desorden, no obstante una que otra tardía prohibición de la Gobernación que no se cumple, rayen a tal altura que permitan "destruir" la fuente de ese recurso.

razón", con este término como con los demás de América, que ni pueden ni sabrán jamás definir en la Península, porque no; y lo mejor es que no se registren más en ellos. Apelamos al buen juicio de los señores lexicógrafos. En América es círculo o valla con un anfiteatro en el interior el cual ocupan los asistentes, y en el espacio que deja libre el anfiteatro pelean los gallos. En ese palenque sólo se ve a los dueños o encargados de *echar al saco* al animal, *levantarlo* etc., y asistirlo en una palabra. Cuando hay uno mal herido o moribundo se arroja a veces todo el mundo a la arena. El que quiera más explicaciones vaya a ese Liceo.

10.-*Cogieron de atrás pa alante.* —Expresión vulgar que vale metafóricamente coger a uno en callejón sin salida, de súbito, sin defensa, llamarle a capítulo, autoritariamente, etc.

11.-*Escogido un palito de guano.* —Es costumbre aquí cortar de astil o palillo tierno de la hoja del *guano*, que es como de media vara, y dividirlo en trozos de cuatro o cinco pulgadas a los cuales se hace un escobillón con los dientes para limpiar éstos. Hay quien no pueda pasarse sin el *palito* (como elípticamente le llaman) y todo el día lo tienen en la boca.

12.-*El aguacero fue de corbata.* —Fuerte, grande, etc.

13.-*No dejes esas niñas solas.* Textual.

14.-*Donde se ejerció su pluma.* —No recuerdo si se dice en la misma *Historia General de Indias* del P. Las Casas, pero se da por cierto que en el convento de Santo Domingo o ex-convento dominico, como decimos al templo y a las ruinas del monasterio, memorable hoy, empezó a escribir esa obra el protector de los indígenas de América. Sí, es positivo que la escribió en esta ciudad; y como era fraile de ese convento, la deducción es lógica. Es fácil comprobar este dato. Aquí debiera consagrársele un recuerdo grande a ese hombre, cuya personalidad está tan ligada a esta tierra casi como la de Colón y su familia. Su primera misa la cantó en la derruida Concepción de la Vega; muy joven vino al país y desde que llegó a Isabela empezó a recoger en sus *Memoriales* apuntes verídicos de la primera época de la colonización, sin contar con que poseía todos los papeles del Almirante, y por eso pudo escribir el comienzo de la Historia de Santo Domingo, que sólo a él deberá tener esas primeras páginas que son la trama fidelísima de los sucesos posteriores. Él fue, por consiguiente, quien destruyó las apasionadas y erróneas suposiciones de Oviedo, enemigo acérrimo

de Colón, que viciaban y han viciado el origen de nuestra historia nacional; tales como la sublevación en el mar, hecho hoy descabalado por la crítica como imposible y absurdo, si ha de seguirse, como es natural, el *Diario* del Descubridor, y aquella otra fábula dramático-novelesca de Miguel Díaz y la india Ozema, pues ni hubo tales carneros ni jamás se halló tal india Ozema*(a)*. Él contribuyó a educar a Guarocuya, nuestro antiguo Leónidas, e intervino en la paz que propuso en carta particular el poderoso Emperador de dos mundos, Carlos V, al oscuro y altivo quisqueyano, último defensor de su raza; él era el celoso patrocinador de los indígenas y ardiente acusador del más mínimo acto de los gobiernos coloniales que afectase la libertad o el bienestar de los indios, él fue a España a abogar

---

(a) *Hocama* llamaban los españoles este río, sabe Dios si oyendo *O-sáma* ú *O-samá*, porque los naturales dijeron del mismo modo *Samaná (Xamana* escribía el Dr. Chanca y *Xamaná* el P. Las Casas, "la última sílaba aguda", advertía él); aunque sostiene D. Juan I. de Armas (*Orígenes del lenguaje criollo*, XV, pág. 76) "que todos los nombres dados a las primeras islas y provincias, cuando no conste su procedencia castellana, son nombres arbitrarios, casi todos de sonido arábigo(!) e hijos de la creencia que tenían los descubridores de hallarse en países orientales y de la imperfecta percepción de los órganos auditivos"; los cual es ingeniosamente peregrino, así como el decir que *Anacaona* es vascuence, porque en esa lengua *ona* es *bueno* y la reina indígena era una mujer buena.... Del nombre *Hocama*, pues, vino el otro, corruptela o no, de *Ozama* y *Ozema*, exclusivo del río, como lo testifica Las Casas, y que no parece posible le dieran los españoles. ¿Por analogía a qué, recordando qué, por cuál reminiscencia eufónica arábiga, según de Armas? La tal india, cuyo cacicato se extendía desde este río en la margen occidental, hasta Haina o el lugar frontero a la isla Beata, siguiendo el litoral, si no estamos equivocados, era llamada por los españoles Catalina: así Las Casas, Irving, nuestro Del Monte y Tejada y otros. El sr. D. Javier Angulo Guridi, en su *Geografía físico-histórica de Santo Domingo*, erró al situar el cacicato de esa indígena a quien llama Inés, nombre que jamás tuvo, en la opuesta orilla del Ozama. No hubo pues nunca india llamada Ozema (lo cual es de sentirse por las niñas bonitas que lo llevan); y en cuanto a Miguel Díaz, criado del Almirante, puede seguirse paso a paso su vida. Bien pudo ser que tuviera esas riñas en Isabela (lo cual no está comprobado); pero consta de un modo cierto que quien indicó el oro de Haina "a los cristianos" fue el cacique Guarionex, deseoso de quitarse de encima el tributo del medio cascabel de oro en polvo que a los indígenas cibaeños tenía impuesto Colón; y asimismo consta que éste ordenó a su hermano D. Bartolomé que explotase aquellas regiones y erigiese fortaleza en el lugar de las minas, que vino a ser después el pueblo de San Cristóbal. Para ese fin, no recuerdo si el almirante o su hermano envió como exploradores a Miguel Díaz y Francisco de Garay, los cuales, haciéndose acompañar *por guías* (¡para los que aun crean que el primero fue a parar fugitivo y *solo* al Ozama!) se dirigieron desde Isabela hasta el Haina, exploración de que habla largamente Las Casas. Esta es la

con calor ante el Rey por los indígenas de América y sobre todo de Santo Domingo, y por ello sostuvo valientes y harto científicas polémicas en el seno del Consejo de Indias. Su vida se gastó en esa noble causa; y de cuanto le pueden acusar los mismos españoles es de su vehemencia de carácter y estilo, porque no perdonó las iniquidades de los colonizadores, aunque fuese realmente un tanto exagerado. A él, por último, no le cae la mancha que irreflexivos historiadores le echan encima de que introdujo la trata de esclavos africanos en América, pues que bien demostrado está que fueron los portugueses. De sus palabras, si acaso algo de eso dijo, no se debe deducir un hecho tamaño. Puede que pocas biografías sean más interesantes que la del Obispo de Chiapa, ni pocas obras más instructivas y que se *dejen leer*, entre los infolios de aquella gente, como ese monumento que se llama *Historia General de Indias* y el otro, la *Apologética Historia* (que dicen contiene la natural de esta Antilla, todavía inédita en los archivos de la Academia de la Historia pero de que se han sacado copias. Es preciso cerrar los

---

decantada historia erótico-política del origen y fundación de las dos ciudades en las márgenes del ozama. ¡Donosa fábula de Oviedo que sin detenerse han repetido todos! Pero la crítica histórica está ahí. Pues qué ¿no nos ha demostrado, aunque nos sea duro creerlo, que es falso que Isabel empeñó sus joyas para armar la expedición descubridora? ¿No es evidente asimismo, con ella en la mano, que el nombre de *Quisqueya* no es indígena ni jamás existió, y que quienes primero lo escribieron fueron Herrera y Gómara, siguiendo *ad pedem literoe* la ilusión del Almirante de hallarse en el extremo Oriente, y andar buscando la *ciudad del cielo* de Marco Polo, su *Guisay, Guinsay* o *Quisay*, de donde, corrompiendo el vocablo, alguien dijo *Quisqueia*, según la prosodia antigua, convirtiéndose después la i en y según la moderna? De ahí tomaron el nombre los historiadores de Indias, que han repetido los demás sin la debida crítica, así como que esta isla se llamó *Haití* o *Quisqueya*, *Babeque* o *Bohío*. El segundo no es de formación ni terminación lucaya; y cuanto a los otros dos, ya se sabe que el primero era el nombre que daban indios de Cuba a Costa-firme, a la cual llamaban *Caritaba*. "Jamás este *babeque* paresció", dice Las Casas. Ni *bohío* tampoco, término con el cual ellos significaban caserío o chozas. "Consta que fue un nombre infundadamente atribuido por Colón a la isla de Santo Domingo, limitado luego por el Dr. Chanca a una sola de las provincias... y adoptado por los conquistadores para expresar la idea de *casa*" (Jn. I de Armas, obr. cit. cap. II, pág. 11). Y ya que sin quererlo nos hemos venido tan lejos, conste que, aunque nos duela, la isla no se llamó siempre más que *Haití*, pues *Quisqueya* jamás existió, bien como tampoco Ozema y los demás. Sin embargo, soy de los que sostengo ese bello nombre, consagrado por los historiadores de Indias, para nuestro jirón de isla. ¡Ojalá sustituya un día la *República* de *Quisqueya* al pesado y ambiguo título de *República Dominicana*. Otras razones más pueden verse en *El Teléfono* Nº 445 del 8 de noviembre de 1891.

ojos para atreverse a negar que la alta personalidad del Padre las Casas es para nosotros casi una gloria nacional, como si no significase más que la de cualquier aventurero de los que pisaron estas Indias en busca de fortuna.

15.-*Anduviese listo el coco macaco.* —Es un palo del África nudoso como el tronco de la palma y torcido, por lo regular. Ningún neociudadano de la africana república de Haití (que ocupa la parte occidental de la isla de Santo Domingo, antes colonia francesa) puede estar sin su *coco macaco (coq. macac pronuncian)* y es el bastón del gobernante, del jefe militar, del capataz de presos, del prefecto y agentes de policía y de todos los *cituayenes*, como por acá les decimos. Es de rigor el mucho palo con tal instrumento a soldados y prisioneros; fortuna que el haitiano o *mañé*, según les decimos, está ya familiarizado con el *coco macaco*. Los viajeros compran allí por curiosidad colecciones de ellos.

16.-*Los rudos y sanguinarios toques de la cuyaya.* —Las siguientes sextinas del poema de D. Félix Mª Del Monte, que tiene el mismo nombre que esta leyenda pintarán al vivo lo que es:

"Esa histórica danza
Por el monstruo Cristóbal inventada,
Un grito es de venganza:
Del deleite del crimen pincelada;
Pues pinta una manía
Y del dolor convulso la agonía.

Cuando de pies ahorcados
Mil víctimas de asfixia perecían;
Y de luchar cansadas
Los crispados miembros removían,
Con espasmos violentos
Anunciando sus últimos momentos.

El tirano gozoso
Al tambor ordenaba que mezclase
Su sonido enojoso,
A fin que el movimiento remedase
Del hombre casi inerte...
¡Esa es la horrible danza de la muerte!"

17.-*Apostaba a un giro.* —"Entre nosotros *giro* es un adjetivo que denota color y se aplica a gallos y a gallinas; pero no a los pintados de blanco y negro, sino a los matizados de colorado y amarillo. —*Ir cuatro al giro y cuatro al colorado*, es frase con que se moteja a los políticos murciélagos, que hacen a pluma y a pelo, y que llevan los principios en la barriga. —(Z. Rodríguez, obr. cit. pág. 270)". —Dice Cuervo que se aplica a ciertos gallos lo mismo que en Cuba; y Pichardo, que allí (Cuba) es el que tiene la golilla y plumas de las alas amarillas con los troncos y pechugas negros. Nuestro gallo *giro* es de varias clases. *Giro blanco:* de color crema, con las plumas del buche blancas y el resto del cuerpo. *Giro prieto*: lo mismo que el anterior, con las plumas del buche y las puntas de las alas negras. *Giro pinto*: el mismo color, con el buche y las cabezas de las alas salpicadas de blanco. *Giro cenizo*: el mismo color con el resto de cuerpo color ceniza. *Giro amarillo*: tiene las cabezas de las alas matizadas de amarillo claro, la golilla amarillo claro, el lomo matizado de rojo oscuro y amarillo ídem, y las puntas de las alas con algunas plumas blancas o de otro color; y algunos tienen el buche negro. Son los *giros* en general los más vistosos gallos, y sin duda se les llama así por el antiquismo que vale *galán, hermoso*; y ha quedado en América para designar esa clase de gallos.

18.-*¡Al matalobo!* —"El gallo color almagradoclaro, las alas algo más oscuras y algunas plumas negras en la pechuga, otros dicen *malatobo*". Pichardo (obr. cit. pág. 246). Es el gallo indio muy claro que regularmente tiene los ojos completamente negros; y también tenemos un *malatobo* amarillo-mamey.

19.-*Aplastando las guáyigas*. "Plantas de una vara de altura con hojas lucientes y raíces semejantes a las de la yuca y con la cual se hace almidón y tortas con que se alimentaron los sitiados en el asedio de D. Juan Sánchez Ramírez". D. Antonio Del Monte y Tejada (obr. cit. III, VII, pág. 98, nota). Pichardo, en la voz *yuquilla* (obr. cit. pág. 381), dice: "Planta silvestre, perteneciente al género *zamia* más común en las sabanas, que a manera de una palmita sin astil y... de dos pies, echa de la raíz unas *penquitas*, cuyos tallos o nervios, a imitación en miniatura de las de la *palma real*, lleva aladamente en gran parte de su longitud las hojas oblongas de un verde oscuro, a modo de pluma; el tubérculo o *yuca* suele crecer extraordinariamente,

algunas hasta tres palmos, por ser perenne; pero la mayor que yo he sacado... ha medido un pie... Rayada aparece prietuzca o sucia como el *sagú*, sin embargo asentada la harina o almidón después de lavada y seca, queda blanquísima, lustrosa, suave y la mejor para almidonar... Frita en pedazos se echa a los ratones para matarlos. En la Vuelta Abajo conserva su nombre indígena *guáyara*; en Santo Domingo, *guáyuga*; en esta parte occidental *yuquilla de ratón*, etc."

20.-*Que asombran zapotes.* —En primer lugar, según observa Pichardo (obr. cit. prólogo XV), casi todos los americanos pronuncian *s* y *b* en lugar de *ce, ci, ll, v* y *z*, y de aquí deduce que las voces indígenas no se pronuncian ni deben escribirse con esas letras, y que si algunos escritores peninsulares dijeron *ceiba, ciguapa, zapote, llana, llagruma, vivijagua, Havana*, etc., no fueron exactos en la representación de la prosodia americana, confundiéndola con la nativa suya. Es observación, que además de acertada, debiera tenerse en cuenta siempre en materia de americanismos. Nemesio Fernández Cuesta (*Dicc. enciclopédico de la lengua española II*, pág. 1382) trae la definición del zapote americano que, dicen este y varios otros lexicógrados, se cría vigoroso en Sevilla, pero que acaso no sea el mismo, por la circunstancia de que: "su fruto es de unas tres líneas de largo, redondo, chato, rojo oscuro, blando, aguanoso y dulce; contiene una semilla en figura de riñón, negra y lisa". Contra esto protesta Pichardo, a quien emprestaremos la verdadera definición del *zapote* o *sapote*. "Voz indígena mej. En México se comprenden varios frutales bajo el nombre *tsapotl*, que corrompieron los españoles con el defecto de la *z*... A esta isla emigró por su parte occidental la palabra *sapote*...Cuando en la Vueltabajo se dice sapote, se entiende el *níspero* de la Vueltarriba; sin embargo de que algunos agregan *níspero-zapote (chictsapotl* de los mejicanos). Es árbol aquí común, de madera blanca, mediana altura, hojas alternas, ovales lanceoladas, de cuatro a cinco pulgadas de longitud sobre la mitad de anchura; flores blancas o rosadas, inodoras; el fruto de su nombre de diferentes tamaños y figuras, según sus clases; aunque por lo regular es casi redondo o acorazonado, lechoso, y cuando maduro la telilla exterior es gris y la pulpa amarillosa que tira a tabaco claro o de cedro por el centro, muy dulce-azucarada, con semillas negras lus-

trosas y duras... Morales dice que de su jugo lácteo se puede imitar la gutapercha (*Sapota achras*, Miller)."

21.-*El Pozo con su bambú*. —Los diccionarios autorizados dan junco de las India, la mayor de las gramíneas que se eleva hasta sesenta pies, que es originario de las Indias o islas de la Sonda, que comprenden doce especies, y su tallo se emplea en bastones y otros usos: llámanle también *bambuc*. Rafael Uribe U. (obr. cit. pág. 317, notas, 45) expone que la definición de la Acad., y de los demás también como vemos, corresponde con la de la *guadua*, gramínea colombiana. Don Juan I. de Armas dice a la *guandua, caña brava (Orígenes del lenguaje criollo*, X, pág. 53) y *guádubas* las llama Juan de Castellanos. Y Pichardo (obr. cit. pág.33): "Especie de caña la más grande y gruesa que se conoce... de sus raíces parten y se renuevan constantemente sus tallos elevadísimos, cilíndricos, huecos, aunque interrumpidos por nudos... van adelgazando hacia la cima por donde se encorvan a manera de plumajes..., de los nudos salen las ramas o junquillos con hojas largas, perennes, puntiagudas, pasto perenne de los animales... Propaga mucho, se eterniza y aun perjudica el crecimiento de su tenaz raíz que a veces ni el fuego la destruye, enteramente. Las cañas sirven de varas, y sus cañutos de envases. En la parte occidental la llaman *caña brava* y en la central *pito*... (*Arundo donax Bambusa* o *arundinacea*)." Aquí decimos más *caña brava* que *bambú*; dejando este último para uso poético y para los canutos, los cuales sirven para sacar agua del pozo atados a los cabos de una majagua y trasportar leche cortada o cuajada que llamamos *boruga*.

22.-*Fuertes troncos de guano*. —No es árbol ni yerba el *guano*, como estampan diccionarios castellanos, sino arbustos, Pichardo (obra. cit. pág. 177) dice que en toda la isla se entiende esta palabra sola en sentido lato por cualquiera especie de la familia de las *palmas*, si se exceptúan la *palma real, coco, corojo, y dátil*; que los indios en su concepto aplicaban la voz *guano* designando toda la familia sin dejar de distinguir las especies; que hay *guano blanco, guano prieto y de monte, guano de costa y guano espinoso*; que todas estas especies son silvestres, abundantes, parecidas y por el estilo de la *palma*, a cuya familia pertenecen; y que su existencia en mucho número no es señal de buen terreno.

23.-*Las pomarrosas en flor.* —Dice Pichardo (obr. cit. pág. 302): "Arbusto que está cubierto de flores y frutos casi todo el año... las hojas opuestas, lanceoladas, muy puntiaguadas..., flores blancas con visos rosados, agrupadas en las extremidades de las ramas; el fruto de su nombre es esférico, amarillo, con coronilla, olor de botón de rosa, cuya carnosidad es dulce, sabrosa y de un aroma agradabilísimo, hueco por dentro con una semilla limpia y suelta y que como las hojas se presume venenosa (*Eugenia jambos*). Morales (*Jambosa vulgaris* D.C.)

24.-*Hicieron que el Goyo llamara a ella.* —¿Quién sabe eso? ¿Lo declaró alguno de los supuestos reos? Sea cierta esta suposición, no es sencillamente más que la acusación de complicidad con los asesinos que atribuyen al esclavo. Así el poema de D. Félix Mª Del monte.

25.-*Sabe Dios por quién y cuándo.* —Esa casa era una de las del mayorazgo de los Coca, familia noble y pudiente del antiguo Santo Domingo, aunque no titulada. De ellos había uno, D. Antonio Coca y Gandeche que era Alférez Real cuyo retrato, de uniforme, se ve en la sala de Dª Mercedes de la Rocha y Coca, última descendiente de esta familia poderosísima. El escudo de armas está encima del retrato. Poesía el Alférez Real la quinta parte de la isla, según dice la familia; y eran tales sus preeminicencias que tenía un cañón en su casa, y cuando había un reo de muerte si él mandaba disparar sobre él, debía hacérsele gracia de la vida. Como la casa cae al río, y queda en alto, por lo escarpado del terreno, pasa por debajo a algunos metros el fuerte que se llamó *Invencible*, del cual se ha hablado ya (V. *Drama horrendo*), y al que se descendía desde la casa por una escalinata. Acaso después se sabrá por qué de esta circunstancia.

26.-*Selecta colección de señuelos.* —Para la caza de nuestras palomas silvestres se emplean señuelos, los cuales se colocan en el *palo* o árbol que se escoja, con las alas abiertas en actitud de posarse, y para acabar de atraer el ave, arrulla y canta como ella el cazador. Han de ser machos, se les seca la parte carnosa y se montan en un palito que va desde la rabadilla hasta el cuello o el pico, mientras con otro palito transversal se sostienen las alas. El horno completa la operación. Estos señuelos se conservan durante meses.

27.-*Paloma silvestre de cabeza blanca.* —Pichardo describe entre las especies silvestres de Cuba una medio parecida a la

nuestra común llamada como arriba, a que allí dicen *paloma torcaza cabeza blanca*. Su descripción conviene con la de la nuestra, sólo que la cubana tiene todo el cuerpo azulado y mide 15 ó 16 pulgadas. Anda como la nuestra en bandadas numerosas. La nuestra tiene la cabeza blanca y el contorno de los ojos, la parte posterior y mejillas de púrpura cambiante; las plumas del cuello verde tornasol, ojos amarillos y patas rojas. Tendrá tal vez el mismo largo que la cubana; come *hicacos, café cimarrón* y un grano que llaman *cigua*, que amarga su carne en la época en que se alimentan con él. Para más pormenores véase la nota 7.

28.-*Envenenados jejenes.* —El Dicc. enciclopédico de D. Nemesio Fernández Cuesta trae que el *jején* es un mosquito común en toda América, sobre todo en los países cálidos y en los ríos; que es muy pequeño y tan incómodo por su picadura como por el ruido que hace. I. Pichardo, que no es tan común en las poblaciones grandes, y en las costas y cayos, cuando hay calma, divagan en pelotones atacando hombres y animales, sintiéndose su picada muchas veces antes de haberse visto. Que Poey creó una nueva familia cuyo único genero y especie es este díptero microscópico temible, y a la cual llamó *Oecacta furens*. Asevera D. Juan I. de Armas (obr. cit. V. pág. 27) que los conquistadores le pusieron el nombre a este insecto, como dice él que a muchos otros por negar el indígena.

> *"Más daban pesadísimos desdenes*
> *Mosquitos* rodadores y jejenes."
> Juan de Castellanos. (*R. Cabo de la Vela*).

29.-*Que en esos meses la corrida fuese.* —Quisqueyanismo. Se dice en término técnico de cazadores de palomas, cuando estas aves comienzan a atravesar de una región a otra en busca de alimentos en ciertas épocas del año, y regularmente después de haber formado sus crías en determinados puntos. Así se dice: *ya principió la corrida y la corrida de Galindo* u otros lugares.

30.-*El pitirre astuto y osado.* —*Pitirri o pitirre* llaman en Cuba esta avecica, cuyo nombre avanza temerariamente J. I. de Armas (obr. cit. V. pág. 29) que también se lo dieron los españoles por onomatopeya; y buen provecho. Pichardo dice que, según una obra del señor la Sagra, existen tres especies de

la isla y una que va de los Estados Unidos en invierno. La primera denominan *pitirre real*, las otras dos *guatibere*. La otra, la que viene de Norteamérica es la que parece explicar el autor, pues así se entiende de la redacción del artículo. Sea como fuere, el pájaro que explica es el que se asemeja al nuestro. Por la mañana pronuncia *pitirrr...*, caza moscas, abejas, etc., que pasan, volviendo a su observatorio, aunque el Padre Paz y Mojerón ha probado que no come abejas sino zánganos; persigue y ataca a la *aura* y otras aves que quieren sus nidos, y revolotea sobre la cabeza de quien les roba sus hijuelos. Es más visible en tiempo de las lluvias; que dice el señor Gunlach que vienen, además de ésta, otras especies de los Estados Unidos. Aquí generalmente le dicen *petíguere*, y metafóricamente a los que importunan o sean *moscones*. Su nombre onomatopéyico le viene de que parece decir con toda claridad *pe-ti-quere* o *pi-ti-rre*, correspondiendo cada sílaba a una vibración agudísima, que puede pintarse fonéticamente según va escrito. Cuando asoma el ave de rapiña llamada en el país *guaraguao*, para él peligrosa, júntanse dos *petígueres* o *pitirres*, y remóntanse altísimos para de ese modo quedar sobre el *guaraguao*, se precipitan sobre él y le acosan a picotazos, alzando a cada acometida su estridente grito que vibra en la extensión de las sábanas. El ave de rapiña huye desesperada y aturdida sin que le valgan sus garras contra sus diminutos enemigos.

31.-*Saltaba el pájaro bobo*. —El dicc. enciclopédico de Fernández Cuesta llama así a un pájaro del género colimbo, de pico y lomo negros, pecho y vientre blancos así como las extremidades de las remeras, que anida en las costas y se deja coger y matar fácilmente. Pichardo habla también de una *gaviota boba o pájaro bobo (Sterna stolida)* que es marina, y se deja coger fácilmente, pero esto es por estar alejada de la costa, no por simplicidad, según observa el autor. ¿Habrá venido de ahí su designación a nuestro *pájaro-bobo* que de acuático ni marino nada tiene? Éste es pesado, tardo en sus movimientos, volando de un tirón y no por alto, y salta torpemente de rama en rama, regularmente prefiriendo las bajas. Es casi rastrero. Mide unas ocho pulgadas, con plumas rojizas negras y amarillas y pecho blanco, si mal no recordamos, disponiendo de una larga cola de plumas pintorreadas. Entre el coro de las demás aves se le distingue por su torpeza y desabridos movimientos.

Se le coge y mata fácilmente, siendo pasto de las pedradas de los muchachos y de los tiros del que maneja por primera vez una escopeta.

32.-*Enjambre de ciguas escandalosas.* —Es un pajarito de color verde sucio que anida en la palmas y está constantemente en ellas; donde se reúne en gran número, posándose la más en sus penachos. Alborotan y chillan bulliciosamente. Cuando se derriba una herida, se la hace callar, y acuden otra vez a la palma las demás que habían huido así como las que anden cerca, y de ese modo se las diezma, pueden comerse en locrio. Dáseles el calificativo de *mamoneras*. No nos es posible ofrecer de la *cigua* o *sigua* (como quería Pichardo) la más somera descripción, porque ni esta ave siquiera, ha tenido la curiosidad de examinar un naturalista o aficionado. Nuestra fauna y flora la han descrito extranjeros, y sólo ellos podrán, parece, hacernos el favor de clasificar por completo tanta riqueza como en este orden tenemos.

33.-*Y en bandadas judíos.* Dice Pichardo (obr. cit. pág. 216) que es pájaro comunísimo en Cuba, y lo hay en otras partes de América, todo negro con reflejos azulados, de un pie y algo más incluso la larga cola. Que andan en bandadas cerca de las habitaciones posando en arbustos y matorrales; algunas veces dan un vuelo a los inmediatos o a tierra o sobre el ganado para limpiarlo de garrapatas. Que son familiares, y siguen al labrador cuando ara para alimentarse de los insectos; se alegran con la lluvia; siempre están unidos y muy juntos; anidan en mayo y agosto, poniendo sus huevos los unos sobre los otros. Que no es caza de valor, y su canto es *hu-i-o*, de donde le vino el nombre corrompido *judío*, y otro a modo de gorjeo desagradable, parecido al que le da nación Cayubaba: *utuí (Crotophaga ani)*. El nuestro es igual.

34.-*La paloma no se echa por ese lado.* Quisqueyanismo. Esto, porque en parte alguna consta. Aplícase solamente como término técnico de caza de palomas, a éstas; verbi-gracia la frase transcrita arriba. *Echarse la paloma* es dirigirse hacia algún punto determinado, porque está comiendo allí el *hicaco*, la *cigua* o el *café cimarrón*. Proviene sin duda de la acepción *echarse los animales*, que extenderse o acostarse.

35.-*En dirección del camino de Galindo.* —No queda duda, según fidedignos testimonios (y era circunstancia preciosa que

importaba esclarecer) que fue Mr. Sorapur quien primero encontró las huellas del crimen de Galindo, porque en tertulias él mismo lo refería. Acaso figuraría en el proceso, aunque no hay indicio de sus testimonios en la sentencia "de los reos de Galindo".

36.-¡*Ya empiezan a hacer de las suyas!*.—Todo esto es histórico y la última frase rigurosamente textual; como que la señora ahí aludida es la misma que nos suministró esos datos, Da. D. Z.

37.-*Entonces llamadas a la bombée*. —Consta que fue así; porque una sobrina de las Acevedo, señora Alt. Quero, de las que han suministrado datos para esta leyenda y la cual existe, asevera que su señora madre, mujer de mucha memoria, repetía siempre esta circunstancia al contar la tragedia de Galindo: así como la que se refiere al perro color barroso *(a)* y al nombre que en su casa recibió, etc. Que ella estaba ya crecidita, y se acuerda perfectamente de cuando se hacían en su casa estos relatos. Muchos años conservaron la mesita, el tintero, pluma, billetito y peineta que recogieron sus deudos en el teatro del crimen.

38.-*Mientras otros iban arriando soga*. —Alguien que visitó en estos días el lugar donde existió el fundo de la familia Andújar, me dice que el pozo no tiene ya brocal y es profundísimo. Otros aseguran que aún se ven árboles frutales como zapote y mameyes cerca de este pozo.

(a) Como otras muchas voces y acepciones de nuestra cosecha hemos aplicado este adjetivo a un perro, pues según los tísicos diccionarios de la lengua, sólo se dice del buey. ¿Por qué no del perro u otro animal que tenga igual o parecido color? La metáfora que representa "barroso" me parece que con igual derecho es aplicable a objetos capaces de admitirla. Lo mismo hemos hecho con "terrazo" ("Martirio por la honra"); y del mismo modo hemos restaurado antiquísimos, que no son tales, sino voces caídas en desuso, por incuria, desidia o ignorancia, a que pusieron la Academia y copiantes tal nota, confundiendo lastimosamente ambas denominaciones, y hemos formado voces nuevas conforme a las leyes de la analogía y eufonía castellana; todo lo cual sostendremos con rotundísimas razones en alguna parte.

COPLAS
RELATIVAS A "LOS TRES QUE ECHARON A PEDRO ENTRE EL POZO"

Al punto del mediodía
vide un caso lastimoso;
sacar a Pablo del pozo
al cabo de quince días.

Cumplida estaba su suerte
como el tiempo lo declara;
pues el cabo de la guardia
lo prestó para el piquete

Faltó a la hora competente
del permiso que tenía.
Su madre lo perseguía,
viendo que no lo encontraba
amargamente lloraba,
al punto del mediodía.

Su madre suplica al cabo
que por Dios no diera parte,
porque él en alguna parte
dormido se habría quedado.

Usted no tenga cuidado:
sin saber que hay alevosos
que siempre están rencorosos
y poseídos del diablo.
En esta muerte de Pablo
vide un caso lastimoso.

¡Qué desconsolada madre!
cuando esta noticia oyó
que ya Pablo pareció,
daba suspiros y ayes.

Gritando salió a la calle
con un dolor extremoso
juntando todos los mozos
y les dice con anhelo,
ayúdenme porque quiero
sacar a Pablo del pozo.

Madres las que tienen hijos,
mirad lo que por mí pasa;
que en cuanto salió de casa
el vivir le han consumido.

Le dice ¡oh hijo querido!
¿quién te hizo esa otomía?
¿quién te ha quitado la vida?
¿quién te arrojó en el brocal?
¡que te he venido a encontrar
al cabo de quince días!...

NOTA. Recitadas por la señora Dª Manuela Franco (de San Carlos) que cuenta hoy cien años justos de edad.

SENTENCIA
DE LOS REOS DE GALINDO

En la ciudad de Santo Domingo a 6 de noviembre de este año de 1822, y en 19 de la Independencia, siendo como las ocho de

la mañana, se reunieron en la Sala de Justicia los magistrados de que se compone el Tribunal Civil de este departamento, a saber el Juez Decano Licdo. José Joaquín Del Monte, Jueces Leonardo Pichardo, Vicente del Rosario Hermoso, Vicente Mancebo y Raimundo Sepúlveda, suplente por la vacante del Doctor Juan Vicente Moscoso, y el Comisario de Gobierno, Manuel de la Cruz, Julián Mateo y Alexandro Gómez por indicios que contra ellos resultan en la muerte violenta ejecutada en la persona de Andrés Andújar y sus tres hijas nombradas Águeda, Ana Francisca y Marcela, que aparecieron muertos, en la tarde del día 30 de Mayo último, el primero, y las tres últimas, en la mañana del siguiente día, en que se extrajeron sus cadáveres del pozo sito en la hacienda de Galindo, que era de la propiedad del difunto, reconociéndose en los cadáveres de las últimas, según el atestado de los facultativos las señales de estupro internature en las últimas por tener sólo la edad de siete años abajo, y la mayor de quince a diez y seis, después de leído el proceso de bervo ad berbum (?) a presencia de los reos que fueron conducidos a la Sala del Tribunal con la custodia suficiente, y las defensas por escrito hechas por los defensores nombrados, y de haber hecho los Jueces a los reos las preguntas que estimaron necesarias para su perfecta instrucción, y de haber expuesto verbalmente cuanto creyeron combenir a sus defensas, mandados restituir los reos a su arresto con la misma custodia con que vinieron quedaron los dichos Jueces en acuerdo con asistencia del Comisario de Gobierno, y meditando detenidamente las graves circunstancias que ocurren en esta causa, reducida a haberse estinguido una familia sin haber quedado de ella sino una criada que se explica con dificultad, y que o por efecto de trágica escena de que fue testigo y en que vio su existencia comprometida, añadiéndose el haber consumado el sacrificio en una niña tierna a quien había criado a sus pechos y por causas antecedentes parece insensata, de suerte que a su declaración no puede darse otro asenso que el de un medio de instrucción; que por la misma razón no pueden conocerse aunque se encuentren en poder de alguno, las alajas, prendas ni otras cosas que existieran en la casa de los interfectos, habiendo dado lugar estas circunstancias extraordinarias a que los indicados las ocultasen de un modo que no se han encontrado en su poder ni en sus habitaciones ni que haya un conoci-

miento de las personas que pudieron contribuir a la multitud de crímenes que se cometieron en este horroroso sacrificio y que apareciendo en Pedro Todos Santos Cobial un caballo color ballo que pastaba en aquella hacienda desapareciendo de ella en los días inmediatos al hecho no se sabe a punto fijo cuál fue el día en que faltó de ella, y como este delincuente por sí sólo merece un castigo determinado por la ley, aunque sus declaraciones, confesiones, careos y confrontaciones y las de los demás reos envuelven las contradicciones más manifiestas y maliciosas sobre dónde pasaron las noches de los días de Pentecostés en que se creen perpetrados los homicidios que ha motivado este procedimiento, no puede decirse indubitablemente que estas negativas se dirijan a ocultar las muertes violentas cuando hay otro delito que es el del robo del caballo, a cuya excusación (?) debían dirigirse también sus esfuerzos, circunstancias todas que hacen detener el juicio en una causa en que no hay otra prueba que la de indicios por no haberse logrado la aprehensión de José María que es el que dicen vendió a Pedro Cobial el caballo de que se trata en cuyo caso con su convicción en esta parte se pondría la materia fuera de las dudas y ansiedades que presenta en su actual estado: Pero considerando que al hecho de aparecer el caballo que se expresa en poder de Cobial concurren las circunstancias de que con Manuel de la Cruz y Alexandro Gómez se reunieron en la noche del último día de pascua en que se supone cometido el asesinato en la calle del Conde y salieron así afuera y según se explica el mismo Cruz en su declaración del folio cuarenta y seis al día siguiente amaneció el caballo en la casa de Cobial aunque después han querido decir uno y otro que no fue así sino en días muy posteriores y de modos tan diversos que desde luego se conoce la malicia con que proceden: considerando también que Cobial aunque después han sido compañeros inseparables uno y otro de la conducta más relajada y escandalosa, notados los ladrones y perversos, y que Gómez los frecuenta y aun merecía su confianza como que en su poder puso Cobial a cuidar el caballo y otras bestias mal habidas: —Que la doméstica Isabel único residuo de la familia de Andújar a todos tres los ha acusado y acusa de un modo claro y perceptible como autores de los asesinatos cuyas sospechas se agravan con las circunstancias mencionadas, y por la presunción que tienen contra sí,

especialmente el Cobial a quien ya se imputó en tiempo del Gobierno Español con bastante fundamento la muerte de un nombrado Gabriel, y en la época del primer cambio político de esta parte del Este, se le tuvo preso por andar incitando los ánimos para una revolución que se la hubiera envuelto en los desastres y muertes, incendios y otros desórdenes de la mayor trascendencia pública, de modo que si no aparece probado de un modo legal que ellos han sido los autores del asesinato de Andújar y su familia, los indicios y circunstancias que obran en su contra son tales que persuaden, y más a vista del hecho justificado de que Manuel de la Cruz después del último día de pascua amaneció con la camisa llena de sangre, lo que disculpa con que era de una pequeña cortadura que tenía en el dedo pulgar de la mano izquierda, y así se presentó en la casa de Ml. Alonso Abreu a quien acechaba después para quitarle la vida junto con Cobial, porque no lo descubriese, armados ambos de sables cuchillos y pistolas como el mismo y otro lo han declarado: teniendo presente que ningún crimen o delito puede ser excusado, ni mitigarse su pena sino en los casos en que las circunstancias o la ley declaren el hecho excusable, o permiten que se aplique una pena menos rigurosa como sucede en el presente caso en que no hay la prueba necesaria para la imposición de la pena de muerte a que de otro modo serían acreedores: administrando justicia en nombre de la República por ahora y sin perjuicio de aplicar a los acusados Cobial, Cruz y Gómez la pena ordinaria en caso de que resulten mejores pruebas, debía de condenar y condena, a Pedro Cobial y Manuel de la Cruz a diez años de reclusión en conformidad de lo dispuesto en el artículo 21, titº 1º del código penal, y Alexandro Gómez a cinco años de trabajos públicos en los de esta plaza, quedando contra ellos abierto el procedimiento para los efectos indicados, siguiendo su curso igualmente contra el ausente José María en rebeldía y contumacia por los trámites que prescribe la ley, y respecto a que la doméstica Isabel en la sesión de este día ha manifestado clara y terminantemente que Julián Mateo no tuvo parte en las muertes sobre qué rueda este proceso, que lo que quiso decir fue que su mujer era parienta del difunto Andújar, atendiendo a que contra él no aparecía sino la acusación de aquélla sin ningún adminículo: quedando reducido su delito al robo que cometió en la casa de Nicolás

Navarro en el que está plenamente convicto y confeso sin ocurrir circunstancia agravante, se le condena a dos años de trabajos públicos en los de esta plaza a contar desde el día de la notificación de esta sentencia: póngase inmediatamente en libertad a María Josefa, que fue arrestada como vividora en la casa de Cobial y contra quien se presumía complicidad, la que no ha podido justificarse hasta ahora, condenándose a los tres dichos Cobial, Cruz y Gómez en las costas principales de mancomún et mandaron y firmaron los Jueces de que certifico. José Joaquín Del Monte, Leonardo Pichardo y Zeresera, Vicente del Rosario Hermoso, Vicente Mancebo, Raimundo Sepúlveda, Antonio Madrigal, Greffier. Es copia conforme: Del Monte, Antonio Madrigal, Greffier.

Nota: —Las dos últimas firmas son autógrafas. —Traslado fidelísimo de su original, a que me remito, sacado de un asiento de sentencias que lleva el siguiente membrete: *Libro de registro de causas criminales para el uso del Tribunal del resorte de este departamento compuesto de 139 hojas rubricadas por el juez Decano en virtud de lo dispuesto por el Gran Juez de la República. Santo Domingo, 6 de Noviembre de 1822 y 19* (Hay un claro) *José Joaquín Del Monte.*

GARCIA E HIJOS

COSAS AÑEJAS.

TRADICIONES Y EPISODIOS DE SANTO DOMINGO.

POR DON CESAR NICOLAS PENSON.

PROSPECTO.

El progreso de la cultura en nuestro país exige ya que se labore de un modo serio y constante, para que así se manifieste el ingenio de nuestros hombres de letras y se echen de una vez los fundamentos de la genuina literatura nacional. Lo que eruditos escritores y poetas notables han producido hasta ahora no es suficiente. *Enriquillo* y *Fantasías Indígenas*, por ejemplo, son dos joyas inestimables; pero es preciso ofrecer algun estímulo á los demás para que se conozcan las obras inéditas de nuestros prosadores y poetas. Ya que para el pasto del espíritu son escasas,—tan grande es el afán de estudiar,—las importaciones de obras estrangeras, justo es favorecer las que puedan editarse aquí, de autores nacionales y de todo género, e iniciarse así un movimiento de produccion intelectual fecundo para las ciencias, las artes y las letras.

La *Historia de Santo Domingo por* Don Antonio Delmonte y Tejada, que edita la benemérita y patriótica Sociedad Literaria "Amigos del País," es una elocuente prueba de que ya es tiempo de dar puesto de honor á las producciones nacionales.

Ahora creemos que es el momento oportuno para hacer conocer una obra escogida de nuestro compatriota el Sr. D. César Nicolas Penson, que en materia de literatura amena viene á llenar un vacío. Pertenece á esa clase de producciones dificilísimas como son las tradiciones; y ésta abarca todas ó la mayor parte de las de nuestro país, conservadas con cariño en la memoria del pueblo, y que con perseverante laboriosidad y sin cejar ante las múltiples dificultades de tal propósito, en donde no hai archivos, ha acometido hace algunos años el referido autor, para timbre honroso de las letras patrias. De ellas hai varias publicadas, y ya se habrá podido juzgar de su mérito.

Una empresa editorial va á llevar á cabo la publicacion de las intersantes y por todo extremo originales cosas añejas, en una forma nueva por lo que hace á obras nacionales: *la suscricion por entregas*, para comodidad de los que deseen adquirirla. Otra novedad es que llevará ilustraciones (foto-grabados) de asuntos i tipos curiosos. La adorna, además, un prólogo, como suyo, del galano escritor dominicano D. Manuel de J. Galvan.

El autor tiene otros varios trabajos, *puramente nacionales*, de amena literatura, históricos y filológicos. Si, como esperamos, el público inteligente acoge con decidido favor este ensayo editorial que hacemos, de obra que lo merece entero por las condiciones que reviste, quedará de ese modo iniciada la publicacion de los aludidos trabajos, así como de otros de autores nacionales, en la forma en que hoi se quiere hacerlo.

De ese modo se contribuirá á la formacion de una *Biblioteca de autores quisqueyanos*.

BASES DE LA PUBLICACION.

La obra constará de unas *trescientas páginas*, con las notas ilustrativas, en octavo mayor, impresa en buen papel con tipos nuevos, é ilustrada con finas láminas, orijinales de nuestros mejores artistas.

Quincenalmente, cuando menos, se repartirá una entrega con cubierta de color, de 32 páginas.

La distribucion de las láminas se hará oportunamente, á medida que se vayan disponiendo las planchas ó clichés.

El precio de cada entrega será de *quince centavos*.

Se cubrirá anticipadamente el importe de las dos primeras entregas.

El pago es AL CONTADO, al recibo de cada entrega.

La correspondencia y reclamos &c se dirigirán al autor, Regina 19, ó á la Imprenta "Quisqueya", Comercio 56.

Para todo lo concerniente á distribucion y cobro queda encargado el Sr. Manuel de J. Blonda.

La Empresa.

Santo Domingo, Diciembre 1º de 1890.

Facsímil del "Prospecto" en que se anunciaba la publicación por entregas de *Cosas añejas*.

APÉNDICES

APÉNDICE I.- OTRAS TRADICIONES Y EPISODIOS DE SANTO DOMINGO.

EL JUEGO DE SAN ANDRÉS

De donde tomó origen el tradicional juego no se sabe. Los egipcios celebraban el *carnaval* o la fiesta de los *cherubs*, en que se disfrazaban, y de lo que provienen las máscaras, para adorar al buey Apis, hacia el equinoccio de otoño; y refieren que en los días de carnaval se daba o aún da culto en ciertos países al singular juego del *mójote yo* y *mójame tú* que aquí va a reseñarse.

La época del *San Andrés* cae en la estación más fría y en el mes de enojosos nortes y lloviznas peligrosas, y no parece sino que como al fin mes de constipados, catarros, pleuresías y otros regalos, cuadró en él como de molde el tal juego para ayudar sin duda las probabilidades de atrapar aquellas cositas y agravarlas en cuanto se pudiera.

Consiste el tradicional juego ardoroso (no obstante estar hecho para calarse hasta los huesos) en producir un diluvio artificial bajo todas las formas posibles, adicionando el agua, como adminículos indispensables para hacer una mezcla bizarra, polvo de harina, almidón, cenizas, ocre y también aserrín, y cuanto sirva para recalentarle los cascos al prójimo, llenarle de mugre y transformarlo de racional en pez o cosa parecida.

Fuerza es confesar que el *San Andrés* ha perdido de su primitivo ardor y entusiasmo; como que era antes un juego culto si los había, en que se preciaban de tomar parte en primera línea las más distinguidas familias, los hombres más importantes y graves, la nata y flor de la buena sociedad de la

antigua Atenas del Nuevo Mundo. ¡Y ahora singular movilidad de las cosas humanas, o progreso de la civilización! que todo eso será, el *San Andrés* es tenido en poco y tildado cuando menos por juego bárbaro y peligrosa diversión, impropia de cultas sociedades.

Véase si no la barbaridad que estampaba un moderno periódico hace apenas seis años, que antes hubiera sido sacrílega profanación, y habría valido al autor o autores la nota de incivilizados y algún buen estregón de cenizas en las greñas por brutos: "Nos parece (el mes de noviembre) el más caprichoso del año. Empieza silencioso y acaba con estruendo. Principia con dobles y lamentos y acaba entre desorden y gritos. Principia, en fin, con el día de *difuntos* y acaba con el día de *San Andrés*. La grandeza de la muerte y las miserias de la vida se relacionan más íntimamente que nunca en el mes de noviembre. Los muchachos van al cementerio el día de los muertos a robarse las velas o a recoger la cera que queda derramada sobre las tumbas para tapar con ella los *cascarones* de *San Andrés* que ya amenaza caernos encima con todo su séquito de groserías e incivilidades. Es necesario desterrar el *agua* y los *cascarones* del *San Andrés*. El que quiera jugar Carnaval que gaste y lo juegue con finura".

Participamos de los dos períodos del dicho juego, y por ende, de estas dos opiniones: tuvímoslo por agradabilísimo y de buen tono, y de poco tiempo a esta parte, nos ha parecido no muy conforme con la salud y el sentido común. Sin embargo, según el cantarcillo:

Que cuando llueve tós nos mojamos,

así cuando llega el *San Andrés*, a todos, cual menos, nos hace sus cosquillitas, y todos jugamos su poquito. La costumbre...

Fuerte y despótica era en sus buenos tiempos. ¿Quién se eximía del *San Andrés*, de mojar o ser mojado? Nadie; porque no había tentación más irresistible, ni respetos, ni muros, ni paraguas, ni capotes que preservaran de su desatada furia. Y es que el jueguillo tenía y tiene, y tenía más que tiene, unos encantos avasalladores para todo bicho viviente. Cuéntase, y vamos por partes, como dicen los revisteros, que una ocasión y durante la dominación del intruso pueblo occidental, pareció a la gente *mañesa*, que en su vida había estado acostumbrada a estos jolgorios, que debía redimir las costumbres nuestras ¡vaya pretensión! del dichoso

San Andrés, extirpándolo para siempre jamás por dañino y perverso. Pero no contaban con la huéspeda, esto es, con la fuerza de la costumbre, en que afianzaba tamañas raíces *San Andrés*, tan duras y firmes como las de los *copeyes* que se nacen entre las piedras venerables de nuestras ruinas monumentales. Y acaeció que la autoridad publicó un bando prohibiendo el juego. ¿Prohibir dijiste? En hora mala. Cogieron muchos y muy principales caballeros y se fueron derechito a casa del Gobernador, le sorprendieron, le mojaron, lo cubrieron de *peluca* como Dios manda díganme, en aquella grifa cabeza! y le dejaron hecho una jalea. Rió la ocurrencia el cortés Gobernador, porque eso sí, para *polis*, la gente de ultramontes, ¿y qué hizo? en compañía de los mismos zurradores y vengativos defensores de las costumbres, se armó de cascarones y dicen que dio miedo el juego ese año.

¿Qué tal sería el gran *San Andrés* bravío de entonces cuando se atrevió con la primera autoridad? Ahora es el manso *San Andrés:* ahora hasta los mendigos se quejan y protestan y se atufan si se les moja, y quieren los ciudadanos, los muy bárbaros, salirse a la calle el día treinta de noviembre como cualquier otro día, como si tal cosa, y creyéndose con derecho a enfadarse. No, señores, no, el *San Andrés* es despótico tirano, y moja al lucero del alba; tales han sido y deben ser sus fueros, según lo consigna en sus pragmáticas: *El que no quiere que lo mojen, que no salga a la calle*. Es que han perdido el respeto al *San Andrés*: Este progreso, estas sociologías, estas morales sociales tienen la culpa de muchas cosas malas!

Decíamos que tenía el juego sus muchos y grandes atractivos. Gusto daba ver a las doncellas, riéndole los ojos, coloradas de puro alborozo, asomadas a las ventanas, balcones y azoteas, afanadas, y con bulliciosa alegría derramando cántaros de agua para lo cual no se daban manos, empapado el vestido y marcados los bellos contornos de su busto, como si fuesen estatuas de yeso, y suelta al aire la madeja de sus cabellos. Enardecidas por el juego, de sus contraídos labios salían raudales de dulces desafíos y más dulces frases de cariñosa confianza que dejaban para los parientes y los amigo. Cruzaban de parte y parte, entre la nube de *cascarones*, los chistes sazonados y cultos, y estallaban las risas festivas en uno y otro bando cuando se acertaba a pegar de lleno un cascaronazo, u ocurría algún incidente cómico de los que abundaban en casos así.

Pero refiérase la historia por su orden.

Desde la víspera, o días antes, empezaba la actividad febril a acopiar proyectiles, y en casa de las dulceras, por ejemplo, el trasiego de *cascarones* de los depósitos en que se les había estado acumulando un año entero, a las canastas de los compradores. La misma víspera, la fiebre del juego le hacía bailar el gozo en el cuerpo a toda persona capaz de mojar y ser mojada; y derramábase por el aire cierto perfume de fiesta que iba mezclado con el penetrante de la cera derretida que en cada casa se fundía para pegar los parches a las bocas del *cascarón,* y que atraía sinnúmero de abejas. Alrededor de un fogón con la cera, se alineaban los *cascarones* dentro de las bateas, después de llenarlos con rojiza agua de *tuna*, de cocimiento de *rompezaragüey,* o agua azulada, o bien mezclada con esencias tales como *agua de colonia, de Florida, Divina* u otra. Varias mujeres tapaban diestramente el *cascarón,* metiendo antes el parche, en recortar los cuales se habían pasado parte del día anterior y de la primanoche, dentro de la derretida cera ajustándolos a la abertura de la rellena cáscara de huevo. Así se preparaba fabuloso número de docenas para un solo jugador. Bueno es advertir aquí que de estos proyectiles los había aristocráticos, esto es, llenos el agua perfumada con las esencias dichas, y destinados a alguna amiguita o enamorada y habíanlos democráticos, rellenos de agua azulada o con color, y hasta demagogos, cargados con cosas que no se dicen. Mientras tanto los balcones y ventanas se fortificaban con trincheras de lonas y caballos de frisa, que no eran maderos, sino cortinillas dobladas hacia arriba para impedir el paso de los *cascarones* y que allí cayesen sin quebrarse y aprovecharlos contra los tiradores.

Desde la víspera por la tarde, era arriesgado transitar por las calles, porque a partir de esas horas y durante la primanoche, ya cruzaban el aire los *cascarones* y sonaba el agua sobre el pavimento de la calle con ruido alegre e incitador.

El gran día, que muchas veces amanecía brumoso y con lloviznas, durante las primeras horas se activaba todo lo concerniente a compras y quehaceres domésticos, y se continuaba precipitadamente el acopio de agua a las azoteas y balcones, comenzando el día anterior, la cual agua se vertía en todo linaje de receptáculos, como bateas, baños de latón, *tobos* curazoleños,

envases de lata, tazas de zinc, etc.; se descolgaban cuadros y se retiraban ciertos muebles de las salas porque no sufriesen algún húmedo obsequio; hervía la cera y bullían las clásicas cáscaras de huevo en profusión increíble dentro del *agua de tuna* en casa de cada quien que iba a traficar con tal mercancía; porque no bastando los arsenales particulares de todo jugador, se improvisaban puestos de *cascarones* por dondequiera. Los hombres se vestían regularmente de blanco para excitar las ganas de mojarlos, y se armaban de cestos de todas formas y de *macutos*, que, o se colgaban en el brazo o eran conducidos por muchachos. Algunas damas se cubrían la cara con máscaras de alambre; y todas se proveían de la legendaria higüera para arrojar el agua y asimismo de *cascarones*. Y temprano, temprano principiaba la original, bulliciosa acuática porfía que se llama *San Andrés*.

Grupos de jugadores alegres asomaban por todas partes rodeados y precedidos de pilluelos descalzos y rotos.

De cada balcón, ventana o azotea caían torrentes de agua clara o teñida del cactus que fue criado quizás expresamente para el *San Andrés*, la colorada *tuna*. Los grupos de hombres se agolpaban bajo esas trincheras recibiendo impávidos la inofensiva lluvia, pero buscando el modo de asentar de firme el traidor y peligroso *cascarón*; trocados así los papeles, pues que tocaba al más débil el arma más inservible y al más fuerte la poderosa. En tan desigual lucha ¿qué quería Ud. que resultara? Que en medio del jolgorio en ventanas, balcones y azoteas y la febril impaciencia de mojar al contrario y la inocente alegría que animaba los bellos rostros de las distinguidas damas, ¡paf! un maldito cascarón tal vez lanzado por la mano más humana del grupo, venía a dar de lleno en un ojo a la pobre señora que desde ese momento quedaba condenada a gemir en agudo dolor y puesta en grave riesgo de perder la su *ecuórea lumbrera* como dijo el otro. Este incidente era de los inevitables y no poco frecuentes del *San Andrés*, y sabiéndolo las señoras, arriesgaban con gusto sus ojos, que es decir, tratándose de mujeres que arriesgaban la vida. ¡Lo que es la pasión de juego aunque sea el del agua va!

Daba gusto transitar por esas calles, calado hasta el tuétano y mirando escenas cómicas, oyendo chistes, risas y bulla creciente, y de aquellas boquitas de panal retos varoniles. Los

agresores, mojados hasta no poder más, y teñidos de *tuna* y otros colores chillones producidos por el almagre, y de vez en cuando, cubiertas cejas y cabellos por la peluca que no ya las mujeres, sino ellos mismos se administraban en dosis respetables. Las damas empapadas por el mismo efecto de arrojar agua y teñidos también los vestidos por el agua azulada o de almagre que enviaban algunos cascarones poco aristocráticos, ofrecían a la vista sus escultóricas formas contorneadas artísticamente por la pícara agua que amoldaba la tela.

Apoderado ya el delirio de jugadores y jugadoras, no obstante dar diente con diente del frío, o desde el principio del juego, según se presentara la coyuntura, los del sexo feo se colaban, si una puerta no estaba bien atrancada y cedía a sus belicosos ataques, dentro de una casa; y allí era Troya. Sorprendidas las damas, no menos belicosas, huían unas amparándose en los aposentos, pero era éste caso raro, y las más corrían a sus cubetas e higüeras y cegaban a los asaltantes a pura agua, o bien a pura ceniza o harina, mientras que éstos, luchando cuerpo a cuerpo con ellas, les estrellaban con el puño los *cascarones* en las espaldas. Un campo de Agramante hecha la casa, la confusión era espantosa: hombres y mujeres mezclados, jadeantes, furiosos, empeñábanse en mojarse tanto y tantísimo que quisieran mojarse por la cuenta la mismísima alma; luchaban algunas parejas a brazo partido; y es lo bueno que tan valientes y resueltas se mostraban las mujeres, que entre muchas arremetían a un asaltante y no paraban hasta dar con él en una batea bien llena, o en alguna pila no honda que a la mano hubiera, en donde le zambullían la cabeza al infeliz, corriendo su riesgo no pequeño de ahogarse en un mísero charco. Mas si alguno, al empujarlo dentro de la pila arrastraba en su feliz caída a alguna hermosa aporreadora, y tras esta pareja iban otras, parecía la pila hecha un ponto mitológico con tritones y náyades tamañitos. A otros donceles les arrastraban hasta el pozo, y allí cántaros van y cántaros vienen por la cabeza, sin que faltaran los puñados de harina, almidón, ceniza, tierra, o lo que viniera a la mano. Pero las mujeres con el diablo, según expresión vulgar. Pues no lograban las más de las veces acosar a sus asaltantes y vencerlos hasta arrojarlos de la fortaleza! En aquellas luchas figúrese Ud.! cuántas Venus no dibujarían las ropas que de puro empapadas parecían ya incor-

porarse a las carnes y formarlos un cutis especial... Pero ¡qué diablos! el ardor del juego no reparaba en menudencias; y no por eso pasaron aquellas escenas de húmedo pugilato de claro, como el agua que se vertía, a turbio. Las más inocentes risas y chistes las matizaban. La furia de mojar y mojar era cuanto arrebataba los sentidos de jugadores y jugadoras.

Acontecía también que la casa no era forzada, sino que se abría a los luchadores por las mismas damas, mediante un reto propuesto y aceptado en toda regla.

Otras veces se daba el asalto a un balcón. Subiendo unos en los hombros de otros como los saltimbanquis, alcanzaban los hierros y trepaban, no sin sufrir horrorosas descargas a boca de jarro, cascaronazos y empujones; pero trepaba uno y luego los otros, y después de la lucha en el balcón, venía la de la sala, el corredor, aposentos, escaleras, patios, etc., y en este último punto era donde las mujeres desafiaban a sus asaltantes en forma y les hacían por la mayor parte de los casos morder el polvo, digo, el agua, porque allí no había polvos franceses que morder sino muy castiza agua de pozo y muy fría que sorber. Solía resultar que los mismos asaltantes cogieran a uno de los suyos traidoramente por los pies y cabeza para entregarlo al furor de las jugadoras.

Gusto daba ver a las señoras en estas pugnas: se salían fuera de su centro; el ardor del juego hacía brillar sus ojos, enardecer sus labios y colorear sus pómulos: sus miradas aran altaneras y retadoras, y el timbre delicado de su voz adquiría la vibración del clarín guerrero. Eran heroínas y estaban sublimes. Lo mismo estarían cuando fabricaban cartuchos sus manos aristocráticas, fundían balas y ponían escapularios al cuello de sus hijos y hermanos para mandarles a la épica conquista de la Independencia, la misma noche del 27 de Febrero y después del 27...

Si todo esto era jugar culto figúrese Ud. lo que sería entre la gente del pueblo. Allí cada revolcón en el mismísimo santo todo de patios y calles que formaba el artificial aguacero, valía un Perú; y a veces se corría el riesgo de ahogarse allí al prójimo con honores de vil cerdo. Los hombres entre sí hacíanse también cruda guerra. Pues qué, la fiebre del *San Andrés* se apagaba así no más ni con toda el agua del diluvio, ni con todos los huevos vacíos de todas las gallinas que prohijaron las salvadas en el arca de Noé, dicho sea con el debido respeto.

Unos a otros se derribaban, se almidonaban orejas, boca y ojos, se perseguían, se pintarrajeaban con almagre, se polvoreaban con caliente aserrín que causaba escozor en el cuello y las espaldas etc. Había quien (y no del vulgo, sino gente principal) preparase un gran baño en mitad de su sala, desamueblando completamente la casa antes, y tomase tres mozos de cordel a uno de los cuales colocaba en la puerta y a los otros dos en la próxima esquina a guisa de ojeadores de la caza que había de venir. Un grupo de caballeros asomaba con los cabellos caídos sobre la frente, enrojecidos los ojos, no tanto por el agua cuanto por las copitas que había que trasegar en tan húmedo día, con los cestos ya vacíos, extenuados de fatiga, anhelando ya más el descanso que otra cosa, pues la noche caía a toda prisa; la más mala oportunidad y precisamente la escogida para el chapuzón postrero por los aficionados a dar violentos baños semi-rusos *sanandréicos*.

Asomar el grupo lacio y descolorido, y caerle encima los apostados galgos era todo uno. Cargaban con una víctima, y por las puertas le entraban con gran algazara y risotadas, y allá va; zambullíanlo cuan largo era en el maldito baño y allí le sujetaban los forzudos mozos, expuesto el extenuado jugador a boquear dignamente con el *San Andrés* que moría en brazos de la noche, según diría un *pichón de poeta*.

Sucedía, como sucedió, que encaramándose en las azoteas algunos bellacos a mojar descuidadamente a alguien, topasen con un pobre viejo sentado tranquilamente en su puerta o en la acera de enfrente, y que como viejo al fin creía tener ciertas prerrogativas para no ser mojado como el común de las gentes. Pero ¡zas! uno de ellos le embicaba un buen cubo que desde la altura de una casa terrera bien podría valuarse su volumen de agua en cosa de media arroba, y esto sobre una calva cabeza! Ahí era la de Dio es Cristo; porque el burlado bufaba y pataleaba y amenazaba, mientras aquellos se iban riendo azotea adelante.

Por la noche ¡oh! por la noche, cuando ésta cerraba, a favor de la soledad y lobreguez de las calles, pues todas las puertas se cerraban y ni una luz brillaba y cada familia se recogía en las antesalas y corredores, temerosa de que la alcanzase un chorrito de agua de *jeringas*, instrumento admirable para esas horas de oscuridad y general encierro, y a oír cómo llovía sobre el piso, los muebles y las alfombras donde por casualidad las

había entonces; por la noche, digo, había como un recrudecimiento de fiebre de mojar al prójimo.

Desdichada la casa que tenía buenos muebles que perder con la clandestina mojada; desdichada la lámpara, no puesta a respetable distancia de los vagabundos, indiscretos y atrevidos tubos de estaño y hojalata; porque si el vigoroso y sostenido chorro alcanzaba sus vidrios o sus mecheros, allí *liquidaban*. Desdichado el aposento por bien preservado de agujeros de férrea cerradura u otros (y cuando no los había *naturales*, diremos, los abrían a barreno); porque el chorro endemoniado y vulgarísimo no perdonaba en el sagrado de él o al dueño o dueña (las hembras son las más maltrechas en estos lances) que estuviesen desnudándose, matándose las pulgas o en otro entretenimiento de este jaez, o en su propio lecho acostado. A veces, ojos, que no tubos lanzadores de chorros pegados a los agujeros, descubrían ¡oh profanación! desnudas y mórbidas formas, o bustos de media vida con tentativas de esqueleto...

El silencio, la soledad, el ruido estridente y traidor del barreno, el chorro de agua inundando la casa, las carreras, el cuchicheo de los mojadores, las risotadas, y todo lo demás, digno coronamiento de la fiesta del día! No dejaban de infundir cierto temorcito que durara hasta la medianoche. Percances no faltaban a los desalmados *jeringadores*. Individuo había de tan recias pulgas que acaso en el acto de piliárselas en el cuerpo y enfriándole la voluntad un soberano *chisquetazo*, arremetía furioso a una franca, o a un viejo machete *de cabo*, a una escopeta o carabina y saliese tras los burladores echando todas las pestes que por corteses no han podido transigir con el diccionario ni aún tan siquiera con el de la Academia, por ser el más malo de todos.

Naturalmente, no faltaban ni faltan en día de *San Andrés* sus riñas que antes no pasaban de unos cuantos trompazos, pero que ya en esta época de más ilustración (¡a ver qué tendrán que ver la ilustración y el progreso con los *cascarones*!) son con honores de tiros y machetazos, con apéndices de muertos y heridos. Fuera de que ya nuestro *San Andrés* no es aquel culto cuanto bravío, en que las más nobles damas y galantes caballeros eran los protagonistas del juego; sino el manso, el vulgar y el peligroso que señoras y caballeros desdeñan; cumpliéndose así aquel adagio: *Del agua mansa líbreme Dios que de la brava me libro yo...*

Y de tal desdén resulta que ya se sale impunemente ese día vestido como cualquier otro y aún sin paraguas (precaución indispensable para el que no jugaba) y ¡cosa rara! se abren los templos en sus novenarios sin temor a un ¡sálvese el que pueda! y aún se ha dado el año pasado función dramática en el teatro de *La Republicana*. Tan poco respeto por la tradicional barbaridad acuátil es signo de decadencia visible de ese juego y acaso revele un grado más de sentido común del que teníamos ahora diez o doce años.

En efecto, el *San Andrés* manso inspira repugnancia y temor; porque las chabacanerías del vulgo por dentro y no por fuera, han acabado con el otro, el bravío, el bueno, el elegante *San Andrés* de nuestros antecesores. El caso es que casi nadie juega, y dentro de poco perecerá tan honesta diversión.

Enero de 1889.

LA ESCUELA DE ANTAÑO

La letra con sangre entra.
Máxima de la escuela de antaño.

Antiguamente, la escuela era pretexto. Además, era inquisición hecha y derecha, y jubilación de ignorantes dómines y descanso de los papás.

Pretexto de todo: menos lugar donde pudiese enseñarse una palotada de cosa alguna ni fuese capaz ningún cristiano de transmitir conocimientos que no tenía. ¡Patarata!

El dómine era todo un ente raro, un pobre diablo que no debía tener ni dignidad de director moral ni de hombre siquiera, y que *ainda mais*, debía estar reñido con el pan cotidiano. Era, tenía por fuerza que ser todo y más que otra cosa alguna, sucursal de represiones y castigos de la casa paterna, y un espantajo en forma para el chico en el tiempo y en el espacio, cuya conciencia estaba amoldada sobre el rigor de las disciplinas y palmeta del inflexible dómine. Así es que el desdichado que tenía la humorada de nacer por aquellos felicísimos tiempos, al dar sus primeros pasos en la vida y en el período de la razón, había de encontrarse el nido del búho con todos los horrores de la noche de ignorancia secular, la escuela de entonces, levantada a alturas de institución benéfica y con honores de santa por la bonachona candidez de nuestros padres, con su famoso lema *La letra con sangre entra.*

¡Cómo granjeaba en el hogar la evangélica máxima, que por tal la tenían nuestros padres; repetida a cada instante al niño y en todos los tonos, para edificarle y prepararle convenientemente el martirologio de la escuelita! Y allí íbamos, a pasar nuestra *vía-crucis*.

El dómine era, como bicho raro, una excepción de los vivientes. Figuraos un hombre medio seco y disfuminado por el hambre clásica, que en fuerza de adoptar todos los visajes de la inflexibilidad más cruel y de remedos inquisitoriales, había adquirido gesto de can, mirar feroz, y logrado endurecer su fisonomía, así como su corazón; porque es cosa averiguada que quien fuese capaz de tener entrañas y de enternecerse y por ende, de no martirizar al educando, no servía para el oficio.

Vestía traje antediluviano: es decir, camisa por lo común de color, arrugada y un si no es mugrienta, desabrochada algunas veces y las mangas al aire, cruzada o no por los tirantes desvaídos y rotos; pero rara vez o nunca honrada la susodicha prenda siquiera por una mala chaqueta de lienzos. Los calzones, vacilando entre faroles y guardabrisas, pugnaban por subírseles a las rodillas, hechos de una tela burda y ligerilla que amenazaba con dejar entrever los macilentos muslos, flacos de pura abstinencia, sin calzoncillos, porque esos pobres maestros de escuela no gozaban del privilegio de usarlos.

Remataban el traje señoril unas chanclas de cordobán amarillo o morado, modestamente ensartadas en unas medias de algodón ordinario, que cubrían unos pies largos, huesosos, y sin duda no muy limpios; pues es fama que el aseo, así como el bodijo, no fue nunca santo de la devoción del dómine de antaño.

Una silla de palo, vetusta cuanto podía ser y si venía al caso, carcomida de comején, puesta delante de una mesita de pino coja, mugrienta y embadurnada con abigarrados toros de tinta de todas las épocas, adornadas a trechos por horribles muñecos que los muchachos pintaban en venganza y los cuales hacían una tentativa de semejanza con el maestro, y sangrada con buenas cortaduras en los bordes por las indicadas cortaplumas, y que por lo mismo dejaban allí su sello, constituía el solio de este Plutón. A un lado y otro de la silla colgaban las disciplinas y la palmeta, sus sabios atributos; o bien veíase sobre la mesa un cordel retorcido, duro y como encerado, que eran las disci-

plinas, y el cual, según el profundo dicho del maestrillo, *se paraba solo*, de duro que era el maldito.

Dómines había que en vez de mesa desvencijada, o además de ella, tenían por delante una raída banqueta de lana, que también servía de asiento a falta de otra cosa, provista de cigarrillos, yesquero, barajas, cortaplumas con vistas *non sanctas* y otros baratijas; y, habíalos también ¡los muy taimados! que a retaguardia, en el aposento, guardaban como oro en paño una botellita de lo fuerte a que de cuando en cuando iban a pedir luces, abrazándose amorosamente con ella y prodigándole unos besos, que trascendían luego a la clase. Efusiones alcohólicas que daban por resultado enardecer más su piadoso celo para arrancarle el pellejo a uno.

La escuela era regularmente una piecesita cerrada, que recibía escasísima luz y ningún aire, porque era requisito indispensable que la susodicha escuela estuviese lo más separada posible del mundo de los vivientes, algo así como apéndice de monasterio, y también su poquito de oscura y nauseabunda; sin duda por exceso de previsión, o acaso de saludable rigor. En aquel tugurio estaban ordenados por lo general los durísimos bancos, o a derecha e izquierda de la silla pretorial o paralelos a él, y allí apretados unos contra otros lo alumnos. Ocupaba las cabezas de banco o los primeros bancos, según, la primera clase, y a ésta seguían por riguroso orden la segunda, tercera, cuarta, hasta lo infinito. ¡Librara Dios a alguno que se mezclase siquiera por un instante en clase que no era suya y menos en una superior! Serviría esto de algún estímulo, no hay duda, y por lo mismo, se era tan celoso en recompensar la aplicación trasegando al muchacho desde la última a la quinta, cuarta, tercera, segunda y primera clase con las solemnidades de estilo, en día sábado y en rígida formación la escuela, o bien *degradando* a los desaplicados, haciéndoles repasar el río, esto es, descender de una clase superior a una inferior.

Semejantes evoluciones no eran, como se ve, de lo peor del repertorio. Silencio, que no se oyese volar una mosca, pero ni una mosca (y ésta era luego la consigna textual, lo que no impedía que quisiesen tumbar la casa cuando daba la espalda del maestro) reinaba en aquellas benditas aulas.

¿Y qué cuando los fijos, saltones y sangrientos ojos del dómine discurrían por sobre las infantiles cabezas de las *masas*

escolares en ciertos momentos solemnes en que se acababa de turbar el orden o de hacer una *ejecución*, o al empezarse a tomar la lección? Entonces era de ver al dómine en toda la plenitud de su olímpica severidad, rodeado de un como nimbo de respeto temeroso y forzado; mientras los muchachos, disimulando con el libro pegado a las narices, pero sin osar levantar los ojos, le echaban maldiciones por almudes. Porque moralmente, era una corriente tal de simpatías la que se determinaba entre maestro y discípulos, que aquél habría deseado lo más de los días que estos hubieran tenido una sola asentadera para sajársela de un rebencazo, y éstos cuando menos que a aquél le hubiese tomado una parálisis por más de la mitad del cuerpo, sobre todo quedándole bien inutilizado el brazo derecho. ¡A dónde aquella solicitud paternal y afecto, que es lo que precisamente caracteriza la escuela moderna!

La disciplina escolar, según las muestras, era de lo más atroz, bárbaro, inhumano y absurdo que se pueda imaginar.

Ella exigía que se estudiasen o repasasen las lecciones en alta voz con una tonada monótona y fastidiosa que era un cacareo de gallinas o golpes acompasados sobre el yunque que se oía a leguas, y oído el cual, podía el caminante o el transeúnte decir: *por allí hay una fragua*; porque, en realidad, fragua y escuela de antaño era todo uno.

Si un infeliz interrumpía el lúgubre silencio que debía reinar, caía sobre sus espaldas un chaparrón, inmediatamente, o si no inmediatamente, quedaba marcado para cuando concluyese la clase. Había de saberse de coro y retebién la lección de memoria, porque si no, o se recibían incontinenti cuatro palmetazos, o se enviaba a uno al rincón, casi siempre vuelta la cara a la pared, o se le ponía de pie en medio de la sala a estudiarla como un becerro, hasta que de puro machacar, la daba como un papagayo; y el darla como papagayo era sabérsela perfectamente. Otras veces se *quedaba* el desaplicado muchacho, despedida la clase, en castigo de no ser memorioso.

Los castigos... Haceos cargo de los castigos, cuando la escuela misma y la presencia del ceñudo dómine eran de por sí castigos fieros para la célebre y bulliciosa infancia. Escuela y dómine, ambas invenciones del peor género, habíanse fríamente calculado para estar en completo desacuerdo con la naturaleza y en perfecta oposición con la tierna índole del niño. La

escuela era el lecho de Procusto a que debía sujetar éste sus naturales inclinaciones y el desenvolvimiento de su carácter; y ella había de contribuir necesariamente a su corrupción moral: y en cuanto al otro, era el representante neto de la idiosincrasia social, del despotismo, de la absorción del individuo por las preocupaciones y la más crasa ignorancia. Sin embargo, hay que darle su adarme de justicia. El tal dómine era por lo general en su casa un hombre bueno, un excelente ciudadano y *paterfamilias* (aunque a veces de lo más atrasado y más bestia de la creación), y mientras más rígido y brutal se manifestaba, mejor creía cumplir con un deber sagrado, y también lo creían así los padres a pie juntillas. ¡Aquellos tiempos!...

Pues los castigos eran de lo más variados y sabrosos que humanas carnes hayan soportado. La palmeta era castigo, digámoslo así, aristocrático. Se aplicaba más a los grandes que a los pequeñuelos, y esto, con cierta grave solemnidad. ¿Fulano se hacía merecedor a un castigo? Pues bien; condenado ya (sin ser oído) se llamaba a Fulano a la mesa pretorial, se ponía de pie el dómine, empuñaba la palmeta de modo que le llenase la mano, vibrándola antes ligeramente para asegurarse de la precisión del golpe, tomaba luego las puntas de los dedos de una mano que le alargaba medrosamente la víctima, tratando al mismo tiempo de huirla de la *quema*: levantaba aquél la palmeta, caía ésta como el rayo sobre la abierta mano y sonaba el fatídico ¡plas! que hacía temblar la escuela. Probábase en este caritativo ejercicio el temple del muchacho: si era valiente, o soberbio, alargaba sin pestañear la otra mano, y luego la otra y la otra, sin más muestras de que era persona humana el apaleado que algunos resoplidos, hasta quedar saciada la ira del maestro o cumplida *ad pedem literae* la fatal sentencia. Si era flojo el chico, allí era el ocultar la mano y el retorcerse y el lloriquear y el clamar al impávido verdugo: *¡Maestro, no ya, ay maestrico, por su madre!* Pero la compasión no se hizo para escuelas de antaño. ¡Qué había de hacerse!

El niño sabía muy bien que estaba condenado al eterno aguante; que él había nacido para la escuela, es decir, para la palmeta y el *fuete*, como la escuela, los dómines, los palmetazos y los rebencazos tradicionales habían sido hechos para él. ¡Y no tenía más que aguantar con alma, vida y corazón; o morirse! Lo que no quitaba que el picarillo buscase algún medio de burlar

o atenuar siquiera los rigores de las tollinas de ordenanza, colocando una pestaña que la mano en el momento de alargarla para que la palmeta saltase en astillas o untándose ajo, o bien forrándose de libros y pizarras para que el vergajo no tuviese donde hacer presa. La verdad es que yo, que ardientemente deseaba ver el milagro de saltar una palmeta no lo logré nunca; y lo que sí hice fue contribuir a dar con ella en una letrina, y ocultar el látigo entre matas de *cundeamor*.

Había palmetazos y latigazos al por mayor y al granel: los había individuales y colectivos, es decir, por filas cerradas, en que fríamente el dómine pasaba revista a manos y espaldas, como un fusilamiento en masa; y en fin, los sabía de todos los modos y estilos apetecibles.

Pero lo bueno, lo fenomenal era ya cosa más decente y escogida. Delinquía un hijo de su madre, grande o chico, pero de un modo digno de la escuela.

—A ver; que cuatro me cojan a *ese* (estaba excusada la urbanidad entre maestrillos) *¡y al banco!*

Decir *cuatro* era como pedir un cabo cuatro números y decir *al banco* era como decir en Rusia *al Knout*.

En efecto, cuatro robustos jayanes cogían a la víctima, y si forcejeaba, peor para sus huesos, que corrían riesgo de fracturárseles; apeábanle los calzones (¡moral de escuelas de antaño!), el fijaban acostado boca abajo sobre el bando como con garfios, acudía el jayán jefe, atufadas las narices, que olían ya la chamusquina y se gozaba previamente en ella como el tigre con la sangre que va a derramar, descompuesto el rostro, alzadas las gafas sobre la frente, medio abierta la camisa y expuesto a las miradas el velludo pecho, arrolladas las mangas como un carnicero, y en alto el erguido vergajo. ¡Zas! rompía el aire zumbando el látigo y crujían las carnes del mártir. Revolvíase, bufaba, se sacudía, mordía, maldecía, gritaba, se ponía cárdeno, ¡nada! llovían los azotes como granizo y quedaba el chico hecho un santo Cristo. Hubo quien, como yo, saliese con una apostema en una pierna, ¡cuando sólo tenía ocho años de edad!

No acababa ahí el programa, como se ve, bastante variado, de los castigos *extras* y de pacotilla; porque no hemos hablado sino de los golpes aplicados *secumdum natura* es decir, a vergajo limpio, no provisto de gusanillos o puntas de alambre, como disciplinas de penitente. Ya esto era más elevado, más *chic*.

El castigo grande, notable, que decidía de la corrección de cualquier bergante (y de su salud también), castigo que aún tenía su estética (pues no faltaba más sino que no tuviese su estética, como todo, la escuela de antaño) era el hacer un desbocado una gran cruz con la lengua en el suelo: y no a medir por pulgaditas, sino por buenas varas castellanas. Obligábase pues al pillastre, eso sí por un desliz muy gordo, o aunque fuera inocente ¡qué diablos!

¡Un inocente más, qué importa al mundo! a hacer su cruz en el santo suelo, y no había más que cebar y tirar, o sea salivar y mojar a qué quieres boca. Eso fue en un colegio dizque muy cristiano.

Había otros castigos raros y de menor cuantía, como era poner a un niño en la puerta con un letrero irrisorio para que los mismos compañeros y los vagos de la calle ¡qué salvaje crueldad! hiciesen burla de él; hincarle con los brazos abiertos en cruz, y a veces añadiendo sendos pedruzcos en las manos, o con los pantalones levantados sobre arena o sobre una hojalata picada, o sea un *guallo*. Hasta dicen que en tiempos bárbaros, con relación a nuestra escuela de antaño, ahora treinta años poco más o menos (¡qué tal sería esa edad de oro!) solían colgar de una viga a un infeliz, izándole por momentos como si fuese jamón wesfaliano. Lo de encerrar en un calabozo oscuro y hediondo por un día o una noche, a pan y agua, y aún por dos, tres o varios; dejar desteñidos todo un día y a veces con su primanoche entera sin probar bocado, y no pocas veces arrodillados y otras rezando a vista de un altar o de un santo de palo, muertos de debilidad, a unos pobres niños de once años para arriba que luego se retiraban a sus casas tambaleándose de pura debilidad o enfermos, todo naturalmente a satisfacción de la familia; era tortas y pan pintado comparado con los grandes castigos moralizadores, regeneradores y edificantes. Esto último era una cosa tan ligera que no pasaba de una simple reconvención. ¡Quién se iba a quejar de eso!

Cualquiera puede recordar a una especie de dogo, un viejo perro de aguas, venido de no se sabe dónde, que casi en estos mismos tiempos, pues que todavía hay reminiscencias de la escuelita antigua y gente que le gusta cascar al hijo del prójimo y tomadores de lecciones de memoria, holgazanes y brutos a carta cabal, a pesar de estar los Ayuntamientos y las Juntas de

Instrucción Pública y la prensa amenazando con la ley que prohíbe los castigos corporales, todo el día se paseaba, garrote en mano, por delante de los muchachos y a quienes manejaba a gritos, a golpazos sobre las mesas con el palo, a repiques de punta y filo sobre las cabezas. Este tal convertía la escuela en salas del cuartel, en manicomio o caballeriza en que los muchachos atados al libro, no podían mover pie ni pata, y aún por eso eran más tremendos. Caso llegó en que, estando en formación toda la clase, en número tal vez de sesenta o más niños, hubo de imponer orden y querer alinear bien la gente, lo que no podía lograr, y sin pararse a corregir a determinados individuos, o a diezmar las filas, arremetió por el sistema de fusilamientos en masa, desde un extremo de la línea, y corriendo el garrote al nivel de las canillas, hízole rodar así hasta el extremo opuesto, estropeando piernas que era una bendición, pero eso sí, *metiendo en cintura* a todo el mundo. Inventiva para martirizar como esos dómines no la tuvieron a la verdad los Torquemada ni los Domingos de la Calzada!

Tampoco desconocía el cancerbero aquello de las horcas caudinas, porque en su fecunda inventiva, un día imaginó meter las cabezas de los alumnos bajo la mesa quedándoles así el cogote pegado al borde inferior de ella y las espaldas a discreción de su golpes.

No padecía la vergüenza en la escuela de antaño; la contrario se aquilataban como todas las facultades (y las asentaderas) del individuo. Cogían bonitamente al pobre chico y "porque no te sabes la lección" y "porque eres un desorden impenitente" etc., pegábanmele un gorro con plumas de gallina, poníanmele en las manos una escoba, y me lo plantaba en la puerta de la calle, o en una ventana, o lo sacaban irrisoriamente por las calles con un jayán que lo vigilase. De un gigantesco indio de la Guajira me acuerdo yo que hacía este oficio en un cristiano colegio de esta ciudad.

¿Y la revista del aseo? Era de lo más curioso e interesante de los programas tontos de la de antaño. Los sábados (era consigna que nadie debía olvidar), conforme iban llegando los alumnos encaminábanse a la mesa pretorial donde el dómine, ya en ese día medio aseado él mismo, vestido de limpio, con o sin la siempre ausente chaqueta y las greñas un tanto reducidas a la obediencia merced a una pomadita hecha de ex-profeso con

sebo de vaca curado y a un peine caritativo, lujo que se permitían sin duda para dar el buen ejemplo donde el dómine, repito, muy tieso y grave procedía riguroso examen; mientras los demás, perfectamente alineados en sus bancos sudaban sudores de muerte, y los que no las tenían todas consigo frotaban con saliva orejas y manos y se roían las uñas o las limpiaban sabe Dios cómo.

—¡Las orejas! —ordenaba la voz del dómine con la gravedad y cómica solemnidad que el caso requería.

Presentaba el chico las dichas, y tal era lo que se miraban y remiraban volteándolas como hoja de libro, que ni al microscopio.

—¡Las uñas!

Estiradas las diez uñas en uniforme plano horizontal, habíalas el impertinente examinador de ver brillar de puro estregadas y recortadas.

—¡Los pies!

Aquí era el desenvainar pies de todos los calibres, con medias o sin ellas, limpias, aunque rotas o remendadas. Es fama que de vez en cuando olíalas el maestro, fiel a su programa limpiador, como la Academia Española, por si querían pasarle contrabandos.

Quien no tenía orejas limpias, se llevaba dos tirones que podían arrancárselas, y uñas idem, un reglazo firme y sonoro ¡díganme, de tales manos! Sobre los mismísimos dedos cogidos por el maestro a guisa de manojos. Terminaba la desaseada revista (¡y eso que faltaba el maestro en persona, que ahí era que habría que ver!) se rezaba la doctrina o se hacía cualquiera otra majadería; se amarraban *corbatas de yagua* a los que las habían olvidado, y se atendía a otros menesteres así.

Había de todo en el catálogo de la escuela de antaño, para todos los gustos. ¡Cuántos tormentos inquisitoriales podían inventarse para modificar las carnes, la paciencia, la inocencia, el pudor, la santidad de la infancia!...

Como era de esperar, no siempre para el impasible dómine había de ser todo vida y dulzura. El irascible temperamento de no pocos alumnos, incapaces de sufrir golpes y vejaciones, y la escasa paciencia de algunos padres de familia (que eran habas contadas), daba lugar a incidentes cómicos y semi-trágicos de que no salía el dómine muy bien librado. Mocitos hubo que se

encararan con él, que se resistieran a ser azotados, que le endosaran ternos y tacos valientes, y que, arremetiéndoles aquél, le recibieran a patadas y a trompis o con él se enredaran en porfiada brega. Hubo ya quien le amenazara con un pistolete destornillado de los que por acaso podía hacer entonces a la mano un muchacho o le enseñara una navaja; quien le disparase tinteros a la cabeza y aún buenos pedruscos. Alguno que otro padre de familia, cuyo hijo había salido apostemado por aquella sabia mano, no paraba hasta personarse en la clase, insultarle, amenazarle con llevarlo a un tribunal, o cuando menos con pegarle un tiro. Todo lo cual llovía sobre la resignada cabeza del dómine como aguacero de mayo, tanto más horroroso cuanto que todo era hacer él gracias, sufrir las ajenas costillas y celebrárselas los papás.

Así era que no había ideal para éstos como el pensar que podrían, aunque fuese *cuando grandes,* romperle un ojo al maestro en justo desagravio de tanta injusticia. Hay quienes hoy, ya padres de familia (lo he oído con mis oidos) al recordar eso, querrían hallarse de un golpe en aquellos tiempos, sólo por el placer de pasearle la costilla a su sabor al que fue su maestro, en recompensa de lo mucho que hizo por su perfeccionamiento intelectual y moral.

Hasta el espionaje se hacía ejercitar allí para enseñar también a aborrecerse los hombres desde sus primeros años, y a ser serviles. ¿Sabéis cómo? Por el sistema que llamaban de los *decuriones*. A son de mantener aquel orden artificial y violento, encargaba el dómine, cuando se ausentaba, acaso al mejor de la escuela, acaso al peor de ella, de la coservación de la paz varsoviana. Y el decurión, redomado canalla tal vez, hacía con cualquier pretexto víctima suya al que no quería bien, al que en alguna ocasión le había *acusado* o *apuntado* desempeñando el propio oficio. Y de aquí una serie de malas voluntades y de rencores que han durado parte de la vida, porque muchas veces había tenido origen en una flagrante injusticia de esa índole, a lo que se añadía el exagerado celo del *decurión* y el deseo de halagar al maestro, y este empeño del *decurión* rebajaba su dignidad porque le hacía servil, aún a costa de ser injusto.

Esas faltillas leves daban ocasión para que el dómine repartiese palmetazos y latigazos como granizo a justos y pecadores, y se enconasen los rencorsillos.

¡Miserias! Peor no ¡qué digo! admirable organización de la escuela de antaño! Los padres de familia no dejaban de contribuir a ella, quitando y poniendo, según ellos decían, a sus hijos de una escuela en otra, o porque no aprendían nada, ¡como si en esas benditas *fraguas* se pudiese aprender cosa alguna! o porque el maestro *no pegaba casi*, o por el mero gusto de trasegar al muchacho de la escuela del señor Fulano a la del señor Mengano, pues recorriendo las existentes sin duda aprenderían más, lo que también es auténtico.

He aquí ahora la pintura de algunas de estas escuelas, que acabarán de dar idea cabal de cómo estaban constituidas.

Éstas eran, diremos, como excepción de la regla, o más bien, matices más fuertes o más débiles de la de antaño. En la que se consideraba la mejor de su género, (el *summun* escolar) sólo se enseñaba francés, todo en francés, hasta el modo de andar; pero no por eso faltaba en casa del famoso *Monsieur Charles*, sino al contrario, estaba multiplicado por el cuadrado el rigor clásico, la cara *feroce*, los rugidos tigrinos desde un hondo aposento frontero a la sala escolar, y la prohibición napoleónica de no volar allí moscas ni para un remedio y mucho menos, de menear pie ni para, con aditamento de *¡Ah! matin, ¿qué est que tu fait?* Aquella escuela, tenida como modelo, o Normal de su tiempo, era un claustro (y por cierto que la sala no tenía más que ventanas enrejadas y era oscura y por lo menos húmeda y criadero de alimañas) o un cementerio o en fin, un regimiento prusiano en correcta formación. Aquello sí era bueno, excelente; pero eso sí, cuenten los que quedan, que son naturalmente los que mejor manejan aquí el francés, y eso siquiera dejó la escuelita antigua, si había bellaquerías y se inventaban bellaquerías que no han tenido precedentes ni igual en semejantes escuelas, no bien el maestro iba a buscar luces en el dulce retiro de una hamaca!...

Por el estilo, aunque menos autorizada, era la escuela que llamábamos del Sr. Trujillo, única escuela liberal que hemos tenido aquí en tiempos tan calamitosos como los de nuestra infancia. Allí discurrieron mis últimos años de aulas y es la de la única ¡cosa estupenda! de la cual conservan los que a ella concurrieron, gratos recuerdos; porque allí, en vez de cara *feroce*, ni palmeta ni verdajos había la bonachona ignorancia del maestro mezclada a una buena docencia de paternal con-

fianza y una libertad que rayaba en licencia para estudiar y estar en clase. Allí no podía haber hipocresía ni horrendas bellaquerías, ni silencio despótico, ni *decuriones* ni revistas desaseadas, ni nada de esa levadura maldita de la escuela de antaño. Concluida la clase, dada la lección, que si se sabía bien y si no también, pero que se explicaba (y por tanto allí sería que se usó por vez primera el sistema explicativo), a jugar al patio, así fueran las tres de la tarde. En cuanto a plan de estudios, privaba la enseñanza del francés y el inglés sobre toda otra, y la gramática castellana explicada y lo mejor explicada posible: allí no había textos que valieran en materia alguna; ni Ballot ni Herranz y Quiros, ni Fenelón, ni Urcullú, ni Chantreau, ni Noel y Chapsal ni Smith, aunque todos servían para chapurrear el francés, inglés y español. El liberalismo llegaba hasta esconder un libro de geografía, que era lo único que una vez por semana se daba de memoria entre un montón que tenía el maestro por delante, y en sus mismas narices se hacían estos fraudes amistosos. En aquellos bancos no se oía más que el *I have, he has, je suis, tu est, il est, etcétera.*

Único caso de que discípulos de entonces estimasen y respetasen de veras a su maestro, ese fue; lo que no impedía que de cuando en cuando sonase en su boca un *daim rasquil* u otro mal terminacho en romance, o algún mal hábito, y el consiguiente tirón de cabellos o magos de patadas de unas piernas larguísimas; pero ¿iba Usted a buscar nada completo en aquellas escuelas de Cristo? Otra escuelita hacía en que el respetable profesor, que seguramente no había nacido ni siquiera para escuelas de antaño, no obstante ser hombre entendido, era hasta tartamudo; pero eso sí, colgaba su buena *cabulla* en el ángulo del respaldo de la silla pretorial, aunque más por intimar, porque el pobre viejo de puro enclenque quería caerse a cada latigazo que soltaba. Mucho becerrear era cuanto exigía, es decir, al cacareo aquel, y lección de memoria, si cortísima con su correspondiente doble marca de lápiz, bien sabida. Por lo demás, poquísimo francés e inglés para dos o tres *de los* grandes, asignaturas principales, que se reducían a trasegar a Ollendorff del texto a la memoria, de ésta a una pizarra, la parte extranjera, para ponerle luego la tradución, y *finis opus*. Con esto y mascullar la tabla en inglés (idioma que tenía la preferencia por ser él medio *inglesado*), ¡ya sabía Usted un idioma! Y

después, al patio los de la primera a pelar cañas y a fumar cigarrillos de La Habana. Buenos ratos; ¡vive Dios! que nos resarcieron de las pasadas *crujías*.

Un rasgo gráfico para concluir con el capítulo de horrores de la escuela de antaño.

Venía el maestro, por ejemplo, de casa de la *maitresse* a las once del un día de buen sol, de muy mal talante, o porque estuviese chispo, o porque se la pegaran o *véase qué*, como aquí decimos y deseando tener algun pretexto para desfogar su mal humor, cogía cualquier libro que a mano tuviera, lo abría al azar, y se ponía a dictar tres o cuatro páginas; luego cerraba el in-folio o el 4° mayor y recomendaba que se trajesen sabidas esas páginas *de memoria* para las dos de la tarde; o que si no... Esto, en la estación calurosa y maleante de estos climas, durante los meses de julio y agosto, pongo por caso, a esa hora canónica, pesada y soporífera, como al fin hecha para bien comidos canónigos, y lección de memoria por añadirura, era empresa *ardua*, como dijo un discursante en cierta ocasión solemne, leyendo un discurso que no era suyo. Los pobres muchachos llegaban a sus casas desalentados, condenados a muerte, y ni aún comían con el disgusto, el susto y otros consonantes, y en vano sudaba el meollo por encajarse en la cabeza aquellas páginas indigestas producto infando del alcohol o las calabazas. Total, que desertaban los más a la hora de la prueba heroica, y los que se atrevían a arrostrar esa gimnástica del diablo, arrostraban con valor de mártir la soberana tunda que les tenía aparejada el inmoralísimo dómine; y porque pensar en saberse aquellas páginas era pedir guindas a la Tasasca.

¿Y los textos? ¡Los textos! Ésta era la piedra angular de la institución. Sin los textos no podría concebirse la escuela de antaño: como que ellos eran la ciencia infusa, la pedagogía ¡qué sé yo! Y es bueno que para entonces ni textos había. Raros y de subido precio, como no se conocía otra librería que la de Sardá y llegaba un buque al año de España, que era de donde podían venir los libros cabalmente los que podía consumir la actividad intelectual (y de los dedos) en los doce meses. Esto era *El Silabario, Elementos de todas las ciencias, el Rueda, Gramática de Ballot, el Fleury o sea Historia Sagrada, el Catecismo de Ripalda*, etc.

En cuanto a sistemas de enseñanzas consistía en el deletreo y la lectura de procesos para ejercitar al niño en descifrar caracteres enrevesados y en escribir *palotes de gordo y de fino*.

La mitad del tiempo transcurría en este aprendizaje mecánico; aunque a decir verdad, salían buenos pendolistas, lo cual echan algunos todavía de menos. En materia de número, mucha tabla, quebrados, denominados, reglas de tres, de interés y compañía. La enseñanza religiosa que no debía faltar, so pena de atraerse el estigma de la autoridad eclesiástica y civil a más el aborrecimiento de los padres y de los pontífices con levita, constaba de doctrina cristiana y rezos, y a veces de confesión y comunión por pascua florida. Un poco de mala geografía universal y en algún colegio nociones de la patria y ejercicios sobre el mapa, con mucho texto crudo de gramática castellana latinizante, y en una que otra escuela, los consabidos estudios de francés e inglés.

Ya últimamente se enseñaba retórica en algunos colegios de mucho bombo y pocas nueces. Retórica oh... Por supuesto, la de Hermosilla, sin entenderse bien los mismos quedaban lo que ostentaban llamaban la clase de *literatura*. Así pretendía un director de colegios, que sus alumnos más adelantados, con un tinte de gramática de Bello (que tampoco entendía el director) y la retórica susodicha, se ejercitasen en escribir ¡en escribir, señor! dándole temas fáciles. ¡Y los muchachos, a quienes se les había indigestado la poca ciencia allí aprendida, figúrese Usted si estarían para literaturas! En fin, engañifa para todos los interesados, incluso el director.

Peor ahí venían los exámenes. Preparábase la cosa con seis meses de antelación, para lo cual se adiestraban los muchachos en pintar letras en sus cuadernos, engalanados por la madre o la hermanita con cintajos de todos colores, seguros maestros y discípulos de que habían de quedar satisfechos los padres del progreso caligráfico de sus nenes. Item: se les hacía repasar algunas lecciones de memoria y repasar cuentas; y el día del examen se presentaban muy limpios y en orden, contestando como papagayos a lo que les preguntaban los que estaban en el secreto, y encogiéndose y callando como muertos si cualquiera otro les cuestionaba. Aquí estos versos de Ricardo Carrasquilla...

Después, muchos besos y abrazos de los padres y enhorabuena de los parientes, hasta el día de la repartición de recompen-

sas en que vendrían los discursos soporíferos del director y de los ayudantes, incluso el del maestro de francés que pronunciaba como un chino *Monsiú yapó* (chapeau) y los preparados *adhoc* en todos los idiomas vivos y muertos para que los recitasen pedantescamente los mocitos; y dulces y confites, y brindis y música y baile, y sonrisas frescachonas del director, y apretones de mano, y agur y hasta la vuelta.

Esa candidez de nuestros padres hacía más estragos que la escuela. Creían a puño cerrado que lo que no salía de esos bancos, no salía de ninguna parte, que allí se formaba el hombre útil, el sabio, el carácter, el corazón, todo; y por consiguiente, que lo único de que habían menester sus hijos, para salir hombres completos, como los pueblos, era rigor, rigor y rigor. De ahí la idiotez del dómine, que como la sociedad, estaba dispensando de pensar sumido en tenebrosas preocupaciones y la más grosera ignorancia. ¡Los padres se alegraban de que les agolpeasen a sus hijos, tan maltratados siempre de razón como de carnes! "¿El maestro te pegó?" decían, pues arriba te voy a dar otra. Aprender o soltar el cuero! Y cuando venía un muchacho con una oreja desprendida, abierta la cabeza o apostemado, entonces se encogían de hombros como ante los inescrutables designios de una Providencia, y a curar al muchacho, si éste no se moría de las resultas como hubo casos.

Y aquí termina ya este largo proceso de la escuela de antaño.

¡Más valía entonces nacer para carbonero!

LA HERMANDAD DE LAS ÁNIMAS

Era de ver y oír aquello.

Cuando aún hoy se puede formar triste idea del estado semi-colonial en que viven nuestras grandes poblaciones, sin contar el de semi-salvajismo en que yacen sumidas las de último orden, qué no sería entonces, cuando ni había una miserable candileja de éstas que ahora nos alumbran en las primeras horas de la noche como luciérnagas entre unas ruinas, ni rodaban muchos coches de los raros, monumentales y pesadísimos que algunos ricos poseían, ni tampoco tranvías, ni cosa alguna daba señales de vida culta y moderna; sino que todo tenía el sello inflexible de los tiempos coloniales, con su reata de preocupaciones sociales y fanáticas creencias.

Figurémonos aquellas costumbres, que no obstante, tenían mucho de sencillez y óptimo grado de honradez suprema.

En el antiguo templo de San Nicolás, que, como todos saben, edificó la piedad o la presunción del Comendador Ovando, quien le dio su nombre, edificio hoy en ruinas que se ve al norte de la calle del Estudio, enclavado junto al antiguo hospital que se llamó del mismo modo, alineados ambos a la siniestra mano bajando de la cuesta de La Altagracia; hará unos treinta o cuarenta años, que los lunes en la noche reuníase un grupo regular de hombres de edad madura de los de capa y espada, honrados ciudadanos a carta cabal, traficantes o artesanos muy dignos, en su mayor parte del pueblo.

Eran personas todas de respeto, lo que no les impedía salir noche por noche a beberse las densas sombras que envolvían en tan benditas épocas la noble *Ciudad Antigua* desde el punto del toque de oraciones, que sea dicho de paso, rezaban muy devotamente con toda su familia, como antes de la abundante, sazonada y bien oliente cena criollesca, a buscar aventuras, la capa enrollada al izquierdo brazo y la esgrima de tres cuartas, pesada y tosca, de ancha taza y fuertes gavilanes bajo el mismo. Y acaecía que eran grandes cantadores y trovadores populares, que glosaban *en porfía a lo divino y a lo humano* y que por quítame allá esas pajas se cruzaban cristianamente buenos mandobles, sin que nunca se derramase una gota de sangre.

Era, en suma, gente en regla, sin doble ni egoísmo, hombres hechos de una sola pieza, y que en nada se parecían a los enfermizos y mal aconsejados ciudadanos de lo presente.

El grupo que acudía los lunes en la noche al templo de San Nicolás componía la venerable *Hermandad de las Ánimas*. Consistía su devoción en salir de allí al toque de las nueve para recorrer las desiertas calles. La hora era la más oportuna para provocar cierto religioso temor e infundir la devoción de que iban bien provistos; pues júzguese lo que serían para entonces esas tétricas campanadas de las nueve, cuando aún hoy es señal para recogerse la mayoría de las familias y para dar principio rezos piadosos, y hora en que comienzan los misteriosos miedos de la noche.

Dadas las nueve, y apenas vibraban por la tranquila ciudad los acompasados, roncos y monótonos sonidos de las campanas de la Catedral, a dúo con las de otras iglesias, sin excluir las del mismo San Nicolás, cuando la *Hermandad* se ponía en Campaña. Armábanse de sendos faroles recubiertos de hojalata picada que escatimaba la soñolienta luz de los cabos de cera, y ordenados en filas y precedidos de una esquila que manejaba uno de ellos que servía de guía, desfilaban así hasta llegar a la primera esquina. Entonces el de la esquila daba tres golpes tristes y fúnebres y gritaba a grito pelado para que toda la rezadora manzana se previniese, con voz cavernosa de bajo profundo que *ex-profeso* se guardaba para esas solemnidades: *Un padre nuestro y un avemaría para las benditas ánimas del Purgatorio.*

Quilín, quilín. E inmediatamente la procesión respondía en tono más bajo pero sacando la más profunda y cavernosa voz que podía, lo que la asemejaba a un enjambre; *Padre nuestro &.*

Quilín, quilín, seguía sonando la fúnebre esquila, y seguía repitiéndose el piadoso ejercicio en todas las esquinas.

Muy conforme con las sanas costumbres y prácticas de entonces, la cosa no tenía de malo sino que azoraba de un modo horroroso a los pobres niños, que oir la esquila y el confuso retumbar de las roncas voces y meter las orejas en el regazo maternal o en las sábanas era todo uno. ¿Y qué? de menos se asustan los hombres hoy.

Dicen que era curioso el aspecto de aquellos buenos viejos. Bien rebujados en su capa, o cruzada oblicuamente sobre el pecho, destocados, y los que no tenían algunos mechones de pelo que exponer al relente de la oscurísima noche, cubriendo sus venerables clavas con un pañuelo de los buenos de Madrás o con un gorro de dormir de seda negra, que era cosa que todo el mundo gastaba; iban con mesurado paso recorriendo sus estaciones, muy penetrados de que hacían una obra de misericordia.

Lo cual, al decir de las crónicas, no quitaba que, terminada la procesión, y dejados faroles y esquila, en alguna capilla de la supradicha iglesia, de esa hora en adelante envolviesen su capa sobre el brazo izquierdo sin temor ya al sereno ni a las ánimas del Purgatorio ni del rey abajo a bicho viviente, y puesta la de ancha taza bajo el brazo, se largaran a buscar *velorios* y aventuras, o a discurrir cual pacíficos fantasmas por entre las sombras espesas de la muy noble villa.

¡Buena vida! ¡voto va! buena vida la de aquellos tiempos y aquellas Hermandades.

Enero de 1889.

APÉNDICE II.— NOTA DE CÉSAR NICOLÁS PENSON. TOMADA DE LA PRIMERA EDICIÓN DE COSAS AÑEJAS, *IMPRENTA QUISQUEYA, SANTO DOMINGO, 1891.*

No es afán inmoderado de ser autor lo que nos mueve hoy a dar a juicio público, en forma de libro, una serie de los curiosos apuntes que por ficción laudable y por amor a las cosas patrias hemos venido reuniendo con vario objeto desde hace algunos años: las tradiciones y los episodios que hemos arreglado bajo la denominación de *Cosas añejas*.

Corren de boca en boca las tradiciones, y todos pueden oírlas referir; pero desfiguradas luego por la fantasía popular, y de ahí las mil versiones sobre cada una, que hemos tratado de armonizar, poniendo en claro la que resultaba más verosímil; y aun así, nunca habrán de quedar completas estas leyendas por falta de datos y documentos.

Preciso es distinguir entre tradiciones y episodios, si bien pueden confundirse en una misma denominación, según ha hecho en el Perú el diligente tradicionalista Sr. Ricardo Palma. Tradición, pues, llamo a la que, aun siendo suceso particular y de que pocos tengan quizá noticia, está revestido por el tiempo, o en fuerza de su propia importancia, de cierto prestigioso encanto de que carecen otros sucesos particulares, modernos sobre todo; y episodio a estos últimos, por ser recuerdos personales de actores o testigos de vista, que acaso no merecerán conservarse en la memoria de las gentes como las tradiciones propiamente dichas: aunque unos y otros son fugaces reminiscencias que con el tiempo en su mayor parte podrían o desfigurarse grandemente o perderse sin remedio, a no darles humilde hospedaje en estas mal compuestas páginas.

La fatiga que ha ocasionado el rebuscamiento acucioso de noticias sobre cada narración, sólo es comparable al deseo de ofrecer a la pública curiosidad el conjunto de las tradiciones nacionales a la par de ciertos episodios notables del mejor modo posible. Mediante la adquisición de nuevos datos, se tratará de perfeccionarlos, y será obra meritoria de quien allegue datos para hacerlos.

Tienen las cosas pasadas, acaso por mirarse a la distancia, un especial encanto con que se complace el espíritu reflexivo; y una vez oídas, ya no se quisiera que dejasen de formar parte de la íntima vida del sentimiento. Con esto queda dicho el principal motivo de esta colección.

Otro motivo, y para nosotros, el más poderoso y decisivo, es que las letras nacionales claman ya por caudal propio, y hemos de procurárselo a retazos, mal zurcidos y todo, como son estas muestras, pero en que pongamos algo y aun algos de nuestra existencia e íntimo ser, con el colorido, el sabor y la fisonomía que nos sean característicos. Entendemos que así hay que ir disponiendo los materiales para nuestra particular literatura; que no porque encauce en la que es común a los pueblos de habla española, dejará jamás de tener en el nuestro ni en ningún otro ese fondo de originalidad propia que hace su literatura antes que todo y eminentemente nacional.

Sirva pues esta obra de ensayo a un alto propósito, para acometido, no hay duda, por singularísimos ingenios, nunca por quien, como nosotros, está siempre en la sombra, aunque sintiendo pensando, y queriendo con demasiado empeño y aguijado por un doloroso optimismo.

A formar este libro han contribuido ya de un modo, ya de otro, los que en su memoria conservaban muchos de esos hechos, o bien los han buscado solícitamente y arrancado del olvido en que yacían, por lo cual se les debe gratitud: a nosotros nos ha tocado en suerte recogerlos y darles forma, aunque modesta, para que continúen viviendo más gratamente en las historias populares.

En nada se ha alterado la verdad en que descansan tradiciones y episodios, aunque no podemos responder de la certeza de algunos de estos últimos, que damos como se nos han dado, y al romancearlos, han debido crearse situaciones indispensables para la armonía del conjunto. En cuanto a nuestro proce-

dimiento, ha consistido y consistirá en lo que dice de Daudet su hermano Ernesto: "En no escribir sino lo que ha visto, en no contar sino lo que ha sucedido, en tomarlo todo del natural, fábula, descripciones y personajes".

No pido indulgencia; pues deseo que se me juzgue con inflexible y sana crítica; sino advierto que la presente colección, nunca ha sido retocada en parte, lo ha sido de prisa y con el empeño exclusivo de completar las narraciones que la constituyen y de atender al más insignificante pormenor; por lo que pueden abundar en ellas los errores y descuidos, sobre todo en la forma.

Agradezco el concurso eficaz de la persona a quien se debe en gran parte la publicación de este trabajo, y el muy valioso del Sr. D. José Gabriel García, historiógrafo nacional, de D. Manuel de Jesús Galván y de D. Carlos Nouel, como asimismo el inmerecido favor que se ha dispensado a mi primera obra literaria, lo que ha de servir de estímulo para disponer otras esenciales nacionales; y cuento con que se acojan las *Cosas añejas* como lo que son, modesta ofrenda a las letras patrias.

EL AUTOR

Santo Domingo, enero de 1891.

APÉNDICE III.- DE MANUEL DE JESÚS GALVÁN. PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN DE COSAS AÑEJAS, *IMPRENTA QUISQUEYA, SANTO DOMINGO, 1891.*

Conozco del libro narraciones íntegras, lo que acaso sea poco para formar juicio sobre el mérito intrínseco de la obra. Y se me ha comprometido a escribir sobre ella nada menos que un prólogo, que es, como si dijéramos, a predisponer el ánimo del lector con un juicio sintético de lo que son, o deben ser, las *Tradiciones y Episodios de Santo Domingo*, narrados por el estudioso y entusiasta dominicano Don César Nicolás Penson, que, aunque muy joven todavía, hace años que cultiva con cariño las letras, y ha sabido conquistarse merecidos aplausos por sus esfuerzos generosos y honrados, allí donde todo concurre a enervar el ánimo, y a amortizar bajo las nieblas de la indiferencia los más benéficos y puros destellos de la vida intelectual.

Y la verdad es que se escribe tanto, y tan a roso y velloso, en nuestros días, es tan cerrado el aluvión de impresos y libros de todo género que vomitan las prensas de todos los países civilizados, en la exigente necesidad de dar empleo incesante a la actividad de sus perfeccionamientos mecánicos, que no debemos extrañar el desvío y el hastío, producto del cansancio o de la desconfianza, con que los lectores de experiencia miran comúnmente la aparición de un nuevo libro. Ya apenas se oye hablar de bibliófilos, y los bibliómanos han desaparecido del todo, transformados en nihilistas del pensamiento escrito, si no en huéspedes de los manicomios.

Este cambio se explica: la intemperancia en la lectura está sujeta a las mismas leyes que la intemperancia en el comer;

hay gastralgia intelectual como hay gastralgia física: con frecuencia las dos están conjuntamente en un mismo sujeto. De aquí la perversión del apetito, y la preferencia de alimentos raros, aunque nocivos, así para la inteligencia como para el estómago.

Nuestro siglo se caracteriza por una gran intemperancia en todo: en el inventar, en el innovar, en el revolver; y no digo en el comer, porque estas líneas tratan de ser un prólogo, literario en la intención, y los que viven de las letras en todas partes, con raras excepciones, darían testimonio de su forzosa parsimonia; lo que no obsta para que en nuestro siglo se coma excesivamente. Pero los que viven de las letras en su inmensa mayoría han sido intemperantes en el afán de crear, y de decir cosas nuevas y originales, o que lo parecen; y ayudados por los progresos de la imprenta, han abrumado literalmente a la humanidad, con innúmeras obras *trascendentales*, reformistas y transformistas, cuya trascendencia ha durado lo que dura una sensación, o un capricho; un día, un mes, un año a lo sumo.

Cierto que el gusto inspirador de esas obras efímeras ha trascendido a las costumbres y a las artes. Hasta el santuario de la ciencias ha penetrado con planta invasora el prurito de trillar sendas desconocidas, especie de intemperancia del espíritu de inducción. A todos nos agrada ser descubridores de mundos, como Colón, y doblar cabos tempestorios, como Vasco de Gama, sin salir del gabinete de estudio, o de la cátedra docente, y sin arrastrar otros peligros que los de ver caer en el desdén o en el ridículo nuestras estrafalarias invenciones. Felizmente, a nadie persigue la policía por creer en sí mismo y forjar disparates. Pero hay un grandísimo escollo para estos apóstoles intemperantes del espíritu del siglo, y es la facilidad con que el mismo espíritu del siglo distingue el oropel, del oro fino: su vivacidad y su instinto investigador lo obligan a mirar con interés todo lo que sale a luz como producto del genio o de la inteligencia del hombre; se logrará deslumbrarlo a veces y aun hacerlo extraviar por momentos, dando algunos pasos precipitados en pos de un farol de forma rara, que se ofrezca al mundo como insigne manifestación de progreso; pero pronto se da cuenta de la verdad; que para eso es examinador, y analizador y razonador por excelencia: los noveleros siguen al farol de papel o al fuego fatuo hasta que se extingue; pero al espíritu del

siglo le basta un somero examen para no sacrificar en aras de ninguna falsa teoría la más insignificante verdad de las que iluminan con luz increada e inmanente la conciencia de la humanidad.

Y la estética es una de estas verdades eternas, inmortales. En vano sobrevendrá el bizantismo, la noche de los siglos medios para el sentimiento en todas sus manifestaciones, mortales, científicas, artísticas. De la oscuridad y de las ruinas surgirá un día, más o menos pronto, el renacimiento de todo lo que en sí tiene el germen y las condiciones vitales de bondad, verdad y belleza, trinidad que ha recibido el culto de los hombres superiores, dondequiera que ha existido una civilización consciente.

Me va llevando demasiado lejos el asunto de este prólogo, al cual quiero aplicar las precedentes reflexiones. Es porque Penson, buen hijo de este siglo, se muestra apasionado de la originalidad, tras de la cual corren, como en pos de nueva Atalanta de pies ligeros, muchos literatos americanos y europeos en nuestros días; pero tiene Penson a la vez el buen gusto de buscar la originalidad para sus obras en donde con seguridad puede hallarla, que es vivificando la inexhausta fuente de las tradiciones, episodios, cuentos y consejas de esta bendita tierra que Dios nos dio por cuna y que, rica en peripecias y desdichas, ofrece, como pocos paisajes, abundante caudal de sucesos verdaderos, que han exaltado la fantasía popular, siempre inclinada a ornamentar con pintorescas exageraciones y mentiras de grueso calibre, los hechos históricos de suyo interesantes y en más de un punto sorprendentes.

Debo declarar francamente que cuando se trata de enseñar, prefiero la verdad por dura y mortificante que sea, a la ficción engalanada y lisonjera. Si escribimos historia, debemos ser veraces y no vestir los hechos al antojo de nuestra propia fantasía, o guiándonos por narraciones improbables e inverosímiles. Si en Palo Hincado, verbi-gratia, vencieron nuestros abuelos, ayudados por dos regimientos de Puerto Rico, a los seiscientos soldados franceses de Ferrand, no se extravíe el patriotismo hasta pregonar que aquellos mal armados campesinos, bajo el mando de nuestro Don Juan Sánchez Ramírez, vencieron a campo raso y por sí solos a cinco mil veteranos de

Napoleón(*). Esto es simplemente falso, y el patriotismo, virtud santa y excelsa, jamás debe nutrirse de cosa tan baja y fea como es la mentira.

Pero Don César escribe tradiciones y episodios nacionales; y habrá que estudiar su valor literario en las galas de su estilo, en las descripciones, en lo castizo del lenguaje. Por lo demás, hay que prepararse a leer cosas estupendas: no sé si hablará del milagro de *los cangrejitos*, que, con el escarceo de sus patas en la hojarasca seca de Najayo, al decir de la venerable tradición, pusieron en fuga el ejército inglés de Venables; cuando lo cierto es que Venables se estrelló en la bravura de los capitanes Torra y Castillo, con las milicias dominicanas; y, si tuvo que ver con los cangrejos de Najayo, sería para comérselos como buen inglés cada vez que su cocinero se los guisara. Pero la tradición no se detiene ante el absurdo, y cómplice muchas veces de la envidia, por negar las causas reales de las cosas, magnifica pequeñeces; a la manera que Don Quijote veía convertirse en cabezas de gigantes los pellejos de vino: todo lo arregla del modo que más satisface a la imaginación ingenua del vulgo, y al fin del cuento, siempre se casa el príncipe con la princesa.

Pero eso mismo la tradición, que es la más descosida, la más superficial, la más extravagante de las formas literarias creadas o aceptadas en cada pueblo, sobrevive y reaparece, siempre renovada y siempre fresca, en todas partes, como porción integrante de la naturaleza de cada país, que en su edad adulta la guarda con interés y cariño, porque es grata reminiscencia de su infancia, y busca en ella asunto que, como los romances del Cid, o las leyendas del Rhin, o las sagas escandinavas, dan materia a los grandes inspirados para cautivar la admiración de los hombres con el encanto de sus creaciones inmortales.

De todos los libros que han salido a luz en este siglo con pretensiones de originalidad revolucionaria, ninguno tan nuevo, tan original y revolucionario como el que Goethe escribió tomando por asunto la vieja leyenda de *Fausto*.

Toda resurrección consuela y agrada al espíritu del pobre mortal. Después de haberse proscrito en nuestro siglo los asuntos sagrados que divinizaron el pincel de Rafael y el de

(*) Hasta que Don José G. García publicó su veraz *Compendio histórico*, corría valida tamaña exageración.

Murillo; después de proclamado el imperio del materialismo en el arte, creándose la escuela naturalista, que ha repleto los museos de carnazas y de orgías, ¿quién hubiera pensado que Munckazi conquistara el primer puesto de gran pintor en nuestros días, pintando al Cristo, ni que el mayor precio que ha alcanzado una obra de arte, en estos tiempos de prosaico descreimiento, lo obtuviera un cuadro de asunto religioso, el *Ángelus* de Millet?

La civilización moderna tiene veleidades, y hace su bagaje de todo lo bueno, como de todo lo malo; pero aunque tantas veces ha renegado del cristianismo, como cosa vieja, se la ve de continuo volver al Cristo, de donde procede, y sin el cual experimenta la vertiginosa sensación del vacío.

Tal vez esa sea la verdadera causa del misterioso placer con que oímos hablar de las preocupaciones y de las supersticiones de nuestros abuelos. La falta de creencias propias nos hace estimar las creencias, y aun la ciega credulidad de las generaciones pasadas, como signo de una fe cuya ausencia sentimos, por cuya posesión acaso suspiramos secretamente. De aquí que la tradición encante, y traiga el interés de toda persona que no tenga el corazón empedernido.

Esta es la clase de estética que debe buscar el lector en el libro de Don César Nicolás Penson: su mérito literario, según dejamos dicho, lo hallará el crítico en el esmerado pulimento del lenguaje, que denota desde luego un amigo de las musas, enamorado de los primores del materno idioma. Penson sueña con una literatura *nacional* dominicana, pero procura contribuir a su creación por buenos medios; esto es, no sacrificando a formas novísimas y extravagantes las únicas formas posibles del habla castellana, con la absurda pretensión de crear una literatura *original*; hipo de que ya, gracias al cielo, se han curado todos los buenos escritores y poetas de la América Latina independiente, desde que pasó la moda de buscar los éxitos literarios tomando por tema el odio a España. La creación, que se acentúa en contrario sentido, no puede menos de favorecer el feliz desenvolvimiento de la literatura hispanoamericana.

Que así inspirado, lleve Don César a buen término su simpática labor; y de las caseras, supersticiosas y triviales tradiciones de nuestras abuelas, logre hacer un libro interesante, en cuyo

criterio se refleje el criterio de los buenos pensadores de nuestros días, exento de exageraciones sectarias, como de los partidarismos e ideas sistemáticas que suelen afear la moderna crítica; y de ese modo, ganando con justicia el puesto honroso que le deseo en la república de las letras, habrá merecido bien de cuantos saben apreciar las saludables manifestaciones del ingenio humano.

MANUEL DE J. GALVÁN

Santo Domingo, noviembre de 1890.

APÉNDICE IV.-DE GUSTAVO PENSON. TOMADO DE LA NACIÓN, *AÑO I, NOS. 178 Y 179, 16 Y 19 DE AGOSTO DE 1940.*

LICENCIADO CÉSAR NICOLÁS PENSON (RASGOS BIOGRÁFICOS)

I

César Nicolás Penson Matos nació en la ciudad de Santo Domingo el día 22 de enero del año 1855, siendo sus padres D. Guillermo Penson y Da. Juana Dolores Matos. Fue bautizado en la Iglesia parroquial de Santa Bárbara, de la Ciudad y Arzobispado de Santo Domingo de Guzmán, el 4 de febrero de 1855, por el Presbítero D. Alejo Ruiz, apadrinándolo el Dr. Pedro Antonio Delgado y Da. Mercedes Sosa Corso.

El que más tarde fuera sublime autor de *Cosas añejas*, a la edad de nueve años, tuvo que soportar el doloroso espectáculo de la muerte de su madre. Dos años más tarde, el 1 de enero de 1867, la respetable Logia "Cuna de América" le bautizó a nombre de "Lewton", ya que su padre pertenecía a esa importante organización, apadrinándolo D. Manuel Rodríguez Urdaneta.

Recibió muy escasa instrucción, aunque cursó idiomas, música, dibujo y matemáticas, distinguiéndose siempre por su afición a las letras, tanto que a los diez años leía cuantos libros le caían a sus manos, singularmente novelas. De adolescente hacía sus ensayos en prosa, junto a sus amigos que después fueron sus compañeros en los estudios, la prensa y el foro.

Cuando se inauguró, con la caía de la Administración de Báez, llamada de los *seis años*, un nuevo orden de cosas, al empezar el florecimiento de las letras en el país, tomó parte activa en el periodismo político, aunque bisoño e inexperto, arrastrado por su carácter independiente. La prensa del Cibao era su campo; colaborando en los periódicos de combate, como *El Porvenir* y *El Ciudadano*, de Puerto Plata; y de ahí que le tuvieran siempre en marcha por esas importantes regiones como periodista y escritor, al punto de que, siendo un niño, le hiciese figurar el Distrito Marítimo de Puerto Plata como suplente en una de las candidaturas para Diputado al Congreso.

Pasada esta primera época de su vida, y no aviniéndose al comercio, al cual le había dedicado su padre, ingresó en el cuerpo de empleados públicos, como Escribiente en el Tribunal de Primera Instancia de la Provincia Capital, y en esa virtud, hubo de someterse al servicio militar de la Guardia cívica durante el sitio de la ciudad, gobernando el nunca bien lamentado y eximio patricio y pensador notable, General Ulises Francisco Espaillat.

En 1879 formó parte de la Sociedad Literaria "Amigos del País", que tanto ha influido en el desenvolvimiento de las letras, las artes y la educación superior y común en la República; formándose en su seno toda una generación literaria. En ese mismo año transmigró a los Estados Unidos de Norteamérica, y a su regreso ocupó un puesto secundario de Oficial en el Ministerio de Hacienda y Comercio, a cargo entonces del Sr. D., Francisco Gregorio Billini, y poco después le elevaron a la categoría de Oficial Mayor. Pero calificado de *azul* genuino, no le pareció permanecer en aquel puesto al suceder otra Administración, aunque legal, a la del Presidente Guillermo, y tratando de procurarse otros medios de vida, se trasladó a La Romana a bordo de la goleta de guerra "Capotillo".

Presentóse por entonces la revolución contra el orden de cosas que regía; y no pudiendo subsistir por más tiempo allí, aprovechó la oportunidad para figurar en las filas rebeldes, estimulado por la circunstancia de no ser de aquella localidad, y, además, que la juventud en masa del Seibo, a la cual le ligaban estrechos vínculos de parentesco, amistad y compañerismo, abrazaba aquella causa con entusiasmo. Cerca de dos meses duró la improvisada campaña, que se esperaba reñida y

sangrienta; pero que al fin resultó un paseo militar porque no se disparó un solo tiro, excepto los fuegos de costumbre entre las fortificaciones de la plaza y los campamentos de San Carlos y Pajarito. Siempre a la vanguardia, tomó parte en todas las expediciones para completar el sitio, como uno de los secretarios del General Ramón Hernández, quien había establecido su cuartel general en las proximidades de San Carlos.

No encontró la recompensa; pero merced a ciertas recomendaciones de un amigo que desempeñaba el cargo de Secretario de la Capitanía de Puerto, y que se hallaba en El Seibo a la sazón, estuvo interinamente en él, y luego pasó a la Secretaría de la Comandancia de Armas de la Plaza, haciendo al mismo tiempo y en clase de voluntario, el servicio de Oficial a las órdenes de la Gobernación. Una vez instalado el nuevo Gobierno, con el General Guillermo de Presidente, se retiró dispuesto a no prestar más sus servicios; pero otra vez se le solicitó para un empleo ministerial, ocupando el puesto de Oficial Auxiliar del Ministerio de Relaciones Exteriores, siendo elevado, pocos meses después, a la categoría de Oficial Mayor del mismo.

En el año de 1879 fue cuando empezó su verdadera carrera periodística. Fundado "El Eco de la Opinión" por el Sr. D. Ricardo Roques, editor propietario más tarde de "El Teléfono", el 10 de mayo de ese mismo año colaboraba en él, y con motivo de unas apreciaciones que el Jefe del Poder Ejecutivo juzgó imprudentes, se le llamó a las nueve de la noche de ese mismo día e interrogado en la Comandancia de Armas por el Presidente en persona, contestó afirmativamente, por lo cual se le encerró en un calabozo con prevención de que: *"saldría del país en el primer buque que se diese a la vela"*. Pero al cabo de quince días le pusieron en libertad, en parte por las activas gestiones de la Sociedad "Amigos del País". No quiso escribir una retractación que le propusieron y al salir de la cárcel lo primero que hizo fue poner su nombre al frente del periódico como Director-Redactor-Responsable; pues los colaboradores se habían retirado durante aquellos quince días en los cuales dejó de salir el periódico por esa circunstancia. Poco después ocurrió que satirizó a un predicador de tal manera que el Obispo hubo de querellarse, y de ahí nuevo arresto y formación de expediente, que sin embargo quedó sobreseído a las veinticuatro horas.

Traspasada la empresa al Sr. D. Francisco Gregorio Billini, siguió como colaborador de "El Eco", al mismo tiempo que lo era de "El Estudio", primer periódico exclusivamente literario del país fundado por la mencionada Sociedad.

Para ese tiempo se hallaba en las fronteras, en comisión del Gobierno, el Ministro de Guerra y Marina, D. Luis Felipe Dujarric, quien se empeñó en que fuese a acompañarle allí en clase de Secretario; y así lo hizo, permaneciendo en San Juan de la Maguana algunos meses. Poco tiempo después, una revolución derrocó a la Administración del Presidente Guillermo; y entonces el delegado del Gobierno Provisional en las regiones del Sur y del Este, General Ulises Heureaux, por insinuación amistosa, le nombró Fiscal del Consejo de Guerra de la Capital, cargo que no creyó conveniente ocupar por razones que expuso más tarde al ser designado para otros cargos de igual naturaleza, no obstante la confianza que en él se depositaba.

Corría el año de 1880 y se editaba "El Candil", chispeante periódico humorístico-satírico y de caricaturas, redactado por *"tres mozos de buen humor"* (José Joaquín Pérez, Pablo Pumarol y César Nicolás Penson) que era muy leído y en el cual pusieron las manos las autoridades por juzgarlo agresivo.

Fue entonces solicitado el Sr. Penson por algunos Diputados para ocupar la plaza de Archivista de la Convención nacional, y más tarde desempeñó el mismo destino en el Congreso que siguió a la dicha Convención, y el cual fue disuelto por una protesta del pueblo.

El 29 de abril de ese mismo año, contrajo matrimonio con la señorita Francisca Antonia Rodríguez Montaño, la cual dio al mundo numerosa prole como fruto de esa unión sagrada. Gobernaba por entonces el Presbítero Dr. D. Fernando Arturo de Meriño, quien se había propuesto imprimir a la Administración de Justicia el carácter que él creía debía tener en aquella época, y al efecto buscó individuos que, a su juicio, fuesen capaces de responder a su propósito; así fue que, sorprendió a Penson, entregado a sus faenas de Director de "El Estudio" —que reapareció entonces— el que el Sr. Procurador General de la República, en persona y a nombre del Excmo. Sr. Presidente, se dignase ofrecerle personalmente el cargo de Procurador Fiscal de la Provincia Capital. Negóse a aceptar aquella honrosa distinción, aduciendo, como era la verdad, que carecía de

aptitudes para la Magistratura; pero, empeñados, el Sr. Presidente, el Ministro del ramo y el Sr. Procurador General en ello, querían persuadirle a que debía servir cargo tan importante y delicado. Tampoco quiso aceptar el de Juez de Instrucción que se le proponía en cambio y se decidió por la Secretaría del Tribunal de Primera Instancia, que en esos días había quedado vacante, por muerte del que la desempeñada honrosamente. De allí pasó al Ministerio de Correos y Telégrafos como Oficial Mayor, con el cual quiso honrarle el Ministro D. José María Pichardo Betancourt, y aconteció después fuera Secretario del Centro Dominicano de la Unión Ibera y de otras muchas corporaciones.

En 1881 era Director de "El Estudio" en su segunda época y en el año de 1882 era ya de los principales alumnos de las Cátedras de Derecho Civil y Penal del Instituto Profesional, que hacía las veces de Universidad y se acababa de establecer provisionalmente en el local de la Sociedad "Amigos del País", carrera que no pudo seguir por entonces por haberse dedicado a tareas agrícolas en una Central azucarera, de que era cooperador y colono.

Arrastrado por su pasión periodística, para la cual tuvo reconocida vocación, fundó el primer diario de la República Dominicana, titulado "El Telegrama", en tamaño de 4° y con cuatro páginas; viendo su luz pública el 7 de agosto de 1882, auxiliado por dos progresistas e inteligentes tipógrafos, D. Luis Benedicto Alfigne, puertorriqueño, y D. Juan B. Flores, de Curazao; empresa que fue juzgada "temeridad rayana en insensatez". A "El Telegrama" sucedió "El Diario del Ozama", que llegó a tener imprentas propias y a tener doble tamaño del anterior, un formato regular. Ambos diarios duraron dos años y en esa época lo era todo: Corrector, Director, Redactor y Gacetillero, con una escasísima remuneración que en clase de subsidio daba el Municipio. Y en cambio de aquella obra titánica, no obstante los esfuerzos realizados por Penson, y más tarde elogiada por todos, ¡cuántos sinsabores!

Cayó la empresa por falta de recursos y ayuda, y, desalentado, abandonó la obra que había sido su sueño de siempre, aunque colaboraba de tarde en tarde en *La Revista Científica, Literaria y de Conocimientos Útiles*, de los señores Dr. D. Guillermo de la Fuente y D. José Joaquín Pérez. Para entonces

redactaba "El Eco de la Opinión" su mismo propietario y director, el mencionado D. Francisco G. Billini, y Penson, gustosamente, se puso a ayudarle, hasta que enfermó aquél, quedando al frente del periódico interinamente; y el Sr. Billini, satisfecho del crédito que había hecho adquirir a la publicación, tuvo a bien designarle Redactor principal.

II

Otros rasgos ha tenido que no es posible citar en estas líneas por no disponer de todas las columnas de este importante rotativo que serían necesarias para tal fin; pero bastarán éstos: Como siempre fue llano y bondadoso en grado sumo, amigo de hacer el bien, que hizo en cuanto pudo, que por una sentida necrología que escribió de una víctima oscura sacrificada por aleve mano, mereció que el eminente educacionista y sociólogo Eugenio María de Hostos le llamase en "El Avisador Comercial", que redactaba entonces, "el más generoso de los hombres de esta sociedad". Siendo Juez de primera Instancia cuando la célebre causa del vapor venezolano "Justicia Nacional" en 1885, que los liberales de Venezuela armaron en guerra contra el Gobierno de Guzmán Blanco, y luego de algunas correrías por la costa vino a refugiarse en la bahía de andrés, próxima a la ciudad de Santo Domingo, hoy Ciudad Trujillo, donde fue apresado, cúpole la honra de ser el primer Magistrado que como el más reciente en el Tribunal llamado a conocer del asunto, diera su voto, opinando resueltamente porque "se devolviese el buque a sus armadores, por cuanto en buen derecho internacional y conforme a estricta justicia era lo procedente". El Tribunal se lo adjudicó a la República Dominicana, y la Suprema Corte de Justicia se lo entregó al Gobierno venezolano.

Infatigable siempre, fundó en unión de un buen amigo, el talentoso escritor D. Juan Elías Moscoso hijo, en 1886, un periódico literario, ilustrado y de variedades, pero con tendencia a abogar por la iniciativa individual, la asociación y todo fin útil para el país, titulado "La Lucha Activa". Para ello se hizo cargo nuevamente, por tercera vez, de la redacción de "El Eco de la Opinión", en la necesidad de disponer de su imprenta; y a los pocos meses, debido a algunos trastornos que sobrevinie-

ron, hubo de abandonar ambas publicaciones. Desde entonces, colaboraba en periódicos nacionales como "Letras y Ciencias", "El Teléfono", "Listín Diario", "El Heraldo Español" y revistas extranjeras como "El Correo de París", "La Unión Ibero-Americana", de Madrid, "Miniaturas", de Coro, Venezuela; y aunque invitado por otras revistas como "La Revista Literaria", de Nueva York, "La Revista Azul", de Barranquilla, dirigida por el señor D. Abraham Z. López Penha, y otras; no quiso hacerlo acaso por apatía, escribiendo muy raras veces desde entonces para el público. Sin embargo, el 30 de noviembre de 1890, fundó con otros amigos la "Sociedad Promotora de Inmigración", de la cual aceptó humildemente el cargo de Secretario, como su compañero Enrique Deschamps, que también lo era.

Cuando la festividad del cuarto centenario del Descubrimiento de américa, en 1892, la Real Academia Española de la Lengua requirió el concurso de las naciones latinoamericanas para formar una gran Antología poética de España y la América antes española; y el Ministro de Justicia e Instrucción Pública le designó para formar parte de la comisión académico-oficial que debía entender en la recolección y examen de piezas para la antología dominicana, en unión de la eminente poetisa Da. Salomé Ureña de Henríquez, y los señores D. Francisco Gregorio Billini, D. Federico Henríquez y Carvajal y D. José Pantaleón Castillo. Y en colaboración con este último escritor editó la *Reseña crítico-histórica de la poesía en Santo Domingo*, que según el programa de la Real Academia Española, debía figurar al frente de la colección de cada pueblo.

En ocasión de esa misma festividad Iberoamericana, fue invitado al igual que los otros literatos dominicanos, por la Sociedad de Escritores y artistas de Madrid, a cuyo esfuerzo se debía la convocación de un Congreso Literario en aquella Villa y corte, iniciada por el gran poeta Gaspar Núñez de Arce, para tomar parte en los asuntos que formaban el interesante programa de aquel; y escribió un extenso *Informe* sobre el estudio práctico de la lengua castellana, pues la filología constituyó una de sus grandes aficiones. Dicho *Informe*, que vio en Chile D. Eugenio Ma. de Hostos, publicado en la mencionada revista "Letras y Ciencias", y aprobó plenamente con dos líneas que dirigió a su autor en la cubierta de un periódico en que precisamente trataba él mismo de esa misma materia, corre inserto

junto con otras *Memorias* de distinguidos literatos y filólogos, presentadas en aquel Congreso, en un voluminoso libro que editó la dicha Sociedad de Escritores y Artistas, en casa de Fernando Fe, Madrid, 1893.

Por entonces, 23 de febrero de 1893, concedió el Poder Ejecutivo al señor Penson el exequátur de Abogado de los Tribunales de la República, nombrándolo más tarde el Honorable Sr. Presidente de la República como Oficial del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública y Secretario-Controlador de la Junta Directiva de Estudios. El 5 de enero de 1898, le nombraba el importante periódico de La Habana "El Fígaro", Corresponsal Literario.

Por lo demás, escribió bastante desde su adolescencia, en que junto a un amigo ensayaba varios géneros y cultivaba la poesía. Podrá carecer de ciertas cualidades de ingenio en que otros le hagan ventaja; pero fue uno de los más laboriosos escritores de la República Dominicana. Sin duda alguna que el libro que publicó en 1891, titulado "Cosas añejas", basado en tradiciones nacionales, único en su clase, ha sido su obra cumbre e inimitable. También escribió una porción de apuntes sobre varias materias y un esbozo de reconocida utilidad, sobre todo en lengua castellana y francesa, así como traducciones de obras muy importantes. Entre otras cosas acometió un extenso y arduo trabajo en su *Régimen preposicional y locuciones de la Lengua Castellana*, así mismo un vocabulario de "Quisqueyanismos" y otras muchas obras que han permanecido inéditas. También escribió muchas disertaciones gramaticales sobre el texto de Bello y las *Notas* que al mismo han puesto sus comentadores Francisco Meriño Ballesteros, Rufino José Cuervo y Luis María Díaz. Su ayuda a la Historia Patria y a la Literatura del Nuevo Mundo débese a que fue siempre empeño suyo que "la América tenga literatura propia".

Ensayó una serie de cuadritos de corte realista que siempre aspiró constituyera un género, denominados *Sentimentales*, en que campea cierta ternura y delicadeza que causan la impresión moral necesaria para responder su título; y como poeta, de más o menos fortuna que nuestros otros grandes cantores, llegó a producir algo que recibieron bien los entendidos, entre ellos la misma Da. Salomé Ureña de Henríquez; tales como "La patria del porvenir", "Himno al amor", "Oda a Bolívar", "Evoé",

etc.; pero su obra magna en esta delicada y sutil materia fue "La víspera del combate", de sabor modernista y tendencia social, donde se encuentran pasajes originales, al decir de cuantos conocen y de los más grandes críticos dominicanos.

Entre su correspondencia literaria figuran eminentes hombres con quienes estaba relacionado, tales como Gaspar Núñez de Arce, Marcelino Menéndez y Pelayo, Rufino José Cuervo, Enrique Gómez Carrillo, Rafael Merchán, Ignacio Laverde Amaya, Francisco Lagomaggoire, Nicanor Bolet Peraza, Juan León Mera, Bartolomé Mitre, y otros. Acaso se hubiera esperado algo más de este escritor, cuyo rasgo característico era una laboriosidad extraordinaria; pero fue siempre un elegido de la desgracia y su escasa fortuna no le permitió hacer todo lo que su alma ardiente y generosa ambicionaba.

Cesó, de súbito, el acelerado armonioso ritmo del corazón, de su corazón de artista, de buen padre de familia y de ciudadano consciente de sus deberes. A media noche se apagó, de un solo helado soplo de la Parca, la brillante luz de su inteligencia. Frisaba en los 47 años de edad, y un enjambre de adolescentes y de niños, sus hijos, crecían en torno suyo como la prole de prócera palma.

El prosista, esmeradísimo en la forma, a veces orfebre burilada en troquel de acero modernista, tuvo en sus obras mayor relieve que el rimador de silvas y espinelas. Algunos ligeros cuadros, diversas páginas literaria, la "Reseña de la poesía en Santo Domingo" y "Cosas añejas" dan fe de su hondo conocimiento de la lengua castellana y de la altivez aristocrática de su estilo. Por mucho tiempo, tres décadas, hizo del local de la Sociedad "Amigos del País", luego convertida en Ateneo, el centro o el templo de su devoción artística y literaria, de tal modo, que casi se le consideraba como el Secretario perpetuo de la asociación benemérita. Él mismo se acostumbró a esa satisfacción inocente. El Ateneo lo arrancó del pupitre de la Secretaría para sentarlo en el sillón de la Presidencia.

A la caída de la tarde, nublado el cielo y triste las almas, fue el féretro a manos de los deudos y los amigos, seguido de numeroso público, desde el hogar al templo y desde la iglesia al camposanto. Allí, en el cortejo, figuraron las personalidades más altas del Gobierno, las escuelas, los colegios e institutos. Los mismos escolares dedicaron coronas de flores en su tumba

y la Sociedad "Amigos del País", por sí, y en memoria del Ateneo, hizo la piadosa ofrenda de una rica corona de inmortales, como también eminentes oradores hablaron sobre su tumba, que hoy descansa en la Capilla del Sacramento, en la Catedral Primada de las Américas.

¡Oh 30 de octubre de 1901! Borrábase la silueta del sol en el ocaso y sonaba el toque del ángelus, melancólicos adioses del día, cuando caía sobre el féretro el último puñado de tierra, y los ojos del alma se volvían al consternado hogar de la triste viuda y la prole huérfana. ¡Los Miserandos!

¡Reposa en paz en tu lecho eterno, hijo de las letras, amante de lo sublime!

Donde reposas, en esa capilla de mármoles como fue tu alma, irá mi alma a menudo a visitarla y caerán las lágrimas de mi corazón sobre la blanca lápida.

En el seno de Dios, donde las almas puras como la tuya encuentran el aliento de su voz divina, habrá acogido tu alma como si fuera la oración de la beata llena de Fe, Esperanza y Caridad.

Ciudad Trujillo, R. D.
10 de agosto de 1940.

ÍNDICE

NOTA
MANUEL RUEDA 7

CÉSAR NICOLÁS PENSON: PIONERO
DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS Y FOLKLÓRICOS
EN SANTO DOMINGO 11

COSAS AÑEJAS

Drama horrendo 29
Bajo cabello o un rasgo audaz 45
Barriga Verde 55
La muerte del Padre Canales 71
Profanación 93
Entre dos miedos 103
El martirio por la honra 111
Los tres que echaron a Pedro entre el pozo 137
Muerte por muerte 159
El santo y la colmena 189
Las vírgenes de Galindo 195
Notas 247
Coplas relativas a "Los tres que echaron a Pedro
entre el pozo" 309
Sentencia de los reos de Galindo 310

APÉNDICES

Apéndice I.– Otras tradiciones y episodios
de Santo Domingo
El juego de San Andrés 317
La escuela de antaño 327
La hermandad de las ánimas 343
Apéndice II.– De César Nicolás Penson.
Nota a la primera edición de *Cosas añejas* 347
Apéndice III.– De Manuel de Jesús Galván.
Prólogo a la primera edición de *Cosas añejas* 351
Apéndice IV.– De Gustavo Penson.
Licenciado César Nicolás Penson (Rasgos biográficos) 357

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

VOLÚMENES PUBLICADOS.

Vol. I.- *Los Precursores 1*
Cristóbal Colón:
Diario de navegación y otros escritos.

Vol. II.- *Los Precursores 2*
Fray Ramón Pané:
Relación acerca de las antigüedades de los indios.

Vol. III.- *Los Precursores 3*
Fray Pedro de Córdoba:
Doctrina Cristiana y Cartas.

Vol. IV.- *Los Precursores 4*
Oviedo-Las Casas:
Crónicas Escogidas.

Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:
Ensayos.

Vol. VI.- José Joaquín Pérez:
Fantasías indígenas y otros poemas.

Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:
Poesías completas.

Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:
Enriquillo.

Vol. IX.- José Ramón López:
1.- Cuentos puertoplateños.

Vol. X.- José Ramón López:
2.- Ensayos y artículos.

Vol. XI.- José Ramón López:
Diario (enero-agosto de 1921).

Vol. XII.- Fabio Fiallo:
1.- La canción de una vida.

Vol. XIII.- Fabio Fiallo:
2.-Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.

Vol. XIV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 1.

Vol. XV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 2.

Vol. XVI.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 3.

Vol. XVII.- Ramón Marrero Aristy:
Balsié y Over.

Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
1.- Cuentos.

Vol. XIX.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
2.- Ensayos históricos.

Vol. XX.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
3.- Ensayos literarios.

Vol. XXI.- Antonio Sánchez Valverde
1.- Tratado del predicador.

Vol. XXII.- Antonio Sánchez Valverde
2.- Sermones panegíricos, y de misterios.

Vol. XXIII.- Antonio Sánchez Valverde
3.- Examen de los Sermones del Padre Eliseo.

Vol. XXIV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 1.- Soledad y poemas dispersos.

Vol. XXV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 2.- Galaripsos y prosas.

Vol. XXVI.- César Nicolás Penson
Cosas añejas.

Este libro se terminó de imprimir en
el mes de mayo del 1997
en los Talleres Gráficos de
Editora Corripio, C. por A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, Rep. Dominicana